



«Absolutamente impresionante.»

The Times Literary Supplement

STEN NADOLNY



EL DESCUBRIMIENTO
de la LENTITUD



Con un prólogo de Carl Honoré
y un epílogo del autor, ambos inéditos en castellano

Casi dos millones de ejemplares vendidos en Alemania
y traducida a 30 lenguas

El descubrimiento de la lentitud

Sten Nadolny

Traducción de Teófilo de Lozoya



Título original: *Die Entdeckung der Langsamkeit*, originalmente publicado en alemán, en 1983, por Piper Verlag GmbH, Alemania

© Piper Verlag GmbH, München 1983

© Epílogo: Piper Verlag GmbH, München 2007

Primera edición en esta colección:

abril de 2018

© del prólogo, Paul Dry Books, 2005

© de la traducción del prólogo en inglés, Ana Nuño, 2018

© de la traducción del epílogo, Teófilo de Lozoya, 2018

© de la traducción, Teófilo de Lozoya, 1989

© de la presente edición, Plataforma Editorial, 2018

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17376-06-2

Diseño y realización de cubierta:

Ariadna Oliver

Fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

*A mi padre,
Burkhard Nadolny
(1905-1968)*

Prólogo

El descubrimiento de la lentitud resuena en la mente mucho después de haber cerrado el libro. Una escena en particular ha permanecido grabada en mi memoria.

Estamos en Trafalgar. Un buque de la Armada británica y una embarcación francesa se abordan en el fragor de la batalla. Los hombres son arrastrados por un remolino de ruidos, sangre y espanto. Oculto tras las jarcias, un tirador francés detiene el avance de la tripulación británica. John Franklin, el explorador del Ártico y héroe de la novela, ve caer uno tras otro a sus compañeros. Un amigo muere en sus brazos. Cuando se decide a empuñar un fusil para enfrentarse al francotirador, el pánico se ha apoderado de los suyos, que a gritos lo conminan a disparar y acabar de una vez. En cambio, él hace lo contrario: se toma su tiempo. El bramido de la batalla no cesa, las balas zumban a su alrededor, pero John Franklin actúa con calma. Apunta con el rifle hacia el cordaje mientras calcula ángulo, altura y distancia. Hecho esto, vuelve otra vez a calcular. La tensión se puede cortar con un cuchillo:

—¡Dispara de una vez!— gritó alguien a sus espaldas.

Pero John Franklin, que era capaz de sujetar una cuerda en el aire durante horas y horas, se tomaba también su tiempo antes de dar en el blanco. No quería disparar hasta que no lo tuviera absolutamente a tiro. Esperó. Volvió a conjugarlo todo en un solo cuadro general perfectamente claro: el ángulo, la altura calculada, los reparos que había tenido que vencer, un futuro mejor. Entonces disparó. Tiró el primer fusil, cogió el segundo, apuntó y volvió a disparar. Cogió el tercero y subió a trompicones la escalerilla.

Cuando el tirador enemigo se precipita al abismo, todos comprenden el mensaje: aun en la guerra, que todo lo agita y desdibuja con su ritmo infernal, la lentitud es una virtud. Franklin no disparó al tuntún, sino que conservó fría la cabeza mientras los que lo rodeaban perdían la suya, y gracias a ello venció. Su lentitud fue heroica.

Vivimos en un mundo necesitado de recuperar la virtud de la lentitud. Somos muchos los que andamos por la vida con velocidades de taquicardia, en loca competición con el reloj y al borde del agotamiento. Mi libro *Elogio de la lentitud* es un alegato contra el precepto de que cuanto más rápido mejor y un retrato del movimiento global que busca ponerle freno a esa tendencia. En *El descubrimiento de la lentitud*, Nadolny explora un territorio parecido a través del prisma de la ficción. Es una novela centrada en la vida de sir John Franklin, legendario explorador que fue visto por última vez en 1845, cuando zarpaba rumbo al Ártico en busca del Paso del Noroeste. El libro recoge los principales hitos de su biografía: desde la infancia y las batallas navales en las que intervino en su adolescencia, su primera y desgraciada expedición polar, su deslucida actuación como gobernador de la Tierra de Van Diemen (actual Tasmania), hasta esa última expedición de la que no regresó. En su época fue un personaje célebre, y llegó a ser conocido como «el hombre que comió sus botas», en recuerdo de los extremos a los que hubo de llegar para salvar la vida en su primera incursión en las regiones heladas del norte. Su desaparición no disminuyó la fascinación que ejerció sobre sus contemporáneos. Entre 1847 y 1859, más de treinta expediciones a las gélidas regiones polares tuvieron por objeto la búsqueda de su paradero, el de sus dos barcos y los ciento veintinueve hombres que lo acompañaban. Innumerables libros se han escrito para elucidar el misterio de su desaparición, algunos con teorías tan fantásticas que no desentonarían en la sección más amarillista de un tabloide, junto a la noticia del enésimo avistamiento de Elvis o alguna sensacional revelación de Roswell. Todavía hoy algún que otro fan de Franklin se dedica a rastrear el norte de Canadá en busca de un pedazo de hueso, trozo de tela o cualquier otro vestigio capaz de desvelar el misterio de la desaparición del héroe.

Hay que tener presente que Nadolny es un novelista, no un historiador o un experto en teorías conspirativas, y por ello le interesa más el significado de esta historia que los hechos realmente acaecidos. A su héroe le otorga un rasgo principal, que es también el *leitmotiv* de la novela: la *Langsamkeit*, que es la palabra alemana para «lentitud» o «calma». Este Franklin ficticio es inmune a las prisas. Todo en él, su manera de hablar, sus gestos, sus pensamientos, su visión de las cosas, está signado por la lentitud, y ello lo enfrenta a la cultura que con impaciencia cobraba impulso en la Europa del siglo XIX. De modo que la novela opera en dos niveles. En uno, es una ficción histórica que fluye y se lee con facilidad, llena de batallas descritas con lujo de detalles, viajes y descubrimientos y el misterio de parajes remotos. Pero es asimismo una dramática reconstrucción de la

búsqueda incesante del destino de un hombre. Sin alzar la voz o dar lecciones, el autor ofrece una moderna meditación sobre los usos de la lentitud en un mundo desbocado.

Hace tres años entrevisté a Sten Nadolny. En esa ocasión, insinuó que la lucha principal en esta vida consiste en descubrir la rapidez o lentitud con la que hacemos las cosas. Aquello me pareció, de entrada, un poco exagerado, pero cuantas más vueltas le daba, más justa me parecía su observación. Esforzarse para descubrir el propio ritmo y vivir de acuerdo con él es una buena definición de en qué consiste ser humano.

Para el personaje de Franklin, la vida es una «lucha contra toda aceleración innecesaria». Desde niño, el explorador en ciernes siente que no encaja entre sus compañeros. Incapaz de atrapar la pelota o correr deprisa o contestar preguntas en el momento oportuno, su lentitud se le vuelve una cruz. Es la víctima perfecta del acoso escolar, un caso perdido para sus maestros. Convertido en adulto, deja pasar demasiado tiempo para besar a una mujer y pierde su oportunidad. Mata a un soldado danés al tardar demasiado en dejar de estrangularlo. Los otros marineros se burlan de sus malos reflejos.

Franklin se esfuerza por seguir el ritmo, por ser más veloz o al menos aparentarlo. Se entrena poniendo una mano abierta sobre la mesa y clavando la punta de un cuchillo entre los dedos. O memoriza una larga lista de frases hechas para poder contestar rápidamente cualquier pregunta. Sin embargo, fiel a su ritmo interior, fantasea con el Ártico, donde un día es una eternidad y el hielo se desplaza a la velocidad de un caracol, en «la tierra en la que el tiempo no apremiaba», donde «no lo consideraran lento».

Tras haber estado a punto de morir en la guerra, Franklin decide que ha llegado la hora de vivir a su propio ritmo. El mundo que lo rodea parece haber enloquecido. Londres, que «parecía enamorado de la velocidad», se ha convertido en una hacinada metrópolis donde «el tiempo era un imperativo con el que todos tenían que habérselas». Comprende el porqué de la celeridad, pero no por ello renuncia a su convicción de que la lentitud es un don y encuentra detestable la idea de que alguien pueda ser «mejor» por «hacer lo mismo que otro, pero más deprisa».

Poco a poco, su lentitud se vuelve una ventaja. En alta mar, su concentración imperturbable hace de él un vigía perfecto. Las mujeres confiesan preferir la lentitud en el amor. Para otros, su incapacidad o poca disposición para apurarse es una señal de sabiduría, minuciosidad y esmero. Un teniente observa, admirativo, que «como Franklin es tan lento, nunca pierde el tiempo».

Nadolny entreteje su narración con los hilos de la velocidad y la lentitud. Al describir las expediciones en el Ártico, donde el frío y el hambre reducen los movimientos de los hombres a su mínima expresión, el ritmo narrativo refleja esas circunstancias. Los recuerdos de Franklin parecen desfilarse a cámara lenta. Cuando los acontecimientos se precipitan, como los vemos a través de sus ojos, sencillamente algunos desaparecen de la narración, demasiado fugaces para que la conciencia los registre. La novela está dominada por la obsesiva presencia del tiempo. A veces se muestra benévolo, otras adverso, pero es siempre un compañero más.

Publicada por primera vez en Alemania, en 1983, *El descubrimiento de la lentitud* inmediatamente encontró su público entre una generación de lectores cansados de vivir demasiado deprisa. Ha sido traducida a quince lenguas y ha vendido más de un millón de ejemplares. En el Franklin de Nadolny muchos ven la encarnación de una vida vivida a un ritmo más sensato y, en su obstinada lentitud, una crítica al moderno culto a la velocidad y la hiperactividad. En Europa, la novela ha sido aclamada por religiosos, pacifistas, ambientalistas, gurús empresariales, hasta por activistas a favor de la limitación de la velocidad en las autovías.

En los Estados Unidos, donde el dinamismo, agitación e impaciencia de sus habitantes son proverbiales, «vender» la lentitud se antoja una empresa difícil. No obstante, el mundo se ha acelerado de tal manera que hasta los estadounidenses comienzan a sentirse atraídos por la idea de frenar un poco. *El descubrimiento de la lentitud* convierte la búsqueda de la velocidad justa en un cuento emocionante. Es un manifiesto sin la lata de la prédica. Y con John Franklin, Nadolny nos ofrece un héroe de una estirpe nueva, un hombre capaz de hacer historia gracias al descubrimiento del poder y la sabiduría de su propia lentitud.

CARL HONORÉ,
autor de *Elogio de la lentitud*

PRIMERA PARTE

Juventud de John Franklin

1

La aldea

John Franklin tenía ya diez años y seguía siendo tan lento que no era capaz de coger ni una pelota. Siempre le tocaba sujetar para los demás la cuerda, que desde la rama más baja del árbol se prolongaba hasta su mano levantada. La sujetaba tan bien como el propio árbol, sin bajar el brazo lo más mínimo hasta que terminaba el juego. No había en Spilsby ni en todo Lincolnshire otro chico más capacitado a la hora de sujetar la cuerda. Desde la ventana del ayuntamiento, el escribiente observaba con gesto de aprobación.

Quizá no hubiera en toda Inglaterra nadie que pudiera permanecer de pie una hora entera o más sujetando una cuerda. Se estaba tan quieto como la cruz de una sepultura, erguido como una estatua. «Como un espantapájaros», decía Tom Barker.

John no era capaz de seguir el juego, de modo que tampoco podía hacer de árbitro. No veía con precisión cuándo tocaba el suelo la pelota. No sabía si era realmente que el jugador cogía la pelota, o si la cogía cuando caía a sus pies, o si no hacía más que extender las manos hacia ella. Observaba a Tom Barker. ¿Cómo iba eso de cogerla? Cuando hacía un buen rato que Tom no la tenía, ya sabía John que de nuevo no había visto lo fundamental. A la hora de coger la pelota, nadie hubiera podido superar a Tom, que lo veía todo en un segundo y se movía sin la menor vacilación, sin un fallo.

En ese momento, John tenía una mácula en un ojo. Si miraba a la chimenea del hotel, se le ponía en la ventana del piso de arriba. Si fijaba la vista en las verjas de la ventana, resbalaba hasta la enseña del hotel: tal era el modo que tenía de brincar ante su vista, bajando cada vez más, o siguiéndole burlona hacia arriba cuando intentaba mirar al cielo.

Mañana iría a la feria de caballos de Horncastle. Ya empezaba a alegrarse, pues conocía bien el recorrido. Cuando la diligencia salía de la aldea, lo primero que

vislumbraba al pasar era la tapia del patio de la iglesia. Luego venían las barracas de las tierras de beneficencia de Ing Ming, y delante de ellas mujeres sin sombrero, solo con pañuelos en la cabeza. Allí los perros estaban flacos; a las personas no se les notaba, con la ropa puesta.

Sherard estaría a la puerta y le saludaría con la mano. Luego la finca con el muro cubierto de rosas y el perro encadenado, que arrastraba su caseta. A continuación el seto largo, con sus dos extremos, uno suave y otro en punta. La parte suave se hallaba alejada de la carretera, se la veía venir de lejos y tardaba en pasar. La que acababa en punta, directamente al borde del camino, daba un corte brusco al cuadro, como el filo de un hacha. Lo sorprendente era que desde cerca todo lanzaba destellos y daba saltos: los palos de la cerca, las flores, las ramas. Más allá había vacas, tejados de paja y colinas cubiertas de bosque, de modo que el ritmo de lo que iba apareciendo y desapareciendo de la vista resultaba solemne y sosegado. En cambio las montañas del fondo eran como él; estaban ahí, sin más, mirando.

Los caballos no le hacían tanta ilusión como las personas que conocía, incluso el dueño del Red Lion, la taberna de Baumber. Solían hacer allí un alto y su padre se acercaba al mostrador a ver al tabernero. Venía entonces una cosa amarilla en un vaso alto, veneno para las piernas de su padre. El tabernero se la ponía con su mirada tremenda. La bebida se llamaba Lutero y Calvino. A John no le daban ningún miedo las caras tenebrosas, si no eran más que eso y no cambiaban súbitamente de expresión, de forma inexplicable.

En ese momento oyó la palabra «dormido» y reconoció ante sí a Tom Barker. ¿Dormido? Su brazo no se había movido, la cuerda seguía tensa, ¿qué podía reprocharle Tom? El juego continuó su curso sin que John hubiera entendido nada. Todo iba demasiado deprisa: el juego, las palabras de los otros, la actividad de la calle del ayuntamiento. Además, era un día muy agitado. Hasta la partida de caza de lord Willoughby pasaba bullendo por allí: chaquetas rojas, caballos nerviosos, perros con manchas pardas y colas danzarinas. Un alboroto tremendo. Total, ¿qué sacaba el lord de semejante torbellino?

Más allá, en la plaza, había no menos de quince gallinas, y las gallinas no tenían nada de agradable. Trataban de hacerle jugarretas a su ojo, sin pizca de gracia. Se quedaban quietas, sin moverse. Luego escarbaban, picoteaban, volvían a mirar fijamente, como si no hubieran picoteado nunca, le engañaban descaradamente, como si llevaran varios

minutos quietas. Si miraba a una gallina y luego al reloj de la torre y después otra vez a la gallina, esta seguía con la mirada fija y de advertencia, como antes; pero entretanto había picoteado, escarbado, sacudido la cabeza, torcido el cuello, mirado a otra parte. Un verdadero engaño. Y además la desconcertante colocación de los ojos. Pero, ¿qué era lo que veía una gallina? Cuando miraba a John con un ojo, ¿qué era lo que contemplaba con el otro? ¡Bueno, ya empezaba! A las gallinas les faltaba concentración en la mirada y un ritmo fluido en sus movimientos. Si uno se acercaba a ellas, para pillarlas moviéndose sin tapujos, se les caía la máscara, todo era aleteos y griterío. Salían gallinas de todas partes donde hubiera casas. Menuda pesadilla.

En ese preciso instante le había sonreído Sherard, aunque solo brevemente. Tenía que esforzarse y ser hábil cogiendo la pelota. Era de Ing Ming y el más pequeño de todos, a sus cinco años.

–Tengo que estar atento como águila –solía decir Sherard; no «como un águila», sino «como águila» sin «un», y al hacerlo miraba con toda seriedad, con la fijeza de un animal al acecho, para demostrar lo que quería decir. Sherard Philip Lound era pequeño, pero amigo de John Franklin.

Ahora John estaba consultando el reloj de St. James. La esfera estaba pintada en la piedra, en el borde lateral de la torre maciza. Solo había una aguja, que se tenía que adelantar tres veces al día. John había oído un comentario que lo relacionaba con el reloj recalcitrante. No lo había entendido, pero desde entonces sintió que el reloj tenía algo que ver con él.

En el interior de la iglesia estaba Peregrin Bertie, el caballero de piedra, contemplando a la parroquia, agarrando con una mano la empuñadura de su espada desde hacía cientos de años. Uno de sus tíos había sido marino y había descubierto la parte más septentrional de la tierra, tan lejos que en ella no se ponía el sol y el tiempo no pasaba.

A John no le dejaban subir a la torre. Seguro que uno podía agarrarse bien a los cuatro pináculos y a sus múltiples salientes, mientras se contemplaba el paisaje. John se conocía el cementerio al dedillo. Todas las inscripciones de las tumbas empezaban así: TO THE MEMORY OF. Sabía leer, pero prefería abismarse en el espíritu de cada letra. Las letras representaban en la escritura lo duradero, lo que siempre volvía, y por eso le gustaban. Las lápidas se alineaban de día, unas rectas, otras torcidas, para recoger un poquito de sol para sus muertos. Por la noche se tumbaban, y con gran paciencia iban acumulando el rocío en el hueco de las inscripciones. Las lápidas también podían ver. Percibían

movimientos que para los ojos de los hombres resultaban demasiado lentos: la danza de las nubes con el viento en calma, el desplazamiento de la sombra de la torre de oeste a este, el movimiento de cabeza de las flores siguiendo al sol, incluso cómo crecía la hierba. En suma, la iglesia era el sitio de John Franklin, pero en ella, fuera de rezar y cantar, no había mucho que hacer. Y justamente no le gustaba cantar.

El brazo de John sujetaba la cuerda. El rebaño que había detrás del hotel siguió pastando abundantemente durante un cuarto de hora. La blanquita era la cabra que pacía siempre con las ovejas, pues, según decían, impedía que el rebaño se espantara o perdiera el sosiego. Por oriente entró volando una gaviota, que fue a posarse sobre uno de los tubos de arcilla roja de la chimenea del hotel. Al otro lado se movió algo delante de la taberna del Ciervo Blanco. John volvió la cabeza. Pasaba por allí su tía Ann Chapell en compañía de Matthew, el marino, que la llevaba de la mano. Probablemente se casarían pronto. Él llevaba una escarapela en el sombrero, como los oficiales de marina cuando bajaban a tierra. Los dos le hicieron una seña con la cabeza, se dijeron algo y se detuvieron. Para no fijarse en ellos, John estudiaba el ciervo blanco que había en el saledizo del tejado, con la corona de oro al cuello. ¿Cómo se la habrían podido meter por la cornamenta? Otra pregunta a la que sin duda nadie le contestaría. A la izquierda del ciervo podía leerse: DINNERS AND TEAS, y a la derecha: ALES, WINES, SPIRITS. ¿Estarían hablando de él Ann y Matthew? En cualquier caso, ponían cara de disgusto. ¿Iba bien arreglado? Tal vez decían: «Sale a su madre». Hannah Franklin era la madre más lenta de todo el contorno.

Volvió a mirar a la gaviota. Al otro lado de las marismas estaban los arenales y el mar. Sus hermanos ya lo habían visto. Había una bahía llamada The Wash. En ella había perdido sus joyas el rey John. A lo mejor uno llegaba a rey si las encontraba. Él era capaz de mantener mucho rato la respiración bajo el agua. En cuanto se tenían muchas cosas, los demás se volvían respetuosos y pacientes.

Tommy, el huermanito del libro de cuentos, había prosperado sin más ni más. Después de naufragar, había llegado al país de los hotentotes y había salvado la vida por llevar un reloj que hacía tic-tac. Los negros creyeron que se trataba de un animal maravilloso. Había domado un león, que lo acompañaba cuando iba de caza. Había encontrado oro, y luego había pescado un barco para Inglaterra. Volvió rico y ayudó a hacerse el ajuar a su hermana Goody, que estaba a punto de casarse.

Cuando fuera rico, John se pasaría el día estudiando las fachadas de las casas y se dedicaría a contemplar el río. Por la noche se tumbaría delante de la chimenea, desde que prendiera la primera llama hasta que se apagara el último rescoldo, y a todos les parecería la cosa más natural del mundo. John Franklin, rey de Spilsby. Las vacas pastaban, la cabra ahuyentaba las desgracias, los pájaros se posaban en el suelo, las lápidas se empapaban de sol, las nubes danzaban, la paz reinaba en todas partes. Las gallinas estaban prohibidas.

—¡Patoso! —oyó que le decían. Tenía delante a Tom Barker, que lo contemplaba con los ojos medio cerrados, enseñándole los dientes.

—¡Déjalo! —le gritaba el pequeño Sherard al rápido Tom—. Si no sabe defenderse...

Pero eso era lo que pretendía comprobar Tom. John sujetaba la cuerda como antes y miraba desconcertado a los ojos de Tom. Este dijo unas cuantas frases más, tan deprisa que no pudo entender una palabra.

—No entiendo —dijo John. Tom señaló su oreja, y como la tenía tan cerca se la agarró y le tiró de ella—. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

Otra vez un río de palabras. Tom desapareció y John intentó darse la vuelta, pero había alguien que lo sujetaba.

—¡Pero suelta la cuerda! —gritaba Sherard.

—¡Es idiota! —chillaban los demás.

Entonces la pesada pelota le dio en el trasero. Cayó de espaldas como una escalera que hubieran dejado en posición demasiado vertical. Primero despacio y luego con ímpetu. El dolor iba extendiéndose por todo su cuerpo, desde las caderas y los codos. Ahí estaba otra vez Tom, sonriendo con indulgencia. Sin apartar la mirada de John, decía a los otros algo a media voz. John oyó otra vez la palabra «dormido». Volvió a levantarse y siguió extendiendo la cuerda con la mano levantada; en eso no iba a cambiar. A lo mejor se restablecía como por encanto la situación de antes, y además qué importaba si había bajado un poquito la cuerda. Los niños estallaban en risas y carcajadas. Parecía un gallinero.

—Dale una torta, verás cómo espabila.

—Ni se mueve, no hace más que mirar.

Entretanto, Tom Barker seguía estando en alguna parte, mirándole con los párpados entornados. John tenía que abrir bien los ojos para poder verlo todo, pues Tom cambiaba constantemente de sitio. No era agradable, pero salir corriendo habría sido una cobardía,

y además ni siquiera sabía correr, aunque por supuesto no tenía ni pizca de miedo. Pero no era capaz de pegar a Tom. Así que no le quedaba más remedio que cederle la iniciativa. Una niña gritó:

—¿Cuándo va a soltar la cuerda?

Sherard intentaba sujetar a Tom, pero era demasiado pequeño y más débil. Mientras le parecía que todavía estaba viendo esta escena, alguien le tiró de los pelos por detrás. ¿Cómo había llegado Tom hasta allí? Otra vez le faltaba un cachito de tiempo. Se dio la vuelta, tropezó y de repente ahí estaban los dos en el suelo. Tom se había enredado la pierna en la cuerda, que de nuevo sujetaba John con fuerza. Tom se dio la vuelta y le dio un puñetazo en la boca. Se desenredó de la cuerda y pudo levantarse. John sintió que se le movía uno de los dientes de arriba. ¡No había paz! Titubeando, pero con energía, se fue detrás de Tom. Parecía un muñeco mecánico. Maniobró inútilmente con los brazos, no como si quisiera pegar a su enemigo sino tan solo mantenerlo lejos. De pronto, Tom le puso la cara delante con un gesto burlón, pero la mano de John se quedó quieta en el aire, como paralizada, como si fuera la estatua de una bofetada.

—¡Está sangrando!

—Anda, John, vete a casa.

Los chicos estaban disgustados. Hasta Sherard volvió a intervenir:

—¡Pero si no sabe defenderse...!

John seguía tras de Tom, intentando pillarlo, pero sin convicción. Lo cierto es que no todos estaban en contra de él, a pesar de que se reían, y se les veía tensos. Por un momento ya no fue capaz de entender por qué los rostros de la gente tenían esa expresión: enseñando los dientes, con las fosas nasales abiertas de una forma tan rara, parpadeando constantemente y como si cada uno quisiera hablar más fuerte que el otro.

—¡John es como un banco de carpintero! —gritó uno, tal vez Sherard—: Como coja a alguien lo agarra bien.

Pero un banco de carpintero no sujeta a nadie que sepa escabullirse. Era un aburrimiento.

Tom se marchó sin más, como un príncipe, sin demasiadas prisas, seguido de John, en lo que daba de sí la cuerda. Detrás iban los demás. Sherard decía para consolarlo:

—A Tom le ha dado miedo.

Tenía la nariz magullada y le dolía. Entre el índice y el pulgar llevaba el diente, en cuyo hueco hurgaba inútilmente con la lengua. Llevaba la blusa ensangrentada.

—Buenos días, señor Walker. —Hacía un rato que el viejo Walker ya había pasado cuando John pronunció el saludo.

Ahora tenía otra vez en el ojo una manchita interesante, pero cuando quería fijarse en ella se escapaba. En cambio, cuando miraba a otro sitio le seguía. Todo ese ir y venir debía de ser la manera que tenía el ojo de moverse. Saltaba de un punto a otro, pero ¿qué orden seguía? John se puso un dedo en el párpado cerrado del ojo derecho e inspeccionó con el izquierdo la calle mayor de Spilsby. Notaba cómo el ojo seguía haciéndole chiribitas, captando cada vez nuevas imágenes, y por fin vio a su padre asomado a la ventana.

—¡Ahí viene ese imbécil!

A lo mejor tenía razón: llevaba la camisa rota, la rodilla desollada, la blusa llena de sangre y ahí estaba, parado delante de la cruz del mercado, mirando y sintiéndose el ojo. Sin duda, todo eso tenía que ponerle malo a su padre.

—¡Hacerle eso a tu madre! —oía que le decían, y luego venían los palos.

—¡Qué daño! —exclamaba John, pues el padre tenía que enterarse de que sus esfuerzos surtían efecto.

Su padre pensaba que tenía que zurrarle bien a su hijo pequeño, a ver si espabilaba. El que no era capaz de luchar y ganarse la vida, se convertía en una carga para la comunidad. Eso se veía en los padres de Sherard, y desde luego no tenían nada de lentos. Tal vez hilando, o acaso doblando el espinazo en el campo. Seguramente su padre tenía razón.

En la cama repasaba las aflicciones del día. Le gustaba la calma, pero también había que saber hacer las cosas con rapidez. Si no se adaptaba, todo se volvería en su contra. Así que había que espabilarse. John se incorporó en la cama, apoyó las manos en las rodillas y hurgó con la lengua en la herida del diente para poder reflexionar mejor. Ahora tenía que estudiar la rapidez, como otras personas estudian la Biblia o el rastro de la caza. Un día sería más rápido que todos los que ahora le superaban. Me gustaría poder ir como una exhalación, pensaba. Me gustaría ser como el sol, que parece que corre por el cielo despacito. Sus rayos son tan rápidos como la vista. Al amanecer llegan de golpe a las montañas más lejanas.

—¡Rápido como el sol! —dijo en voz alta, y se dejó caer otra vez en la almohada.

Vio en sueños a Peregrin Bertie, el lord Willoughby de piedra. Tenía agarrado a Tom Barker para que no tuviera más remedio que escuchar a John. Tom no lograba zafarse.

Su rapidez no daba más que para unos cuantos movimientos insignificantes. John se quedaba mirándolo un rato y seguía preguntándose qué podría decirle.

2

El niño de diez años y la costa

¿A qué se debía? Quizá fuera una especie de frío. Las personas y los animales se ponían rígidos cuando tenían frío. O le ocurría lo que a los de Ing Ming, que pasaban hambre. Se movía a trompicones, así que debía de ser alguna falta de alimentación. Tenía que descubrir lo que era y comer de aquello. Mientras pensaba esto, John estaba encaramado a un árbol, junto a la carretera de Partney. El sol iluminaba las chimeneas de Spilsby, y el reloj de St. James, atrasado, por supuesto, marcaba las cuatro de la tarde. Los animales grandes, pensaba John, se mueven más despacio que los ratones o las avispas. A lo mejor era un gigante encubierto. Aparentemente era tan pequeño como los demás, pero al moverse ponía buen cuidado, no fuera a matar a alguien de un pisotón.

Bajó del árbol y volvió a encaramarse a él. Realmente la cosa iba despacio: la mano tenía que agarrar la rama y encontrar apoyo. Pero bueno, ya hacía rato que debería tener a la vista la rama siguiente. ¿Qué hacían sus ojos? Continuaban fijos en la mano. Pues bien, esa cosa de la vista. Aunque el árbol se lo conocía bien, no por ello iba más rápido. Sus ojos no se dejaban apremiar.

Ya estaba otra vez sentado en la horquilla de las ramas. Las cuatro y cuarto. Bueno, tenía tiempo. No venía a buscarle nadie, a lo sumo Sherard, y no lo iba a encontrar. ¡La diligencia, esta mañana! Sus hermanos se habían quedado mirándolo fijamente mientras trepaba al árbol, pues no tenían paciencia y no les gustaba ser hermanos suyos. John sabía que resultaba extraño verle hacer algo con prisas. Precisamente por los ojos desorbitados que ponía. Para él, el picaporte podía convertirse de pronto en el radio de una rueda con la cola de un caballo. Él, con la lengua que le salía por una esquina de la boca, la frente tensa, sin aliento, y los otros que empezaban a decir:

—¡Ya está deletreando!

Así es como denominaban a los movimientos que hacía. Su propio padre había inventado esa expresión.

Miraba las cosas con demasiada lentitud. Si estuviera ciego, habría quedado mejor. ¡Tenía una idea! Volvió a bajar. Se tumbó de espaldas y se estudió de memoria cada detalle del olmo, cada rama, cada asidero, de arriba abajo. Luego se tapó los ojos con una media, se agarró a tientas a la rama más baja y empezó a mover sus miembros mientras contaba en voz alta. El método era bueno, aunque un poco peligroso. En fin, todavía no dominaba al árbol, tenía que haber fallos. Se propuso volverse tan rápido que la lengua no diera abasto a contar.

Las cinco de la tarde. Se sentó jadeante y sudoroso en la rama y se subió un poco la media. No había que perder tiempo, lo justo para tomar un poco de aliento. Pronto sería el hombre más rápido del mundo, aunque disimularía astutamente y haría ver que no había cambiado. En apariencia, seguiría siendo duro de oído y hablaría con parsimonia, deletreando al andar y teniendo siempre buen cuidado de hacerlo todo con retraso. Pero luego montaría un espectáculo: «No hay nadie más rápido que John Franklin». Haría plantar una carpa en el mercado de caballos de Horncastle. Vendría todo el mundo a reírse de él, los Barker de Spilsby, los Tennyson de Market Rasen, el boticario Flinders de Donington, con su cara de vinagre, los Cracroft. ¡Los mismos de esta mañana! Por lo pronto, demostraría que podía seguir la conversación de la persona que hablara más deprisa, hasta en las expresiones más insólitas, y luego le respondería con tanta velocidad que nadie entendería una palabra. Actuaría con cartas y pelotas, hasta que a todos les salieran chiribitas. John memorizó otra vez las ramas y empezó a bajar. Le falló el último asidero y se cayó. Se levantó la venda de los ojos. ¡Siempre la rodilla derecha!

Esa mañana su padre había hablado de un dictador que había en Francia. Había caído y se había quedado sin cabeza. Cuando su padre bebía mucho Lutero y Calvino, John entendía bien lo que decía. Entonces le cambiaba hasta la manera de andar, como si temiera que la tierra fuera a fallarle de pronto o que el tiempo estuviera a punto de cambiar. Todavía tenía que enterarse de lo que era un dictador. En cuanto oía una palabra quería saber lo que significaba. Lutero y Calvino era cerveza con ginebra.

Se levantó. Ahora quería entrenarse a la pelota. Dentro de una hora quería tirarla contra la pared y ser capaz de cogerla de nuevo. Pero al cabo de una hora no había cogido la pelota ni una sola vez. En cambio, había recibido una paliza y tomado nuevas determinaciones. Se acurrucó en el umbral de su casa y empezó a cavilar.

Ya casi le salía eso de atrapar la pelota. Había encontrado un remedio muy práctico: quedarse mirando fijamente. No miraba la pelota cuando se elevaba ni cuando caía de rebote, sino que clavaba la vista en un determinado punto de la pared. Sabía que no iba a cogerla si la seguía con la vista, sino solo si se quedaba esperándola al acecho. La pelota estuvo varias veces a punto de caer en la trampa, pero luego todo había sido desgracia tras desgracia. Por lo pronto, oyó decir «¡Mellado!». Así lo llamaban desde el día anterior. Eran Tom y los demás, que solo habían venido a mirar un rato. Luego las risas. Cuando la gente se reía de él, John tampoco podía dejar de reírse, no era capaz de contenerse. Aunque mientras tanto le estuvieran tirando del pelo o le dieran patadas en la espinilla, no podía dejar de reírse tan deprisa. Eso era lo que le divertía a Tom, y Sherard no podía hacer nada por remediarlo. Luego le quitaron la pelota.

En el pasadizo que había junto a la casa de John estaba prohibido hacer ruido. El griterío hizo salir a Hannah, su madre, que andaba preocupada por el humor que pudiera tener el padre. Sus enemigos se dieron cuenta de que andaba y hablaba casi igual que John. Tampoco ella sabía enfadarse, y ello dio ocasión a que se mostraran insolentes. Su madre exigió que le devolvieran la pelota, pero ellos se la tiraron con tanta fuerza que no pudo cogerla. Los niños se habían vuelto grandes, no obedecían a los adultos cuando eran lentos. Entonces llegó el señor Franklin. ¿De quién se burlaban? De la madre. ¿A quién pegaban? A John. Al pobre Sherard, que miraba confundido la escena, le prohibió dejarse ver más por allí. Y así es como acabó todo.

Quedarse mirando las cosas fijamente se prestaba además a meditar. Primero John no veía más que la cruz del mercado, pero luego, en torno a ella, venían cada vez más cosas: las gradas, las casas y los carruajes. Lo contemplaba todo sin apremiar a sus ojos ni tener que ir saltando con la mirada de cosa en cosa. De pronto, en su cabeza se componía una gran explicación de todos los males, como si fuera una pintura, con las gradas, las casas y el horizonte al fondo.

Aquí lo conocía todo el mundo y sabían cuánto tenía que esforzarse. Prefería estar entre gente extraña, que tal vez se parecía más a él. Tenía que haberla, quizá muy lejos. Y allí podría estudiar mejor la rapidez. Además, le gustaría ver el mar. Aquí no iba a llegar a nada. John estaba decidido: ¡esta noche! Su madre no podía protegerlo, ni él tampoco a ella. Más bien le acarreaba nuevos disgustos.

—No es fácil aguantarme —murmuró—. ¡Cambiaré y entonces será otra cosa!

Tenía que marcharse. Hacia el este, a la costa, de donde venía el viento. Ya empezaba a ponerse más contento.

Un día volvería, como Tommy, el del libro, ligero y ágil, cubierto de ricos vestidos. Iría a la iglesia y, en medio de la función, gritaría:

—¡Alto!

Todos los que le hubieran dado disgustos a él o a su madre abandonarían el pueblo voluntariamente, y su padre caería y se quedaría sin cabeza.

Al amanecer salió sigilosamente de casa. No pasó por la plaza del mercado. Atravesó los establos y salió directamente al campo. Lo buscarían. Tenía que pensar, por tanto, en no dejar huellas. Cruzó por Ing Ming. No quiso despertar a Sherard; era pobre y habría querido irse con él. Además, era demasiado pequeño como para que lo cogiera ningún barco. John llegó a los establos de Hundleby. Aún se sentía la humedad de la madrugada y la luz era muy tenue. El extranjero despertaba su curiosidad y tenía bien pensados sus planes.

Metido por una acequia llegó hasta el arroyo Lymn. Pensarían que había tomado el camino de Horncastle y no el del mar. Dando un amplio rodeo cruzó por las afueras de Spilsby hacia el norte. Cuando salió el sol, atravesó el río Steeping por un vado, con los zapatos en la mano. Ahora ya estaba lejos del pueblo en dirección al este. Como mucho, podía toparse con el pastor en las colinas, pero dormía toda la mañana, fiado en su opinión de que el amanecer era cosa de los animales del bosque. El pastor disponía de mucho tiempo y le gustaba pensar, sobre todo con el puño apretado. A John le resultaba simpático, pero hoy era preferible no encontrárselo. A lo mejor pretendía entrometerse. Un adulto pensaba de forma muy distinta a un niño sobre eso de escaparse de casa, aunque no fuera más que un pastor dormilón y rebelde.

John atravesó con gran esfuerzo bosques y prados, evitando los caminos y salvando vallas y setos. Tras cruzar la espesura y salir a un claro entre los matorrales, se topó con el sol. Primero le chocó la luz y luego notó el calor, cada vez con más fuerza. Las zarzas le arañaban las piernas. Estaba más contento que nunca, pues ahora solo dependía de sí mismo. Entre las ramas, a lo lejos, oyó el eco de los disparos de una partida de caza. Dio un rodeo hacia el norte, atravesando los prados, pues no quería convertirse en una pieza a cobrar.

John buscaba un sitio en el que no lo consideraran lento. Aún debía de estar muy lejos.

No tenía más que un chelín, que le había regalado Matthew, el marino. En caso de apuro le darían por él un plato de asado con ensalada. También por un chelín se podía viajar unas millas en la silla de posta, sentado en el pescante o en el techo. Pero ahí arriba no tendría dónde agarrarse ni sería capaz de agachar la cabeza cuando tuvieran que cruzar algún cobertizo demasiado bajo. Además, lo mejor era el mar y un barco.

Tal vez sirviera para piloto, pero los demás tendrían también que fiarse de él. Unos meses antes se habían perdido en el bosque. Solo él, John, había observado las variaciones más imperceptibles del paisaje, la posición del sol, las subidas del terreno: sabía por dónde volver. Les trazó un dibujo en el suelo, pero ellos no quisieron ni mirarlo. Tomaron unas decisiones precipitadas, que con la misma rapidez se vieron revocadas. John no podía volver solo, no le habrían dejado irse. Se deslizó preocupado hasta la última fila, detrás de los reyezuelos del patio de la escuela que debían todo su prestigio a su rapidez, pero que ahora no sabían cómo salir del atolladero. De no ser por el tratante escocés, habrían pasado la noche al raso.

El sol estaba ya en el cenit. A lo lejos, un rebaño de ovejas ocupaba la ladera septentrional de una colina. Cada vez había más acequias y el bosque era menos tupido. Miró a lo lejos la llanura y divisó unos molinos de viento, senderos y casas señoriales. El viento refrescaba y las bandadas de gaviotas eran cada vez más grandes. Saltó con gran prudencia una cerca tras otra. Las vacas se acercaban bamboleándose y agachaban la cabeza para ver quién era.

Se tumbó detrás de un seto. El sol inundaba sus ojos, atravesando sus pestañas cerradas con un fuego rojizo. Sherard se sentirá engañado, pensó. Volvió a abrir los ojos para no entristecerse.

Si se pudiera estar siempre allí tumbado, contemplando el paisaje como una piedra, durante siglos, viendo cómo de la hierba surgían bosques, y de los pantanos, aldeas y campos de labor... Nadie le haría preguntas, solo reconocerían que era una persona cuando se moviera.

Aquí, detrás del seto, lo único que podía oírse de las criaturas que poblaban la tierra era el lejano cacareo de las gallinas o el ladrido de un perro, y de vez en cuando algún disparo. A lo mejor se encontraba en el bosque con algún bandido. Entonces, adiós chelín.

John se levantó y siguió caminando por los médanos. El sol se hundía en el horizonte, por Spilsby. Le dolían los pies, y la lengua se le pegaba a la boca. Rodeó una aldea.

Había que vadear o saltar acequias cada vez más anchas, y él no sabía saltar bien. En cambio, ya no había setos. Siguió un camino que conducía a una aldea cuya iglesia se parecía a St. James. Desechó la idea de la casa de sus padres y del plato a la mesa. A pesar del hambre, pensó con satisfacción que ahora estarían esperándolo, ellos, que no sabían esperar, y acumulando reconvenciones que no podrían dirigirle.

La aldea se llamaba Ingoldmells. El sol se ocultaba. Una muchacha que llevaba una carga en la cabeza se metió en su casa sin verlo. Eso le hizo darse cuenta de que lo que buscaba estaba al otro lado de la aldea.

Aquí estaba la llanura plomiza, gigantesca, sucia y nublada como una enorme masa de pan, un poco amenazadora, como una estrella lejana vista de cerca. John respiró profundamente. Con un trotecillo irregular echó a correr tan rápidamente como pudo al encuentro de esa cosa enorme. Ya había encontrado el sitio que le correspondía. El mar era un amigo, lo presentía, aunque de momento no tuviera muy buena cara.

Oscurecía. John se acercó al agua. No había más que lodo, arena y algún pequeño reguero. Tenía que esperar. Tumbado detrás de una caseta para guardar las barcas, permaneció contemplando el horizonte negruzco hasta quedarse dormido. Por la noche se despertó rodeado por la niebla, hambriento y muerto de frío. Aquí estaba el mar, lo oía. Se acercó, inclinando el rostro hasta casi tocar la línea en que se confundían la tierra y el agua. No podía distinguirse fácilmente dónde estaba. Unas veces se encontraba en el mar y otras en tierra. Daba que pensar. ¿De dónde salía tanta arena? ¿Dónde se metía el mar cuando bajaba? Era dichoso. Le castañeteaban los dientes. Luego volvió a la caseta e intentó dormir.

Por la mañana dio una vuelta, correteando por la orilla y observando la espuma de la rompiente. ¿Cómo podría embarcarse? Rodeado de redes negras, que olían a podrido, un pescador reparaba su barca volcada. John tenía que pensarse bien las preguntas y ensayarlas un poco, para que el pescador no perdiera demasiado pronto la paciencia. A lo lejos divisó un barco. Las velas lanzaban destellos al sol de la mañana. El casco ya había desaparecido detrás del horizonte. El hombre vio la mirada de John, parpadeó y examinó el barco:

—Es una fragata, un guerrero.

¡Qué frase más sorprendente! Siguió trabajando. John se quedó observándolo y por fin formuló su pregunta:

—Por favor, ¿cómo puedo embarcarme?

—En Hull —dijo el pescador, y señaló con el martillo hacia el norte—. O en Skegness, al sur, pero solo si tienes suerte.

De un vistazo examinó a John de arriba abajo y con interés, según delataba el martillo detenido en el aire. De su boca no salió ni una palabra más.

El viento lo llevaba a empujones, pero John seguía caminando y tropezando hacia el sur. Tenía suerte, desde luego. ¡A Skegness! Apenas apartaba la vista de las olas que rompían sin parar contra la orilla. De vez en cuando se subía a uno de los diques de madera dispuestos en formación, escalonadamente, para impedir que el mar hiciera sus obras de arena. Constantemente veía aparecer nuevos regueros, charcos y pozas, que al instante volvían a convertirse en una llanura resplandeciente. Las gaviotas lanzaban gritos de júbilo:

—¡Eso es! ¡Adelante!

Sobre todo, no pedir limosna. A embarcarse inmediatamente. Allí le darían de comer. Una vez lo hubieran aceptado, daría tres veces la vuelta al mundo antes de que lo mandaran a casa. Las casas de Skegness resplandecían tras las dunas. Estaba débil, pero se sentía seguro de sí mismo. Se sentó un rato a contemplar las suaves ondulaciones de la arena, y su oído percibió las campanas de la ciudad.

La posadera de Skegness observó sus movimientos, lo miró a los ojos y dijo:

—No puede dar ni un paso más. Está medio muerto de hambre.

John se vio de nuevo sentado a una mesa, cubierta por un tosco mantel, ante un plato con una tajada de carne gruesa como una rebanada de pan. Podía quedarse con su chelín porque no había que pagar nada. La comida estaba salada y fría. Sabía a rancio, pero para su paladar era lo mismo que las campanas para el oído y las ondulaciones de la arena para la vista. Comió con alegría, sin que le molestara la curiosidad de las moscas. Se pasó sonriendo toda la comida. El futuro le mostraba una cara amable y opulenta, y parecía tan cercano como si lo tuviera en el plato. Se hallaba de camino hacia continentes extraños. Exploraría la rapidez y la estudiaría. Había encontrado una mujer que le había dado de comer. Tampoco podía faltar por allí un buen barco.

—¿Cómo se llama esto? —preguntó, señalando el plato con el tenedor.

—Es un plato consistente —dijo la posadera—. Chicharrones de cabeza de cerdo. Da fuerzas.

Ahora ya tenía fuerzas, pero no encontraba barco. No había suerte en Skegness. Chicharrones, sí; fragata, no. Pero eso no iba a arredrarlo. Cerca debía de estar Gibraltar

Point, y por allí pasaban muchos barcos que se dirigían a la bahía de Wash. Se daría una vuelta por allí. Quizá podría construirse una balsa y acercarse hasta la línea de navegación. Entonces lo verían y no tendrían más remedio que admitirlo a bordo. Echó a andar hacia el sur. ¡A Gibraltar Point!

Tras media hora de camino por la arena resplandeciente, volvió la cabeza. La ciudad flotaba otra vez en la bruma. Pero allí delante podía verse con toda claridad un punto que se movía. ¡Alguien se acercaba a toda velocidad! John observaba aquel movimiento con preocupación. El punto iba alargándose cada vez más en sentido vertical, y de vez en cuando trotaba. ¡No era una persona a pie! John avanzó apresuradamente a trompicones hacia una de las vigas que hacían de rompeolas y se aplastó tras ella contra el suelo hasta tocar la raya del agua, intentando cubrirse con la arena. Tumbado de espaldas, escarbaba con los talones y los codos, confiando en que en unas cuantas oleadas el mar lo cubriera con su larga lengua de cristal y no dejara ver más que la nariz. Ahora oía acercarse los ladridos de un perro. Contuvo la respiración y clavó los ojos en las nubes. Sus miembros parecían de madera, confundándose con el rompeolas. No se movió hasta que tuvo los aullidos de los perros pegados directamente a la oreja. Ya lo tenían. Ahora veía los caballos.

Thomas llegaba cabalgando desde el río Steeping, y su padre, desde Skegness, con los perros. John no sabía por qué Thomas lo agarraba violentamente del brazo. Luego llegó su padre y empezaron los palos, allí mismo, al sol de la siesta.

Treinta y seis horas después de que empezara su fuga, iba de regreso a casa, sentado delante de su padre sobre el caballo, que de vez en cuando tropezaba y se bamboleaba. A través de sus párpados hinchados contemplaba las lejanas montañas que volvían con él a Spilsby, como si le estuvieran haciendo burla, mientras los setos, arroyos y cercas que tantas horas le había costado sortear, pasaban ante sus ojos para nunca jamás.

Ya no tenía ninguna esperanza. ¡No iba a esperar a ser adulto! Encerrado en su alcoba a pan y agua, para que aprendiera, no estaba dispuesto a aprender nada. Contemplaba inmóvil siempre el mismo punto, sin ver nada. Respiraba como si el aire fuera barro. Solo parpadeaba de tarde en tarde, dejando que todo fuera como tuviera que ir. Ya no quería volverse rápido. Deseaba volverse lento hasta morir. Seguramente no sería fácil morir de disgusto sin más remedio, pero lo lograría. Fuera cual fuese el transcurso del

tiempo, él iría ahora voluntariamente con retraso, y pronto quedaría tan rezagado que creerían que estaba muerto. Lo que para los demás era un día, para él no duraría más de una hora, y las horas de ellos le parecerían un minuto. Ese sol suyo recorría el cielo, chapoteaba por los mares del Sur, volvía a trotar por China y rodaba por toda Asia como si fuera una bola. En las aldeas la gente gorjeaba y revoloteaba media hora. Eso era el día para ellos. Luego enmudecían y se hundían mientras la luna cruzaba remando el firmamento a toda prisa, porque el sol ya estaba otra vez, ahí, apremiándola por el lado opuesto. Se pensaba volver cada vez más lento. El relevo del día y de la noche, en definitiva, solo un parpadeo. Y por último, como lo tomarían por muerto, su entierro. John aspiró y contuvo el aliento.

La enfermedad se agravaba, y tenía fuertes cólicos. El cuerpo echaba todo lo que tenía dentro. La mente se ofuscaba. El reloj de St. James, que veía desde la ventana, no podía ya decirle nada. ¿Cómo se iba él a acoplar a un reloj? A las once y media volvían a dar las diez. Cada noche era la anterior. Si ahora moría, sería otra vez como antes de nacer. No habría existido.

Ardía de fiebre. Le pusieron cataplasmas de mostaza, le hicieron tragar infusiones de candelaria y linaza, y, entre una cosa y otra, papillas de cebada. El doctor ordenó que no se le acercara ningún niño; que comieran arándanos y frambuesas, que evitaban el contagio. Cada cuatro horas se acercaba a los labios de John una cuchara llena de unos polvos hechos a base de raíz de columbaria, cascarilla y ruibarbo seco.

La enfermedad no era una mala forma de recobrar la panorámica. Las visitas llegaban hasta los pies de su cama: el padre, el abuelo, luego la tía Eliza, incluso Matthew, el marino. Su madre estaba casi constantemente a su lado, muda y torpe, pero nunca sin hacer algo por él, y siempre tranquila, como si supiera que todo iba a arreglarse. Todos eran superiores a ella, pero todos la necesitaban. El padre acababa venciendo, pero siempre sin ningún provecho. Siempre quedaba encima, sobre todo en la conversación, incluso cuando quería decir alguna cosa amable:

—Dentro de poco estarás otra vez en la escuela de Louth. Aprenderás las declinaciones. Eso y mucho más te meterán en la mollera.

Amparado en su enfermedad, John estudiaba todo lo que se le venía encima. El abuelo era sordo. Miraba de forma desafiante al menor bisbiseo o si se hablaba cuchicheando. El que se atreviera a entender cualquier susurro era un traidor:

—¡Claro! ¡Así luego se acostumbra!

Mientras hablaba el abuelo, John podía mirar su reloj de bolsillo. En la abigarrada esfera llevaba un versículo de la Biblia: «Bienaventurados los...». Era una inscripción curiosa. De joven, contaba mientras tanto el abuelo, se había escapado de casa y había llegado a la costa. También a él lo pescaron enseguida. La narración se acababa tan bruscamente como había empezado. El abuelo puso la mano en la frente de John y se marchó.

La tía Eliza contaba su viaje desde Theddlethorpe-All-Saints, donde vivía, hasta Spilsby, en el que no había visto nada durante todo el camino. No obstante, siguió con su perorata como el que suelta la cuerda de una cometa. Con tía Eliza uno podía darse cuenta de que cuando se hablaba demasiado deprisa, el contenido de lo que se decía solía ser tan superfluo como la rapidez con que se expresaba. John cerró los ojos. Cuando por fin su tía lo notó, se fue exageradamente despacio, incluso algo molesta. Otro día vino Matthew. Hablaba de modo razonable y hacía pausas. No afirmó ni una sola vez que en el mar todo tuviera que hacerse deprisa. Solo dijo:

—En un barco hay que saber trepar y aprenderse muchas cosas de memoria.

Matthew tenía los dientes de abajo especialmente grandes, lo que le daba el aspecto de un mastín bonachón. Tenía una mirada penetrante y segura. Siempre estaba claro a dónde miraba y qué era lo que le interesaba realmente. Matthew estaba dispuesto a oír todo lo que le quisiera decir John, y esperaba pacientemente a que tuviera listas sus respuestas y las verbalizara. John tenía también muchas preguntas que hacerle. Anochece.

Cuando uno entendía las cosas del mar, eso era la navegación. John repitió esta palabra varias veces. Significaba estrellas, instrumentos y pensar con cuidado. Le gustó. Dijo:

—Me gustaría aprender a poner las velas.

Antes de irse, Matthew se inclinó hacia John:

—Ahora zarpo para la Terra Australis. Estaré fuera dos años. Luego tendré mi propio barco.

—Terra Australis, Terra Australis —repitió John.

—¡No te escapes otra vez! Puedes hacerte marino. Como eres bastante reflexivo tendrás que hacerte oficial; si no, será un infierno para ti. Procura aguantar la escuela hasta que vuelva. Te mandaré libros sobre navegación. Te cogeré en mi barco de guardia marina.

—Por favor, repítemelo —le pidió John.

En cuanto lo tuvo bien entendido, quiso otra vez volverse rápido.

–Ya va mucho mejor –anunció orgullosamente el médico–. No hay mala sangre que se resista a la cascarilla.

3

El doctor Orme

Todos los botones mal abrochados. ¡A empezar otra vez! ¿Llevaba bien anudada la corbata? ¿Llevaba los calzones correctamente abrochados? Antes del almuerzo, revista de la vestimenta por parte del celador. Suspense, sin desayuno. Por cada botón mal abrochado, capirotazo en la nariz. Por estar mal peinado, coscorrón. El cuello del chaleco sobre la casaca. Las medias bien estiradas. Al empezar la jornada ya acechaban los mayores peligros. Zapatos de hebilla, mangas de puño, casaca con faldones, y el sombrero. ¡Menuda trampa!

El vestirse ya constituía un buen ejercicio para lo que venía después. La escuela tenía sus inconvenientes, pero John estaba totalmente convencido de que en cualquier parte del mundo se podía aprender algo para vivir. ¿Y por qué no en la escuela? Incluso cuando no estaba de tan buen humor, ni se le ocurría escapar. Había que esperar...; si no por gusto, pues por prudencia.

De Matthew, ni la más mínima noticia todavía. Pero, ¿por qué? Dos años, había dicho, y aún faltaba mucho para que pasaran.

Aprender en clase. El aula era oscura, con las ventanas altísimas. Fuera arreciaba la tormenta del otoño. El doctor Orme estaba sentado como en una hornacina detrás de su escritorio, sobre el que había un reloj de arena. Todos los granos tenían que pasar por aquel estrechamiento y formar abajo el mismo montón que antes hacían arriba. El período transcurrido se llamaba clase de latín. Ya hacía frío y la chimenea estaba al lado del profesor.

Los alumnos mayores se llamaban moderadores. Se sentaban al final, junto a la pared, y vigilaban a los demás. Cerca de la puerta estaba el celador Stopford, que apuntaba los

nombres de los alumnos.

Cuando le dirigieron la pregunta, John estaba mirando los repliegues que formaba la oreja de Hopkinson. El sentido lo había captado, pero ahora, ¡cuidado! Cuando quería responder deprisa, se atrancaba y empezaba a tartamudear, y eso molestaba a sus interlocutores. Por lo demás, el doctor Orme lo había dejado ya bien claro la primera semana de clase:

–Quien responda correctamente no tiene que hacerlo además bonito. –Podía uno atenerse a ese principio.

Enunciar, conjugar, declinar, poner bien el caso. Una vez hechas estas tareas, disponía otra vez de tiempo para ocuparse de la oreja de Hopkinson o de la tapia que se veía por la ventana, con sus ladrillos húmedos y las enredaderas tremolando con la tempestad.

Estudiar durante el tiempo libre que tenían por la noche. Permitido tirar al arco en el patio. Prohibidos los dados y las cartas. El ajedrez, permitido. El backgammon, prohibido. Cuando le dejaban, John se iba a trepar a su árbol. De lo contrario, leía o hacía cualquier ejercicio. Muchas veces ensayaba la rapidez con el cuchillo: ponía una mano totalmente abierta y con la otra clavaba la punta en el vértice del ángulo que quedaba entre los dedos. El cuchillo lo había sustraído, la mesa quedaba marcada, y de vez en cuando se daba en los dedos. Pero bueno, no era más que la izquierda.

También escribía cartas a su madre o a Matthew. No había nadie dispuesto a mirarlo mientras escribía, y además era algo que le gustaba hacer, sobre todo en caligrafía. No había quien aguantara el espectáculo de ver cómo mojaba la pluma de ganso en el tintero y la escurría, o cómo dibujaba las letras y doblaba el folio para lacrarlo.

Era difícil cambiar en la escuela. Aquí era lo mismo que en Spilsby: todos conocían sus puntos flacos, nadie creía en los ejercicios que hacía, todos estaban convencidos de que siempre seguiría igual.

Aprender a tratar con los demás alumnos. También a bordo de un barco tendría que vérselas con un montón de gente, y, si había muchos a los que desagradara, resultaría difícil.

Los alumnos acababan siempre los deberes muy deprisa y enseguida conocían quién necesitaba más tiempo. Los nombres los decían siempre una sola vez. Si preguntaba, se

los delectaban. Pero cuando le delectaban deprisa era peor que si le hablaban despacio. Aguantar la impertinencia de los demás. Todos le lanzaban sus pullas a la menor ocasión: Charles Tennyson, Robert Cracroft, Atkinson y Hopkinson. Le daba la impresión de que siempre le miraban con un solo ojo, mientras con el otro se entendían perfectamente entre ellos. Si hacía algún comentario, torcían la cabeza, como diciendo:

—¡Me estás aburriendo, acaba de una vez!

El más difícil de todos seguía siendo Tom Barker. Si se le daba lo que exigía, hacía como si hubiera pedido algo totalmente distinto. Si se le hablaba, enseguida interrumpía. Si se le miraba, tenía siempre a punto una mueca. En el dormitorio, las camas de John y Tom eran vecinas, porque los dos eran de Spilsby. Compartían el baúl que había entre ellas. Cada uno podía ver lo que tenía el otro. Tal vez esto resultara una buena preparación para cuando embarcara. Allí también habría muchas estrecheces y quizás alguno no lo pudiera soportar.

No había nada que lo desanimara. Tenía el optimismo de un gigante. Cuando no podía superar los obstáculos, se limitaba a desecharlos. Pero casi siempre sabía arreglárselas. Se había aprendido de memoria más de cien expresiones, que tenía siempre dispuestas y le resultaban muy útiles porque eran tan corrientes que a muchos de sus interlocutores les daban valor para esperar un poco a que John llegara al meollo de su respuesta. «Si te parece», «cuánto honor» «sí, por supuesto», «muchas gracias por la molestia», eran frases que se podían decir con toda rapidez. También se conocía a la perfección a los almirantes. Se hablaba mucho de victorias, y por eso quería ser capaz de reconocer inmediatamente los nombres completos de los almirantes y saber decirlos de corrido.

También quería aprender a llevar una conversación. Por lo demás, le gustaba escuchar y le encantaba que los fragmentos que lograba captar tuvieran sentido. Debía tener mucho cuidado con los trucos. Decir simplemente que sí y hacer como que había entendido no valía de mucho. Casi siempre se esperaba algo de quien decía que sí. Pero si decía que no, entonces se ponían a preguntarle precipitadamente: «¿Y por qué no? ¡A ver!». Un no sin motivo se desenmascaraba incluso antes que un sí.

No pretendo convencer a nadie, pensaba, siempre que los demás no me convenzan a mí. Que me pregunten y esperen atentos mi respuesta. Eso es lo que debo procurar. Nada más.

El árbol. Para llegar allí se pasaba por el callejón del Evangelio, y luego por una calle que se llamaba del Cuello Roto. Mientras tanto, se había dado cuenta de que no se iba a volver más rápido trepando. Pero no por ello dejaba de ser útil el árbol. De rama en rama se podía meditar de forma coherente, mucho mejor que en tierra firme. Cuando no tenía más remedio que respirar cansado, veía un orden en las cosas.

Desde arriba se veía la ciudad de Louth: tejas rojas, cornisas blancas y diez veces más chimeneas que en Spilsby. Todas las casas se parecían a la escuela, solo que resultaban un poco encogidas. También les faltaba el patio cercado y el césped. La escuela tenía tres chimeneas muy altas y angulosas, como si dentro hubiera una herrería. La verdad es que se machacaba bastante.

«Día del correctivo». Había dos: el día del palo y el de la vara. ¿Era posible que creciera libremente una planta de la que se sacaba un bastón? También era muy raro que hubiera tantas denominaciones para referirse a los castigos. La cabeza se llamaba coco o caja de poeta; el trasero, registro; las orejas, cucharas; las manos, zarpas, y los que recibían los castigos, malefactores. John tenía ya bastante con las palabras normales, así que todos esos vocablos de más le parecían un despilfarro.

El castigo propiamente dicho lo ignoraba. La boca cerrada y la mirada dirigida a un punto cualquiera en la distancia eran la mejor manera de soportar los días del correctivo. Lo denigrante era que los moderadores sujetaban al delincuente como si fuera a salir corriendo. John también los ignoraba. Había también castigos extraordinarios por llegar tarde a la oración, trepar al árbol o ser pillado jugando a los dados. ¡Para eso estaban! El sello del colegio llevaba la inscripción: «*Qui parcit virgam, odit filium*», o sea, «El que emplea poco la vara, odia al niño». El doctor Orme decía que se trataba de bajo latín. «*Parcere*» rige el dativo.

El doctor Orme llevaba calzones de seda y vivía en la calle del Cuello Roto. Allí hacía lo que llamaban experimentos científicos con relojes y plantas. Coleccionaba ambas cosas con sumo celo. Según decían, uno de sus antepasados había sido uno de los famosos «ocho capitanes de Portsmouth». Aunque John nunca llegó a saber qué era lo que habían hecho esos capitanes, su benévolo maestro adquirió a sus ojos algo de navegante, y muchas veces lo miraba como si de un aliado secreto se tratara.

El doctor Orme no pegaba ni gritaba nunca. Tal vez le interesaran los niños menos que sus relojes. Dejaba que la disciplina indispensable la impusiera el celador, y él solo aparecía a las horas de clase.

Con las personas como Stopford era con quienes más ganas tenía John de aprender a tratar, pues no dejaban de ser peligrosas. Uno de los primeros días del curso había respondido a una pregunta del celador:

—¡Necesito un poco de tiempo para contestar, sir!

Stopford se puso furioso. Había delitos escolares que ni siquiera a él le hacían la menor gracia. Y pedir más tiempo, ¿qué disciplina era esa?

Thomas Webb y Bob Cracroft llevaban un voluminoso diario en el que todos los días apuntaban alguna cosa con letra caligráfica. En la tapa ponía «Aforismos y pensamientos», o «Frasas latinas usuales». Quedaba muy bien, y por eso John empezó a rellenar un grueso cuaderno con el lema «Frasas notables y construcciones que recordar». Copiaba en él citas de Virgilio y Cicerón. Cuando no apuntaba nada, dejaba el cuaderno en el fondo del arca, debajo de su ropa interior.

La cena. Después de una oración larguísima, nada más que pan, cerveza floja y queso. Les daban caldo de carne dos veces a la semana, y verdura nunca. Al que se le ocurriera meterse en el huerto a robar fruta, le tocaba palo. Atkinson contaba que en Rugby, hacía dos años, habían encerrado al rector en el sótano. Desde entonces les daban un trozo de carne tres veces por semana, y palo solo una.

—¿Sigue allí abajo? —preguntó John.

¡En la Armada hubieran organizado un motín contra los almirantes!

El dormitorio era grande y frío. Por todas partes se veían los nombres de antiguos alumnos que habían llegado a algo en la vida por haber estudiado aquí como era debido. Las ventanas tenían rejas. Las camas se alineaban en medio de la estancia, sin que hubiera ninguna pared a la que volverse en busca de protección, aunque fuera para quedarse mirando las musarañas o refugiarse a llorar. Había que fingir que se estaba durmiendo hasta que uno se quedaba dormido. La lámpara estaba siempre encendida. Stopford se paseaba arriba y abajo, vigilando dónde tenían las manos los muchachos.

Los viajes de John Franklin por debajo de las sábanas pasaban inadvertidos. Su parsimonia los hurtaba a la vista.

A veces estudiaba incluso antes de dormirse, repitiéndose lo que había aprendido, o bien hablaba con Sagals.

Ese nombre lo había soñado un día. Luego se imaginó a un hombre altísimo vestido de blanco y muy tranquilo, que lo observaba desde más arriba del techo y podía oír hasta los pensamientos más abstrusos. Con Sagals se podía hablar. Nunca desaparecía de repente. Él casi no hablaba. Solo una palabra de vez en cuando, cuyo sentido se captaba precisamente por lo ajena que era a las reflexiones de John. Sagals no daba consejos, pero a John le parecía poder reconocer en su rostro qué era exactamente lo que pensaba, al menos si se trataba más de un sí que de un no. También sabía sonreír amablemente por lo bajo. Pero lo mejor era que tenía tiempo. Sagals permanecía siempre allí arriba hasta que John se quedaba dormido. Además, Matthew iba a volver pronto.

Ahora ya sabía algo de navegación. Había empezado por el *Tratado de teoría y práctica de navegación*, de Gowers. La tapa llevaba pegado un pequeño barco con vergas regulables y timón móvil. Con él aprendió John a orzar y a empopar. El mismo libro era el mar, un agua que se podía abrir y cerrar. Había leído El *navegante práctico*, de Moore, y había intentado habérselas con Euclides. El cálculo le resultaba fácil si no le metían prisa. A menudo confundía los más y los menos. Siempre se quedaba con la duda de si era realmente importante la diferencia entre esos signos tan pequeños. Ya era capaz de calcular la deriva de un barco, los errores de la brújula, y la altura meridiana. En primavera, dijo más de cien veces a las glaucas hojas de los árboles:

—¡Trigonometría esférica! ¡Trigonometría esférica!

Quería pronunciar sin equivocarse el nombre de su materia.

Iba a venir un nuevo profesor, un joven llamado Burnaby. A lo mejor daba clase de matemáticas.

Navegación. Cuando en Louth se utilizaba esta palabra, se pensaba en el canal interior que comunicaba el Lud con la desembocadura del Humber. ¡Esa era toda la idea que se tenía en Louth! Y eso que el mar estaba a solo medio día de camino. Tras una nueva conversación con Sagals, John resistió a la tentación. Seguiría esperando a Matthew.

Además, quería convencer a Tom Barker para que se enrolara también en la marina.

Ahora solo escribía en el cuaderno frases inglesas para uso personal, explicaciones de su propio criterio y su sentido del tiempo, con la intención de soltarlas de corrido en caso necesario.

Atkinson y Hopkinson habían estado con sus padres en el mar. Hopkinson dijo que en los barcos no había reparado; pero, en cambio, contó que había visto máquinas para bañarse. Se trataba de unas cabinas sobre ruedas que eran arrastradas hasta el mar por un caballo, para que el bañista pudiera tirarse al agua sin que lo vieran. Y que las señoras se bañaban en sacos de franela. ¡Qué cosas le interesaban a Hopkinson! Atkinson hablaba exclusivamente de una horca en la que habían colgado a Keal, el asesino de Muckton. Lo descuartizaron y luego lo tiraron para que se lo comieran los buitres.

—Por supuesto —respondió cortésmente John, aunque un poco desilusionado.

Atkinson y Hopkinson no daban ningún prestigio a una nación de navegantes como la suya.

Andrew Burnaby tenía siempre una sonrisa plácida en los labios. El primer día dijo que estaba a disposición de todos, especialmente de los más débiles, de modo que John tuvo ocasión de ver a menudo su sonrisa. Resultaba siempre un poco trabajoso, pues cuando se está a disposición de todo el mundo no se tiene mucho tiempo. A Burnaby no le gustaban demasiado los castigos corporales. En cambio, tenía la ambición de aprovechar al máximo el tiempo. Las horas del reloj de arena habían perdido su significado. Ahora era cuestión de minutos y segundos. Para contestar a sus preguntas ponía tácita o explícitamente un límite de tiempo, y, si no se respondía en su debido momento, había que acabar el problema fuera de plazo. John transgredía siempre ese límite y a menudo respondía inesperadamente a la pregunta anterior, cuando ya no tocaba. Lo cierto era que no reparaba en obstáculos con tal de hallar la solución, aunque fuera a destiempo. Había que mejorar. En su cuaderno de frases anotó: «Todo tiene su momento; a su debido tiempo o con retraso». Y debajo puso: «Sagals, libro I, capítulo III», para que pareciera una cita famosa. Ahora ya no ponía el cuaderno debajo de su ropa interior, sino que lo dejaba encima para que estuviera bien visible. Que lo leyera Tom con toda tranquilidad. ¿Lo haría?

Era el tercer domingo de Pascua y llovía. John se fue con Bob Cracroft a la feria anual. Las lonas de los puestos estaban chorreando y todo el tiempo había que ir sorteando los charcos. John no estaba contento porque pensaba en Tom Barker y en sí mismo. Si entre nosotros se diera el hombre ideal y no hubiera vivido solo en Grecia, tendría unos miembros largos y tersos, reiría suavemente y sería tan normal como Tom Barker. Desde que sentía admiración por Tom, se veía a sí mismo con cierta antipatía. Por ejemplo, su manera de andar, con las piernas abiertas, los ojos saltones y la cabeza inclinada, como un perro. Sus movimientos estaban como pegados al aire y al hablar parecía un hacha golpeando sobre el tajo. No había mucho de qué reírse, pero en todo caso se reía demasiado. La voz se le había vuelto más ronca, como si tuviera un gallo en la garganta. Bueno, en el mar eso no tendría ninguna importancia. Pero había otra novedad, una cosa que aparecía siempre sin avisar, una hinchazón que tardaba bastante en desaparecer. ¡Hacerse notar precisamente en semejante parte! John estaba preocupado.

—Es normal —le había comentado Bob—. Apocalipsis, capítulo 3, versículo 19. «Yo reprendo y corrijo a cuantos amo».

Una prueba más de lo incomprensible que era la Biblia. John veía el tumulto de la feria y se quedó mirándolo fijamente, como si de coger una pelota se tratara. Junto a la cerca estaba Spavens, el cojo, que había escrito un libro con sus memorias de marino.

—¡Se acabó el dinero! —decía—. ¡Todo está el doble de caro y mi editor hace oídos sordos!

No lejos de él estaba el puesto de la rueda de la fortuna. Si giraba en torno a su eje con la suficiente rapidez, Arlequín y Colombina, que estaban pintados cada uno en un extremo, llegaban a juntarse formando una linda parejita. Eran cosas de la rapidez, pero ese día John se sentía demasiado torpe. Volvió junto a Spavens, que hablaba bastante despacio. Pronunciaba una palabra detrás de otra, como el que clava cuadros en una pared.

—¡La paz es cosa de Dios! —dijo, al tiempo que le goteaba la nariz—. Pero, ¿qué es lo que nos manda? ¡Guerra y carestía! —Estiró el muñón de la pierna, debajo de la capa, pegado al apéndice de madera pulida y untada de betún—. Victorias caras es lo que nos manda, para ponernos más a prueba.

Cada frase que pronunciaba la acompañaba de un golpe de su pata de palo. Ya había hecho un pequeño hoyo en la hierba, y salpicaba de barro las medias de los circunstantes con sus patadas. Bob Cracroft murmuró:

–Creo que no es muy objetivo.

Luego empezó a hablar de sí mismo.

En cambio, a todos les encantaba tener a John de oyente, precisamente porque preguntaba cuando no entendía algo. Hasta Tom había dicho:

–Si tú lo entiendes, es que debe de estar claro.

John se quedó pensando lo que quería decir con aquello y respondió:

–¡Pero nunca entiendo nada antes de tiempo!

Esta vez, John no era un buen oyente. Al otro extremo del mercado había divisado la maqueta de una fragata del tamaño de un hombre. Tenía el casco pintado de negro y amarillo, con todos los cañones, palos y cabos. Pertenecía al puesto de propaganda de la marina de guerra. John estudiaba cada detalle, y sobre cada uno hacía por lo menos tres preguntas. El oficial se hizo relevar al cabo de una hora y se metió en la tienda.

Por la noche, John anotó en su cuaderno: «Dos amigos, uno rápido y otro lento, son capaces de dar la vuelta al mundo. Sagals, libro XII». Una vez anotado, se lo dejó a Tom encima de la ropa interior.

Estaban a orillas de Lud, junto al molino. No había ni un alma en las cercanías. Solo de vez en cuando se oía chirriar algún carruaje que cruzaba el puente. Tom tenía un pie dentro del agua, uno de sus bellísimos pies. Decía:

–Se han peleado por ti.

Los latidos de su corazón resultaban visibles a ambos lados de su cuello. ¿Habría leído Tom sus «Frases notables»?

–Burnaby decía que eres de buena pasta, que tienes sentido de la autoridad y que valdría la pena que te dieran carrera. En cambio el doctor Orme te tiene por un empollón al que no se hace ningún favor enseñándole las lenguas clásicas. Quiere hablar con tu padre para que te enseñen un oficio. –Tom había estado espiando aquella tarde por la ventana abierta del Wheatsheaf Inn–. No lo he entendido del todo bien. De mí no han dicho ni pío. Burnaby decía... Bueno, yo pensé que te interesaría...

–Sí, sí, mucho –dijo John–. Gracias por la molestia.

–Burnaby hablaba de la buena memoria que tienes. Luego comentó que la libertad no es más que un estadio intermedio, no sé si eso se refería también a ti. Gritó hecho una furia: «Los alumnos me quieren». Creo que el doctor Orme también estaba furioso, pero

hablaba más bajo. Dijo algo de «a imagen y semejanza de Dios» y de «igualdad», y que Burnaby no estaba todavía maduro. O el tiempo. Hablaba bastante bajito.

Cruzó el puente el carruaje procedente de la ciudad. Fue entonces cuando John formuló su pregunta:

–¿Has leído mi libro?

–¿Qué libro? ¿Tu diario? ¿Para qué iba a hacerlo?

John se puso entonces a hablar de Matthew y a decir que estaba decidido a hacerse marino.

–Matthew está enamorado de mi tía. Me llevará con él, y a ti también.

–¿Para qué? Yo me haré médico o boticario. ¡Si quieres ahogarte, hazlo tú solo!

Y como para reforzar su afirmación, Tom sacó su bellísimo pie de las aguas del Lud, en las que desde luego no había quien se ahogara, y se puso otra vez la media.

Últimamente, Burnaby daba clase de matemáticas todos los sábados. El que John supiera ya tanto no pareció hacerle demasiada gracia, pero siguió con su sonrisa. Cuando John descubría algún fallo en las explicaciones de Burnaby, solía suceder que el profesor empezaba a hablar de la educación, instándoles encarecidamente o bien algo dolido, pero siempre sonriente. John intentaba entender lo que era la educación, pues realmente le habría gustado ver contento a Burnaby.

El doctor Orme asistía los sábados a clase. Probablemente sabía más matemáticas que Burnaby, pero un artículo de las constituciones de la escuela le prohibía enseñar otra cosa que no fuera religión, historia y lenguas.

De vez en cuando sonreía satisfecho.

John Franklin estaba en el calabozo. Había agarrado a uno que le había vuelto la espalda lleno de impaciencia, sin esperar a oír el final de su respuesta, y la había emprendido a puñetazos con él, sin reparar en que se trataba de Burnaby.

–No puedo soltarlo –había alegado John–. Ya sea una imagen, una persona o un profesor, no puedo soltarlo.

En cambio, Burnaby había llegado a la conclusión de que se le debía castigar severamente.

El calabozo era el castigo más severo. Pero no para John Franklin, que podía quedarse esperando como una araña. ¡Lástima no tener algo que leer! Por entonces le encantaban los libros, fueran de lo que fuesen. El papel sabía esperar y no atosigaba. Conocía a Gulliver, a Robinson y la biografía de Spavens, y últimamente había leído Roderick Random. Al pobre Jack Rattlin casi le habían cortado la pierna rota. El médico de a bordo, el inútil Mackshane, probablemente un católico disfrazado, le había puesto ya el torniquete cuando apareció Roderick Random y le sujetó el brazo. El muy chapucero se retiró lanzándole una mirada asesina, y seis semanas más tarde Jack Rattlin se reincorporaba a su labor con las dos piernas sanas y salvas. Buen argumento contra cualquier medida precipitada.

—Hay tres momentos: a su debido tiempo, con retraso y demasiado pronto.

John tenía intención de anotarlo en su cuaderno en cuanto saliera.

El calabozo era muy poco acogedor. Tenía todavía el frío del invierno incrustado en sus ladrillos. Echado sobre sus espaldas, John conversaba a través de la bóveda con Sagals, la mente que había escrito todos los libros del mundo, el creador de todas las bibliotecas.

Burnaby había gritado:

—¡Así me pagáis!

¿Por qué «pagáis» si solo había sido John el que le había agarrado de las solapas? Y Hopkinson había murmurado lleno de respeto:

—¡Chaval, qué fuerte eres!

No podría seguir en el colegio. ¿Dónde iba a esperar a Matthew? Hacía tiempo que debería haber aparecido. Lo mejor era escaparse en cuanto pudiera. Escondarse en una barcaza, bajo la lona, entre el trigo. Que pensarán que se había ahogado en el Lud.

Podía empezar en el puerto de Hull, a bordo de un velero del carbón, como el gran James Cook.

Con Tom no había que contar. ¡Sherard Lound sí que lo habría acompañado! Pero ahora estaba cavando en los campos de remolacha.

Mientras consultaba a Sagals, se abrió la puerta del sótano y entró el doctor Orme, con la cabeza hundida entre los hombros, como para dar a entender que un calabozo no era el sitio adecuado para un profesor.

—Vengo a rezar contigo —dijo el doctor Orme. Miraba atentamente a John, pero con amabilidad. De vez en cuando abría y cerraba los párpados, como si de ese modo

abanicara su fatigado cerebro—. Me han enseñado tus libros y tu diario —dijo—. ¿Quién es ese Sagals?

4

El viaje a Lisboa

¡Por fin estaba a bordo de un barco en alta mar!

—Y no he llegado demasiado tarde —musitó John sonriendo al horizonte.

Golpeaba una y otra vez la crujía con el puño, lleno de entusiasmo, como si quisiera imprimir a la nave un ritmo que la llevara cabeceando hasta Lisboa.

Ya no se divisaba la costa del Canal, y la niebla no era más que una franja brumosa. Los aparejos estaban tensos de la cubierta a los topes, o se cruzaban de un lado a otro, atrayendo cada vez más la vista hacia lo alto, hasta dolerle a uno el cuello de tener tanto tiempo la cabeza levantada. No era el barco el que llevaba los mástiles, sino las velas las que tiraban de él y lo levantaban. Parecía que la embarcación iba sujeta a ellas por mil cordajes. ¡Qué barcos tan bien aparejados había visto en el Canal, con nombres como *Leviathan* o *Agamemnon*! Después de las lápidas de St. James, no había visto un sitio más digno para poner letras que la proa o la popa de un barco. Por último, había surgido de la niebla un gigantesco navío de línea que a poco más los embiste a pesar de las campanas y sirenas.

Tenía a sus pies el mar, esa piel tan hermosa, la verdadera superficie del planeta. En la biblioteca de Louth había visto una esfera: los continentes, peludos y mellados, limitándose unos a otros y allanándose para ocupar la mayor parte posible del globo. En el puerto de Hull había observado cómo construían con vigas unas pirámides en el agua para demostrar el dominio de la tierra sobre el mar. Y las llamaban delfines, solo para crear más confusión. El marinero holandés había dicho:

—Eso no es un delfín, es un muerto.

Y como no hizo ninguna mueca ni guiñó ningún ojo, sino que se limitó a echar un escupitajo, como de costumbre, debía de ser verdad. John pidió que se lo repitiera y

aprendió el vocablo. Se enteró también de que el brazo de los franceses llegaba muy lejos, y de que desde la Revolución los espejos cóncavos de los faros los hacían de plata de ley. John se sentía bien. Quizá eso fuera ya la libertad completa.

En Hull había meditado largamente sobre la libertad ante el plato que le pusieron delante. Se poseía cuando no se tenía que decir previamente a los demás los propios planes. O cuando se guardaba silencio.

Libertad a medias, cuando había que decirlos con bastante antelación. La esclavitud era que a uno le dijeran previamente lo que tenía que hacer.

Todas sus reflexiones lo hacían llegar siempre a la conclusión de que más valía ponerse de acuerdo con su padre que hacer el pasmarote. Uno solo llegaba a guardia marina por recomendación. Como Matthew no había vuelto, no le quedaba más que su padre.

Enseguida pasaron los 3 grados de longitud oeste. Louth estaba en el meridiano cero, que cortaba precisamente la plaza del mercado. Bien sabía él que de no ser por el doctor Orme todavía seguiría allí, y no estaría viendo el mar sino los repliegues de la oreja de Hopkinson, que no pensaba más que en franelas.

El doctor Orme había cambiado el reglamento de la escuela. Ahora servían carne dos veces a la semana y había un nuevo celador que mantenía a raya a los moderadores.

¡El doctor Orme! John le estaba muy agradecido y sabía que siempre lo estaría. No había afirmado nunca que estaba a su disposición, ni había hablado para nada de amor ni de educación, pero se había interesado por aquel caso especial, por curiosidad y sin el menor rastro de compasión. Había examinado la vista y el oído de John, su facilidad de comprensión y su retentiva. Con el doctor Orme sentía que pisaba terreno seguro, pues no se interesaba por los alumnos, y cuando lo hacía era porque valía la pena. No decía nunca lo que pensaba. Cuando tenía alguna ocurrencia, sonreía enseñando sus dienteillos torcidos como para tomar aire después de una inmersión.

Empezó a soplar un ligero viento y John sintió frío. Bajó al camarote y se acostó en la litera.

El padre había dado su consentimiento tras una larga y rápida conversación con el doctor Orme. No obstante, murmuró entre dientes:

—... al primer temporal...

John sabía ya lo que pensaban. El doctor Orme creía que no aguantaría el vaivén de las olas y que entonces querría hacerse clérigo. Esos fueron sus argumentos. Su padre

esperaba que lo arrebatara una ola. Su madre deseaba que todo le saliera bien, pero no se lo dejaron decir.

La mirada de John empezó a atravesar el bao situado encima de su litera, y al poco rato se había convertido en el desaparecido Matthew, que andaba errante por la Terra Australis con un león. Luego era otra vez John Franklin, que explicaba a los habitantes de Spilsby cómo tenían que disponer sus campos para que la tierra se lanzara a toda vela. Pero el viento lo arrastraba todo. En los caminos se abrían grietas con estrépito. Todo reventaba y trepidaba horrorosamente. John se levantó sobresaltado y su cabeza chocó contra las vigas negras. El sudor cubría su frente. Junto al lecho había un cubo marinero de madera, con flejes de hierro, como si fuera un pequeño tonel, pero con el fondo de un ancho doble al de la boca. John se hallaba a bordo de un barco, en medio del golfo de Vizcaya, aguantando el temporal.

Nada de mareo. Ahora iba a resolver unos cuantos problemas de cálculo.

—¿Cuál es la hora de Greenwich —murmuró— cuando... —durante un momento se imaginó los firmes muelles y los macizos edificios de Greenwich, y luego los bancos, tan quietos y cómodos, desde los que se podía contemplar el tráfico naval. Pronto desechó esos pensamientos— cuando a los treinta y cuatro grados, cuarenta minutos de longitud este... —se inclinó fuera de la litera, agarrándose con una mano al borde y con la otra al cubo— son las ocho y veinticuatro de la tarde?

Jadeante, empezó a calcular el ángulo mentalmente. Le subía a la garganta todo lo que llevaba en su interior. ¡Vaya, pues tampoco servía la trigonometría esférica! La mente no era capaz de engañar al estómago, pobre viajero. Al cabo de un rato estaba tumbado más tieso que una vela, esparrancado de pies a cabeza, intentando descubrir qué era lo que lo ponía tan malo.

En torno al eje transversal del barco se producía un balanceo hacia adelante y hacia atrás cada medio minuto, aunque el ritmo era bastante irregular. La debilidad de su estómago tenía bastante que ver con ese movimiento, pero lo mismo ocurría con el entumecimiento de su cabeza, que poco a poco se iba volviendo tan torpe como el cubo que tenía a sus pies. Lo que en tierra iba perfectamente conjugado, sin mayor problema, se desacompasaba aquí en virtud de la inercia con la que reaccionara a los movimientos del barco: la cabeza antes que el cuerpo, el vientre antes que el estómago, y este más deprisa que su contenido. Luego se producía un bamboleo en el eje longitudinal de la nave, un escorarse y un girar que se combinaban de un modo distinto cada vez con el

sube y baja. El cerebro de John patinaba de un lado a otro, como un trozo de mantequilla en una sartén caliente, dándole la impresión de que se iba a disolver. En un último esfuerzo, intentó encontrar alguna regularidad a la que pudieran atenerse, como a un común denominador, cabeza, estómago, corazón, pulmones y todo el resto del cuerpo.

—¿De qué sirve que sepa definir la posición de un arco si no puedo aguantar sus movimientos? —sollozó, y siguió calculando con el cubo a mano—. Respuesta: las seis con cinco minutos y veinte segundos —musitó.

No reparaba en obstáculos con tal de acabar el problema que hubiera empezado a resolver.

Le dio la sensación de que el barco se hundía demasiado por delante. A lo mejor se había abierto en la proa una vía de agua. La presión de esta aumentaba cuanto más abajo se hallaba la brecha, según la raíz cuadrada de la altura. Por eso, cuando un barco se iba a pique, se hundía cada segundo un poco más. Sería mejor subir a cubierta.

Logró cruzar la puerta tras calcular bien el hueco. Una vez en cubierta, empezó una ardua lucha entre sus pobres manos y un cruel elemento que sin más preámbulos lo empujaba aquí, lo tumbaba más allá o lo aprisionaba a capricho entre el maderamen y el cordaje. Cada vez se veía en una posición distinta, y el brutal oleaje le echaba encima gigantescas bocanadas de agua. De vez en cuando veía hombres que se agazapaban, agarrándose a los cabos o a las tablas para buscar nuevo asidero en el instante preciso. Esa era la única forma de poder avanzar. Parecía que quisieran hacer creer al temporal que formaban parte del barco. Solo se atrevían a hacer un movimiento humano a espaldas de él. John escuchó un débil estallido y un furioso golpear y traquetear procedentes del palo mayor. En su oído resonaron gritos amortiguados por la galerna. Además, llevaban puesta la gavia, así que se acabó. El mar estaba blanco como leche hirviente, y se levantaban unas olas en cuyo seno habrían cabido pueblos enteros.

De repente lo atenazaron dos manos poderosas que no eran las del temporal. Lo precipitaron bajo cubierta a una velocidad comparable a la de la gravedad. El único comentario fue una maldición. El cubo del camarote se había volcado a pesar de la anchura de su fondo. El estado de John era de nuevo tan lamentable como el hedor que sentía.

—De todos modos —dijo mientras rodaba junto al cubo—, para mí está bien así.

Hinchó de aire sus pulmones para no dejar sitio al ahogo. Era un marino nato, estaba seguro.

—Es el mejor viento que se puede llevar —decía el holandés—, el portugués del norte, soplando siempre a popa. Vamos a más de seis nudos.

De haberlo dicho cualquier otro, John no habría podido entender el nuevo vocablo, pero el holandés sabía que su interlocutor lo entendía todo cuando se le hacían las debidas pausas. Además, los dos disponían ahora de mucho tiempo, pues el marinero se había dislocado el tobillo durante el temporal.

El tiempo siguió soleado. A la altura del cabo Finisterre vieron a la deriva el mástil de un barco, cubierto de cangrejos desde hacía por lo menos tres años, si no se equivocaba el capitán.

Por la noche se acercaron a un faro.

—Es Burlings —oyó decir John—. Una isla con fortaleza y faro.

Percibió entonces algo que lo hizo acordarse de las teorías del doctor Orme: el rayo de luz daba vueltas a la punta de la torre, como si fuera un candelabro giratorio. John veía que el rayo se movía, pero la luz seguía viéndose al fondo, a la derecha, cuando ya había girado por la izquierda, y luego seguía allí cuando aparecía otra vez por la derecha. Pasado y presente. ¿Qué había dicho de eso el doctor Orme? La luz era el presente más absoluto cuando sus reflejos herían directamente la pupila de John. Pero el destello que seguía viendo debía de haberse producido ya antes. El único sitio donde seguía brillando era en sus ojos. ¡Una luz del pasado!

Entonces llegó el holandés.

—¡Burlings, Burlings, Burlings! —gruñó—. ¡La isla se llama Berlengas!

John seguía con la mirada clavada en el faro.

—Veo una ráfaga, y no un punto de luz —explicó—, y solo es presente cuando destella.

De pronto se despertó en él una terrible sospecha: ¿no llevaría su vista toda una vuelta de retraso? En tal caso, ese fulgor no provendría de la vuelta actual, sino de la anterior.

Las explicaciones de John duraban ya demasiado. Incluso al holandés le resultaban demasiado largas.

—Yo lo veo de otra manera —apostilló—. Un marino debe confiar en su vista tanto como en sus brazos o en...

Enmudeció. Cogió su muleta y se fue bajo cubierta arrastrando la pierna hinchada. John permaneció arriba. ¡Berlengas! La primera costa extranjera fuera de Inglaterra. De

nuevo se sentía bien. Posó triunfante el puño sobre la toldilla. Ahora iba a cambiar todo. Hoy un poco y mañana por completo.

Gwendolyn Traill era delgada, tenía los brazos blancos, el cuello pálido e iba envuelta en unas ropas con tanto vuelo que John no podía hacerse una idea exacta de su figura. Llevaba medias blancas, tenía los ojos azules y el cabello rojizo. Hablaba precipitadamente, cosa que ni a ella misma le gustaba, como bien notó John, pero lo consideraba algo imprescindible. Se parecía mucho a Tom Barker. Tenía pecas. John observaba cómo los cabellos de su nuca caían sobre su cuello de encajes. Ya era hora de acostarse con una mujer, para enterarse bien. Más tarde, cuando fuera guardia marina, ya se reirían bastante de él por ir siempre con tanto retraso. Así que en estos asuntos prefería ir adelantado. En ese momento el señor Traill estaba diciendo algo. Ojalá no fuera ninguna pregunta. Tenía que ver con una tumba.

—¿Qué tumba? —preguntó John.

Durante las comidas quería estar siempre atento, para causar buena impresión, pues el señor Traill se lo escribiría todo a su padre.

Gwendolyn se echó a reír, mientras su padre le dirigía una mirada de reconvención. La tumba de Henry Fielding. John replicó que no sabía quién era. Todavía no sabía gran cosa de Portugal.

Los bisbiseos y gangueos de la gente al hablar le resultaban insoportables. Los lisboetas hablaban como si temieran quemarse los labios por cada palabra que no pronunciaran de corrido, exhalando gran cantidad de aire con cada una de ellas. Además, de tanto como movían las manos parecía que las abanicaran o que se estuvieran batiendo con ellas. Una vez que se perdió en el acueducto de Alcántara y preguntó por el camino de vuelta, en vez de indicarle tranquilamente una dirección, que él habría seguido hasta llegar a casa de los Traill, empezaron a manotear y terminó encontrándose de nuevo en la plaza del monasterio del Corazón de Jesús. Claro, eran católicos. Eso todavía se podía soportar. Lo intolerable era que hicieran bromas sobre la poderosa Inglaterra y el despistado John. Los señores Traill se retiraron después de la comida. John se quedó a solas con Gwendolyn, que hablaba de Fielding, ensanchando las ventanas de su pecosa nariz, mientras su cuello se enrojecía. ¡Cómo era posible que no conociera a Fielding, el gran poeta inglés! Se hinchó como un globo, a punto de salir volando si no la sujetaban.

—Conozco a grandes navegantes ingleses —replicó John.

De James Cook, Gwendolyn ni siquiera había oído hablar todavía. Se echó a reír. John pudo ver cómo brillaban sus dientes. Su vestido crujía constantemente de tanto moverse. John oyó decir que Fielding había padecido gota. Cómo la hago callar de una vez, pensaba, y cómo le planteo lo de acostarme con ella. Empezó a preparar una pregunta, pero como Gwendolyn no hacía ni una pausa, acabó por distraerse. Luego la oiría de mil amores todo lo que quisiese, pero ahora que se callara de una vez. Hablaba de un tal Tom Jones. Probablemente otra tumba.

—¡Pues vamos a verla! —dijo sujetándola por los hombros. Pero se había equivocado. Ahora que la tenía cogida no hubiera debido decir nada de salir, sino darle un beso. Pero no sabía cómo se hacía. Había que planearlo mejor. La soltó. Gwendolyn desapareció diciendo precipitadamente alguna cosa, quizá sin intención de que la entendiera. Lo único que sabía John era que había perdido demasiado tiempo pensando. Ese era el maldito efecto que tenía el eco del que había hablado el doctor Orme: se quedaba colgado demasiado tiempo de las palabras, tanto de las propias como de las ajenas. Si uno se entretenía pensando cómo declararse, no habría mujer que se dejara convencer.

Por la tarde se fue a pasear con la familia Traill por unas callejuelas oscuras, inundadas por el tañido de las campanas. Subieron a la cima de una colina llena de construcciones y contemplaron el panorama de las casas, blancas como la esfera de un reloj recién estrenado, de una construcción simple y sin ornamentación, rodeadas de un campo que no era verde, sino ocre. El señor Traill estaba contando lo del terremoto que había habido muchos años atrás. Gwendolyn iba delante y se movía con donaire. Ponía en circulación toda clase de humores en el cuerpo de John, sin mirarlo siquiera.

Pero el plazo había expirado y ya había perdido la ocasión.

—Pensar está bien —había dicho su padre—, pero no tanto que vayan a hacerle la oferta a otro.

Con una vuelta de retraso, se tenía un presente demasiado corto, tan sutil como la raya que separa el mar de la tierra. Tal vez tuviera que intentar atrapar el momento oportuno, como si de una pelota se tratara: si recurría al truco de quedarse mirando fijamente, no tendría más que presentarse la ocasión, que él estaría preparado para cogerla, sin dar lugar a que se le escapara. Todo era cuestión de ejercitarse.

—Pronto se celebrará la fiesta de San Marcos —le contaba el señor Traill—. Llevan un toro ante el altar del santo y le ponen una Biblia entre los cuernos. Si se enfurece, a la

ciudad le esperan malos tiempos, pero si permanece tranquilo, todo va a ir bien, y lo matan.

Gwendolyn no era del todo inaccesible. A veces lo miraba. John notaba que en toda esa impaciencia que se imponía a sí misma había una especie de paciencia, tal vez exclusivamente femenina, a la que él no llegaba. De haber sido un marino menos dubitativo o un hombre más valeroso, es seguro que Gwendolyn le habría dado más tiempo. Como para reforzar esta idea, un enorme navío de tres puentes lanzaba unas larguísimas salvas de saludo en la Foz do Tejo, que a su vez eran contestadas por las baterías de costa. Gwendolyn y el mar. Pero no podían ser ambas cosas a la vez, pues cuando uno quiere sentarse entre dos sillas acaba con las posaderas en el suelo. Así que primero a hacerse oficial y a defender Inglaterra, y luego a acostarse con una mujer. En cuanto vencieran a Bonaparte tendría tiempo. Gwendolyn lo esperaría y se lo enseñaría todo. Hasta entonces, no tenía mucho sentido comportarse como un conquistador. Además, su barco zarpaba dentro de dos días.

—Bueno —dijo inesperadamente Gwendolyn después de comer—, vamos a ver la tumba del poeta.

Era tan obstinada y prudente como John en matemáticas.

En la tumba de Fielding crecían ortigas, como en las tumbas de todos los que se han distinguido por algo en la vida. John sabía eso porque se lo había dicho el pastor de Spilsby.

Miró con decisión a Gwendolyn para demostrar que era capaz de hacerlo con toda libertad, sin parpadear ni ponerse colorado. De pronto vio que tenía el brazo rodeando el cuello de la muchacha y sintió que uno de sus rizos le cosquilleaba la nariz. Ya volvía a faltarle todo un fragmento de lo que estaba pasando. Gwendolyn puso cara de asustada y colocó las manos entre su pecho y el de él. La cosa se ponía complicada. Fuera como fuese, pensó que se le presentaba la ocasión a pedir de boca y se decidió a formular la pregunta que con tanto miedo se había estado preparando:

—¿Te parece bien que nos acostemos?

—¡No! —exclamó Gwendolyn, que se le escapó de las manos.

Bueno, pues se había equivocado. John se sentía aliviado. Por fin había formulado su pregunta. La respuesta era negativa; pues bueno, de acuerdo. Pensó que era la prueba de que realmente tenía que decidirse por el mar. Ahora no deseaba más que zarpar y que empezara la guerra.

De vuelta a casa, Gwendolyn le resultaba totalmente extraña. Tenía el rostro tan liso, la frente tan ancha, y se le veían tanto los agujeros de la nariz... John volvió a pensar cómo era que el rostro humano tenía ese aspecto y no otro totalmente distinto.

También había oído decir al pastor de Spilsby que las mujeres tenían unas aspiraciones totalmente distintas a las de los hombres.

Desde el malecón, Lisboa brillaba como una nueva Jerusalén. El puerto. ¡Eso sí que era realmente el mundo! En cambio, Hull del Humber no era más que un simple atracadero de barcas descarriadas. Aquí había barcos de tres puentes y nombres dorados sobre el castillo de popa. Desde esas ventanillas artísticamente trabajadas, John quería contemplar un día el horizonte como capitán.

Su barco era pequeño. Pero flotaba como cualquier otro y tenía su capitán, como el más grande. Los marineros llegaban con retraso, guiados por los lugareños. Algunos llevaban tales borracheras que había que izarlos a bordo con el polipasto. Su padre tomaba de vez en cuando una copa de más, Stopford incluso algunas más, pero lo que estos marinos se metían entre pecho y espalda era otra cosa. Caían como fardos en la litera y no se levantaban hasta que ya habían levado anclas. Uno de ellos, que no iba tan borracho como los demás, le enseñó la espalda. Su piel morena estaba surcada de arriba abajo por unas cicatrices blancas, que parecían cráteres y escollos: tantos eran los jirones de piel que le habían arrancado y que luego le habían vuelto a crecer. La pelambrera que cubría su espalda, en otro tiempo uniforme, se había adaptado a aquel paisaje irregular y formaba un bosque con claros y espesuras.

El dueño de semejante espectáculo le dijo a John:

—Eso es la marina de guerra. ¡Por cualquier mierda sacan el látigo!

¿Que si ese castigo podía producir la muerte?

—¡Y cómo! —respondió el marinero.

Ahora ya sabía John que había cosas peores que el temporal. Ahí estaba el alcohol. También tendría que aprender a habituarse a él. Era propio de valientes. Pronto le ofrecieron un vaso.

—Prueba. Lo llamamos viento.

Era un caldo pegajoso, rojo y repugnante. John se echó al colete con forzada soltura dos tragos del brebaje y se puso a esperar la reacción. Se dio cuenta de que hasta

entonces no se encontraba muy bien. Vacío el vaso. Ahora veía las cosas de otra manera.

Las historias que allí escuchó sobre la marina de guerra no eran, desde luego, cosas de valientes.

Salieron mar adentro y navegaron unas doscientas millas a poniente, para no tener que cruzarse con el portugués del norte. Además, convenía dejar paso a los navíos de guerra ingleses que patrullaban a lo largo de la costa y que siempre tenían el capricho de aumentar su tripulación a costa de la de los mercantes, con la excusa de que iban demasiado cargados. Algunos de los que iban a bordo ya se las habían visto con ellos. Los habían cogido como fieras salvajes y se habían visto obligados a entrar en combate junto a ellos. A la primera ocasión, habían vuelto a escapar. Pues será que han tenido miedo, pensó John.

Al cabo de diez días ya estaban otra vez en el canal de la Mancha. Ahora el capitán le permitía muchas veces comer en su camarote, y además le regalaba uvas y naranjas. Por él supo que todo barco tenía una velocidad máxima que no podía sobrepasar ni aunque soplara el mejor viento, ni por mil velas que le pusieran.

John se fijaba con toda precisión en los trabajos de la marinería. También pidió que le enseñaran a hacer nudos. Se dio cuenta de que había una diferencia primordial: cuando uno practicaba, daba la impresión de que la cuestión era acabar los nudos cuanto antes, pero a la hora de la verdad lo más importante era que estuvieran bien apretados. John prestaba atención a las maniobras de las velas, para saber cuáles exigían realmente rapidez. A la hora de virar, estaba claro: el barco perdía marcha cuanto más tiempo llevara las velas contra el viento, así que había que bracear a toda prisa. Había más situaciones como esta. John decidió aprendérselas de memoria, igual que había aprendido a subirse al árbol.

Ahora todo dependía de su padre. Tendría que escribir al capitán Lawford y procurar un puesto de voluntario para su hijo. No era muy probable que lo hiciera. Sin embargo, había otra posibilidad: que apareciera Matthew y se lo llevara consigo.

John estaba de nuevo en casa. Matthew seguía sin dar señales de vida. No les gustaba hablar de ello, y en caso de que lo hicieran era solo para desanimar a John y que no se enrolara en la marina. Poco antes de que acabaran las vacaciones, los Franklin se

reunieron en torno a la mesa del comedor. Cuando tenía que tomar alguna decisión, el padre celebraba consejo de familia. Él era quien decía la última palabra, pero los demás hablaban tanto que conseguían disimular que en realidad no estaban diciendo nada.

—¿Embarcarse? ¡Una y no más! —sentenció el abuelo con voz firme. Seguramente debía de acordarse de que él nunca se había embarcado.

Pero John no necesitaba ningún apoyo porque inesperadamente sucedió algo importantísimo: su padre había cambiado de opinión. De repente se mostraba entusiasmado con la carrera de marino y se ponía de parte de John. También daba la sensación de que no le hacía falta convencer a la madre. Esta tenía una expresión de aliento y de alegría. Tal vez ese cambio de parecer del padre era incluso obra suya. Tampoco le hacía falta hablar, ni siquiera en los consejos de familia. Por un instante se sintió demasiado confundido para dar rienda suelta a su alegría.

Thomas no hablaba. Tan solo sonreía a regañadientes. Y su pequeña hermana Isabella lloraba fuerte, sin que nadie supiera por qué. Todo estaba decidido.

—Cuando en alta mar no entiendas una orden —comentaba Thomas lentamente—, di solo «sí, sí, sir» y salta por la borda. Seguro que siempre aciertas.

John llegó a la conclusión de que no le hacía falta dedicar mucha atención a esos comentarios.

Estaba deseando comunicarle a Sherard la novedad. Él sí que se alegraría, estaba seguro. Pero no había quien diera con él. El administrador de la finca le dijo que trabajaba en el campo, al igual que sus padres y los demás habitantes de Ing Ming. Pero no le quiso decir dónde. No le gustaba que se hiciera ninguna pausa mientras se estaba trabajando.

Ya era tarde. El coche estaba esperando.

Todavía le quedaba un año de escuela. Pero para alguien como John eso no era nada.

5

Copenhague, 1801

«La vista y el oído de John –escribía el doctor Orme al capitán– retienen cada una de las impresiones que reciben durante un tiempo considerablemente largo. La aparente confusión de su entendimiento y su inercia se deben solo al escrúpulo extremo con el que su cerebro percibe todo tipo de detalles. Su gran paciencia... –tachó otra vez esta última frase–. John es de toda confianza haciendo cálculos y sabe superar cualquier obstáculo gracias a la singularísima forma que tiene de plantear los problemas.»

La marina de guerra, pensaba el doctor Orme, será un tormento para John, pero no llegó a escribirlo. Al fin y al cabo, precisamente a ella iba dirigida la carta.

John no conoce la indulgencia consigo mismo, pensó.

Pero no dejó que la pluma tocara el folio, pues ser admirado por un profesor no sirve de mucho, y menos en la Armada.

Poco importaba que el capitán leyera las cartas antes de zarpar. Era John el que quería ir a la guerra a toda costa. Y el que fuera demasiado lento y no tuviera más que catorce años... ¿Qué podía escribir? Ya sabe en qué desgracia se mete, pensó. Cogió el escrito, lo arrugó entre sus manos y lo lanzó a la papelería. Agachó la barbilla y empezó a ponerse triste.

Por la noche, John Franklin permanecía despierto en la cama, repitiéndose a su ritmo los rápidos acontecimientos de la jornada. Eran muchos. ¡Seiscientos hombres en semejante barco! Y cada uno tenía un nombre distinto y se movía sin parar. ¡Y luego las preguntas! En cualquier momento podían hacerle una. Pregunta: ¿A qué servicio está usted adscrito? Respuesta: Cubierta inferior de baterías y práctica de velas, unidad del señor Hales.

¡Sir! No olvidar nunca el sir. ¡Muy peligroso!

Todos a la popa a la eje... e-je-cu-ción-del-cas-ti-go. ¡Lo que había que decir!
Ejecución del castigo.

¡Todos a poner las velas!

¡Rendir armas!

¡Zafarrancho de combate!

¡Todo cargado, sir! Zarpamos. Amarras.

¡Batería inferior, lista para el combate! Y prever siempre con precisión todo lo que pudiera sobrevenir.

—¡Apunte el nombre de este hombre, señor Franklin!

—¡Sí, sir! —Nombre... apuntar... ¡Rápido!

El color rojo de los interiores es para... para ¡evitar las salpicaduras de la sangre! No, ¡para disimularlas! La arena sobre cubierta es para evitar resbalar con la sangre. Todo tenía que ver con el combate.

—Saludos del capitán, sir. Haga el favor de acompañarme al primer puente.

Velas: sobre juanete mayor, de perico y de proa. Había otra que se enganchaba más abajo. Era capaz de determinar el ángulo de altura por las estrellas..., cosa que no le hacía ninguna falta. No le interesaba a nadie. Pero, ¿dónde va enganchado cada cabo? ¿El botalón se apoya en el estay de galope o viceversa? Obenques y popeses, drizas y escotas. Toda esa cabuyería sin fin, tan inextricable como la tela de una araña. Siempre hacía los amarres en el mismo sitio que los demás, pero ¿y si estaban mal? Él era guardia marina, equivalía a un oficial. Bueno, a repetirlo todo: vela mayor, gavia, juanete mayor...

—¡Silencio! —protestó el de la litera de al lado—. ¿Qué son esos cuchicheos por la noche?

—Batafiolés —murmuró John—, cangreja de mesana.

—¡Vuélvelo a decir! —dijo el otro pacientemente.

—Estay de trinquete, botavara, brioles de botavara, estays.

—Ah, bueno —gruñó su vecino—, pero ahora se acabó.

Siguió haciéndolo con los labios cerrados, sin poder evitar mover la lengua. Es que... Cuando se figuraba cómo llegar al tope del trinquete desde la base del palo, pasando por la cofa, la coza del mastelero y el mayete del juanete de proa, encaramándose siempre por fuera, pues un marinero solo lo hacía de esa forma...

¿Veía algún error? ¿Veía en qué radicaba, si es que no era más grave, al hacer su viaje fuera del barco? ¿Y qué haría, si no entendía algún detalle de los cabos de labor?

Se fijaba además en todas las preguntas que no habían encontrado respuesta hasta el momento. Bueno, pues tendría que hacerlas en el momento oportuno, y entonces se las tendrían que dar. La vela de un esquife era algo muy especial, ¿por qué? Iban a enfrentarse con los daneses, ¿por qué no contra los franceses? Tenía además que reconocer inmediatamente las preguntas que pudieran hacerle a él, John Franklin. Pregunta: ¿Qué servicio tiene a su cargo? Pregunta: ¿Cómo se llama su barco, guardia marina? ¿Cómo se llama su capitán? Si bajaban a tierra después de tomar Copenhague, habría almirantes por todas partes, tal vez incluso el propio Nelson. Nave *Polyphemus*, de la marina real, sir. Capitán Lawford, sir. Sesenta y cuatro cañones. Bien.

Para defenderse había aprendido de memoria verdaderas flotas de palabras y baterías de respuestas. Tenía que estar dispuesto a decir y a hacer cualquier cosa que pudiera sobrevenir. Si primero tenía que entenderlo, menuda pesadez. Si las preguntas seguían siendo para él solo una especie de señal y matraqueaba sin vacilar lo que le pedían, como una cotorra, no había nada que objetar, la respuesta pasaba. ¡Lo había conseguido! Un barco, definido por los límites del mar, se podía aprender. No obstante, no podía correr mucho. Y todo el día consistía en correr de aquí para allá, transmitir órdenes, echar otra vez a correr de un puente a otro..., y con esas escalerillas tan estrechas. Pero se había aprendido todos los caminos, incluso se los había anotado, repitiéndoselos cada noche durante las dos últimas semanas. Salía solo, siempre que no se le cruzara alguien de improviso. En ese caso, no había nada que hacer. Se seguía adelante sin más brújula, utilizándose cualquier disculpa formularia. Los otros aprendieron pronto que más les valía apartarse. Los oficiales no lo hacían de tan buena gana.

—Tiene usted que verlo así —le había dicho con gran esfuerzo tres días antes al quinto teniente, quien, después de su correspondiente ración de ron, se había prestado a escucharlo—. Todo barco tiene una velocidad máxima, que nunca puede superar por muchas velas que le quiera usted poner, sea cual sea el viento. A mí me pasa lo mismo.

—¡Sir! Cuando se dirija a mí, llámeme sir —respondió el teniente, no sin indulgencia.

Las explicaciones solían venir seguidas de alguna orden. A los dos días alegaba ante otro teniente que cualquier movimiento rápido dejaba en su vista una raya sobre el paisaje.

—Suba usted al tope del trinquete, señor Franklin. Y... ¿me gustaría ver una raya sobre el paisaje!

Mientras tanto, la situación iba mejorando. John se estiraba satisfecho en su litera. La travesía podía aprenderse. Lo que no eran capaces de hacer sus ojos y sus oídos, lo realizaba por la noche su mente. Su lentitud equivalía a una instrucción espiritual.

Lo único que quedaba era el combate. No era capaz de imaginárselo. Y con rápida decisión, se quedó dormido.

La flota atravesó el Sund. Ya faltaba poco para llegar a Copenhague.

—Vamos a enseñarles lo que es bueno —dijo uno que estaba de pie y tenía la frente muy alta. John entendió bien las palabras, porque las repitió varias veces. El mismo individuo le dijo—: Venga, anime usted a los hombres.

Algo ocurría con la gavia. Iban con retraso. Llegó la frase fundamental:

—¿Qué va a pensar Nelson?

Se quedó con aquellas dos frases por la noche y algún que otro vocablo bastante más difícil, como Kattegat, Skagerrak, cajetín de colores y pañol de cables. Después de la ración de ron le dijeron, en respuesta a una pregunta suya cuidadosamente formulada, que los daneses llevaban ahí semanas, reforzando las fortificaciones de Copenhague y armando naves de defensa.

—¿O es que crees que van a esperar a que nos sentemos con ellos en el ayuntamiento?

John no entendió inmediatamente lo que quería decir, pero se había acostumbrado a saldar cualquier respuesta que le diera en forma de pregunta o que acabara con una elevación del tono de la voz añadiendo automáticamente: «¡Claro que no!», con lo que su interlocutor quedaba momentáneamente satisfecho.

A media tarde ya habían llegado. Por la noche o a la mañana siguiente temprano atacarían las baterías y naves de los daneses. A lo mejor venía Nelson hoy mismo a bordo a echar una ojeada. ¿Y qué iba a pensar? La jornada acabó en medio de un enorme ajetreo: con un griterío tremendo, sin resuello, y los tobillos hechos polvo, pero sin rastro de miedo ni de enfados. John tenía la sensación de que iba a ser capaz de aguantarlo todo, pues siempre sabía lo que podía acontecer. Las respuestas eran sí o no, las órdenes mandaban arriba o abajo, una persona era sir o no lo era, su mente se topaba a cada paso con cabos de labor y jarcias muertas. Todo ello lo satisfacía plenamente. Había una

palabra nueva que ensayar: Trekroner. Se trataba de la batería más fuerte de Copenhague. Cuando ella empezara, es que empezaba la batalla.

Nelson no vino. La batería del segundo puente estaba lista, los fogones apagados, la arena esparcida por el suelo y todos los hombres en sus puestos. Había uno, colocado junto al cañón, que todo el tiempo enseñaba los dientes. Otro, que hacía de cargador, abría y cerraba las manos constantemente, quizá cien veces o más, y cada vez se miraba las uñas, para comprobar. Hubo uno en el combés que se asustó y gritó:

—¡Una señal!

Todas las cabezas se volvieron hacia él. Señalaba a popa, pero allí no pasaba nada. Nadie pronunció una palabra.

Y mientras los marineros experimentados sudaban de fiebre o miraban con ojos desorbitados, John gozaba de uno de los momentos que le pertenecían. Ahora podía ignorar la actividad desenfrenada y los sonidos, abstrayéndose en las variaciones que, por su morosidad, apenas eran perceptibles para los demás. Mientras el barco se deslizaba y todos se mantenían al acecho de la salida del sol y de los cañones de la Trekroner, él se recreaba en el movimiento de la luna y en cómo iban cambiando las nubes en la noche casi sin viento. Observaba impertérrito a través de la tronera. Respiraba hondo. Se veía a sí mismo como una parte más del mar. Los recuerdos empezaron a discurrir por su imaginación. Pasaban aún más despacio de lo que él solía ir. Veía una parroquia entera de mástiles, muy cerca unos de otros, y detrás de ellos la ciudad de Londres. Siempre que se juntaban tantos barcos parados tan cerca unos de otros, había una ciudad. Pendían centenares de cordajes, como una dilatada nube pintarrajeada sobre los edificios de la orilla. Las casas se apiñaban contra el Puente de Londres, como si fueran a echarse al agua y no quedarse atrás, vacilando solo en el último momento. De vez en cuando, había alguna que se precipitaba puente abajo, pero siempre que no la viera nadie. Las casa de Londres tenían un aspecto totalmente distinto del de las de su pueblo: eran pretenciosas, desabridas, a menudo arrogantes y, a veces, como muertas. Había visto incluso un incendio en los muelles, y a una dama que se hizo llevar hasta la ventanilla del coche casi todos los vestidos de una tienda, para probárselos dentro y no exponer al lodo sus zapatos. El tendero siguió como si tal cosa ante la portezuela del coche, respondiendo amablemente a todas sus preguntas. Y eso que tenía a otros clientes que atender. Se le veía tan calmoso que a John le pareció un compañero de fatigas, aunque barruntó en seguida que era un tipo rápido. Había una especie de

paciencia de tendero que le resultaba agradable, pero que nada tenía que ver con la paciencia suya.

En el coche había también una muchacha. Las muchachas inglesas de brazos blancos, delgadas, algo apocadas y pelirrojas, eran uno de los ocho o diez motivos por los que valía la pena tener los ojos bien abiertos. Thomas se lo había llevado a rastras, como hacen los hermanos mayores que tienen que ocuparse de los más pequeños y que por impaciencia acaban cogiéndoles antipatía. Habían comprado el tricornio, la casaca azul, los zapatos de hebilla, el petate y la navaja. Los voluntarios de primera tenían que comprarse el uniforme. Cuando subieron al monumento de Fishstreet Hill, llegó a contar trescientos cuarenta y cinco escalones. Era una primavera fría. Todo apestaba a carbonilla. A lo lejos se veían palacios circundados de verdes parques. Se fijó en un epiléptico que unas veces se daba de golpes en la frente y otras miraba a lo lejos con ojos desorbitados. Oyó decir que había salteadores de caminos, pero que en Tyborn había dispuesta una horca. Un guardia marina tenía que comportarse como un caballero, dijo su hermano mayor. Poco después vieron también una discusión en el mercado. Era por un pez, al que unos decían que habían inflado de forma artificial y otros, que no. Todo podía ser.

Desde todas partes se veían los mástiles de los barcos, por lo menos a partir de la verga del juanete. Los millares de chimeneas de la ciudad eran todos más bajos. Parecía casi inconcebible que las naves pudieran moverse en alta mar gracias al viento según unos planes bien previstos, por mucho que uno se supiera de memoria *El navegante práctico*, de Moore. Navegar era cosa de príncipes, y los barcos también lo parecían. Sabía bien lo que había que hacer hasta poder llegar a soltar todo el trapo. Primero había que construir el casco, con todo el maderamen bien curvado, cebado y atornillado, que había que cepillar cuidadosamente, calafatearlo y alquitranarlo, pintarlo con esmero y chaparlo a veces con planchas de cobre. La gran nobleza de un barco radicaba en los múltiples materiales que su construcción requería, y en el complicado proceso de elaboración que precisaba.

¡Buuum!

Era la Tre Kroner. ¡Empezaba el combate!

Comportarse como un caballero. Durante el cañoneo, estorbar lo menos posible. Correr del puente de baterías al castillo de popa y viceversa. Entender las órdenes cuanto antes y, de no ser posible, pedir con energía que se las repitan.

–Escuchad, muchachos –gritó el oficial de la frente alta–. ¡No debéis morir por vuestra patria! –Pausa–. ¡Pero ocupaos de que los daneses mueran por la suya!

Risas escandalosas. Eso era, así se enardecía a la gente. Por lo demás, la batalla resultaba dura. La Tre Kroner y el resto de la artillería golpeaban una y otra vez al unísono. Cuando se reacciona siempre con retraso, uno pierde los estribos en medio de tanto topetazo. Lo peor eran las andanadas que tiraban ellos mismos. Parecía que el barco daba un brinco cada vez. El orden seguía siendo el que se había estudiado, solo que ahora el objetivo era sembrar el caos en el contrario, y eso era a su vez lo que ocurría aquí, a cada golpe repentino de esos que tan poca gracia le hacían a John. De pronto, en el oscuro cañón de al lado, ofendía la vista el brillo de un profundo rasguño, casi un surco, como si le hubieran caído encima unas tenazas de una fuerza inmensa. Las repugnantes irisaciones de esa herida metálica se clavaban muy hondas en la mente. En un momento no quedaba nadie en pie. ¿Quién era aún capaz de levantarse? Las instrucciones las tenía bien aprendidas, pero ahora los trabajos extra le hacían atascarse, pues faltaba casi la mitad de la gente. Y luego la sangre. Ver a tantos hombres nadando en ella le daba a uno aprensión. Al fin y al cabo era sangre que le faltaba a alguien, que salía de las personas. Sangre por todas partes.

–¡Sin contemplaciones! ¡A las baterías! –Era el que antes había exclamado: «¡Una señal!». De repente, la tronera estaba más abierta que antes. El maderamen que faltaba estaba en medio del combés, cubriendo varios cuerpos. ¿De quiénes eran?

En cubierta le contaron que tres de los doce navíos habían encallado, pero la *Polyphemus*, no. Del flanco de otro barco que había al lado surgía una humareda blanca. La imagen quedó fija en los ojos de John. Retazos de madera de todas clases cruzaban a la velocidad del rayo por la cubierta de la *Polyphemus*, formando torbellinos que herían como hoces. John observó con preocupación que hasta los oficiales, siempre tan tranquilos, que nunca tenían que hacerse a un lado, ahora se apartaban de un salto indignamente. Su forma de actuar era correcta, desde luego, pero no dejaba de ser un movimiento degradante. Corrió a dar el parte.

Ahora los entrepuentes parecían otra cosa. Los obstáculos estaban en las paredes. Las vigas se desprendían y colgaban a la altura de su cabeza. Como no era capaz de apartarse ni de quedarse quieto, las astillas le producían arañazos, desollones y ampollas que sin duda le daban el aspecto de un héroe. Intentaba comportarse en todo momento como un caballero. Se podía perder un ojo fácilmente. El propio Nelson no tenía más que uno.

¿En qué estaría pensando ahora Nelson? Estaría en la popa del *Elephant*. Nelson se enteraba siempre de todo.

Se oían funcionar las bombas. ¿Habría un incendio? ¿Estaría el barco haciendo agua? Los hombres iban por la cubierta dando traspiés, como si estuvieran borrachos. El capitán estaba al pie del cañón y gritaba:

—¡Muramos todos juntos!

¡Qué distintas habían sido antes sus palabras! De pronto, al lado del capitán, desapareció la cabeza de uno de los que lo escuchaban, y luego todo él. John se sintió desgraciado. Se aturdí con todas esas alteraciones repentinas, ya fueran distribución de puestos, órdenes o sistemas de coordenadas. Resultaba duro notar constantemente que cada vez faltaba más gente. Era, además, como una hondísima humillación para una cabeza ver que perdía el cuerpo sin más preámbulos, a consecuencia solo de la acción de otro hombre. Y qué visión más triste, o más ridícula, era un cuerpo sin cabeza.

Cuando se vio de nuevo en la batería, de repente se produjo una hiriente claridad, acompañada de un gran estruendo: acababa de explotar una nave a su lado. Se oyó gritar «¡Hurra!» y escuchó varias veces el nombre de un barco. En medio de los hurras percibió un chirriar penetrante como un graznido, y luego un golpe seco: un barco danés que escoraba. Y por el boquete de la tronera entró alguien de un salto.

John percibió la imagen de una bota extraña, de color claro, que se colaba de pronto y se detenía de golpe. Sintió un movimiento rápido y amenazador que le impedía captar cualquier otra actividad, pues la imagen se había quedado detenida en su interior. Su cerebro pensó automáticamente: ¡Vamos a enseñarles lo que es bueno!, pues esta era la situación que le había venido a la mente la primera vez que oyera esa frase. Lo siguiente que vio fue la boca abierta del hombre y sus propios pulgares que atenazaban su garganta. Por alguna casualidad, lo tenía a su merced y ahora podía cogerlo, ¡él!

Cuando John agarraba a uno, no había escapatoria. Ahora, en la periferia de su campo visual, veía aparecer una pistola. La visión se paralizó al instante. No miró más. Prefirió no perder de vista sus fuertes dedos, como si así pudiera obligarlos a vencer a la pistola, que, a decir verdad, le apuntaba al pecho. En su cabeza empezó a imponerse una sola preocupación, que crecía constantemente, por encima de cualquier otra. No admitía límites, y acabó por explotar: podía apretar inmediatamente el gatillo y matarlo, y a él no le quedaría más que morir al instante o agonizar lentamente, comido por la gangrena. Ahí lo tenía, sin poder apartarlo. Lo tenía delante y no había escapatoria posible. De

repente, John sintió con toda claridad dónde tenía el corazón, como el que sabe que la muerte es una cosa perfecta. ¿Por qué no era capaz de tirar de un golpe la pistola, o de hacerse a un lado? ¡Era increíble, pero no podía! Lo tenía ahí, agarrado del cuello, y su único pensamiento era que si a uno lo estrangulan, no puede disparar una pistola. En cambio no era capaz de imaginar, por mucho que quisiera, que cuando uno está a punto de asfixiarse, lo primero que hace es justamente apretar el gatillo. Su cerebro se habría dado por muerto en este caso. La única idea que sentía con vida era que, para conjurar el peligro, tenía que apretar cada vez con más fuerza esa garganta. El otro seguía sin disparar.

Se trataba de un hombre demasiado viejo para ser soldado. Tendría más de cuarenta años. John no se había arrodillado nunca ni había tenido a sus pies a nadie que pudiera ser su padre. La garganta estaba caliente; la piel, blanda. John no había agarrado nunca a nadie durante tanto tiempo. Ahora sí que había un verdadero caos. Llevaba la batalla dentro de su cuerpo, pues los nervios de sus dedos sentían, a medida que apretaban, un espanto superior a aquel calor y a aquella blandura. ¡Sentían que la garganta chascaba! Vibraba, tierna y miserable, con un chasquido de una miseria profunda. Sus manos estaban espantadas, pero su cabeza, que temía la humillación de morirse, esa cabeza traidora que seguía equivocando las ideas, hizo como si no entendiera.

La pistola cayó por tierra. Las piernas dejaron de oprimir el suelo. El hombre ya no se movía. Una herida de bala en el hombro y sangre chorreando.

La pistola no estaba cargada.

¿Había dicho algo el danés? ¿Se había rendido? John estaba allí sentado, mirando fijamente la garganta del muerto. Había temido la humillación de una muerte violenta. Pero destruir un organismo por ir con retraso, por no haber perdido el miedo con la rapidez debida, casi era más que perder la cabeza. Era un envilecimiento, una impotencia aún más deprimente que la otra. Ahora que había sobrevivido y su cabeza debía dar salida a todos sus pensamientos, continuaba la batalla en su interior. Manos, muslos y nervios se rebelaban.

—Lo he matado —decía John temblando. El hombre de la frente alta lo miró con ojos de cansancio. Permanecía impasible—. No podía dejar de apretar —seguía diciendo John—. Fui demasiado lento y no pude dejar de hacerlo.

—Se acabó —contestó con voz ronca el hombre de la frente—. La batalla ha terminado.

John temblaba cada vez más y sus temblores acabaron en espasmos. Sus músculos se contrajeron en diversas partes formando islas de dolor, como si así quisieran acorazar su interior o echar fuera un zumo extraño que su piel exudaba.

—¡La batalla ha terminado! —gritó el que antes había visto la señal—. ¡Les hemos enseñado lo que es bueno!

Colocaron nuevas boyas. Los daneses habían quitado todas las señales de navegación para que los barcos ingleses se fueran a pique. La lancha de aviso avanzaba bordeando un banco de arena, justo al lado de la Trekroner, que yacía acribillada y hecha trizas. John se hallaba sentado en la bancada, sin prestar atención a lo que sucedía a su alrededor, con la mirada fija en tierra. La lentitud es mortal, pensaba. Y si lo es para otros, todavía peor. Deseaba ser un trozo de costa, un escollo de la ribera cuyos actos correspondieran siempre con exactitud a su verdadera velocidad. Un grito de atención lo hizo mirar hacia abajo: en el fondo del agua quieta y transparente yacían incontables víctimas, algunos con casacas azules, muchos con los ojos abiertos, mirando hacia arriba. ¿Terror? No. Estaban ahí, con toda naturalidad.

Él mismo era uno de ellos. Un reloj parado, eso es lo que era. Tenía más que ver con ellos que con sus compañeros de la lancha. La lástima era solo que hubiera tanto que hacer. Le pareció oír una orden, pero no la entendió. Después de tanto cañonazo no había quien entendiera una orden a la primera. Cuando iba a pedir que se la repitieran, le pareció que ya la había entendido. Se levantó y, una vez de pie, cerró los ojos y cayó de espaldas, muy despacio, como una escalera que hubieran dejado en posición demasiado vertical. Cuando se vio en el agua, le vino súbitamente a la cabeza esta pregunta: «¿Qué va a pensar Nelson?». Su maldita cabeza era lenta hasta para eso. No cesaba de repetir la pregunta. Y entonces los otros lo pescaron, antes de que pudiera empezar a imaginarse cómo se ahoga uno.

Por la noche clavaba la vista en el techo y buscaba a Sagals. Ya no lo podía encontrar. Un hijo más de Dios, tan solo y hundido como los demás. John rezó jaculatorias de velas, desde el foque hasta el sobrejuanete de perico. Cien veces por lo menos, del derecho y del revés. Recitó las jarcias muertas, desde el estay de sobrejuanete mayor hasta los popeses del sobrejuanete de perico, y los cabos de labor, desde la escota de mesana hasta la braza del sobrejuanete de proa. Juró por todas las vergas, desde el tope

del palo de mesana hasta el del trinquete. Dejó el barco listo para zarpar con todos sus masteleros, puentes, cuarteles y grados. El único que quedaba inextricablemente fuera de cuenta era él. Había perdido por completo la confianza en sí mismo.

–Supongo –dijo el doctor Orme cuando volvieron a verse– que estás triste por su muerte.

Lo dijo muy despacio. John necesitaba su tiempo. Luego empezó a temblarle la barbilla. Cuando John Franklin empezaba a llorar, tardaba siempre un rato. Lloró con fuerza hasta que sintió picores en la nariz y en la punta de los dedos.

–Así que te gusta el mar... –empezó a decir otra vez el doctor Orme–. No forzosamente ha de tener que ver con la guerra.

John dejó de llorar, al tiempo que se puso a meditar. Mientras tanto iba estudiando su zapato derecho. Sus ojos seguían incansablemente el brillante cuadrado de su hebilla: arriba a la derecha, de este lado hacia abajo; de abajo a la izquierda, y del otro lado hacia arriba, volviendo más de diez veces al punto de partida. Después clavó su vista en los zapatos lisos del doctor Orme, que no tenían ni botones ni hebilla, sino que dejaban el empeine libre, abrochándose por delante con un lazo. Finalmente dijo:

–En eso de la guerra me he equivocado.

–Pronto tendremos paz –replicó el doctor Orme–. No habrá más batallas.

SEGUNDA PARTE

John Franklin aprende el oficio

6

Rumbo al cabo de Buena Esperanza

Sherard Philip Lound, voluntario de diez años de edad a bordo de la *Investigator*, estaba escribiendo a sus padres.

«Sheerness, 2 de julio de 1801. Queridos padres.»

Se pasó la lengua por los labios y siguió escribiendo sin echar un solo borrón. Seguramente sería el señor Wright-Codd, el maestro, el que les leyera la carta.

«Esta será la travesía más larga que haya hecho el barco. Me alegro de estar a bordo, y además voy como voluntario de primera clase. El capitán me ha dicho que no tengo por qué estarle agradecido, y que ha sido John Franklin el que me ha recomendado. A mí también me gustaría ser capitán. Estuve con John en Londres. Después de Copenhague se ha vuelto todavía más lento y se le ve siempre cabizbajo, rumiando sus ideas. Por la noche sueña con los muertos. Es muy buena persona. Por ejemplo, me compró un petate exactamente igual que el suyo. Tiene forma de cono, con mucho fondo, y varios compartimientos. La parte de abajo está totalmente rodeada de un refuerzo muy grueso. Las asas son de cuerda de cáñamo fuerte. Estoy escribiendo sobre la tapa, que va cubierta de lona.»

Subió un poco más el pliego, se pasó la lengua por los labios y mojó la pluma. Todavía no llevaba más que media cara.

«Me ha regalado también unos trastos de afeitar, pues, según dijo, en la Terra Australis ya tendré ocasión de utilizarlos. Además me ha enseñado la ciudad. Aquí la gente no se saluda por las calles porque ni se conoce. La tía de John, Ann (Chapell), está también a bordo, pues ahora es la esposa del capitán. Se la lleva con él hasta el otro extremo de la tierra. Con frecuencia me pregunta si no necesito nada. Yo estoy muy

contento e ilusionado. Ahora voy a terminar, porque hay un montón de cosas que hacer en el barco.»

El capitán de aquel navío no era otro que Matthew, quien por fin había regresado, después de habersele dado por desaparecido durante tanto tiempo. John Franklin tenía ya quince años.

—No le va muy bien —comentaba el propio Matthew, quien, como ahora era su tío, lo protegía con mayor interés frente a todos los demás; por ejemplo, frente al teniente Fowler.

John se quedaba a menudo despistado en medio de cubierta, siempre donde estorbaba.

—No es ninguna lumbrera, que digamos —decía Fowler.

—Pero tampoco es malo —replicaba Matthew—. De momento solo está un poco sordo debido a la batalla.

Fowler pensó para sus adentros que hacía ya más de un mes que había tenido lugar esa batalla.

En la cubierta inferior, Sherard comentaba:

—John es enormemente fuerte. Estranguló a un danés con sus propias manos. ¡Ya era amigo mío de antes!

Cuando John se daba cuenta de que estaban hablando de él, lo pasaba aún peor. Ellos lo decían con buena intención y él no quería desilusionarlos, pero de nada le servía, y menos con semejantes alabanzas. Por la noche, cuando se le aparecían los ahogados en el fondo del mar, soñaba con una figura muy extraña, plana y simétrica, sin ángulos. Se trataba de una superficie agradable y ordenada que no era ni cuadrada ni tampoco totalmente circular, con su interior cuajado de dibujos uniformes. De repente, se convertía en una careta desencajada y tan espantosamente rota que acababa despertándose cubierto de sudor, con miedo a volver a dormirse. En el fondo, le amedrentaba más la figura plana y simétrica que la máscara horrible en que se transformaba.

La *Investigator*, llamada anteriormente *Xenophon*, era una corbeta achacosa. Como todavía estaban en plena guerra con Francia, el Almirantazgo no había podido prescindir de un barco mejor para mandarlo en un viaje de exploración.

—En cuanto oigo eso de «exploración» —decía el maestre de piezas Colpits—, ya sé de qué se trata: ¡darle a la bomba y sacar agua de la sentina! Si por lo menos no le hubieran cambiado el nombre al barco... Es un desafío más a la suerte.

El señor Colpits era agorero. En Gravesend se había hecho marcar todos los días nefastos de los próximos tres años. La astróloga le había advertido:

–Tenga cuidado de no naufragar. Si sale a salvo después de encallar, tendrá una larga vida.

No decía nada en favor del señor Colpits el hecho de que, estando todavía en Sheerness, toda la tripulación se hallara ya al cabo del asunto.

Cuando Matthew leyó el reglamento, antes de zarpar, levantó la mandíbula inferior y dijo en un tono muy alto:

–Lo único que nos dicen las estrellas es dónde se encuentra el barco. ¡Y nada más!

Casi toda la tripulación procedía de Lincolnshire. Era como si Matthew hubiera reunido a bordo de un solo barco a los pocos hijos de los campesinos del lugar que no tenían miedo al mar. Los gemelos Kirkeby venían de la ciudad de Lincoln y eran famosos por sus músculos. Habían arrastrado hasta la iglesia una carreta cargada hasta los topes, subiendo la cuesta de Steep Hill. Ni los propios bueyes habían sido capaces de hacerlo. Se parecían tanto que solo se diferenciaban por la manera de hablar. El comentario más normal de Stanley era:

–Es que me lo ha recomendado el médico.

Olof solo sabía decir:

–¡Bestial!

Todo era «bestial», ya fuera el tiempo, el tabaco, el trabajo realizado o la esposa del capitán.

También estaba Mockridge, el timonel bizco, con su pipa de barro. Tenía un ojo que hablaba y otro que tomaba nota. John entendía con frecuencia sus palabras antes de que abriera la boca, solo con mirar al ojo que tomaba nota. Pero casi siempre resultaba más seguro fijarse en el ojo que hablaba.

El señor Fowler y el señor Samuel Flinders eran tenientes, y al igual que tantos de su misma graduación, bastante altaneros. La tripulación los llamaba los barloventos, porque les gustaba darse muchos aires. A bordo de la nave iban setenta y cuatro hombres, tres gatos y treinta ovejas. A los tres días ya conocía John a todo el mundo, incluidas las ovejas, y sobre todo a los científicos: un astrónomo, un botánico y dos pintores. Cada uno tenía su criado particular. Nathaniel Bell era también guardia marina y aún no había

cumplido los doce años. Ya en el fondeadero de Sheerness fue presa de la nostalgia, pese a que fueron a despedirle sus tres hermanos mayores e hicieron todo lo posible por animarlo. Ni siquiera el familiar olor que despedían las ovejas lograba consolarlo. Lo único que conseguía era aumentar sus penas.

A juicio del señor Colpits, el estiércol de oveja podía ser de gran utilidad:

—Es lo mejor que hay para taponar las vías pequeñas de agua —decía sombrío—. Pero hay que contar con las grandes.

La *Investigator* era un barco de guerra. Por eso había también diez soldados de infantería de marina y un tambor. Iban al mando de un cabo, y este, a su vez, recibía órdenes de un sargento. Mientras estuvieron fondeados en el puerto hacían sus ejercicios a conciencia, y se pasaban tanto tiempo haciendo instrucción de un lado a otro de la cubierta que pronto entraron en conflicto con el contramaestre. El señor Hillier les hizo saber que necesitaba ese espacio para cosas más importantes. Ver izar y arrumar las provisiones era una actividad del gusto de John. ¿Dónde se colocaban los dos timones de repuesto? ¿Dónde se ponían las cincuenta cajas de tierra para las pruebas de botánica? ¿Era cierto que la galleta y la mojama debían alcanzar para año y medio, y el ron, para dos? John hacía sus cálculos. Los libros que había en el camarote, contando la *Encyclopaedia Britannica*, daban de sí para más de un año. ¿Dónde iban los regalos para los indígenas: quinientas hachas y segurres, cien martillos, diez toneles de clavos, quinientos cuchillos de mesa, trescientas tijeras, innumerables caleidoscopios de mil colores, anillos y pendientes, cuentas de cristal, cintas vistosas, agujas e hilo, y noventa medallas con la efigie del rey? Todo iba anotado en un doble registro, y el señor Hillier sabía hasta en sueños dónde estaba cada cosa. Matthew había sustituido parte de los cañones por ligeras carronadas, instalándolas incluso donde menos interceptaran el paso. Cuando el señor Colpits ponía cara de ir a hacer algún comentario al respecto, se le adelantaba Matthew y decía:

—¡Somos investigadores! El gobierno francés nos dará un salvoconducto.

La primera contrariedad. Matthew llevaba algún tiempo sin que nadie le dirigiera la palabra, y todos evitaban encontrarse con él, científicos, guardias marinas y gatos, incluido el cocinero.

Tenía buenos motivos para estar disgustado. En Sheerness, dos altos oficiales del Almirantazgo habían subido a visitar el barco. Hasta entonces Matthew había visto satisfechos la mayor parte de sus deseos: velas recién cosidas que golpeaban las jarcias como si fueran salchichas gigantes; un aparejo de buen lino del Báltico, no como el viejo, que estaba ya pasado. La proa relucía de cobre hasta más arriba de los escobenes, pues había que contar con los bancos de hielo. Pero entonces sus señorías vieron una camisa de mujer tendida de una cuerda. ¿Una mujer a bordo? ¿En una travesía tan larga?

—¡Imposible! —dijeron. Y Ann, contra la que ningún miembro de la tripulación tenía nada, tuvo que abandonar el barco. En cambio, había otras naves que no entraban en combate en las que se admitía a las mujeres sin poner ninguna objeción. ¡Héroes de retaguardia! ¡Y a él no le iban a permitir llevar a su querida esposa Ann, tan sana y reconfortante! El capitán estaba pálido de ira.

—¡Nunca más! —murmuró en voz baja, como solía hacer—. ¡Nunca más volveré a cumplir una de esas piojosas órdenes de la superioridad! ¡No pienso ni leerlas!

Zarparon. No lejos de allí les aguardaba una nueva contrariedad. Antes de llegar a Dover, Matthew despidió al práctico y decidió fiarse solo de los mapas de la Marina. Al cabo de pocas millas, cerca de Dungeness, el barco encalló en un banco de arena. Tuvieron que bracear velas y echar los botes al agua. La marea se puso de su parte. Poco después salían de nuevo a flote. Pero ahora la *Investigator* tenía que ir a Portsmouth a que la revisaran antes de emprender una travesía tan larga. Había que repasarla, no fuera que la quilla hubiese sufrido algún daño. Matthew hizo un comentario no muy fuerte sobre el Almirantazgo y sus mapas, pero perfectamente perceptible desde todos los rincones del barco.

En cambio, el señor Colpits se alegraba. Pensaba que aquel banco de arena era el que le habían predicho, así que no perecería. Mockridge pensaba en otros asuntos.

—¡Portsmouth! —decía pensativo—. Conozco allí a un montón de chicas.

Tenía ya su ojo de lejos puesto en ellas. Stanley Kirkeby le dio la razón y les comunicó a todos que se lo había recetado el médico. Su hermano Olof guardaba silencio. Nunca emitía un juicio, salvo ante hechos consumados. Cada «¡bestial!» de los suyos suponía una exacta comprobación previa. Además, tampoco era seguro que dieran permiso a la tripulación para bajar a la ciudad.

John Franklin quería ser como todos los demás. Por eso escuchaba con atención las conversaciones que trataban de mujeres.

—A mí me gustan un poquito anchas de caderas —decía el maestro de piezas.

El contramaestre Douglas movía la cabeza:

—Depende, depende.

Por su parte, el jardinero pensaba otra cosa distinta. Saltaba a la vista que cada uno estaba estudiando cuidadosamente las imágenes que les traía su memoria. A John le interesaban sobre todo las cuestiones prácticas. Se acercó a Mockridge y le hizo unas cuantas preguntas, previamente pensadas, sobre el cómo y el cuándo. La mayor parte de las veces la respuesta era «según», pero John siguió obstinadamente.

—¿Desnuda primero el hombre a la mujer? —le preguntaba.

Mockridge se quedaba pensando mucho rato.

—A mí me gusta así —decía—, pero eres libre de hacerlo como prefieras.

Seguro que lo que hiciera Mockridge sería lo habitual. De todos modos, John seguía teniendo sus dudas, por la cantidad de botones que había que desabrochar.

—Tú eres el que tienes que fijarte dónde están los botones, las cintas y los cordones. Y no lo olvides: ¡échales piropos bastos solo a las viejas!... ¿Tienes miedo?

Sí que lo tenía, y por eso empezó a contar, en contra de lo que acostumbraba, que una vez en Copenhague había estrangulado a un soldado... Enseguida sintió vergüenza. Mockridge le echó una mirada apacible con su ojo de lejos, y dirigió el más perspicaz, el que hablaba, a la cazoleta de su pipa.

—¡Cuando te hayas acostado con una mujer, podrás olvidarte de Copenhague!

El llegar a tierra se pondría a mirar a todas las mujeres e intentaría aprenderse de memoria sus vestidos. Pero había tanto que ver que casi perdía de vista su objetivo. La ciudad era un hormiguero de marineros ruidosos; no había en todo el mundo tanta juventud junta, y él era uno de ellos. También él llevaba uniforme y a simple vista podía confundirse con los demás. Claro que no sabía bailar, y allí se bailaba mucho.

El ayuntamiento no lo pudo ver bien. Era un edificio estrecho, situado en medio de una calle principal atestada de carros. En el puerto había una torre-semáforo que hacía señales con una gran cantidad de brazos, y daba a conocer las órdenes recibidas del Almirantazgo desde Londres. Por primera vez se vio en una taberna de marineros. El tabernero le preguntó qué quería tomar y dijo el primer nombre que vio escrito detrás del mostrador:

—Lydia.

Todo el mundo se partía de risa, pues se trataba del nombre de un barco construido en Portsmouth. En la taberna tenían una lista de ellos, al igual que una de las bebidas.

Fortalecido por un Lutero y Calvino, volvió a ocuparse de las mujeres. Sus trajes eran variadísimos. Lo único que tenían en común era la respetable proa de los corpiños, que sobresalía de forma amenazadora. No era fácil figurarse los cabos de labor y jarcias muertas que ocultaban. Todo era cuestión de hacer la prueba. Mockridge le llevó a una casa de Keppel Row y le dijo:

—Mary Rose está bien. Te lo pasarás bien con ella. Es una gordita muy cariñosa y siempre está alegre. Cuando se ríe arruga la nariz.

John se quedó esperando fuera, a la puerta de la casucha, mientras Mockridge regateaba dentro. Las ventanas de la casa estaban cerradas a cal y canto o con las cortinas corridas. Quien quisiera ver algo, tenía que entrar. Pronto salió Mockridge y le cogió del brazo.

A John no le pareció que Mary Rose fuera gorda ni que arrugara la nariz. Tenía una cara huesuda, la frente alta y en general unas líneas arqueadas muy pronunciadas. Había en ella algo que hacía pensar en un barco. Era un guerrero de sexo femenino. Por fin levantó la parte inferior de la ventana para que entrara algo de luz y examinó a John detenidamente.

—¿Te caíste en una zarza? —le dijo, señalando a su cabeza y a sus manos.

—No fue por caer en una zarza. Estuve en la batalla de Copenhague —replicó, azorado y tartamudeando.

—¿Pero tienes los cuatro chelines?

John asintió con la cabeza. Cuando ella dejó de hablar, vio claramente lo que le tocaba hacer.

—Ahora te voy a desnudar —dijo con arrojo.

Ella lo miró con gesto divertido desde debajo de los arcos bien torneados de sus párpados, sus cejas, los huesos de su frente y el golfo que formaba el nacimiento del pelo.

—¡Eso parece! —dijo sonriendo. Su boca blanda era capaz de decir las frases más burlonas con la mayor amabilidad. Bueno, de momento no era como para echar a correr.

Al cabo de media hora, John seguía allí quieto.

—Me interesa todo lo que desconozco —decía.

—Pues agarra de aquí. ¿Te gusta?

—Sí, pero no me funciona todo bien —explicó John un poco acobardado.

—¡No tiene demasiada importancia! ¡Ya hay bastantes superdotados por aquí!

En ese momento se abrió la puerta y apareció un tipo gordo y alto con expresión interrogante. Era evidente que quería entrar.

—¡Fuera! —gritó Mary Rose.

El gordo se marchó.

—Era Jack. Ese, por ejemplo, es un superdotado. ¡A la hora de zampar y emborracharse! —Mary Rose estaba de buen humor—. Una vez que encalló su barco, lo tiraron por la borda. ¡Enseguida salieron a flote!

Se recostó y se echó a reír francamente, con los ojos cerrados. John aprovechó para fijarse en la redondez de su rodilla y de su muslo y figurarse lo que venía después. Pero lo que no podía ser no podía ser. Cogió los pantalones de la silla y buscó dónde estaban los bolsillos. Luego sacó los cuatro chelines.

—Sí, tienes que pagar —dijo Mary Rose—; si no, pensarás que no lo has pasado bien.

Lo agarró de la cabeza. John sintió en sus labios las cejas de la muchacha y notó el cosquilleo que le hacían los pelillos. Se sentía en paz y ligero. No le hacía falta esforzarse ni pensar en nada, pues eran las manos de ella las que movían su cabeza de un lado a otro.

—Eres un muchacho serio —le dijo—, y eso es bueno. Cuando seas mayor serás un caballero. Déjate caer por aquí otra vez. La próxima vez funcionará, estoy segura.

John volvió a hurgar en sus bolsillos.

—Tengo aquí un arete de rosca de latón.

Se lo regaló. Ella lo cogió sin decir nada. Al despedirse le dijo con voz ronca:

—Cuando salgas, ponle la zancadilla a ese gordo de Jack. ¡Si se rompe el cuello tendré la noche libre!

Cuando subió al barco le dio la impresión de que los dos ojos de Mockridge miraban por primera vez en la misma dirección.

—¿Qué tal?

John se quedó pensando. Tomó una decisión, y a ella se atuvo.

—Estoy enamorado —dijo—. Bueno, al principio estaba un poco cohibido con eso de los botones.

No mentía. Siguió pensando durante mucho tiempo en el olor tan agradable que tenía su piel. Y no descartaba la esperanza de que la lentitud de las mujeres tuviera algo que ver con la suya.

La obra viva no había recibido ningún daño. Además, Matthew tenía ya el salvoconducto para la *Investigator* y, a pesar del percance de Dungeness, el beneplácito de las autoridades de la Marina. Se encontraban también a bordo un investigador más, el doctor Brown, y el ansiado maestro de velas Thistle. La tripulación estaba al completo. Matthew ordenó levar anchas.

Tras cuatro días de navegación, toparon con la flota del Canal. Un espectáculo nada agradable. Ahí estaban otra vez los zoquetes de alta borda cargados de acero y pólvora hasta los topes, más aptos para disparar que para navegar, acechando a los franceses.

—¡Nunca más! —dijo John con alivio.

Salían de aguas europeas, y a partir de ahí todo sería cuestión de observación y buenos mapas. El extraño y maravilloso mundo. Ahora iba a verlo de verdad, de lo contrario no podría seguir creyendo en él. Era el mar el que lo sacaría de su timidez. Ya no era un niño. Cuando Sherard volvió a decirle como antaño «Estoy atento como águila», sintió la extraña sensación de que iba a ponerse a llorar por algo perdido.

Pero ahora ya estaba en alta mar.

Quien navega no puede estar desesperado mucho tiempo. Hay demasiadas cosas que hacer. Matthew entrenaba a su tripulación de campesinos hasta que se quedaban dormidos de pie. John aprendía no solo cada maniobra y cada puesto de combate, sino además cada tabla, cada chapa, cada sutura del barco. Sabía dónde se amarraban maromas y cadenas, cómo se enganchaban las gafas a los cabos, cómo ajustaban los cabos, cómo se embragaban los masteleros. Se sabía de memoria las órdenes correspondientes a cualquier maniobra con las velas, y eso que eran muchas. El único que le daba algún disgusto era el gato Trim, una belleza atigrada sin pizca de compasión. El animalito asistía en la camareta a las comidas de los cadetes y pronto se percató de lo fácil que era dar un zarpazo al guardia marina más lento y arrebatarse un trozo de asado cuando se acercaba el tenedor a su boca. Después solo tenía que buscar un sitio tranquilo para zampárselo. Casi siempre le salía bien la maniobra. Sus compañeros esperaban ya la

gracia, y casi se atragantaban de risa. John se daba cuenta con disgusto de que Trim se hacía cada vez más simpático a su costa. Pero no era más que una de esas preocupaciones que hacen olvidar otras más graves.

Cada vez se le aparecía menos por la noche aquella figura horrible. Ahora se veía en sus sueños afanándose en la colocación de las velas. Se oía a sí mismo gritar:

—¡Adelante la escota! ¡Drizas de gavia! ¡Tensad! ¡Izad la gavia! ¡Apretad las drizas!...
—Y el arco hacía fielmente lo que debía.

En una de las primeras clases de navegación, Matthew comentó que no creía que hubiese nadie que hiciera algo bueno sin conocer las estrellas por su nombre y posición. Luego explicó el mapa del cielo y el manejo del sextante. John ya lo conocía a la perfección, pero era la primera vez que tenía en sus manos el precioso instrumento. Los espejos y los rumbos de la escala equivalían exactamente a una sexagésima parte de pulgada. En medio había un eje giratorio, la alidada, que tenía nombre de muchacha oriental. Lo primero que aprendió fue que el sextante no debía nunca caerse al suelo, y luego se enteró de cómo se utilizaba.

—O cifras exactas o a rezar. ¡No hay más! —decía Matthew.

Cuando miraba por la dioptra, él mismo parecía un instrumento de precisión: el ojo cerrado y rodeado de arrugas de una sexagésima parte de pulgada, la nariz remangada, el labio superior fruncido como si quisiera expresar un profundo desprecio por todo lo que no fuera exacto. Para acabar, recogía el mentón. Con ponerse, ya sabía uno mirar sin necesidad de ver lo que se estaba haciendo. John y Sherard coincidían en ser los dos a quienes más les gustaba ver a Matthew calcular el rumbo.

Luego venían los cronómetros, a los que Matthew llamaba cariñosamente guardatiempos. Hasta que no se tenía el tiempo exacto de Greenwich, no se podía calcular qué adelanto se llevaba en las longitudes este u oeste. Había costado mucho construir a mano cada guardatiempo y por eso llevaban nombres altisonantes: Earnshaw's N.º 520 y N.º 543, Kendall's N.º 55 y Arnold's 176. Cada uno tenía una cara distinta —adornos negros sobre un blanco inmaculado— y llevaba a su manera un poco de adelanto o de atraso. Solo en conjunto garantizaban la precisión. Lo único que hacía falta para percatarse de cuál era el capricho que tenía cada uno, era estar comparándolos constantemente. Los relojes eran seres vivos. Lo que tenían de maravilloso era que su

muelle funcionaba con una constancia total gracias al enigmático encaje de su áncora. Solo con que el guardatiempo llevara un minuto de retraso, uno podía equivocarse más de quince millas al hacer el cálculo de posición. También la brújula, una Walker's N.º 1, era un personaje respetable. Tendía a reaccionar con una sensibilidad excesiva, sobre todo cuando había cañones cerca.

A John le gustaba mirar tanto los mapas de tierra como las cartas marinas. Se quedaba mirándolos hasta que le parecía que había entendido cada línea y los motivos que había para que la tierra presentara una determinada figura en cada zona. Medía la distancia entre los puntos de la costa calculando cuántas veces contenía el trayecto de Ingoldmells a Skegness. Era una medida muy útil.

—En el fondo, un mapa es algo irreal —decía Matthew—, pues convierte lo alto en plano.

Lo que más le gustaba era ver medir la velocidad. La primera vez que se la dejaron medir y pudo soltar el carretel, sintió una alegría incomparable. Tras recorrer ochenta pies, la barquilla se colocó en su sitio, se pasó el nudo inicial y Sherard dio la vuelta a la ampolleta. Arena y cuerda se deslizaron veintiocho segundos. Luego John la sujetó para verificarla.

—Tres nudos y medio. No es nada del otro mundo. —Inmediatamente se puso a medir otra vez.

De haber podido medir a qué velocidad dormía una persona y cuánto camino recorrían los sueños, se habría llevado al camarote la corredera y el reloj de arena.

Matthew tenía sus manías. Cada día hacía ventilar los coyotes, lavar las paredes con vinagre y fregar los puentes con la «piedra santa». El estrepitoso ruido que hacía esta escoba de asperón despertaba cada mañana a los más dormilones.

Con frecuencia disponía que se pusiese col fermentada y cerveza, para la comida, y tenía en previsión grandes cantidades de zumo de limón. De ese modo pretendía vencer el escorbuto.

—A bordo de mi barco no va a morir nadie —decía en tono amenazador—, como no sea Nathaniel Bell de nostalgia.

—O todos, pero no de enfermedad —murmuraba Colpits cuando estaba a solas con los suboficiales.

Otra vez estaba convencido de que se produciría la encalladura que le habían predicho. Pero aún quedaba una tercera posibilidad. El barco hacía agua a razón de dos pulgadas por hora. El carpintero se pasó horas recorriendo a gatas la sentina. Salió de nuevo a cubierta con una palidez mortal en el rostro y solicitó a Matthew una entrevista a solas. Enseguida empezaron a correr los rumores.

—Apuesto a que una de las tablas es de acerolo —comentaba uno—. ¡Nos va a mandar a hacer compañía a los peces!

—¡No digas sandeces! —gritaba Mockridge—. Mira las tablas de cubierta, a ver si no son de enebro. Eso evita cualquier desgracia.

Mientras le daban a la bomba, se hablaba sin parar y no había razón que superara las historias que salían a relucir, sobre todo cuando parecía que empezaban a verificarse. Tres días después todos tenían las caras aún más largas.

—Ahora ya se permite ir a cuatro pulgadas por hora —dijo el primer teniente—. Pero no necesitaremos gatos. Las ratas se ahogarán solas.

¡Madeira! John estaba otra vez en tierra. Sentía el suelo tan firme bajo sus pies que parecía imposible que le bailaran las piernas. Otra vez la guerra bullía por allí cerca: también habían bajado a tierra los soldados del 85° regimiento, que perseguían continuamente en broma a todos los conejos y lagartos que se veían por los alrededores de Funchal. Había que defender la ciudad del posible ataque de los franceses. Pero el único ataque que la amenazaba era que ellos estuvieran allí gastando bromas. Inglaterra había ocupado Madeira, que pertenecía a Portugal, del modo más amistoso. Como siempre que John tenía un concepto personal acerca de una cosa y no era probable que lo pudiera compartir con alguien, sentía un nudo en el estómago. Pero pensó: «No lo sé muy a ciencia cierta».

En Funchal se calafatearon las juntas de la *Investigator*. Por la noche durmieron en tierra. Oficiales y suboficiales se alojaron en un hotel. John tuvo ocasión de percatarse de cuántas pulgas y chinches podían juntarse a un tiempo en un mismo sitio. Merecía un estudio de historia natural.

Se volvieron a llenar de agua los toneles, y Matthew compró carne de vaca. Explicó a los guardias marinas que podía distinguirse la carne de una vaca vieja de la de una joven por lo azulado de su tonalidad. El vino de Madeira lo encontró demasiado caro. Cuarenta

y dos libras esterlinas el barril era un acto de piratería en tierra firme. Que lo pagaran los aristócratas ingleses enfermos de los pulmones que se paseaban por aquí en carros de bueyes y se dedicaban a leer novelas.

Los científicos intentaron subir al pico Ruivo, un monte muy alto situado al borde del inmenso cráter de un antiguo volcán. Debido a las numerosas ampollas que les salieron en los pies, se abstuvieron de llegar a la cima. A la vuelta, la barca en la que iban volcó por exceso de peso y perdieron su colección de escarabajos.

—¡Qué lástima! Escarabajos como los de Madeira no los hay en todo el mundo —se lamentó el doctor Brown.

Cuando la nave abandonó la isla, empujada por un plácido viento del sur, los únicos que había en el castillo de popa eran Franklin y Taylor. Los demás estaban comiendo. Taylor vio que desde el nordeste se acercaba una nube de polvo de un color rojizo. John pensó: el desierto. Se imaginó que el viento levantaba la arena roja del Sahara y que esta sobrepasaba las costas de África y que acaso llegaría a Sudamérica, saltando sobre la oscura superficie del mar. Pero había algo que le parecía extraño.

—¡Alto! —dijo; y más tarde—: Pero si la nube ha...

Al cabo de un momento todo el velamen se había emparchado. Fuertes ráfagas del nordeste se precipitaban sobre el débil viento del sur, arrancando el aparejo de la *Investigator*. Una de las perchas se vino abajo con gran estrépito, y un grueso leño de madera de olmo acabó aplastando a un gato. No había sido Trim. La cosa no tuvo mayores consecuencias. Todos comieron una tortuga gigante que consiguieron pescar y tomaron un trago de malvasía a la salud del gato muerto. John se quedó pensativo. Él lo había visto venir, pero se había quedado boquiabierto. Desde luego que para reconocer un peligro, primero había que observarlo. Pero a la hora de actuar era imprescindible recurrir ciegamente a lo que se tenía aprendido. En vez de gritar «¡Alto, la nube...!», hubiera debido anunciar «¡Salto de viento!». Habrían tenido todavía más de seis minutos para salvar las perchas, abatiendo las velas al tiempo que braceaban. Hubieran podido incluso poner a salvo los juanetes. John llegó a la conclusión de que tenía que ensayar incluso las situaciones imprevisibles. Alguna vez le ocurriría tener que salvar un barco mediante alguna maniobra rápida y exacta.

Sherard le planteaba los problemas:

—Hay un buen temporal y el sotavento no permite virar de bordo.

O bien:

—Hombre al agua mientras vamos ceñidos al viento.

John se tomaba cada vez cinco segundos exactos para poder considerar todos los detalles con la debida atención. Luego daba la respuesta:

—Gritar «¡Hombre al agua!». Echarle la boya salvavidas diurna, pero no sobre la persona. Con la nocturna da lo mismo, porque de todos modos está oscuro. Fachear y bote de sotavento al agua. Mantener al hombre siempre a la vista.

—Bien —decía Sherard—. Ahora ves salir llamas por la proa.

Cinco segundos, tomar aliento y responder:

—Abatir inmediatamente y disminuir la velocidad. Cerrar escotillas. Descargar armas. Lanzar cartuchos por la borda. Cerrar polvorín. Echar cerrojos. Taponar imbornales. Enganchar botes a las vergas para lanzarlos al agua...

Matthew llevaba ya un rato detrás de él.

—No está mal —comentó—. Lo único es que vas a empezar a apagar el fuego un poco tarde.

John tardó en entender y se puso colorado. Murmuró entre dientes:

—¡A los cubos...!

Hacía semanas que no veían tierra. Ahora hacía tanto calor que nadie llevaba la chaqueta puesta, ni siquiera de noche. John sentía complacido la calma del mar, una calma que nada tenía que ver con la falta de viento. La tripulación trabajaba cada vez mejor. Hasta el maestre de piezas Colpits se había vuelto más amable, aunque con la munición que tenía solo podía realizar servicios pacíficos. Stanley Kirkeby se hirió en el brazo y le subió la fiebre. Tuvieron que recurrir a la pólvora, que mezclaron con vinagre. A los pocos días estaba ya de pie.

John contemplaba en sueños una nueva visión. El mar, iluminado por la luna, iba creciendo hasta acabar convirtiéndose en una figura que se elevaba formando una rizada nube de agua. Luego se ponía a girar en espiral, aumentando cada vez más de envergadura y ascendiendo como si de una planta exuberante se tratara, como si fuera una zarza ardiente de agua o un torbellino, pero no producido por el viento o la corriente, sino surgido de su propia fuerza. El mar se daba cuerpo a sí mismo, podía inclinarse en

cualquier dirección, adoptar posturas y señalar rutas. Desde la recta del horizonte —en apariencia, eterna—, se erguía en su sueño, sin el menor esfuerzo, esa figura gigantesca, como si fuera una verdad en virtud de la cual todo tuviera que cambiar. Se abría un cráter hacia el cielo, una especie de boca o de fauces. Acaso no fuera todo ello más que un leviatán, o quizá la danza de millones de seres diminutos. A menudo tenía ese sueño. A veces, al despertar, seguían largos momentos de cavilaciones. Veía a Mary Rose, la de Portsmouth, y pensaba que con las mujeres la cosa no consistía en un tiempo externo, sino en un momento oculto en la intimidad de la persona. En otra ocasión recordó el paso de pueblo de Israel por el mar Rojo y pensó si no habría sido el mar y no Dios el responsable de su salvación.

Cuando por las mañanas, tumbado en la hamaca y despierto ya desde hacía un buen rato por el estrépito de la «piedra santa» se quedaba pensando, tenía momentos de una clarividencia narcotizante. Sabía que despacio, muy despacio, se estaba produciendo alguna novedad. Al mismo tiempo, su espalda presentía el aspecto que ese día tenía el mar. Dentro de poco sería un marino de pies a cabeza.

7

Terra Australis

Pronto empezó la *Investigator* a hacer agua, a pesar de las reparaciones, y ahora más que antes.

—Esa vieja borracha se traga ya cinco pulgadas por hora —decía el contramaestre—. Si no calafateamos otra vez en El Cabo, ya podemos ir sentándonos en los botes. ¡Un temporal y no necesitaremos más al médico!

Pero esa fue una de las pocas frases pesimistas que se dijeron. El señor Colpits mantuvo un silencio elocuente, mientras el resto de la tripulación pensaba: «Hasta El Cabo, llegamos».

Proseguía el verano y cada día hacía más calor. Parecía que se había detenido el tiempo de ir en pantalón corto. Aunque ya estaban en octubre, aquí no era más que comienzos del verano. El calor alteraba a los hombres solo en razón de lo que durara. No había nadie a bordo que careciera de importancia. Se hacía caso a todo el mundo. A John le daba la sensación de que ya no era tan lento como hacía unos meses. Trim ya no podía ponerlo en ridículo delante de todos. Ahora le daba de vez en cuando alguna tajada antes de que él se la arrebatara de un salto.

Matthew estaba enfadado porque no era capaz de dar con una isla llamada Saxemberg. Un tal Lindeman afirmaba haberla avistado unos cien años antes y había aportado las coordenadas exactas, pero aunque tuvo a tres hombres de vigía durante día y noche, no hubo modo de descubrir el menor rastro de Saxemberg. Quizá ese Lindeman estuviera loco o tuviera un cronómetro endemoniado. O la isla era demasiado llana y quedaba siempre por debajo del horizonte. A lo mejor habían pasado a menos de quince millas de distancia de ella.

—Si no la encuentra nadie, será mía —dijo Sherard—. Me haré una casa en ella y no habrá quien me la quite.

En el cabo de Buena Esperanza había un escuadrón de barcos de guerra ingleses que les proporcionaron carpinteros y material. Pusieron cazumbre nueva en las juntas agrietadas de la nave. Nathaniel Bell, que era víctima de la nostalgia con más rigor que nunca, fue trasladado a una de las fragatas para que lo devolviera cuanto antes a su casa. En su lugar se presentó otro guardia marina, Denis Lacy, un muchacho que se pasaba todo el tiempo hablando de sí mismo. Pensaba que todos tenían que saber con quién tenían que vérselas. Por lo tanto, John ya podía empezar a quitarse de en medio.

Como el astrónomo había sido trasladado a Ciudad del Cabo debido a un fuerte ataque de gota, el teniente Fowler y John tuvieron que instalar en tierra un observatorio astronómico. Cuando ya estaban enfrascados en escrutar el cielo con sus catalejos, se dieron cuenta de que justo delante de su emplazamiento pasaba el camino que conducía de Simonstown a Companies Garden. Cada vez que pasaba alguien —caballeros de paseo, esclavos que iban a buscar leña, marinos de los barcos fondeados en False Bay—, se detenía y les preguntaba si se veía algo interesante. ¡Menos mal que allí estaba Sherard! Construyó una cerca con troncos y cuerdas y atraía hacia sí a todos los preguntones. Les contaba unas aventuras tan peregrinas en torno a los cuerpos celestes que había visto, y ponía una cara tan medrosa, que los caballeros proseguían su paseo y los esclavos recogían su carga.

Al cabo de tres semanas reemprendieron la marcha. Pronto perdieron de vista los últimos buques de guerra europeos.

—Yo creo que me gustaría estar en un sitio donde lo importante no fuera el cuerpo, o, en todo caso, solo de forma respetable —comentó John a Matthew.

Este entendió lo que quería decir.

—En el sitio al que nos dirigimos se puede sofocar una guerra, siempre y cuando el conflicto no adquiera grandes proporciones.

La *Investigator* navegaba a una velocidad de seis nudos rumbo al este. Dentro de unos treinta días llegarían a la Terra Australis, a un punto ya explorado llamado cabo de Leeuwin. John ya empezaba a imaginarse cómo serían los indígenas.

—¿Irán desnudos del todo? —preguntó Sherard.

John asintió distraídamente con la cabeza. Estaba pensando que para los salvajes un blanco debía de resultar algo fantástico, al venir de tan lejos. Siempre prestarían atención a un blanco, aunque no entendieran una palabra de lo que dijera. Además, John sentía curiosidad por saber si realmente había peces y cangrejos que se subían a los árboles para ver dónde quedaba el agua más próxima. Lo había contado Mockridge y casi siempre se le podía dar crédito. Claro que todavía no tenía mucha idea de cómo era la Terra Australis.

La nueva cataplasma que le había caído a John era el tal Lacy.

En cuanto Denis echaba la vista encima a John Franklin, se volvía de lo más impaciente.

—¡No puedo ni mirarlo! —decía, sonriendo a modo de excusa.

Era el más rápido y se lo hacía notar a todo el mundo, no solo a John. Basaba su derecho a quitarle a todo el mundo lo que se trajera entre manos en su mayor rapidez.

—¡Déjame a mí, yo lo haré!

Cualquier proceso un poco dilatado que pudiera producirse, tenía que interrumpirlo de cualquier manera y dividirlo en períodos más breves. Cuanto más rato hablara uno, más veces lo interrumpía Denis para demostrar que ya se había enterado. Mientras tanto, se levantaba de golpe y se ponía a hacer cualquier cosa: colocar mejor un vaso, no fuera a caerse de la mesa; espantar a Trim, que a lo mejor se estaba afilando las uñas en alguna casaca que estuviera rodando por allí, o mirar por la ventana, a ver si avistaba tierra. En una palabra, estaba enamorado de sus piernas, que le gustaba andar moviendo de un lado para otro. Cuando subía o bajaba las escalerillas, parecía un redoble de tambor. Trepaba a las vergas sin buscar apoyo en los estribos, y bajaba hasta el penol sin manos. Todos esperaban que un día se pondría a saltar de un palo a otro. Cuando por fin se quedaba quieto en algún sitio, se miraba de reojo sus musculosas piernas. No pretendía molestar a los que eran más prudentes, y una vez admitió incluso de buena gana que quizá alguien pudiera superarlo.

—A pesar de todo —comentó el geólogo, que nunca decía nada—, es un castigo para el pescuezo.

Frente a Denis Lacy, todo el mundo se sentía una tortuga.

—¡Tierra a la vista!

El tambor llamó a cubierta a la tripulación en pleno. Matthew apareció con cara de pocos amigos, pero sus ojos brillaban de satisfacción. A los treinta días habían llegado

con exactitud al cabo de Leeuwin, sin marrar una milla.

—Ahora vamos a explorar unas costas desconocidas. A partir de aquí el vigía tiene una importancia vital, pues podemos encontrar escollos en cualquier momento. —Matthew bajó el tono de voz—. Nos encontraremos también con indígenas. Al que entable pelea con ellos le prometo desde ahora mismo que no se libra de treinta y seis latigazos como mínimo. Somos exploradores, no conquistadores. Además, llevamos los cañones bajo cubierta.

El maestre de piezas miró al cielo, moviendo la barbilla como si le picara la nuca. Matthew prosiguió:

—También puede provocar peleas el atosigar a sus mujeres. ¡Que no vea a nadie meterse con ellas! Por lo demás, el señor Bell reconocerá a continuación a todos, por si alguien tuviera alguna enfermedad venérea. ¡Órdenes de arriba! Ello no quiere decir que podáis hacer algo de lo que os he prohibido. El que robe clavos o cualquier otro objeto de trueque, hará guardias hasta que reviente. Ni un disparo como no sea que yo lo mande. ¿Alguna pregunta?

Ninguna. Bell podía empezar con sus reconocimientos.

Matthew no había presentado a los australes de una forma muy calurosa. Había navegado mucho tiempo con el capitán Bligh, y, además, había oído hablar demasiado de las desdichadas experiencias de Cook y de Marion como para descuidarse.

Por la cara que ponía el médico, John y Sherard llegaron a la conclusión de que probablemente no padecían ninguna enfermedad vergonzosa. Se alegraron mucho.

Primer paso por el cabo de Leeuwin. Los tenientes se quedaron a bordo y dejaron lista una carronada para cubrir la retirada de los botes en caso de que tuvieran que regresar al barco a marchas forzadas. Como primera providencia, Matthew mandó buscar una botella que al parecer había dejado allí el capitán Vancouver unos diez años antes.

—¿Quedará algo dentro? —preguntó Sherard.

Encontraron una cabaña abandonada y los restos de un huerto comido por la maleza; una ruina. De la copa de un árbol colgaba una placa de cobre: «Agosto de 1800. Christopher Dixon. Buque *Elligood*». Mientras se hartaban de las ostras que se criaban a millares en los acantilados, Matthew comentó:

—Este sitio parece bastante concurrido. Somos el tercer barco que ha pasado por aquí en diez años. No había oído hablar nunca de ese señor Dixon.

La *Investigator* fondeaba en las encrespadas aguas de la bahía. Parecía un barco de alcurnia, y no el suyo. Visto de lejos, el maderamen daba la impresión de estar en unas condiciones impecables. El joven pintor William Westall estaba pintando barco y bahía mientras el capitán lo miraba por detrás de su hombro.

—Pero no se ve que lleva echadas dos anclas. ¡Me gustaría que salieran las dos cadenas!

Así era Matthew. Quería que se viera también el trabajo que les había costado.

De repente, apenas empezaron la incursión, oyeron ruidos, como si estuvieran aplaudiendo. Pero no eran más que dos cisnes negros que echaban a volar en un estanque. Lo que no se veía por ninguna parte eran cangrejos trepadores.

Enseguida se encontraron al primer indígena, un anciano que se acercaba con paso inseguro, aunque no daba la impresión de sentir el menor recelo por los blancos. Por el contrario, mantenía una conversación a voces con algunos amigos ocultos detrás de los árboles. Cuando el señor Thistle disparó un tiro contra un pájaro, ni siquiera se inmutó. Se quedó un momento mirando para seguir inmediatamente con su perorata. Al poco se acercaron unos diez hombres de piel oscura, que llevaban largas varas en la mano e iban desnudos, lo mismo que el viejo. Matthew ordenó a los suyos que se detuvieran, mientras tendía a los australes un pañuelo blanco y el pájaro que habían cazado a modo de presente. Pero quizá esa especie de aves no fuera de buen augurio entre aquellas gentes. Los nativos lo rechazaron y empezaron a mover los brazos, como para intimar a los blancos a que regresaran a su barco. Tampoco aceptaron el pañuelo. Cuando vieron la *Investigator*, siguieron haciendo señas y hablando en tono conminatorio. No cabía la menor duda.

—Quieren decir que nos marchemos —aventuró el señor Thistle.

Matthew opinaba que tal vez no quisieran más que visitar el barco, y empezó a hacer gestos como de invitación. Los negros contestaron que era mejor que les trajera el barco aquí. Lo cierto es que resultaba un poco fatigoso eso de comunicarse con los salvajes. Lo primero que habría hecho un misionero habría sido mostrar la cruz y empezar a rezar. A lo mejor hubiera sido mejor que ofrecerles un pañuelo y un pájaro muerto de una especie impropcedente. No se veían mujeres por ninguna parte. Seguramente las tendrían escondidas. John pensó en el señor Dixon, el de la *Elligood*. Nadie podía saber cómo se

había comportado en estas tierras. Los australes tenían un aspecto serio, y echaban miradas por encima de sus gruesos pómulos, como si fueran los señores ante quienes llega una visita que no es de fiar. Sus barbas y cabelleras estaban erizadas. Quizá eso fuera también una señal de desconfianza, como ocurría con Trim.

—¡Se parecen todos de una manera bestial! —dijo Olof Kirkeby a su hermano gemelo después de examinarlos minuciosamente.

Al principio los australes hablaban poco entre sí, pero pronto se volvieron cada vez más locuaces. Por fin algunos empezaron a reírse. Enseguida se pusieron a hablar y a reír todos a la vez. Matthew comentó que probablemente ya iban cogiendo confianza. El señor Thistle sospechaba en cambio que probablemente esta era su manera habitual de comportarse, y que la aparición de los blancos era lo que había provocado su anterior actitud de recelo y temor.

—Se ríen de que vayamos vestidos —dijo Sherard.

John se quedó mirándolos muchísimo rato antes de pronunciar palabra. Su comentario llegó cuando ya todos habían dado por zanjada la cuestión, y, como de costumbre, de forma tan entrecortada que solo Matthew y Sherard prestaron atención.

—Ahora saben que no entendemos su lengua. Por eso dicen tonterías y se ríen.

Matthew se quedó sorprendido y se dio una palmada en el muslo.

—¡Claro! —dijo, y lo repitió todo un poco más deprisa para que se enteraran los demás. Entonces todos se fijaron bien: ¡Claro! Luego, todas las miradas se volvieron hacia John. Las palabras de Sherard resonaron en el silencio que se había producido:

—John es listísimo. ¡Hace diez años que lo conozco!

Mientras tanto, el señor Westall ya había acabado la vista de la bahía. Coincidían todos los detalles, cada colina, cada árbol, hasta el barco anclado y la salida hacia alta mar. Pero en primer plano aparecía un árbol añoso que no se veía por ninguna parte. Sus ramas enmarcaban el paisaje, y a su sombra había una encantadora parejita de indígenas que contemplaban el barco con cara de admiración.

—A la muchacha la pintaré con más precisión cuando veamos mujeres —comentó el señor Westall.

John se dio cuenta de que le rondaba una duda, pero aún no era capaz de definirla. En aquella situación había algo que no cuadraba. John se sentía también distinto. Pero no era cuestión de decir que pararan, porque no sabía qué era lo que tenían que dejar de hacer. Entre los suyos se había producido cierta alteración respecto a la situación

anterior. ¿Qué era lo que había hecho cambiar la presencia de los indígenas? Ahora se fijaba en los ingleses con la misma atención con que antes había observado a los australes.

Los Kirkeby no se movían. Miraban impertérritos a los salvajes sin articular palabra. En cambio, otros se acercaban a ellos haciendo aspavientos y todo tipo de gestos, pero demasiado aprisa. Quizá pretendían aplacarlos. Quizá no fuera más que la manera que tenían de expresar lo primero que se les venía a la cabeza. Pero ello no obstaba para que resultaran desagradables. Querían aturdirlos, igual que pretendían aturdirlo a él cuando no lo conocían bien. Especialmente desagradables resultaban unos cuantos que se reían de los salvajes y cuchicheaban entre sí.

—¡Más respeto, señores! —dijo Matthew con una calma amenazadora—. ¡Basta de chistes! ¡Por muy graciosos que sean, señor Taylor!

De pronto, John comprendió lo que pasaba: todos creían que los salvajes todavía no se habían enterado de quiénes eran los que tenían delante. Los blancos no se sentían lo bastante respetados. Estaban intentando corregir aquel fallo.

Cuando los ingleses se vieron de nuevo en los botes, John iba demasiado abstraído como para fijarse bien. Oyó entonces la imperiosa voz de Matthew:

—¡No pienso seguir esperando, señor Lacy!

Se trataba de Denis, que pretendía disparar su fusil por pura arrogancia.

John se dio cuenta de que Matthew se movía más despacio que de costumbre, quedándose en tierra más rezagado que nadie. También entre los australes había uno que se comportaba igual. Estaba allí tranquilamente, reía poco y lo observaba todo. Sus pupilas estaban en constante movimiento.

Sonó un disparo. Los indígenas enmudecieron. No había dado a nadie. Uno de los soldados había apretado el gatillo sin querer.

Pero, ¿por qué había ocurrido, justo cuando se marchaban, y por qué le había sucedido precisamente a un hombre más acostumbrado que los demás a manejar las armas?

Al cabo de unos días se encontraron con una tribu entera en otro paraje de la costa. Había, por tanto, mujeres y niños, que rápidamente fueron puestos a buen recaudo. Como era el único que se fijaba, John era capaz de distinguir a unos australes de otros. Ni siquiera al doctor Brown le resultaba posible hacerlo, y eso que era científico y tomaba medidas a los salvajes de la cabeza a los pies. En un cuaderno anotaba:

«Estrecho de King George y alrededores. A: Hombres. Muestreo de veinte ejemplares. Estatura: 5 pies y 7 pulgadas. Muslo: 1 pie y 5 pulgadas. Pierna: 1 pie y 4 pulgadas».

—¿Qué vamos a hacer con eso? ¿Les vamos a hacer un traje? —preguntó Sherard.

—No. Es etnografía —respondió el investigador.

John tenía que apuntar cómo se llamaban las distintas partes del cuerpo que iban midiendo: *kaat*, la cabeza; *kobul*, el vientre; *maat*, la pierna; *valeka*, el trasero; *bbeb*, la tetilla. Se trataba de un trueque: clavos y anillos a cambio de medidas, pesos y vocablos.

Matthew aprendió cómo se decía fuego y brazo, para poder así dar un nombre en austral a la escopeta. Hizo entonces tocar el tambor para congregarse en la playa a blancos e indígenas, que acudieron llenos de curiosidad. Levantó una escopeta en alto y gritó varias veces en austral:

—¡Brazo de fuego!

Luego apuntó a un tonel de asas que había hecho colocar encima de una piedra, y le dio con tanta puntería que cayó al agua hecho añicos. Volvió a cargar e hizo poner el tonel otra vez en su sitio. Ahora le tocaba tirar a John. Este no se dio demasiada prisa en entender. La verdad era que no le veía el sentido y que no quería hacerlo. Por primera vez en mucho tiempo, actuó con más lentitud de la que lo caracterizaba. Pero no sirvió de nada, no se podía contradecir a Matthew.

El tonel era de metal y hacía mucho ruido. John, a su vez, era el más lento de los que allí había. Matthew quería demostrar a los salvajes que hasta el inglés más lento podía hacer cambiar rápidamente cualquier cosa con el brazo de fuego. John tenía un pulso firme y buena puntería. Dio en el blanco. No recibió ningún aplauso, tal como había ordenado Matthew. Debía parecer la cosa más natural del mundo. El resultado fue de lo más extraño. Los australes se reían, quizá de sorpresa. Ellos no empleaban la palabra «brazo de fuego», tenían otro vocablo para designar el fusil. Ya habían visto que pájaros y barriles se precipitaban al suelo cuando les disparaban. Tal vez aún no sabían que ocurría lo mismo con las personas. Con todo, los blancos creían ya que los salvajes podían reconocer su superioridad, y de ese modo también ellos sentían más respeto por su capitán.

Como ahora tenía tiempo, John se pasaba horas subido en la copa de un árbol, observando desde allí a ingleses y nativos. Se dio cuenta de que los australes se dedicaban también a la etnografía. Cada vez que venía a tierra el bote de la *Investigator*,

se quedaban mirando los pulidos y afeitados rostros de los blancos, y los tocaban para comprobar si esos ejemplares recién llegados eran o no mujeres.

Durante toda la travesía por la costa, lo que más le gustaba a John era subirse al tope del trinquete. Era capaz de ver y oír a su debido tiempo los escollos, pues nunca hacía ni pensaba dos cosas distintas a la vez. Tardaba siempre un poco en anunciar que divisaba olas a lo lejos, pero la cosa tampoco era cuestión de segundos. Lo importante era no distraerse ni ponerse a soñar por aburrimiento.

—Huele de mala manera a aguas bajas —dijo Matthew—. Mande echar la plomada, señor Fowler, y no haga subir al tope del trinquete más que a Franklin.

El propio John se daba cuenta de lo buen vigía que era. Subía al tope la mar de satisfecho. Pensaba: «Seré un capitán que nunca se irá a pique. Conmigo estará a salvo toda la tripulación, lo mismo si son setenta que si son setecientos». No se cansaba nunca de observar el color de las aguas, el telón de la línea de costa, la eterna recta del horizonte. Tenía siempre presentes las cartas marinas, que sobre la Terra Australis no indicaban casi otra cosa que unas cuantas líneas punteadas o algunas zonas totalmente imprecisas, casi siempre con la inscripción: «Supuesta continuación de la costa». La fantasía de John añadía: supuesta futura ciudad, supuesto puerto. Cada montaña que veía tendría en el futuro un nombre y estaría rodeada de caminos. John oteaba impertérrito lo que Matthew denominaba el recodo decisivo. Se trataba de una bahía que quizá se abriría en un amplio paso que cruzaría la Terra Australis. Él, John Franklin, quería ser el primero que divisara ese paso, aunque para ello tuviera que pasarse dos o tres semanas seguidas subido al tope. Incluso se lo había dicho a Matthew.

El capitán tenía la facultad de dar nombre a todas las nuevas tierras. Cada isla, cada cabo y cada golfo recibieron un nombre en honor de su amado Lincolnshire: isla de Spilsby, punta de Donington. Y un día hubo también en el golfo de Spencer una rada llamada Puerto Franklin. John y Sherard se pusieron a pensar inmediatamente en la ciudad llamada «Franklin» que se iría formando en él. Sherard trazaba los cimientos y ya sabía qué era lo que haría rica a la ciudad: la cría de vacas y ovejas, los mataderos y telares. El barco particular de Sherard iba cada seis meses al Polo Sur a buscar hielo para la congeladora Lound.

—Congelaré carne, y cuando venga una época de hambre, la sacaré de la nevera.

El cuento preferido de Sherard era el milagro de los panes y los peces, y solía añadir por su cuenta algún comentario técnico. John le daba la razón. Pensó también en los chicharrones de cabeza de cerdo. El mundo entero podía ser tan hermoso como la vida a bordo de un barco, solo con que todos hicieran algo por los demás.

—¡Pero hay que ser rico! —replicaba Sherard—. El que no es rico no vale para nada. Me traeré a mis padres. ¡Aprenderán a leer y se pasarán todo el día de paseo!

John estaba en el tope y acariciaba al gato Trim, que, recostado en su regazo, alargaba una pata hacia su mano, adoptando una postura de lo más arriesgada. Apenas podía reconocerse en él al voraz felino que le arrebatava los trozos de asado. Los navegantes natos se hacían inseparables a la larga.

También John, al igual que el resto de la tripulación, tenía la firme convicción de que Trim poseía una mente de marino. Corría el rumor de que sabía adujar rebenques o incluso arrizar la monterilla. Además veía siempre por lo menos media milla más allá del horizonte. Fijándose bien, no había, desde luego, quien pudiera dudarlo. Escrutando con sus brillantes pupilas, daba la impresión de ver a más distancia de lo que alcanzaba la vista de alano de Matthew, el ojo de rapaz de John o el refinado aparato visual de Mockridge, que miraba en dos direcciones. Cuando Trim clavaba con interés su vista en una cosa, era que había algo. Igual que ahora.

Trim miraba a la lejanía como si el mar estuviera a punto de hacer una revelación y fuera a aparecer en el horizonte el gran torbellino. John seguía su mirada, pero no veía nada. Lo que él percibía le daba una impresión de calma y normalidad. El cuadro era casi totalmente simétrico: la proa a sus pies, la costa a babor, y, a la derecha, un mar tranquilo que se extendía hacia unos lejanos bancos de nubes algodonosas. ¡Pero ahí había algo! Algo blanco sobresalía en medio del mar, quizá a unas doce millas. Incluso podía distinguirse la punta con el catalejo. Tal vez era una roca. John dio el parte.

—¡También puede que sea un iceberg! —gritó hacia abajo.

Durante más de un cuarto de hora permaneció oteando, sin moverse. ¿Por qué se acercaba la imagen tan deprisa si iban solo a una velocidad de tres nudos?

—¡Barco a la vista! —gritó, y se quedó boquiabierto, mirando por el catalejo.

En un instante el puente se llenó de hombres. ¿Un barco aquí? Matthew subió al tope a cerciorarse por sí mismo. Sí, era un barco. Un velero. Ya podían distinguirse el

sobrejuanete y el juanete. Desde luego, no era una barca indígena.

—¡Zafarrancho de combate! —gritó Matthew, y plegó el catalejo.

En cubierta se desató un desaforado ir y venir en todas direcciones, un colosal desenfreno, con los malditos cañones que tenían que levantar para colocarlos en su sitio; y luego había que quitarles el orín con rascadores. Desde arriba, parecía que la redonda superficie del barco saltara de repente en mil astillas debido a la frenética actividad. Se oía el rechinar de los aparejos, el chirrido de los aceros, las cureñas que trepidaban. Pronto se verían astillas de verdad. Eso era lo que John había visto en sueños al comienzo del viaje. Ahora llegaba la muerte a convertirlo en realidad. John tenía la mente en blanco y la vista clavada en un punto del horizonte. Todas las desgracias empezaban en un punto. Trim llevaba ya un buen rato abajo, escondido en el camarote de Matthew, que era el refugio de los gatos.

El tambor empezó a redoblar. El señor Colpits corría de un lado a otro, barbotando cualquier cosa, con el rostro encendido ante la responsabilidad que se le venía encima. Tenía dos horas, si continuaba soplando el mismo viento. John oía en sordina la música de antaño: apagar los fogones, esparcir la arena, preparar la munición. Ahí estaba otra vez.

Una hora más tarde ya sabía algo más. El barco contrario llevaba dos velas bajo el bauprés, que John conocía de referencia. Se llamaban fofoque y petigoque, y solo las llevaban los buques de guerra franceses. Enseguida vio alzarse la bandera francesa. En la *Investigator*, Taylor izó la Union Jack. Fueron recogidas las velas mayores en gruesos montones de tela, no fueran a acabar hechas jirones por los disparos de la artillería. Ya se sabía que los franceses apuntaban siempre al aparejo. Las mechas estaban encendidas. Junto al piloto estaba ya su suplente. ¡Pero si tenemos un salvoconducto...!, pensaba John. Intentó imaginarse qué era lo que Matthew tendría en mente. No nos van a pedir ningún salvoconducto, pensaba. Hundiéndonos, harán desaparecer nuestros descubrimientos. ¡Darán a esas tierras el nombre de su revolución y no habrá un Puerto Franklin! Llegó el relevo. John hizo sitio al marinero y bajó a cubierta. Matthew enardecía a sus hombres:

—¡No nos dejaremos amedrentar! ¡Si lo intentan, les daremos una lección!

Pero era bastante fácil darse cuenta de que el barco enemigo estaba mejor armado que el suyo. Además, a la *Investigator* casi no hacía falta ni dispararle: ella sola hacía agua a razón ya de ocho pulgadas por hora.

John sabía ahora con exactitud lo que había sentido en Copenhague: ¡miedo, pánico! Pero esta vez no lo iba a tener, aunque notaba que se le venía encima esa terrible sensación. Quería actuar solo del modo más razonable, observando primero bien las cosas y meditándolas mejor. Media hora todavía, como mucho. Repartieron el ron. Todo estaba listo para la catástrofe. Sobrevivir o no, esa era otra cuestión.

John aguzó de pronto los oídos. Había escuchado con toda claridad una orden. No tenía claro de dónde procedía, pero parecía que era buena. John actuó lo más deprisa que pudo.

Sherard Lound estaba en una de las baterías de babor y observaba cómo se les echaban encima los franceses. Los muy bestias llevaban por lo menos treinta cañones. Dio media vuelta, buscando a John, pero este había desaparecido. Sí, ahí venía dando trompicones por la banda de popa, con una bandera blanca enrollada en la mano derecha. Sherard se sentía confuso, el cadete de señales era Taylor. Alguien gritó:

—Eh, señor Franklin, ¿qué demonios...?

Pero no se volvió. Ni siquiera había oído. Ató sosegadamente la bandera y la izó poco a poco hasta el tope. En ese mismo instante se oyó un estruendo: la *Investigator* había recibido una andanada delante de la proa. En el otro barco los cañones asomaban ya por las troneras, con un aspecto imponente. En medio del escándalo, Sherard oyó al segundo teniente decirle algo a John Franklin, con cara de pocos amigos. Taylor estaba ya en su puesto y se aprestaba a arriar la bandera blanca. Pero tenía dificultades. Los nudos que hacía John Franklin no los podía desatar un Taylor cualquiera. Desde el castillo de popa tronó la voz de Matthew:

—¡Deje el trapo ahí arriba, señor Taylor! ¿Para qué doy yo las órdenes?

Uno de los hombres que había en el castillo de proa gritó:

—¡Mirad!

Por el mástil del buque francés subía una bandera inglesa que se unió a la tricolor.

Durante un instante reinó un profundo silencio. Sherard seguía sin tener clara una cosa... ¿Por qué John, y no Taylor, había...? ¿Y por qué luego Taylor...? Pero no pudo seguir pensando. Había estallado una enorme algazara que sustituía a la angustia.

Le Géographe era un barco explorador provisto de salvoconducto inglés. Ambas naves estaban ahora en facha, sin que cupiera la menor duda de su actitud pacífica.

–*Fraternité!* –gritaron los franceses.

–¡Qué bien habernos encontrado con vosotros! –vociferó Mockridge, para que lo oyeran los otros.

Alguien empezó a entonar una canción, aunque desafinando de forma notoria. Luego todos se pusieron a cantar con un ruido atronador; pero, curiosamente, nadie desafinaba ni una nota. Los franceses no se quedaban atrás en eso de darle a las canciones. A los oficiales de ambas embarcaciones les costaba trabajo entenderse hasta con el que estaba más cerca. Por popa apareció Trim, que echó una rápida ojeada a la escena. Luego levantó una de las patas traseras y empezó a limpiársela. Matthew mandó preparar el bote.

–¡El capitán deja el barco, caballeros!

Los guardias marinas se apresuraron a los escobenes y se quitaron los sombreros. El contramaestre dio la señal de apartarse. El ritual se cumplía como si estuvieran todavía en la avanzadilla del malecón, y eso que estaban en una situación en la que todavía no sabían exactamente cuánto tiempo duraría la paz. La *Investigator* seguía lista para el combate y le mostraba el flanco al otro barco. Quizá todo esto no tuviera más finalidad que tranquilizar al maestro de piezas.

–¿Qué es lo que ha pasado? –preguntó Sherard a su amigo; pero al parecer, tampoco él lo sabía.

Mockridge comentó simplemente:

–El señor Franklin tiene buen ojo. Ve muchas órdenes sin oírlas, aunque sea a través de una pared.

Los dos barcos permanecieron juntos toda una noche y medio día. Los capitanes mantuvieron importantes entrevistas, mientras las tripulaciones intercambiaban saludos. ¡Guerra en Europa, paz al sur de la Terra Australis!

Por primera vez desde que empezaran todas esas historias, se encontraban aquí dos naves europeas de países distintos y no se atacaban. El señor Westall dijo:

–Es algo que honra a la humanidad.

John guardó silencio, pero a Sherard le dio la impresión de que tenía más seguridad y de que estaba más animado que antes. Parecía incluso que entendía con más agilidad lo que le decían. Sin duda, tenía alguna influencia de peso, y sobre todo estaba muy unido a Matthew. Y también es amigo mío, pensaba Sherard.

Mientras tanto, Trim dormía sobre el encerado de la cubierta y el señor Colpits farfullaba:

—Primero, venga a trabajar. Luego, una eternidad con la mecha en la mano. Y al final, todo para el gato...

8

El largo regreso

En el camarote del capitán del transbordador de Indias *Earl Camden* se hallaban el teniente Fowler, de la Armada de Su Majestad, y el capitán Dance, de la Compañía de las Indias Orientales.

—Tendrá todavía muchas cosas que contarme, señor Fowler —decía Dance—. Pero ahora tiene usted que regresar a Inglaterra. ¿Quién le queda todavía de la tripulación de la *Investigator*?

—En el *Earl Camden* llevo todavía al pintor William Westall...

—Conozco a su hermano mayor. Pinta buenos cuadros de tema bíblico. Conozco uno que se llama «Esaú pide a Isaac que le dé su bendición». Bueno, ¿y a quién más?

—A John Franklin, guardia marina. Dieciocho años. Más de tres de navegación.

—¿Bueno?

—Nada que objetar, sir. Aunque la primera impresión que da...

—La primera impresión que da...

—No es muy rápido.

—Un culo de plomo; vamos, una rémora.

—Puede que sí. Pero de un tipo especial. Nada que objetar. Tal vez no hubiéramos salido con vida sin su ayuda.

—¿Por qué motivo?

—Cuando no quedó más remedio que mandar al desguace a la *Investigator*, en Sydney, continuamos la travesía a bordo de la *Porpoise* y la *Cato*. Al cabo de dos semanas dimos contra un escollo. Logramos salvarnos en un solo bote y refugiarnos con unos pocos víveres en un estrecho banco de arena. La tierra firme más cercana estaba por lo menos a doscientas millas.

—¡Realmente lamentable!

—En cuanto el capitán partió para Sydney en busca de ayuda, los hombres empezaron a perder las esperanzas. El banco de arena apenas sobresalía unos cuantos pies por encima del agua. Los víveres escaseaban. Nadie contaba con que el capitán volviera. ¡Fueron cincuenta y tres días de espera!

—¿Y Franklin?

—En ningún momento perdió las esperanzas. Probablemente por incapacidad. Parecía que tuviera para años. Lo elegimos jefe de la asamblea del atolladero.

—¿Qué quiere decir?

—Estábamos a punto de que se produjera un motín. Franklin convenció a los desesperados de que teníamos tiempo y de que un motín más valía hacerlo despacio que con prisas. La asamblea del atolladero era el gobierno de todos.

—Suenan muy francés. Pero probablemente muy adecuado para un atolladero. ¿Y qué fue lo que hizo de especial ese Franklin?

—Enseguida empezó a construir un tingladillo para guardar los víveres. Al cabo de tres días, cuando ya lo tuvimos listo, estalló un temporal que inundó la isla, pero el agua no alcanzó el tingladillo. Como Franklin es tan lento, nunca pierde el tiempo.

—Bueno, me fijaré en él. Y usted, señor Fowler, ¿podría ocuparse, llegado el caso, de entrenar a la dotación de artillería? De nuevo se acabó la paz. Tenemos que contar con la eventualidad de encontrarnos con piratas franceses.

—¿Se atrevería usted a entablar combate, sir?

—Puede ser. Mi escuadrón constará de dieciséis barcos y ninguno desarmado. ¿Qué decide?

Formalmente, Fowler solo iba de pasajero. Pero estaba dispuesto a aprovechar la primera ocasión que tuviera para infligir cualquier daño a Napoleón Bonaparte. Aceptó.

Como el *Earl Camden* no salía hasta dentro de unos días, John estaba sin hacer nada en el puerto de Whampoa, mirando, en compañía del pintor William Westall, cómo iban cargando el barco. Las naves de hasta ocho pies de calado no podían remontar el río hasta Cantón. Tenían que esperar aquí, en Whampoa, la llegada de sus cargamentos: cobre, té, nuez moscada, canela, algodón y más cosas. En ese momento, el oficial del puerto estaba pidiendo que le entregaran una muestra de un saco de especias. John había

oído decir que también llegaba opio, millares de cajas al año. Los que fumaban opio tenían unas visiones llenas de colores y no pensaban en nada más. Pero aquel saco solo contenía agar-agar, un alga marina prensada en forma de bastones, que se necesitaba para que el jugo de las cabezas de cerdo inglesas se solidificara formando los chicharrones.

Ahora ya sabía John lo que era la nostalgia.

Al calor de la primavera, el muro sobre el que estaban sentados olía exactamente igual que las lápidas de St. James de Spilsby.

—He pintado lo que no debía. ¡Esto no puede seguir así! ¡Hay que pintar de una forma totalmente distinta! —farfullaba Westall, arrugando la frente—. Lo único que he hecho ha sido copiarlo todo con absoluta minuciosidad: relieves, plantas, figuras humanas, exactamente del natural, para que se los pueda reconocer.

—Pues ya está bien —comentó John.

—No, es un embuste. Al mundo no lo vemos como un botánico que a la vez fuera arquitecto, médico, geólogo y capitán. El conocimiento no se produce del mismo modo que la percepción visual. Son dos fenómenos que no coinciden del todo sin más ni más, y suele ser un mal método a la hora de definir las cosas. A un pintor no le hace falta conocer. Lo que tiene que hacer es ver.

—Pero entonces, ¿qué pinta? —preguntó John después de pensar detalladamente en ello—. ¡Si ya tiene muchos conocimientos!

—¡La impresión! —respondió Westall—. Lo que es ajeno, o al menos lo que de ajeno tiene lo que es familiar.

John Franklin, que se quedaba mirando siempre con gesto amable y algo asombrado, era el interlocutor ideal para un pensador implacable. Lo cierto era que escuchaba muchas cosas que otros no hubieran estado dispuestos ni siquiera a oír. El pensamiento de los demás le infundía respeto. Pero se había vuelto cauto. Los pensamientos podían ir demasiado lejos. El contramaestre Douglas había dicho, poco antes de morir, que todos los paralelos conflúan en el infinito formando un ángulo recto. Esta afirmación la hizo cuando ya no le quedaba ni un solo diente, y murió al cabo de poco tiempo. El escorbuto. Se acordaba también de Burnaby, de cuánto hablaba de la igualdad, sonriendo con los ojos bien abiertos, y por lo general de manera bastante confusa. La precaución no le iba a estorbar.

—De ahora en adelante solo plantearé problemas que sean verdaderamente posibles —decía Westall—. El que se niega a plantear problemas no será capaz de nada bueno, ni de pintar, por supuesto.

Enseguida empezó otra vez:

—Por ejemplo, creemos saber qué es lo que en el mundo hay de permanente y de cambiante. ¡Pero no tenemos ni idea! En el mejor de los casos, lo intuimos. Y los buenos cuadros poseen esa intuición.

John asintió y clavó la vista en la gigantesca ciudad acuática hecha de juncos y plataformas. Se repitió mentalmente la frase para ver si la había entendido. Ante sus ojos se movían miles de hombres que comerciaban, desde los más miserables a los más ricos. Todo lo que John veía estaba en función de los negocios: velas de junto, quitasoles, murallas con alguna almena de menos, barcas tan amplias como balsas y los largos bicheros con los que eran empujadas hasta los barcos grandes. Se había pasado el día mirando lo que eran los negocios: esteras de hierba por monedas de cobre, y seda por oro, maderas lacadas u objetos finos de cristal. Pero lo más importante de todo eso no podía verse directamente. Era algo que estaba siempre allí, pero no se intuía como haría un pintor, sino que se sabía por razonamiento lógico: sin paciencia, el mercado no era tal. Sin paciencia, los comerciantes no eran más que bandidos. Equivalía al escape de los relojes.

—De todas formas, a mí me gustaría conocer todo lo que es permanente —dijo John a Westall, que no esperaba ya respuesta alguna y hacía rato que seguía hablando. John sentía una gran afinidad con todo lo permanente, por muy difícil que fuera de captar.

Ahora conocía ya muchísimos sitios distintos, pero a pesar de todo aún no veía en ello una mayor seguridad. Además, se le seguía planteando el problema de por qué permanecía lo permanente. ¿Por qué el avestruz tenía plumas y no volaba? ¿Por qué las tortugas marinas tenían esa pesada coraza y en cambio no la tenía ni un solo pez? ¿Por qué los caballos no tenían cuernos y los ciervos sí?

—¡No hay seguridad en nada! —insistía Westall.

Casi más inquietante todavía resultaba la desigualdad de las razas humanas, sobre todo porque cada una tenía sus propias contradicciones. Los australes se apoyaban en bastones y miraban las cosas lentamente. Sin embargo, eran capaces de coger como una exhalación un pez del arroyo solo con las manos. Los chinos mantenían el cuerpo perfectamente erguido y atento, como si tal cosa. Qué orgullosos parecían. En cambio,

cuando uno se dirigía a ellos, no paraban de hacer mil reverencias. Los franceses eran solemnes y apasionados y querían cambiarlo todo, pero empleaban infinidad de tiempo en preparar y degustar sus comidas. Les repugnaba la cocina inglesa y no la probaban por mucho que estuvieran muertos de hambre, según había podido comprobar en Sydney. ¡Y los portugueses! Estaban siempre pensando en el próximo terremoto y construían sus casas con esa precaución, pero luego volvían con sumo orgullo a poner iglesias en el mismo sitio en el que se habían derrumbado. ¡Y los ingleses! Amaban muchísimo a su país, pero les encantaba estar lo más lejos posible de él. Westall asintió.

—No se puede predecir nada. Nadie puede explicar por qué las cosas son de una forma y no de otra. La casualidad y la contradicción son más fuertes que cualquier predicción.

John admiraba al pintor. Solo era cinco años mayor que él y tenía en cambio la energía suficiente para enfrentarse a las cosas y preguntarse si eran realmente lo que parecían. A él ni se le ocurría nada semejante. Si uno planteaba muchos problemas, a la fuerza tenía que actuar con rapidez. Todo el mundo intentaba librarse cuanto antes de ese tipo de personas. Además, John sabía bien que no siempre se podía admitir como válida cualquier respuesta, y las respuestas decepcionantes no deparaban sino discordia.

Sobre la casualidad, sin embargo, sí que le habría gustado saber más, principalmente sobre la muerte accidental.

Ante su vista tenía otra vez a Denis Lacy, que se había caído desde el juanete mayor, a más de cincuenta pies de altura, en medio de cubierta. ¿Por qué había caído el más ágil y no el más lento? ¿Por qué precisamente en el momento en el que habían superado todas las dificultades y el resto de la tripulación iba ya camino de Cantón? John volvió a contemplar con toda precisión aquel cuadro espantoso. Ni siquiera esa ciudad acuática, tan grande y variada, podía ocultárselo. Veía el charco de sangre en el que yacía Denis con el cráneo aplastado. Bajo la tela de su camisa resaltaban las astillas de sus huesos como si fueran espinas. Su pecho seguía subiendo y bajando, y le salía espuma por la boca y la nariz. Por fin su corazón dejó de latir. Para librarse de esa imagen, John pensó en Stanley Kirkeby, en cómo le había mordido en el trasero una foca, cuando estaban en la isla de los Canguros, y eso que le debió de doler. Pero también en este caso, ¿por qué había sucedido una cosa así? ¿Por qué no dejó de suceder? O el contramaestre, que se cayó del bote y lo atacó una medusa roja. Aún se le notaba la erupción después de varias semanas. Y encima era la única medusa que había en toda la zona. O el maestre de velas Thistle y el guardia marina Taylor, devorados por los tiburones, cuando el oleaje volcó

su bote. ¿Por qué ellos y no el señor Colpits, para quien al menos no habría constituido ninguna sorpresa? En cambio él no había perecido. Ahora estaba en Sydney, regentando un almacén a las órdenes del gobernador, comiendo mucho y a diario.

—Habría que hacer unas tablas sobre cómo vive y muere la gente —dijo John—; una especie de geometría.

Ya sabía cómo. Con unos parámetros para cada tipo de velocidad imaginable. Involuntariamente, pensó en los guardatiempos y en Matthew. Ahora iba rumbo a Inglaterra con las preciosas cartas marinas, el correo y el gato Trim. A Matthew lo vería otra vez en Spilsby. En cambio, Sherard se había quedado en la Terra Australis para colonizarla, y tal vez construir un puerto. No había habido manera de disuadirlo.

Mockridge había muerto. Se ahogaron tres hombres cuando la *Cato* se estrelló contra los arrecifes, solo tres, y uno tuvo que ser Mockridge. Que los hombres fueran distintos era algo que se podía tolerar, e incluso que a cada uno le gustaran unos más que otros. Pero era una pena que la casualidad hiciera lo que se le antojara. John hizo un esfuerzo y volvió a la conversación con Westall:

—Tengo que pensarme todavía eso de la exactitud y la intuición —dijo—. Yo no puedo pintar cuadros, tengo que ser capitán. Por eso me gustaría tener la mayor cantidad posible de conocimientos.

—Y ahora vamos a ver lo que lleva a sus espaldas, señor Franklin —dijo el capitán Dance—. Haga una relación sumaria de todo, por favor.

John se lo esperaba. Dance quería hacerse una idea de él. Sin duda ya sabía todo lo referente al viaje por el teniente Fowler. John estaba preparado. Había estudiado largamente en qué consistía un resumen.

Toda relación tenía una cara externa, con una coherencia lógica fácil de comprender, y otra interna, que solo aparecía en la mente del informante. No había que reprimir esa parte interna. Solo hubiera provocado un desagradable tartamudeo y toda clase de faltas de expresión. John tenía que concederle tiempo, sin dejarla aflorar al exterior. No hacía muchos meses que, por mor de esas imágenes internas, tenía la tendencia a repetir una y otra vez la última palabra que hubiera dicho hasta que por fin lograba reanudar el hilo del relato. Ahora ya sabía cómo hacer pausas. Afrontaba con la mayor sangre fría el

riesgo de que su interlocutor le quitara la palabra y se sintiera ofendido porque John no se dejase interrumpir.

Para empezar recurrió a una frase que tenía bien ensayada. Contenía los nombres del barco y del capitán, el número de sus tripulantes y cañones, y la fecha de partida de Sheerness. Luego, epígrafes, fechas, posiciones. Todo en una secuencia lo más uniforme posible. Lo que cabía dentro de este esquema resultaba en general un informe bien hecho. Hasta el encuentro de la *Investigator* con *Le Géographe* –capitán: Nicolas Baudin; treinta y seis cañones–, Dance admitió pacientemente las pausas mentales de John. Pero entonces dijo:

–¡Dese prisa, señor Franklin! ¿Qué es lo que tiene que pensarse tanto? ¿No estaba usted allí?

También para esto estaba preparado John.

–Cuando expongo una cosa, necesito mi propio ritmo, sir.

Dance dio una vuelta por el camarote y se quedó mirándolo asombrado.

–Solo en una ocasión he oído decir una cosa así. A un deán escocés. ¡Siga!

John informó de los dos años de viaje costearo la Terra Australis, o Australia, como solía decir Matthew para simplificar. Habló de Port Jackson. De su estancia en Kupang, en la isla Timor. De cómo había surgido la terrible enfermedad que Matthew tanto había deseado evitar. Cifras de pérdidas. El barco prácticamente a punto de irse a pique, mantenido a flote solo gracias al extenuante trabajo con las bombas de los pocos que aún quedaban sanos. Durante las pausas, John se callaba lo de las muertes, el bombeo y el miedo a caer enfermo. Lo único que Dance oía eran cifras, conceptos geográficos y pausas. Otra vez Port Jackson. El gobernador declara el barco inservible para la navegación, una ruina. La tripulación es dividida para el regreso por la ruta de Singapur entre los buques *Porpoise*, *Cato* y *Bridgewater*. Quien quiera quedarse de colono, tiene permiso. Larga pausa para Sherard Lound. No había habido ninguna disputa. También Sherard tenía sus propios sueños.

–Esta pausa está durando demasiado –le advirtió Dance. Temía que el joven se quedara atrancado todavía más rato cuando llegara a lo del naufragio.

La *Porpoise* y la *Cato* a la vez, en plena noche. Ninguna ayuda por parte de la *Bridgewater*, que navegaba a corta distancia. ¡Capitán Palmer! Piloto de la Compañía de las Indias Orientales, igual que el propio Dance. Ya lo conocía. Un lamentable jugador de whist, y ahora además un marino irresponsable. ¡Al demonio con él! Dance se quedó

perplejo al comprobar que el informe de John se había acelerado y que no lo había podido seguir por tal motivo. Mientras él se excitaba pensando en Palmer, el guardia marina lo había adelantado, y, a pesar de haber hecho una larga pausa para el naufragio, el estrépito del maderamen al reventar, los gritos de los desamparados, los cortes producidos por el coral y la muerte de Mockridge, Franklin se encontraba ya en el banco de arena con las provisiones a salvo. El hambre y la espera. Un oficial mata a dos hombres en legítima defensa. ¡De eso no le había informado Fowler! Franklin no dijo ni una palabra del motín. Lo describió dando un rodeo de la siguiente forma:

–Se rechazó la propuesta de construir balsas con los restos del maderamen y dirigirse a remo hacia occidente.

Dio toda clase de detalles sobre Flinders, el capitán: navega en bote más de novecientas millas hasta llegar de nuevo a Port Jackson, para volver con tres navíos y salvar a su tripulación. Matthew Flinders, ¡un navegante asombroso! El guardia marina concluyó finalmente diciendo de un tirón esta frase:

–Los que permanecieron en el atoladero partieron en el *Rolla* rumbo a Cantón, y solo el capitán –aquí una breve pausa para Trim– directamente hacia Inglaterra en la goleta *Cumberland*.

–Esperemos que llegue –dijo Dance–. Otra vez estamos en guerra.

John lo entendió y se asustó.

–¡Pero tiene un salvoconducto! –exclamó.

–Solo para la *Investigator*. –El dedo del capitán trazaba continuamente líneas sobre la mesa del camarote, igual que las arrugas de una frente–. Usted va de pasajero con nosotros, señor Franklin, pero según tengo entendido es usted un oficial de señales muy práctico... ¿Me oye, señor Franklin?

John estaba preocupado. Pensaba en Matthew. Con gran esfuerzo volvió la cabeza hacia Dance.

–Sí, sí, sir.

–El *Earl Camden* es el buque insignia de un escuadrón de la Compañía de las Indias Orientales, y yo soy su comodoro. Y ahora es usted el cadete de señales.

El comodoro Nathaniel Dance tenía sesenta años. Era alto, flaco, con una nariz grande y el cabello gris y encrespado. Sus palabras, a menos que se tratara de explicar algún

pasaje de la Biblia o algún tema de índole religiosa, sonaban prudentes y esclarecedoras. Sus movimientos eran acompasados, sin que ello le costara el menor esfuerzo. Sus ojos podían lanzar destellos de malicia, como suele ocurrirles a todas las personas bonachonas. Fingía ser impaciente, pero el caso era que siempre prestaba atención. A veces decía groserías, como por ejemplo:

—¡Basta, gracias! ¡Estoy empezando a aburrirme!

Con el pintor Westall discutía mucho, sobre todo a las horas de comer. Opinaba que el arte tenía que ser bello. Pero eso solo podía conseguirse gracias a un parecido exacto. La Creación era más hermosa que todo lo que el hombre pudiera imaginar con su fantasía. Westall replicaba ladinamente que el hombre era la cima de la Creación, y el espíritu, lo más excelso de él. La disposición física de las cosas no era hermosa en sí, sino lo que la vista y la mente hacían de ella. Ahí entraban la intuición, el miedo y la esperanza. Después de comer, Westall se burlaba:

—Su tío es Nathaniel Dance, el pintor. Por eso piensa ese alquitranero de tres al cuarto que de alguna forma está familiarizado con el arte.

Al día siguiente empezaba otra vez la discusión. Parecía que lo que más le gustaba al comodoro era confundir al artista.

—¿Pintar el miedo, los caprichos de la vista? ¿Y por qué no entonces la ceguera? ¡Llevo a mis espaldas sesenta años de miedo y de caprichos! No, señor Westall, el hombre debe alzarse sobre su debilidad por la gracia de Dios. Su hermano lo sabe. Piense usted en «Esaú pide a Isaac que le dé su bendición». ¡Eso es un cuadro! El arte debe ser edificante.

El *Earl Camden* zarpó de Whampoa a la cabeza del escuadrón, llevando tras de sí quince buques de la Compañía de las Indias Orientales cargados hasta los topes. Estos barcos iban mal armados y no eran tan estables como un buque de guerra, pero sobre todo iban peor tripulados. No había ni un solo soldado de Marina. Las jarcias eran de cáñamo de Manila sin embrear y parecían fáciles de manejar. A los pocos días, John se dio cuenta de que no era solo cosa del abacá, sino también de la tripulación. Los atezados lascars estaban estupendamente adiestrados, lo entendían todo a la primera y se esforzaban cuanto podían. A bordo iban también las mujeres de algunos marineros, blancas y de color. Nadie ponía la menor objeción. Un barco de Indias no era ninguna base flotante de

combate. Solo el casco iba pintado a rayas amarillas y negras, para engañar a los piratas. Por dentro era un barco totalmente pacífico. Pronto se sabía John el escuadrón entero, a costa de trabajar día y noche. Conocía los nombres de los lascars lo mismo que el de los oficiales. Pensaba constantemente en qué consistía ser un buen capitán y en si Dance cumplía todos los requisitos.

¿Quién debía dominar a los demás en este mundo?

Desde luego, los hombres como Matthew. Había buenas razones para ello. Después del naufragio, por ejemplo, permaneció en el banco de arena hasta que se despejó el cielo y pudo tomar una estrella que le permitiera definir la posición. Tuvo que quedarse allí tres días enteros y esperar a que amainara el temporal. John conocía bastantes hombres que se habrían marchado mucho antes. Nunca habrían conseguido llegar a Port Jackson, por no hablar del regreso. ¿Sería Matthew originalmente un lento que había llegado a capitán? Si Mockridge tenía razón, Matthew se habría hecho guardia marina porque lo habría recomendado el ama de llaves de un capitán de la Armada. Y de no haber tenido amigos en el Almirantazgo, sobre todo cierto Banks, le habrían relevado del mando cuando descubrieron a su esposa a bordo de la *Investigator*, o cuando encallaron en el Canal.

El que uno fuera o no capaz de costear todo un continente con un barco medio podrido y una tripulación mortalmente enferma, y dibujar además unos mapas fiables, no era cosa que se pudiera decidir en tierra entre cuatro almirantes. Una persona lenta era capaz de hacer muchas cosas, pero necesitaba tener buenos amigos.

Todo lo que el comodoro tenía que comunicarle a su flotilla pasaba por las manos de John, que era también el primero en leer las respuestas. Para entonces se conocía ya todas las banderas y combinaciones sin la menor vacilación. No tenía más que mirar. Luego era cosa de ciegos. Con las banderas tenía que ser así. A veces el viejo Dance se quedaba observándolo. Su mirada parecía de aprobación. No decía nada.

John se había confeccionado una lista con los objetivos personales que deseaba alcanzar: poder llegar a cualquier puerto por sus conocimientos de navegación. Evitar las desgracias; por ejemplo, no chocar con la costa durante un temporal. No tener que avergonzarse nunca como el capitán Palmer, de la *Bridgewater*. Y no ser culpable de ningún mal paso ni causar la muerte de otras personas. La lista tampoco era tan larga.

El escuadrón atravesaba el mar meridional de la China y se aproximaba a las islas Anambas.

—Esperemos que no pase nada —dijo de pronto Westall una noche, sin tomarse la molestia de dar más detalles.

—¡Vela a la vista!

Los temores se confirmaban: buques de guerra franceses.

—Estaban al acecho —masculló el teniente Fowler—. Si yo tuviera el mando, soltaría todo el trapo y mandaría la formación en tres direcciones distintas.

—Sería la única solución —comentó otro—. Seguramente serán de setenta y cuatro y nos van a merendar en menos que canta un gallo. Debemos ganarles la delantera cuanto antes.

Y un muchacho dijo:

—El viejo es demasiado lento.

¿Quién debía dominar en este mundo? Entre tres hombres, ¿cuál era el que debía decir a los otros lo que había que hacer? ¿Quién sabía mejor quién era un buen capitán?

En ese momento, Nathaniel Dance subía al tope del palo mayor para observar la situación con la suficiente perspectiva. Pero, ¿cómo se podía comprobar si un comodoro viejo poseía aún una vista segura o si la había perdido? Por fin estaba ya en el tope. Tras dar afanosamente unas cuantas vueltas a la ruedecilla de enfocar, se ponía a mirar por el objetivo y se sonaba la nariz. Luego bajaba otra vez, sin por ello darse más prisa que al subir. No le hacía falta mandar llamar a los oficiales. Tanto ellos como toda la marinería llevaban ya un rato esperándolo.

—Caballeros —dijo el anciano, al tiempo que renqueaba torpemente de la pierna izquierda, que se le había quedado dormida mientras miraba por el catalejo—, son cinco franceses con malas intenciones. Pero no han contado bien. Señor Sturman, por favor, tenga la bondad de ordenar zafarrancho de combate. ¿Señor Franklin?

—¿Sir?

Se había convertido en algo mecánico. Cuando John oía pronunciar su apellido, contestaba inmediatamente con su «sir», sin pensárselo dos veces. Así su respuesta no tardaba más en llegar que la de los otros.

—Ice la señal: escuadrón, listo para el combate, ponerse en línea, a la facha.

Se oyeron tímidos gritos de júbilo. En el fondo, estaban todos bastante confusos. Por lo pronto, la contestación que obtenían las banderas de John no era, a su vez, más que preguntas. La flotilla entera no daba crédito a sus ojos. Finalmente se consiguió formar una especie de orden de batalla. Pero entonces sucedió algo de lo más desconcertante: ¡los buques enemigos también se ponían a la facha! Ni siquiera desde el tope podían distinguirse sus cascos.

—¡Los nuestros tampoco! —dijo sonriendo Fowler en la batería—. No se atreverán a nada hasta mañana.

El sol se ponía tras la isla de Pulau Aur. Podía distinguirse la punta con toda claridad. Ahí estaban los ventrudos mercantes con su formidable disfraz amarillo y negro, como si fueran navíos de línea bien equipados. Ovejas con piel de lobo, eso es lo que eran. Los franceses no iban a dejarse embaucar por mucho rato. Durante la noche todo el mundo esperaba que el capitán diera la orden de izar velas, pero ni por ensueño. Dance pensaba efectivamente quedarse allí. Nadie dormía. Algunos decían en tono algo más animado:

—¿Por qué no vamos a luchar? ¡Les enseñaremos lo que es bueno!

Surgió un asomo de valor, y en quienes no hacía presa quedaba al menos la esperanza de que los franceses se retiraran solos para librarse de una hipotética superioridad inglesa.

En la oscuridad no había señales que dar, así que John tenía tiempo de entretenerse con sus dudas. Hoy no se le daban bien las decisiones y la serenidad. No podía fiarse de que fuera siempre a hacer las cosas como era debido. ¡Ahí estaba la bandera blanca aquella de la *Investigator*! Había oído con toda claridad una orden que probablemente no había dado nadie. En este caso, de haber sido otro el capitán, hubiera tenido asegurado un consejo de guerra.

Por otro lado, Nelson... En Copenhague había ignorado sin más la orden de retirada que había dado el almirante en jefe. Y de consejo de guerra, nada. Pero a Nelson le habían protegido sus éxitos tanto antes como después. Certeza de las cosas podían solo tenerla quienes ignoraban qué era lo transitorio, como las estrellas, las montañas o el mar. Y estos carecían de palabras para expresar lo que por su larga existencia sabían. En este punto, pensaba John, había más libertad de lo que sería de desear. Se podía actuar correctamente, sí, pero siempre era posible que todos los demás consideraran desacertada dicha actuación. E incluso podían tener razón.

Amaneció. Seguían viéndose en el horizonte las velas, sin moverse. Los franceses seguían a la facha. El comodoro ordenó que sus naves siguieran navegando con el rumbo que llevaban, para obligar al enemigo a tomar una decisión. No pasó mucho tiempo antes de que crecieran y se multiplicaran las velas en los palos. John tenía ahora bastante que hacer. Dance cambiaba constantemente el rumbo y lanzaba su flota directamente contra el enemigo.

John se dio cuenta, para vergüenza suya, de que estaba temblando. Al notarlo, su miedo se hizo aún mayor. No creía muy posible que se repitiera lo de la batalla de Copenhague, pero de poco le servía. Mientras tanto, intentaba figurarse que también acabaría pasando todo esto. A poniente tenían Pulau Aur. Empezó a imaginarse cómo los supervivientes, tanto ingleses como franceses, intentarían refugiarse en aquella isla después del combate. ¿Se repartirían los víveres y tomarían decisiones en común? ¿O se matarían unos a otros? También en estos pensamientos se albergaba el miedo. Decidió pensar en otras cosas inútiles y estimulantes. Empezó a hacer un recuento:

–Provisiones, agua, mechero, herramientas, vendajes, armas y munición.

Era la lista de cosas que debía haber en los botes en caso de naufragio. Se la sabía de memoria. Pero si no podía vencer el miedo, al menos tenía que dominar ese maldito temblor.

¿Por qué Dance no se había puesto a salvo por la noche? El riesgo habría sido mucho menor. ¡Era imposible que se atreviera a dejarse abordar!

John se sentía débil, pero seguía mirando, descifrando, tomando nota y dando los partes pertinentes. Las señales que percibía constituían un modo de poner en movimiento su cerebro desde el exterior. Cuando no había ninguna, seguía con su lista:

–Catalejo, sextante, brújula, cronómetro, papel, cordel de sonda, anzuelo, puchero, aguja...

Esta lista era suficientemente larga para su miedo. Entre las pocas cosas que no había que salvar, cuando un barco se iba a pique, estaba la «piedra santa».

Sus temblores no dejaban de aumentar.

–Perchas, lona, hilo torzal, banderas...

Los buques de guerra se acercaban a toda velocidad.

–¡Señales! –musitó John–. ¡Es posible que hagan señales!

Una de las primeras balas francesas que alcanzaron el *Earl Camden* dio al timonel. Dance miró al suplente y alzó hacia él la barbilla. Simultáneamente torció la cabeza, de modo que con la frente señalaba al timón y con la barbilla al hombre. También hubiera podido decir: «Ocupe su lugar».

Pero el sitio del piloto estaba lleno de sangre. Por eso prefería hablar por señas. Luego sacó el reloj y se puso a estudiarlo con tanta atención que parecía que lo más importante de la muerte de James Medlicott hubiera sido la hora.

Sus temblores aumentaron. Solo pensaba en cómo ocultarlos. Nadie podía sujetarle el rostro y el cuerpo. Se agachó, cogió el cadáver por la espalda y las rodillas, y lo levantó como se levanta a las mujeres y a los niños. Mockridge había contado el accidente de un chico de nueve años que, una noche en Newcastle, se echó encima de un vehículo debido al cansancio. La historia había llenado de temor a John. Se había imaginado muchas veces cómo habría recogido al herido de haber estado allí.

—¡Pero si está muerto! —exclamó uno de los lascars.

John no respondió. Retiró el cadáver con cuidado, sin tropezar con nada. Naturalmente, lo que estaba haciendo no tenía ningún sentido. No obstante, siguió con ello. Por lo pronto, era una manera de ocultar sus temblores. Los cañones tronaron. El barco dio una cabezada con el impacto. John depositó al muerto junto a los enfermos y se marchó a toda prisa. El médico declararía que no había nada que hacer. John subió de nuevo a cubierta. Estaba convencido de que no había hecho esa insensatez por cobardía. Era más bien una especie de disconformidad. Sí, eso es lo que había sido. Y no era nada indigno. Su respiración se calmó. El miedo empezó a ceder. Ahora empezarían enseguida los franceses el abordaje. John lo rechazaba como todo lo demás en esta situación. No sentía más que rechazo. Dijo:

—¡No lo puedo aprobar! ¡No lucharé!

Miraría, se quedaría esperando como una montaña, ya fuera vivo o muerto. Para la guerra todos eran demasiado lentos, él no era el único.

John subió con toda calma el último tramo de las escaleras. Ahora no había a bordo nadie más decidido que él, de eso estaba seguro.

Pero se quedó sin hacer la prueba.

Todo había cambiado.

Un cuarto de hora más tarde, John tenía que izar una nueva señal: persecución general del enemigo durante dos horas. Los franceses ya habían tenido bastante y huían. Habían sido derrotados por dieciséis mercantes ingleses abarrotados de cobre del Japón, salitre, agar-agar y té. Cinco buques de guerra repletos de cañones y munición, en cuya cubierta un batallón entero de soldados estaba en zafarrancho de combate con las bayonetas caladas, huían de ellos.

De pronto, John se dio cuenta de que a su alrededor todo eran risas, una especie de demencia, sin poder parar, porque el mundo no podía haberse vuelto más loco y lúcido a la vez, y porque alguien, en el alcázar de proa, había exclamado:

—¡Yo creo que no querían hacernos nada!

Se dio cuenta de que también él llevaba riéndose un buen rato, sin por ello poner fin al rechazo que antes había sentido. Esa risa no era más que un desahogo.

El comodoro gritó desde la popa:

—Señor Westall, espero que habrá hecho usted un par de bocetos.

El pintor replicó:

—Lo siento, sir, me quedé sorprendido ante el desarrollo del ejercicio.

La palabra «ejercicio» fue corriendo de boca en boca. Continuaron las risas.

En aquella victoria, Nathaniel Dance se lo había jugado todo. Ahora era un héroe. Todos eran héroes.

El comodoro invitó a sus oficiales y capitanes al buque insignia para festejar la «victoria de Pulau Aur». Levantó su copa:

—Solo ha sido posible porque Dios nos asistió y no nos precipitamos. Mirar bien las cosas tres veces y actuar una sola. Es algo que no siempre entienden los jóvenes. Despacio y buena letra es mejor que deprisa y por última vez. ¿Verdad, señor Franklin?

Todos se quedaron mirando a John, probablemente porque esperaban que dijera encantado: «Sí, sí, sir», como procedía. Sin embargo, lo único que hizo fue mirar al comodoro y ponerse a temblar un poco. ¡Eso sí que era insólito! Todos estaban asombrados. Pero él estaba preparándose una frase que quería decir. A modo de introducción, y para no abusar demasiado de la paciencia de los demás, empezó así:

—Sir, no estoy conforme... —y se quedó pensando cómo continuar. De repente todos guardaron un silencio total. A pesar de todo, prefirió acometer directamente la frase

crucial—. ¡La guerra va demasiado despacio para todo el mundo, sir!

En medio de las risas que sus palabras habían provocado, comparó otra vez lo que había dicho con lo que había querido decir. Pero no sirvió de nada. Por lo pronto, Fowler le daba una palmada en el hombro y de nuevo estaba en medio de la barahúnda.

Puede que solo le hubiera entendido el comodoro o, por lo menos, eso aparentaba.

—Ni demasiado despacio ni demasiado deprisa —dijo en tono serio—. Mis días están en Tus manos. Sálvame de las de mis enemigos, Señor, y de las de mis perseguidores. — Luego añadió—: Haz por último que el señor Franklin construya frases enteras y no haga pausas. Todavía va a sernos muy útil. ¡Hoy hemos tenido un buen día!

Aunque ninguno de los capitanes y oficiales presentes había entendido una palabra, todos se echaron a reír como si de un chiste se tratara. No cabía otra actitud ante un anciano victorioso.

Pronto supo toda la tripulación del *Earl Camden* que la opinión de John era muy distinta de la suya. Se dirigió a Dance y a todos los presentes, y expuso correctamente sus argumentos. Le comentó a Westall:

—Me gustaría tener siempre valor a la primera, pero todo lo que emprendo necesito hacerlo como es debido. Para todo tengo que esforzarme, incluso para ser valiente.

Westall le hizo un guiño:

—Pues queda usted muy bien en el retrato.

Ya habían dejado atrás Ceilán y ahora pasaban por el cabo Comorín. John contemplaba el mar mientras el pintor le hacía un boceto. Westall se humedecía constantemente el labio inferior con la lengua. No sabía dibujar de otro modo. John empezó a hablar de nuevo.

—Señor Westall, debo decirle otra cosa: yo creo que el parecido es mejor que la intuición.

Westall comprobaba la distancia que había entre los ojos de John, levantando el pulgar, y después medía a qué altura arrancaban sus orejas, estirando la mano.

—Este retrato se le parecerá mucho —replicó.

John estaba muy satisfecho. Guardó silencio y permaneció inmóvil. Si el señor Westall iba a pintarlo bien, como se hacía antiguamente, no podía permitir que el dibujo le saliera movido.

En la rada de Bombay vieron cómo se anunciaba la llegada del monzón. William Westall bajó del barco. Dijo:

—Me gustaría quedarme aquí a pintar la India. Empezaré por el monzón. El cuadro más hermoso de mi hermano se llama «Casandra profetiza la caída de Troya». El mío se llamará «El monzón se cierne sobre la bahía», y expresará lo mismo... ¡pero mejor!

John no entendió una palabra, pero se sintió triste, porque también perdía a ese loco, al que había cogido tanto cariño.

¡Portsmouth! Las fortificaciones y los muelles tenían el mismo aspecto de siempre. Era como si acabara de estar en la ciudad el día antes. Que un John Franklin cualquiera volviera de los Mares del Sur al cabo de tres años, aquí no le hacía apoyar a nadie la copa en el mostrador. Portsmouth era un hervidero de hombres y mujeres jóvenes, ruido, trabajo y espíritu de iniciativa. La ciudad se ocupaba de sus asuntos. Si en ella vivía gente mayor, era precisamente por eso, no a su pesar. Allí nadie cultivaba rosas, nadie echaba sermones ni los escuchaba. Se vivía deprisa porque había que acabar cuanto antes. En los muelles se trabajaba de firme, incluso por la noche, a la luz de las lámparas de sebo. Era una ciudad hambrienta y rápida que seguía siendo la misma de siempre.

John se enteró de que Matthew había sido capturado por los franceses en la isla Mauricio y de que había sido retenido en ella, acusado de espionaje. Creía que todavía estaban en paz y por eso había fondeado en aquellas aguas, que eran territorio francés, a pesar de que su salvoconducto solo era válido para la *Investigator*, que en paz descansa. Ojalá le dejaran sus mapas, que tantos esfuerzos habían costado, y lo devolvieran pronto a casa.

Mary Rose continuaba allí.

Seguía viviendo en Keppel Row, solo que dos casas más arriba. Tenía la gran olla de agua puesta al fuego sobre unas trébedes; así siempre podía tener el té listo sin necesidad de retirar el agua del fogón. Parecía que las cosas le iban bien.

—Hablas más deprisa que hace tres años —le dijo.

—Ahora tengo mi propio ritmo —repuso John—. Además, no estoy siempre de acuerdo con todo como antes, y eso acelera.

A los torneados rasgos del rostro de Mary le habían salido más arrugas. John se fijó en cómo palpitaba el cuerpo de la muchacha al compás de su respiración. El resplandor de

la lámpara hacía brillar en su axila unos cuantos pelillos. Esa pelusa era lo que más lo excitaba. Iban a producirse grandes acontecimientos.

—Siento crecer en mí una curva sinoidal. Todo se me sube.

Pronto se olvidó de la geometría y en su lugar aprendió que podía haber cosas mejores en el mundo y que dos personas bastaban para hacerlas realidad. Vio un sol que todo lo inundaba. Paradójicamente, era al mismo tiempo el mar, y parecía más caliente en el fondo que en la superficie. Tal vez el presente sea así cuando no se le escape a uno, pensó John. Oyó la voz de Mary.

—Contigo es distinto —decía—. La mayoría va demasiado deprisa, y entonces todo acaba rápidamente.

—Eso es exactamente lo que yo llevo pensando desde hace algún tiempo —repuso John, lleno de alegría al sentirse comprendido por Mary. Contemplaba cómo se le tensaba la piel sobre la curva que formaban los omóplatos. Se fijó bien en todo. Lo más delicioso era la piel de las clavículas. Lo hechizaba. Era como un nuevo presente y un nuevo sol que saliera del fondo.

Mary le enseñó que el ir palpando y sintiendo era un nuevo lenguaje. En él se podían hacer preguntas y también dar respuestas. Había que evitar cualquier equívoco. Esa noche aprendió muchas cosas. Al final quiso quedarse con Mary. Esta le dijo:

—¡Estás loco!

Estuvieron hablando hasta la madrugada. Era difícil disuadir de algo a John Franklin. De haber habido más pretendientes a la puerta, se habrían marchado hartos de esperar.

—Ahora me alegro también de saberlo todo con mi cuerpo —dijo John.

Mary Rose estaba emocionada.

—De ahora en adelante, para eso ya no necesitas pasarte tres años dando la vuelta al mundo.

A la puerta del White Hart Inn estaba el viejo Ayscough, de ochenta años, sesenta y cinco de los cuales se los había pasado de soldado en Europa y América. Iba allí cada día a esperar la silla de posta. Se fijaba bien en quién bajaba y de dónde venía.

Reconoció al joven Franklin por sus andares. Estrechó insistentemente la mano del guardia marina, pues quería ser el primero en enterarse de todo.

—¡Vaya! —dijo por fin—. Ya tienes otro barco, y grande. Pronto estaréis combatiendo otra vez en defensa de Inglaterra.

John se dirigió a casa de sus padres. El sol se iba encaramando en los frutales. Desde que él podía recordar siempre había ansiado estar lejos de allí. Pero todo aquel tiempo en el que sus esperanzas se cifraban en la lejanía, se lo había pasado mirando esas chimeneas, la cruz del mercado y el árbol de la plaza del ayuntamiento. Tal vez la nostalgia no fuera más que el deseo de volver a sentir aquellas esperanzas de antaño. Depositó el equipaje junto a la cruz del mercado. Quería reflexionar sobre eso.

Ahora tenía nuevas esperanzas, y recientes. Y también con más fundamento que las de antaño. ¿Cómo le daba a uno eso de la nostalgia?

Quizá había amado todo esto en un tiempo del que ya no podía acordarse. Pero ahora lo extraño estaba más bien aquí. Tenía incluso la sensación de que el color del muro de Whampoa en primavera le resultaba más familiar que el de esas gradas que subían a la cruz del mercado. A pesar de todo, seguía sintiendo una especie de amor.

—Sí, la vuelta al hogar —decía la voz del viejo Ayscough, que había venido siguiéndolo—. Siempre puede uno descansar en él.

El guardia marina John Franklin se sacudió el polvo de los calzones. Se quedó pensando si el amor a la patria sería un deber o más bien algo innato. Naturalmente, no podía preguntarle una cosa así a un antiguo soldado.

La casa del pasadizo pertenecía ahora a un forastero gordo que solo dijo: «¡Ah...,!», y ese fue todo su saludo, su conversación y despedida.

Sus padres vivían ahora en una casa más pequeña. Al verlo, los ojos de su madre chispearon de gozo y no pudo por menos que gritar su nombre. Todo estaba en silencio, pues su padre casi no hablaba. Parecía triste, y a John le dio lástima. No tenían ni un céntimo. Pero ¿no poseía su padre una fortuna? John prefirió no hacer preguntas. Oyó decir que habían pasado ya los buenos tiempos. Sobre Thomas, su padre dijo escuetamente que ahora estaba al mando de un regimiento de voluntarios. Castigarían a Napoleón, como se le ocurriera aparecer por allí.

El abuelo estaba sordo como una tapia. Se quedaba mirando un rato a cualquiera que hablara, y decía:

—No tienes por qué gritar. De todos modos, no entiendo nada. Ya me entero yo solo de lo importante, sin que me lo diga nadie.

Mientras se dirigía a casa de Ann, John intentó recordar el rostro de Mary. Qué extraño, no lograba acordarse. ¿Se olvidaba uno del rostro de la persona amada? Tal vez precisamente por estar enamorado de ella.

Ann Flinders, de soltera Chapell, se había puesto más rolliza. Se alegró de ver a John. Hacía tiempo que se había enterado de la desgracia de Matthew.

—Primero los almirantes, luego los franceses... Y él no le ha hecho nada a nadie.

Estaba triste pero no lloraba. Quería que le contara todo lo del viaje. Por fin solo acertó a decir:

—¡Esos franceses van a pagarlas todas juntas!

Luego fue a visitar a los señores Lound.

No habían vuelto a saber nada de Sherard desde la carta que les mandó desde Sheerness. Seguro que los franceses habían incautado la que le había dado a Matthew para que se la trajera. Y no había enviado ni una letra desde Port Jackson. John se imaginó el territorio al que había pensado marcharse su amigo, más allá de las montañas azules, donde todos los ríos corrían hacia el oeste, la zona en la que se refugiaban los penados de Botany Bay cuando lograban evadirse.

—Está en un país verde en el que hace muy buen tiempo —dijo John—, pero allí el correo es muy malo.

Las cosas habían empeorado en Ing Ming. Más gente y menos comida. Los Lound seguían teniendo vacas. Pero las tierras comunales resultaban demasiado escasas para el ganado de los pobres.

—Los ricos corren las lindes sin más ni más. Y los animales se comen la hierba tan deprisa que no da tiempo a que crezca de nuevo.

El señor Lound era trillador. Chelín y medio al día en época de siega. Su mujer hubiera podido dedicarse a hilar lino, si no fuera porque la rueca y la olla de calentar el té habían ido a parar hacía tiempo a casa del prestamista. Era el hombre que a todo decía «Ah..., hum».

—Todavía tenemos a todos los pequeños en casa —dijo el señor Lound—. En los pantanos el jornal es mucho más alto. O tal vez vayamos a la fábrica de hilados. Allí los chicos siempre pueden ser de utilidad, incluso en invierno. Quizá las cosas vayan mejor cuando ganemos la guerra.

Le enseñaron la última carta de Sherard. En ella decía de él: «Por la noche sueña con los muertos».

La aldea parecía abandonada. Tom Barker estaba en Londres, de aprendiz con un boticario. Otros servían en el ejército. Muchos habían emigrado. En la iglesia seguía Peregrin Bertie, el lord de Willoughby, contemplando una parroquia de sillas vacías.

Todavía estaba allí el pastor, aquel hombre dormilón y rebelde.

Ahí lo tenía, apoyado en el mostrador de la taberna del «White Hart», sin dejar títere con cabeza.

—¿Dar la vuelta al mundo? —preguntaba—. Para eso no necesito ningún barco. La Tierra da vueltas sola.

John se lo tomó con paciencia.

—Pues tú das vueltas también con ella —replicó—, así que te quedas siempre donde estás.

—¡Los pies es lo que tienes que levantar! —masculló el pastor.

Luego hablaron de los prados comunales.

—¿Sabes lo que es un milagro? Pues un prado que encoge cuantas más bocas tiene que alimentar.

—No creo en milagros —respondió John—. Son cosas de niños.

El pastor apuró su copa y de nuevo hizo gala de su rebeldía.

—¡Te equivocas! En economía lo asombroso empieza en cuanto uno se pone a pensar.

¡Pero tú ya eres un héroe! ¿Mandas por lo menos dinero a casa?

9

Trafalgar

El doctor Orme miró desconcertado a John sin decir palabra. Luego se levantó, alegrándose de verlo.

—¡John! —exclamó mientras sus pestañas parecían abanicarle el cerebro—. Pensaba que vendrías, pero ya casi no me quedaban esperanzas.

El propio John se asombraba de la inexpresividad con la que contemplaba ahora a su viejo maestro. Significo algo para él, pensaba. Muy bien, veo que sigue apreciándome.

Se sentaron en el jardín trasero de la casa de la calle del Cuello Roto. Se produjo un silencio, pues no sabía muy bien por dónde empezar. El doctor Orme contó una pequeña anécdota «para aligerar la situación». Seguía siendo un verdadero pedagogo.

—Aquiles, el hombre que más corría del mundo, era tan lento que no podía dar alcance a una tortuga.

Esperó a que John comprendiera del todo la paradoja de su afirmación.

—Aquiles le daba una ventaja a la tortuga y echaba a correr al mismo tiempo. Cuando él llegaba al punto de partida de la tortuga, esta se hallaba ya en otro sitio. Entonces corría hacia allí, pero cuando llegaba, ella ya había avanzado otro poquito. El mismo proceso se repitió innumerables veces. La distancia se reducía, pero él nunca la alcanzaba.

John parpadeó y empezó a reflexionar. ¿Una tortuga?, pensó, y se puso a mirar el suelo. Observaba los zapatos del doctor Orme. ¿Aquiles? Qué cosa más imaginativa. El maestro no pudo por menos que echarse a reír. Ahora le faltaba uno de aquellos torcidos incisivos suyos.

—Entremos —dijo—. Durante este tiempo he avanzado un poco en la investigación de la naturaleza.

Una vez dentro, abrió la puerta de un cuarto. John lo agarró entonces del brazo:

—¡Eso de la carrera no pudo contarle más que la tortuga!

En el gabinete había un pequeño aparato cuidadosamente construido. Se trataba de un disco que giraba en torno a un eje transversal cuando se daba a la manivela. En las dos caras llevaba pintado un rostro. En el anverso, un hombre, a la izquierda; y en el reverso, una mujer, a la derecha. Cuando se hacía girar el disco, aparecían alternativamente uno y otro.

—Ya lo vi en la feria el tercer domingo de Pascua de hace seis años —dijo John.

—La manivela me la construyó el carretero —explicó el doctor Orme—, y el contador, el relojero. Si se hace girar deprisa se juntan Arlequín y Colombina. —Buscó un librito y leyó—: «Mi vista se confunde a las 710 vueltas. La del sacristán Reed, a las 780. Sir Joseph, el alguacil jefe, a las 630. Mi alumno de latín más vago, a las 550. Y mi ama de llaves, que es rapidísima, a las 830».

John se dio cuenta de que de la palanca del contador colgaba un pequeño reloj de arena.

—¿En cuánto tiempo?

—En menos de sesenta segundos. Siéntate, por favor. Haré girar el disco cada vez más deprisa, hasta que veas con claridad a la pareja. Entonces mantendré esa velocidad y daré la vuelta al reloj de arena. Al mismo tiempo conectaré el contador.

El maestro empezó a dar a la manivela con precaución y miró atentamente a John. El mecanismo chirriaba cada vez más fuerte.

—¡Ahora! —dijo John.

Las ruedecillas del contador empezaron a correr. A cada vuelta, la rueda de las unidades se movía con un enganche situado junto a la de las decenas, y esta a su vez tenía otro junto a la de las centenas. Cuando cayeron los últimos granos de arena, el doctor Orme dio la vuelta al reloj y el contador se detuvo.

—¡Trescientas treinta! —dijo solemnemente—. Eres el más lento.

John se alegró mucho. Su particularidad estaba demostrada.

—Es una diferencia muy importante que tienen los hombres —dijo el doctor Orme—. Un día este descubrimiento resultará todavía más provechoso.

Por la tarde, el doctor Orme se fue a dar clase a la escuela. John no lo acompañó. Temía tener que explicarles a sus alumnos sus experiencias. No hubieran comprendido qué era lo que lo movía, y no quería hablar por hablar, siguiendo la corriente a los

demás. Prefirió ir a ver su viejo árbol. También este le resultaba ahora extraño. Ahora ya no necesitaba árboles, ahora tenía los mástiles del barco. Se detuvo a sus pies, mirándolo de arriba abajo, y luego continuó su camino. Recorrió todo el pueblo y se puso a pensar en las distintas velocidades que tenían los hombres. Si era verdad que algunas personas eran lentas por naturaleza, que lo fueran. No les era dado volverse como las demás.

Se sentó contentísimo a la mesa del doctor Orme. ¡El mundo debía ser tal como era! Ahora hubieran venido bien unos chicharrones. Pero, ¿cómo se lo iba a poder imaginar el ama de llaves, con lo rápida que era?

John quería preguntar al doctor Orme si, en el futuro, no habría más guerras. Por ahora no parecía que fuera a ser así. Y cuando derrotaran a Napoleón, ¿reinaría por fin la paz eternamente? John fue retrasando su pregunta sin saber por qué.

El doctor Orme dijo que pensaba construir más aparatos.

—Todavía no puedo decir nada concreto. Aún tengo que seguir pensándolo.

De paso, mencionó al prelado de Cloyne, un obispo irlandés que había esbozado una teoría de la percepción.

—Imaginaba que el mundo, con todos sus hombres, objetos y movimientos, no era más que una apariencia. Así pues, no era más que una historia que Dios, mediante impresiones sensoriales artificiales, le contaba al cerebro, acaso a uno solo, el del obispo de Cloyne. En último término, lo único que existía era su cerebro, sus ojos y sus nervios, y las imágenes que Dios le enviaba.

—¿Por qué iba a hacer Dios una cosa así? —preguntó John.

—El hombre desconoce el sentido de la Creación —repuso el maestro—. Además, una buena historia no tiene por qué tener ninguna motivación.

—Si puede aparentarlo todo —dijo John—, ¿por qué es tan parco en milagros?

El doctor Orme no sabía qué contestar. Le contaba lo que le interesaba del asunto, a saber, con qué clase de aparatos podría Dios imprimir esas imágenes en el cerebro humano, en caso de que el obispo tuviera razón.

—Naturalmente, no es más que un pensamiento provisional —dijo—. Los métodos de la divinidad son realmente inescrutables.

Una nueva preocupación volvió a distraer a John de la pregunta que quería hacer sobre la paz. Sentía afecto por el doctor Orme porque era una persona que no hablaba mucho de Dios cuando tenía algo que explicar. Y quería que siguiera siendo así.

Al doctor Orme se le ocurrió solo. La humanidad aprendería, creía él. Aunque aprendía un poco más despacio de lo que había supuesto.

—La cosa estriba en que los hábiles intentan constantemente cambiar lo poco que conocen del mundo. Un día descubrirán el mundo, en vez de mejorarlo, y ya no olvidarán lo que descubran.

John no construía nunca frases largas que trataran del mundo, pero hallaba de lo más normal que, cuando hablaban con él, las personas inteligentes como el doctor Orme o Westall las construyeran.

Ojalá se apuntara todo aquello el doctor Orme.

—Sobre el olvido, se me ocurre una cosa —dijo John—. Me he enamorado de una mujer y me he acostado con ella, pero ahora su rostro se me ha ido completamente de la cabeza.

Siguió una pequeña interrupción, pues el doctor Orme se había descuidado y había puesto su taza al borde del plato y no dentro.

No le quedaba tiempo para Mary Rose. John tenía que embarcarse en la *Bellerophon*, que estaba anclada en la desembocadura del Támesis, lejos de Portsmouth. Cuando iba en la lancha que lo llevaba a Sheerness, se puso a hablar con un teniente que tenía insignias de comandante, un tipo enjuto, de ojos oscuros y nariz larga y puntiaguda. Parecía como si a una nariz corriente le hubieran añadido otra para alargarla. El teniente se llamaba Lapenotière y hablaba extraordinariamente deprisa. Estaba al mando de la goleta *Pickle*, uno de los barcos más pequeños de la Armada, encargada casi siempre de misiones de espionaje en la costa francesa. Los hombres de la *Pickle* avisaban de dónde había fortificaciones y capturaban lanchas de vigilancia. Su comandante era famoso por la capacidad que tenía de sacar información a sus prisioneros.

—Como francés ya puede... —dijo el otro oficial.

—¡Soy inglés! —replicó Lapenotière indignado—. Lucho por los buenos sentimientos de la humanidad y contra los malos.

—¿Y cuáles son los buenos? —preguntó el otro oficial.

—La fe y el amor.

—¿Y los malos? —preguntó John.

—La libertad igual para todos, el delirio de grandeza de la lógica y... ¡Bonaparte!

—¡Muy cierto! ¡Dios lo bendiga! —exclamó el otro oficial, que se levantó y se dio un golpe en la cabeza con las vigas del techo.

John encontró todo eso superfluo. Mostró su disconformidad.

Los franceses tenían que mantenerse lejos de Inglaterra, y eso era todo.

A juicio de la tripulación, la *Bellerophon* era un barco irlandés y no inglés. Ya se había encargado en muchas batallas de repartir ruido y muerte con sus setenta y cuatro cañones. Era una nave famosa. Nadie sabía por qué había tantos marineros irlandeses a bordo. Entre los marinos la conocían por la «Pendenciera» o la «Palurda». En 1786 se había mostrado bastante reacia a que la botaran antes de tiempo, en un bautizo de emergencia, con media botella de oporto. La *Bellerophon* tenía los mismos años que John. También Matthew había servido en ella como guardia marina. El mascarón de proa representaba un diablo que mostraba los dientes, seguramente otro griego, como el tuerto que había en la *Polyphemus*; y sin brazos, lo mismo que este.

¡Menuda diferencia con la *Investigator*! Madera maciza por todas partes, aparejo pesado, pasillos amplios, muchísimos hombres, soldados de casaca roja y hasta algunos de azul, que se ocupaban de los morteros. Tanto los de rojo como los de azul hacían instrucción a diario en cubierta. ¡Pobres hombres! La tripulación los miraba con lástima y desprecio, viéndolos moverse al compás de las voces de «¡Cargar y asegurar!», «¡Derecha!», o «¡Media vuelta!». Los únicos a los que realmente les hubieran gustado tanto tambor y tanta instrucción habrían sido los aborígenes de Australia. Se habrían puesto a hacerla ellos también, echándose al hombro sus bastones, convirtiendo enseguida en una danza tantas media vuelta y vuelta entera. John se propuso observar a la humanidad. Si aprendía, tendría que notarse algo.

Tanto entre la tripulación como entre los soldados corrientes no había prácticamente ni uno solo que no hubiera sido obligado a alistarse mediante el concurso del alcohol o del palo. También había algunas mujeres voluntarias, aunque lo más probable es que vinieran forzadas por sus maridos. Vivían con todos ellos en el segundo puente, llevaban pantalones y parecían un marinero más. Nadie hablaba del asunto, y, si nadie hablaba de una cosa, no existía. En un barco irlandés que solo estaba disfrazado de inglés, no podía sorprenderle a nadie una cosa así.

¿Adónde iban? A Brest, decían. El bloqueo de un puerto..., menudo negocio interminable. Todos estaban de mal humor, por no hablar de los que iban forzados.

La camareta de los cadetes estaba en el sollado, por debajo de la línea de flotación. En ella podía cortarse el aire con cuchillo. Sobre la mesa, cigarros, ponche, pasteles, queso, pipas, cuchillos y tenedores, una flauta, libros de iglesia, tazas de té, un resto de jamón y una pizarra. A todas horas, aburrimiento y reyertas producidas por el aburrimiento. Y para colmo, los dichos del jovenzuelo Bant, que a sus diecinueve años creía saberlo todo.

—¡Las mujeres de treinta son las mejores!

Ese era el tipo de cosas que solía decirles. Procedía de una aldea cerca de Devonport, donde seguramente todos se habrían quedado muy contentos de que se hubiera decidido por la Marina.

—Las de treinta sí que saben. Tienen todo lo que las de veinte y no hace falta perder tanto tiempo. A veces las de cuarenta son aún mejores.

Walford, el más viejo de la camareta, echó una bocanada de humo.

—¡Cierra el pico! —Y al cabo de un rato exclamó—: Eso te lo habrá contado alguien. Apuesto a que habrá sido algún carcamal.

Bant montó en cólera, pero antes de que llegara a hacer o a decir nada, recibió un flautazo en los dedos que lo dejó paralizado de dolor. Tal era la rapidez de Walford. Además, los mayores siempre tenían razón. Ese era uno de los principios que había que defender contra Napoleón.

Para John, lo peor empezaba con el aburrimiento de los otros. El que no había aprendido a ser cruel, tenía que portarse por lo menos con descaro. Durante las primeras semanas no hubo prácticamente nadie que le guardara respeto. Pero no perdió la confianza en sí mismo. Sabía que la situación cambiaría. Había uno que de vez en cuando le pedía consejo: Simmonds, el más joven, recién salido de su casa.

A veces John pensaba en el futuro. ¿Qué iba a hacer alguien como él cuando acabara la guerra? Un guardia marina sin barco no cobraba ni la mitad del sueldo. ¿Instalarse con Sherard en Australia? ¿Pero dónde buscarlo? Ahora John era ya de los más viejos. Simmonds tenía catorce años; Henry Walker, dieciséis.

¡Todo el otoño y todo el invierno cruzando delante de Brest! Solo alguien como John podía soportarlo. Aprendió el nuevo código de señales y se leyó todos los libros que cayeron en sus manos.

La guerra terminaría algún día. Intentaría meterse en la Compañía de las Indias Orientales.

Simmonds le daba lástima. Cuando, por la noche, Walford clavaba solemnemente el tenedor en la mesa, según tenía por costumbre, los más jóvenes tenían que abandonar la camareta e irse a acostar. Quería decir que todavía estaban creciendo y que necesitaban dormir más que los otros. Pero solo era un pretexto. El verdadero motivo era humillarlos. Cuando Simmonds se dormía en la guardia, cosa que sucedía fácilmente, pues se alojaba en el segundo puente con el maestro de piezas, Bant solía ir a buscarlo y pellizcarlo por debajo de la hamaca, para que se cayera. El muchacho iba lleno de chichones y cardenales, como le había ocurrido a John en su época. Lo normal es que además se ganara toda clase de burlas. Tenía todavía que aprender las cosas más sencillas. Ni siquiera sabía cómo se enganchaba un cable. También era culpa suya. Hacía que le perdieran el respeto. En vez de estudiar, se ponía a contar cosas del perro que tenía en Berkshire. Era un muchacho amable y frívolo, siempre encantador y candoroso, pero para bracear la antena mayor buscaba el cabrestante en el trinquete. John le cogía de las solapas:

—¡Solo tienes que pensar un poco! ¡No puede estar más que en el palo de mesana!

Incluso le explicaba cosas más complicadas. En todo ese tiempo había notado que hasta los más viejos sabían menos que él. A él no se le había olvidado nada. Su cabeza era una especie de granero bien repleto. Al principio se enfadaban con él por ese motivo, pero no se abstenía de seguir divulgando sus conocimientos, por considerarlo su deber, sobre todo cuando a otros les faltaban. Al cabo de seis meses todos lo conocían ya bastante bien. Era respetado, tal como se esperaba. Siempre lo consultaban en las situaciones de importancia y le daban el tiempo necesario para poder responder. No puedo pedir más, pensaba. Seguía habiendo un fallo: la guerra.

Pasó el invierno. ¡Por fin se iban de Brest! Llegó un nuevo capitán, James Cooke, un tipo calvo, esbelto, con un hoyuelo en la barbilla. Tenía un aspecto casi tan noble como Burnaby, y sonreía mucho. Cooke era un hombre de Nelson de los pies a la cabeza, y sabía bastante de cómo enardecer los ánimos. Nelson seguía todavía lejos, persiguiendo a parte de la flota francesa, pero Cooke hizo cambiarlo todo a bordo, como si tuviera al almirante en el castillo de popa. Echaba discursos sobre la muerte, la gloria y el deber,

combinando estos tres conceptos con una gran habilidad. Escuchaba a todo el mundo, pero sin reaccionar de forma clara. Tal vez no hiciera más que fingir que prestaba atención, pero todos se sentían considerados. Era como si amaneciera una nueva época de libertad y bondad: Bant ya no se daba tantos aires; Walford colaboraba y daba ánimos; todos intentaban mejorar. ¡Y todo se conseguía tan solo gracias a las palabras de un capitán! Solo John buscaba en vano en su interior: «Todavía no noto nada». La palabra «gloria», sobre todo, le despertaba grandes dudas. Gloria: querer ser el bueno. Pero en una batalla no se tenía la seguridad de quién era el bueno. Ni siquiera con la muerte se podía comprobar de forma convincente. John pronunciaba su propio discurso en la intimidad de su mente. Movía la lengua por detrás de los labios bien cerrados. Sobre la gloria, pronto lo tuvo todo claro. En cambio, respecto al «honor», no era capaz de articular palabra y se pasaba el tiempo cavilando. Honor sí que había. Pero aún tenía que investigar más lo que era exactamente.

La *Bellerophon* se dirigía a Cartagena, en España. Se pintó de nuevo el mascarón. Llegó incluso a subir a bordo el propio Nelson, un caballero amable y decidido, que también sabía lo que era sonreír. Cuando se vio frente a la tripulación de la *Bellerophon*, habló en tono persuasivo y casi de súplica. Parecía un hombre lleno de amor, amor a la gloria y a su propia especie. Pronto no quedó nadie que no quisiera ser de la especie de Nelson.

–A mí no me contagia –dijo John.

Ese Nelson parecía estar seguro de que todos harían aquello por lo que él los amaba, y, efectivamente, lo hacían. Amaba a los locos, y por eso resultaba de lo más seductor volverse loco por Inglaterra. De repente, hasta los marinos enrolados a la fuerza y los soldados maltratados estaban dispuestos a convertirse en héroes. Ahora creían que se contaban entre lo más excelso que hubiera producido la tierra. Lo único que les faltaba era demostrarlo. El honor obligaba a todos a hacer aquello por lo que se les había alabado. El honor era una especie de prueba que presentar a posteriori.

–¿Qué resistencia encuentra un sable en la carne y las costillas? ¿Cómo son de fuertes las paredes de un corazón? –le interesaba saber a Simmonds, que no tenía más que catorce años.

–No tienes más que querer, y te resultará coser y cantar –aseguraba Walker, que tenía dieciséis.

Todos se sentían llenos de energía y anhelaban enfrentarse a alguna situación fuerte, de muerte y espanto, para ver si luego la recordaban con tranquilidad o alegría. Todos los que no habían vivido nada parecido querían saberlo. Cada vez había más, y John se sentía viejo. Observaba atentamente al joven Simmonds. Le hubiera gustado ver con qué rapidez aumentaba su entusiasmo patriótico, si era más intenso por la mañana o por la noche, y si le salía de dentro o le venía de fuera.

Los barcos franceses y españoles seguían fondeados en Cádiz para defender sus baterías. La *Bellerophon* tomó ese rumbo y allí se reunió toda la flota. Una noche comentó John en la camareta:

—Con trescientas treinta revoluciones por minuto, no estoy muy indicado para combatir.

A nadie le gustó oír este comentario.

—¡No creo que seas un «cuáquero», Franklin! —dijo Walford—. Pero te falta pasión.

John sabía muy bien lo que era un «cuáquero», pues conocía perfectamente todo lo que contenía un barco. «Cuáqueros» llamaban a los muñecos que se ponían delante de las portañolas cuando se reparaban los cañones o los desembarcaban. Él no quería ser un muñeco. Ahora se esforzaba el doble en el trabajo. Además, volvía a ser cadete de señales. Dominaba todas las reglas, los fallos y la manera de repararlos. Quería ser tan bueno que nadie echara en falta su pasión.

Oyó decir a un teniente:

—El pensamiento más noble de un hombre es sacrificarse. No vamos a la batalla para matar, sino a jugarnos la vida por Inglaterra.

De haber llevado todavía un cuaderno de frases, hubiera sido un ejemplo precioso. La mirada del teniente atravesaba a su interlocutor al hablar. En su rostro se pintaba una especie de satisfacción terrible, como si pensara: todavía sigue todo aquí, todavía sigue todo claro, todavía no he cometido ningún fallo.

Se hablaba mucho del valor. Si las palabras servían de algo, todos aquellos hombres iban a ser muy valientes durante la batalla. Y además muchos querían que los ascendieran, porque creían que después de ese heroísmo ya no les fastidiarían más. Pensaban también que de una tripulación de mil hombres no caían por lo general más de doscientos o trescientos. Por otra parte, cuando un barco se incendiaba o se iba a pique, siempre había supervivientes.

Al amanecer, la flota inglesa se hallaba fondeada al suroeste de Cádiz. Almuerzo, ración de ron, barco en zafarrancho. Bant puso la taza en el plato.

—¡Un tiempo glorioso! ¡Y vamos a estar con Nelson!

Ahora hasta él hablaba así. Pero aunque su mirada se veía llena de entusiasmo, como la de un perro al que van a soltar la presa, sus palabras sonaban a imitación. Precisamente también él procedía de Devonport. Lo de Simmonds era distinto. Sentía realmente algo grande. Le parecía sentir la verdad.

—¡Ahora voy a saberlo! —dijo.

John lo creyó.

James Cooke pronunció la última arenga.

—¡Vamos camino de la inmortalidad! —sonrió—. Comportaos mejor que hasta ahora, solo un poco mejor, y seréis tres veces mejores que los franceses.

¿Cómo lo había calculado?

Se organizó el puesto de socorro en la camareta de los cadetes. El celo no le dejaba a Simmonds caminar normalmente. Solo era capaz de correr, como si fuera cosa de vida o muerte. Quizá su frivolidad se hubiera convertido de repente en fuerza y valor. John notó en el resto de la tripulación algo parecido. Solo aquí y allá parecía chirriar un poco el heroísmo, como si estuviera mal engrasado. En el castillo de proa oyó decir:

—Los muertos ven las cosas de otra manera.

Se aprendió la frase para poder pronunciarla deprisa y se la espetó a Walford. John seguía confiando en que no se entablaría batalla.

Pero de pronto el vigía gritó:

—¡Barcos extranjeros!

En un instante, el mar estaba blanco de velas en toda la extensión que podía abarcar la vista. John permaneció totalmente tranquilo, pero por un momento tuvo la sensación de que olía a aire de nieve. Se le enfrió la nariz. Una hilera irregular de fortalezas flotantes que marchaban rumbo al norte ocupaba por oriente un tercio del horizonte. ¡Así que se habían hecho a la mar, y ahora daban la vuelta para intentar volver a Cádiz!

El frío debía de ser algo interno. John se hallaba junto al tercer teniente en el castillo de popa. Ese era su sitio. Pero se sentía mal.

—¡Señales del buque insignia, sir!

—¿Cuál es la orden?

John se dio cuenta de que otra vez estaba temblando. No era ninguna de las señales que se había aprendido. Empezaba por «253», que significaba «Inglaterra». A continuación venía algo totalmente confuso. John no lo entendía, se tenía que controlar el estómago. Quedarse mirando fijamente las cosas no le proporcionaba la claridad habitual. Apenas respiraba. Estaba a la defensiva. Nunca sería como Nelson. Nunca pertenecería a aquella clase de hombres dispuestos a creerlo todo unos de otros, incluso el valor, y hasta la victoria. Sobre todo, no vomitar en cubierta, pensaba, pues sería tanto como escupir a la corona. No estaba dispuesto a hacerlo por nada del mundo.

Soplaba un viento flojo del noroeste.

—¡Deprisa! ¡A la lucha! —decían todos—. ¡Deprisa!

Ya no tenían tiempo. Ahora necesitaban urgentemente la gloria, no se les fuera a pasar. No se podía mantener eternamente un talante heroico. Lo peor que ahora podía ocurrir era que no tuviera lugar la batalla. Veintisiete barcos de guerra ingleses se dirigían vacilantes, con aquel mar de fondo y esa brisa insegura, a enfrentarse al enemigo. Millares de hombres mirando hacia adelante, esqueletos, músculos, grasa y nervios, piel, venas, sudor y cerebros decididos a dejarse cegar por la cólera. La sangre la tenían ya empeñada. Visto de lejos, resultaba algo imponente y amenazador. Pero de cerca, el voluntario quería hacerse guardia marina; el cabo, contramaestre, el quinto teniente, cuarto. John se quedó perplejo de nuevo al ver qué aspecto tan extraño podían tener los hombres. Pero, ¿no era necesaria la lucha? ¡De locura no tenía nada!

—¡Defender a Inglaterra! —dijo, pero no por ello se sintió mejor.

¿Qué les importaba a las colinas de las afueras de Spilsby que hubiera franceses en el país? No era tanto el miedo lo que lo paralizaba cuanto una profunda indecisión. ¿Qué debía hacer? No quería volver a dejarse vencer por el espíritu de contradicción que se había apoderado de él a bordo del *Earl Camden*. ¿Trasladar y mirar muertos como si fuera una montaña? Pero eso no había sido más que para ocultar el temblor. Otra posibilidad era mirar la cosa como el obispo de Cloyne: él, John Franklin, era el espíritu humano, y un desconocido le ponía simplemente ante la vista unas imágenes, a ver si protestaba cuando resultaran desagradables. Pues probaría: no había nada real. Lo único seguro era que todo era apariencia.

Sin embargo, se sentía inútil y solo. Hasta los barcos le resultaban ahora completamente extraños. Pero era marino, estaba a bordo de un buque de guerra, y no

podía cambiar de oficio en medio de la batalla. Apretó los dientes e izó hasta el tope aquella señal tan confusa. Respiró lo más hondo que pudo y se puso a trabajar metódicamente. Seguía con la mirada fija la línea de crujía del barco y veía todos los movimientos como desde fuera. Un poco sí servía. Ya empezaba a recuperar la calma. Pero, inesperadamente, se le quedó mirando Rotherham, el primer teniente.

—¡Franklin! ¡Está usted temblando!

—¿Sir?

—¡Está usted temblando!

—¡Sí, sí, sir!

Bueno, pues que lo tomara por un «cuáquero». Pero, ¿por qué, si creían en el valor de todos los demás, hacían una excepción con él?

El capitán bajó al segundo puente y anunció la señal que había enviado Nelson. Los hombres sudaban, se hacían guiños unos a otros y gritaban de júbilo. Ahora querían oír las grandes palabras. No se cansaban nunca. Con la tiza de la clase de navegación escribían sobre los cañones: BELLEROPHON GLORIA O MUERTE. Se acercaba un navío francés de dos puentes, y caía la primera andanada.

Alguien empezó a dar un grito rítmico que los demás repetían al compás. Todo el barco retumbaba, como un gigante de voz estentórea: «¡No os tenemos miedo!», una y otra vez, en tono amenazador, «¡No os tenemos miedo!». John se sentía mal, como si la amenaza fuera dirigida contra él.

Se cargaron las velas inferiores, que se levantaron como si fueran un telón. Las baterías de proa empezaron a hacer fuego. John ya sabía lo que venía a continuación: humo, astillas y dos tipos de griterío distintos, uno general y otro individual. ¡Pero ese maldito temblor! John se hallaba en la popa solo a cuatro pasos de James Cooke, que llevaba charreteras. ¡Dios santo, se podían arrancar! ¡Era un blanco perfecto!

En el suelo yacía un moribundo, que musitó:

—¡No os tenemos miedo!

Era Overton, el maestre de velas. John se lo llevó abajo, junto con un marinero irlandés, y lo depositó en la mesa que Walford se había pasado arañando cada noche con el tenedor durante todo un año. Lo que el médico llevaba ahora en la mano no era mucho mejor.

—Vuelvo con los demás, señor Overton, no puedo dejarlos solos.

No hubo respuesta. Al parecer, prefería morir antes que ser operado.

¡Respirar con calma! Popa. Línea de crujía. Mirando fijamente todo y nada: vista panorámica. Los franceses habían dejado las velas hechas trizas con sus disparos. Ahí estaba el barco enemigo, con su lado de babor directamente enfrente del de estribor de la *Bellerophon*, disparando hombres. Ahora venía el abordaje. Por la proa del barco francés se precipitaron estrepitosamente unos doscientos hombres. El fulgor de sus sables desenvainados deslumbraba la vista. En cuestión de segundos, la resaca separó un barco de otro y los atacantes cayeron por el hueco que quedó entre ambos. Daban un traspié y desaparecían en racimos, agarrándose unos a otros, con miradas de sorpresa todavía en los ojos. Solo unos veinte consiguieron alcanzar el combés de la *Bellerophon*, y enseguida fueron muertos. John dirigió su vista hacia otro lado. El barco estaba ahora a tiro por tres sitios distintos.

James Cooke se desplomó.

—Vamos a llevarlo abajo, sir.

—No, dejadme descansar solo un par de minutos —dijo el capitán.

—¡Ahí! —gritó Simmonds—. ¡En el palo de mesana!

Entre el lío de jarcias, John distinguió el cañón de un fusil. Vio un tricornio y debajo de él una frente enjuta y roja, y unos ojos apuntando. Decidió ignorarlo y levantó del suelo a un marinero negro, que había sido alcanzado por el proyectil. Otros se llevaron abajo al capitán. Cuando John y Simmonds llegaron al entrepuente con el negro en brazos, este volvió a encogerse por segunda vez.

—¡Ha sido otra vez el del palo de mesana! ¡Ya me conozco el ruido! —exclamó Simmonds. Efectivamente, ahora se podían distinguir unos disparos de otros, el tiroteo se había hecho menos continuado—. ¡Si no le pegamos nosotros un tiro, nos va a freír a todos!

Se trataba de un solo hombre, que los amenazaba a todos con un fusil y un ojo certero, abierto de par en par, en medio del lío de jarcias. El que intentara matarlo sería el siguiente.

El negro ya no respiraba. Su corazón se había parado. Lo depositaron en el suelo y se dieron la vuelta.

—¡Déjame ir delante, soy más rápido! —dijo Simmonds.

Empezó a subir corriendo las escaleras, pero de pronto pegó un salto y fue dando traspiés de un lado a otro como un animal asustado, hasta que le falló el último escalón y se precipitó de nuevo en brazos de John.

En medio de la garganta de Simmonds había un agujero.

El francés debía de tener en la mira todo el entrepuente. Quizá incluso fueran dos, uno a cargar y otro que disparaba. John cogió a Simmonds en los brazos y lo arrastró hacia abajo.

—¡Es un honor! —musitó el pequeño.

¡De pronto se ponía a decir unas cosas...! Simmonds no era todavía lo bastante mayor para hacer chistes, ¿o ya lo era? John pensó por un momento en el obispo irlandés y sus teorías. Le habían dejado en la estacada.

Mientras tanto, el herido agonizaba. De su garganta salía un ruido prolongado, como una especie de lamento. Delante de ellos, una de las balas había destrozado la barandilla. John tuvo que apartar las astillas con el cuerpo de Simmonds como si fuera una puerta basculante. No puedo seguir llevándome a todos abajo, pensó. No voy a bajar a nadie más. Me quedo arriba. En la enfermería, Simmonds seguía con vida, al parecer. Cooke ya había muerto. John empezó a sentir una furia palpitante y opresiva. Intentó reconciliarse otra vez consigo mismo repasando los colores de las cuatro últimas señales que había izado:

—Cuatro, veintiuno, diecinueve, veinticinco.

En cualquier ocasión venía bien hacer el ejercicio más simple.

El doctor Orme le había aconsejado escuchar la voz de su interior y no la de los demás. Pero, ¿y el miedo, qué? John se quedó un rato con los brazos colgando. Parezco tonto, pensó, incluso parezco cobarde. ¡Los demás se ríen de mí con razón! Ya no valía, no podía seguir mirando. Simmonds suspiraba agonizante. John intentó mirar fijamente al vacío y verlo por el rabillo del ojo. Pero no lo consiguió.

¡Tenía que hacerlo, tenía que subir! Eso de poder mantenerse al margen no era más que un sueño. Ya estaba lejos la indecisión de su mente. Ahora se rebelaba el cuerpo. Las piernas se le paralizaban, la lengua se le pegaba al paladar, la barbilla y las manos le temblaban cada vez más. John detuvo mentalmente la escena. Quería ver hasta dónde llegaba. El primer fusil lo cargó en el segundo puente. Al tiempo que lo hacía, vomitó y puso el arma perdida. Tuvo que detenerse a limpiarla. Por fin salió al primer puente. Allí encontró otro fusil ya cargado. El tercero se lo cargó un soldado gemebundo, junto a la escalera de cubierta, y luego se lo pasó. John tenía ahora tres fusiles. Sabía que no podía disparar mientras siguiera temblando de miedo y de ira. No podía atender a dos cosas a la vez. Tenía que echar fuera de su mente la cólera, quitarse el miedo, superar el asco y

no podía hacerlo demasiado rápidamente. ¿De qué servía echarse luego todas las culpas si no daba en el blanco? Levantó el primer fusil por encima del parapeto, más arriba de la cabeza, intentando dirigirlo hacia el palo de mesana del barco francés sin asomar más que las manos. Tenía que calcular de memoria ángulos y distancias. De repente, en la madera del entrepuesto apareció un hueco de color claro, justo al lado de la mano derecha. Había oído incluso el tiro y el silbido del rebote. De ese modo podía definir el ángulo todavía con más precisión. Corrigió la dirección.

—¡Dispara de una vez! —gritó alguien a sus espaldas.

Pero John Franklin, que era capaz de sujetar una cuerda en el aire durante horas y horas, se tomaba también su tiempo antes de dar en el blanco. No quería disparar hasta que no lo tuviera absolutamente a tiro. Esperó. Volvió a conjugarlo todo en un solo cuadro general perfectamente claro: el ángulo, la altura calculada, los reparos que había tenido que vencer, un futuro mejor. Entonces disparó. Tiró el primer fusil, cogió el segundo, apuntó y volvió a disparar. Cogió el tercero y subió a trompicones la escalerilla. ¿Seguía allí el tirador? El lío del cordaje era ahora todavía más grande. Los jirones del juanete del barco francés ocultaban el sitio exacto. John disparó otra vez a la descubierta hacia el palo de mesana. No se movía nada.

En la popa solo estaba el teniente Rotherham. Walford se hallaba abordando el barco enemigo con un grupo de hombres.

John vio entonces cómo entre los jirones del juanete el viento dejaba caer al mar un tricornio. De pronto, junto al palo de mesana, apareció un pie colgando. Era un movimiento insignificante, un pie tan solo que bajaba unas cuantas pulgadas más porque ya no buscaba ningún apoyo.

—¡Ahí, mirad! —gritó uno de los marineros irlandeses.

El tirador enemigo se precipitó al abismo. Era como si tan solo quisiera arrojar la cabeza, y el cuerpo la siguiera de mala gana, buscando apoyo en perchas y palos, hasta que finalmente dio en el mar.

—¡Ya lo ha pescado! —exclamó el marinero.

—No, he sido yo —dijo John.

En la proa y la popa de la *Bellerophon* había solo ochenta bajas entre muertos y heridos, de tanta gravedad estos, que prácticamente estaban en las últimas. Los supervivientes se

hallaban demasiado agotados para cantar victoria. En ambos barcos reinaba un silencio casi sepulcral. Olía mal.

Simmonds había muerto. Ahora ya lo sabía.

—Tenía razón en ese punto —le dijo Walford con voz ronca—: los muertos ven las cosas de otra manera.

Él era el único que parecía dispuesto a reponerse hablando. Ahora tenía mucho que hacer. Incluso había señales que descifrar. Al almirante Nelson lo había alcanzado un tiro. Ahora el mando lo ostentaba Collingwood. Walford se dirigió con el quinto teniente y un destacamento al barco francés *L'Aigle*, y Henry Walker, al español *Monarca*, un navío tripulado casi exclusivamente por irlandeses.

Se levantó un temporal. La galerna era aún más fuerte que la primera que John había conocido a los catorce años en el golfo de Vizcaya. Hundió más barcos que los cañones. Sobre todo se fueron a pique los barcos apresados. El mar también tenía algo que decir. Había que taponar vías de agua, embragar palos y darle a la bomba hasta desfallecer. Lucharon toda la noche por librarse de la amenaza de la costa.

Al amanecer amainó el temporal. John fue al sollado y se sentó con indolencia entre los heridos. Estaba demasiado cansado para pensar o llorar. Incluso estaba demasiado cansado para dormir. Dejó que las imágenes fueran yendo y viniendo por su mente, los rostros de las personas a las que se había acostumbrado en vano, Mockridge, Simmonds, Cooke, Overton, el marinero negro. Se le apareció entre ellos el tirador francés, y luego, de repente, Nelson. ¡Qué despilfarro! «Nada que honrara a la humanidad.» ¡Y lo que él había hecho! Todavía tenía que pensar en ello. Una de las mujeres creyó que estaba llorando y le dijo:

—¡Arriba, arriba!

John retiró la mano de la frente y respondió:

—Ya no puedo fijarme en todo. Todos se van demasiado deprisa.

—Uno se acostumbra —dijo la mujer—, incluso a cosas peores que aún no conoces. Aquí tienes algo de beber.

Las mujeres, con esa imperturbable familiaridad suya, daban a la guerra unos tintes de naturalidad que no le correspondían. Esta era una de esas pálidas y pecosas. Había pertenecido al maestro de cuentas, que ahora yacía muerto. Unas horas más tarde ya no sabía John si la había besado, si se había acostado con ella o si no había sido más que

una fantasía, una visión del estilo de las del obispo. De todos modos, de sol, nada; de presente, nada.

Seguía trabajando concienzudamente.

–Soy capaz de permanecer despierto treinta y seis horas seguidas trabajando –decía por aferrarse a algo, pues la victoria sobre los franceses no la tenía en mucha estima. Pero se daba cuenta de que mencionar el número de horas no decía nada acerca del tiempo transcurrido. Además, tampoco sabía si era un trabajo dispararle a alguien. Distinguió a lo lejos una señal procedente de la *Euryalus*, el nuevo buque insignia de Collingwood. La goleta *Pickle* fue enviada a Londres a llevar la noticia de la victoria. John se imaginó por un instante al comandante Lapenotière, el de la nariz larga, llegando a Londres y diciendo con toda su elocuencia solo seis palabras para expresar todo aquello:

–Victoria en el cabo de Trafalgar.

La *Bellerophon* ancló en la avanzadilla, a las puertas de Portsmouth. Desde la costa deslumbraba con sus banderas el Southsea Castle. Con un buen catalejo podían distinguirse a la derecha los pontones de los presos, buques de guerra medio podridos, fuera ya de servicio, encargados ahora de acoger a los prisioneros de guerra franceses. Las gigantescas embarcaciones estaban pintadas de gris y habían sido desarboladas. En cambio, cada una llevaba un tejadillo y varias chimeneas. Parecían casas baratas metidas en el agua. ¡En qué se convertía un barco sin arboladura!

Por las calles de Portsmouth se seguía agitando una multitud ebria de victoria, ¿o solo lo parecía? Acaso no fuera más que el alcohol. Al fin y al cabo era domingo y los trabajadores del muelle no tenían que ir a los astilleros.

John vio los brazos de la torre de señales moviéndose con rapidez. Ahí tenía otra noticia que iría repicando de colina en colina hasta llegar a Londres. Seguramente se trataba de una nueva confirmación de la victoria. A los almirantes les encantaba escuchar una y otra vez ese tipo de noticias.

John se dirigió por el camino más corto hacia Keppel Row y descubrió entre las múltiples casuchas la que le interesaba.

A la puerta de la casa de Mary había una vieja que no conocía.

–¿Qué Mary? ¡Aquí no hay ninguna Mary!

—Mary Rose. ¡Vivía aquí! —dijo John.

Desde hacía un tiempo se acordaba otra vez con toda claridad de su rostro. Y esa era la casa.

—¿Mary Rose? ¡Pues se habrá ido a pique!

Cerró de un portazo. John escuchó risas dentro. Llamó hasta que volvieron a abrir.

—Mire, aquí no hay nadie que se llame Mary —dijo la vieja—. ¿O se refiere usted a la vieja de al lado...? ¿Cómo se llama...?

—No, es joven —replicó John—, con las cejas muy arqueadas.

—Se ha muerto, ¿verdad, Sara?

—¿Qué dices, madre? Se marchó, estaba loca.

—Bueno, es igual. Vaya una cosa por la otra.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó John.

—¿Quién lo sabe?

—Solo ella tenía unas cejas tan arqueadas —dijo John.

—Entonces ya la encontrará. Ahora tenemos que hacer.

La vieja volvió a entrar sin decir más. La más joven se entretuvo un instante. Luego comentó:

—Será mejor que lo deje. Me parece que la que usted busca se ha marchado. Creo que está en la Hilandería o por ahí. Es que ya no podía pagar el alquiler.

La Hilandería era la casa de caridad. Al parecer, había una en Warblington Street. John fue hasta allí y pidió entrevistarse con Mary Rose. El portero le dijo que lo sentía mucho, pero que no tenía a ninguna mujer de esas características. En el sótano se oía a un viejo gritar:

—¡Ratas! ¡Ratas! ¡Socorro!

El portero dijo tan sólo:

—Pruebe usted en Portsea. En Elm Road.

Media hora más tarde ya estaba allí. Otro asilo, rodeado de un grueso muro sin ventanas, solo agujeros, a través de los cuales los desgraciados que estaban recluidos miraban al exterior y pedían limosna a los transeúntes. Asomaban por ellos ávidas manos de ancianos y, de vez en cuando, los brazos de un niño. La administradora fue extraordinariamente amable:

—¿Mary Rose? Es la que ha matado a su hijo. Ya no la tenemos aquí. Estará en la Casa Blanca de la High Street. ¿Es pariente suya, señor oficial?

John volvió a la ciudad. Si eso era un asilo, ¿cómo sería la cárcel?

El guardián de la Casa Blanca se encogió de hombros:

—Aquí no está, desde luego. Quizá esté en uno de los pontones de los deportados a Australia. O pruebe usted en la cárcel nueva. En Penny Street.

John se dirigió allí. Ya anochecía. En Penny Street le dijeron que hasta la mañana siguiente no había nada que hacer.

Como había decidido que aquella noche dormiría en una cama, tomó una habitación en el hotel The Blue Posts. Era muy caro, pero no había sitio en ninguna otra parte. Además, tampoco tenía ganas de volver a ver la *Bellerophon* y a los compañeros, precisamente ahora. Tenía que encontrar primero a Mary Rose, aunque tuviera que sacarla de un pontón.

Amaneció el día siguiente. John se precipitó sin dilación al obrador de la cárcel. Lo acompañó un empleado. Vio a algunos desarrapados que sacaban la estopa de unos viejos cabos embreados, apretando hasta hacerse sangre. Llegó otro empleado. Sí, aquí había una tal Mary Rose, pero era peligrosa y rebelde. Se pasaba horas gritando. ¿Por qué quería verla?

—Le traigo saludos de su familia —dijo John.

—¿De su familia? —repitió el empleado con desconfianza—. Bueno, quizá así se tranquilice.

La trajo.

La mujer llevaba grillos en los pies y las manos atadas a la espalda. No era Mary Rose, o por lo menos no la que John buscaba. Era una joven más bien rolliza, de color enfermizo, con la mirada abotargada. John le preguntó dónde estaba la otra Mary Rose, la de Keppel Row. De pronto, la muchacha se echó a reír. Cuando reía casi resultaba graciosa, porque al hacerlo arrugaba la nariz.

—¿La otra Mary Rose? ¡Pero si soy yo! —dijo.

John recorrió la ciudad sin rumbo y se puso a meditar. A mediodía se pasó mucho rato a la cola de un lugar donde repartían sopa de caridad, preguntando por Mary, la de las cejas arqueadas. Muchos le dijeron que se había ido a pique, pues había habido un barco con ese nombre.

Otros, o no la conocían de nada o conocían a muchas que se llamaban así. No les habían llamado la atención ningunos ojos en particular, o bien no solían fijarse en esas cosas. ¿Cómo era posible que no se fijaran? Despilfarraban todo lo bueno con la

indolencia de su mirada. Tal vez fuera que ya se consideraban a sí mismos un despilfarro. Se dio cuenta de que le repugnaba la miseria.

John se quedó tres días en la ciudad. Visitó los peores burdeles, que por lo general ostentaban pomposos nombres, como The Heroes. Estuvo incluso en el tristemente célebre Ship Tigre, en Capstan Square. ¡Nada! Allí preguntó a tres estibadores parados, pero tenían otras cosas más importantes en que pensar. Un canalla de nombre Brunel había inventado una nueva máquina, con la que diez obreros sin cualificar podían instalar otros tantos aparejos al día. Antes se necesitaban para ese mismo trabajo ciento diez obreros cualificados. Ojalá tuvieran un cartucho de pólvora para hacer volar por los aires el maldito aparato. John intentó disuadirlos, y luego se marchó. Preguntó a más de cien marineros, a unas treinta prostitutas, a dos médicos y a un escribano municipal. Preguntó incluso en la iglesia dominical metodista. En la taberna Fortune of War un viejo le enseñó, por toda respuesta, su brazo marchito. Llevaba tatuada una hermosa mujer desnuda, en otro tiempo orgullosamente cubierta de pelo, pero ahora deteriorada por las múltiples arrugas. Sobre ella pudo leer la inscripción Mary Rose, y debajo la palabra Love.

Por fin, encontró a una prostituta que le dijo:

—Conocía a una que se le parecía, pero no se llamaba Mary Rose. Se casó hace poco con un comerciante o sombrerero de Sussex. Ahora no sé cómo se llamará.

John había gastado las suelas de sus zapatos de tanto caminar. Sentía cada piedra bajo su pies. En un determinado momento, se sentó en un cruce de calles sobre una carreta y no fue capaz de seguir adelante. Se quedó mirando fijamente al vacío y dijo:

—Bueno, pues una cosa más.

La *Bellerophon* zarpaba a los pocos días. Su petate se había quedado a bordo. No era imprescindible dirigirse a donde uno tenía el petate. El tipo que izara la gran señal confusa en la *Victory*, un marinero llamado Roome, había desertado a la primera ocasión que se le presentó después de la batalla. Pero John no quería bajo ningún concepto hacer una cosa así. Tampoco se le ocurría qué otra cosa hubiera podido hacer. No le hubieran permitido pasarse a la Compañía de las Indias Orientales, así que ¿qué otra cosa le quedaba? Además, ahora ya solo tenía a sus compañeros. A ellos por lo menos los conocía. Le costaba más trabajo que nunca hablar con nadie, confesarle que ya no sabía seguir adelante. Se levantó para dirigirse al muelle.

–Defender a Inglaterra –dijo, y sonrió con esa sonrisa que tan poco les gustaba a los demás.

El último al que le preguntó por Mary Rose fue a un niño. Tampoco sabía nada, pero agarró a John del brazo porque quería enterarse de los animales que había en el otro confín del mundo. John se sentó y le contó una historia sobre un varano gigante, un lagarto que llamaban salvator.

Había visto el varano en Timor, pero ahora se asombraba incluso de que involuntariamente se le ocurrieran tantas cosas tristes sobre aquel extraño animal.

–El salvator no huye, pero tampoco le gusta luchar. Va contra su naturaleza. Es tan listo como un hombre y le gusta tener amigos. Pero apenas si se mueve, casi siempre se está ahí quieto, por eso no tiene muchos. Vive más que todos los demás animales. Sus amigos mueren antes que él.

–Entonces, ¿qué sabe hacer? –preguntó con impaciencia el niño.

–Es modesto y pacífico. Solo le molestan las gallinas. Se las come siempre que puede. Muchas veces no ve bien lo que tiene delante de los ojos...

–¡Cuéntame mejor qué aspecto tiene!

–Tiene un caparazón encima de los ojos, y los agujeros de la nariz en forma de huevo, y su piel es negra con motas amarillas. Tiene la cola larga y dentada y una lengua muy fina. Lo va catando todo cuidadosamente con ella.

El niño dijo:

–Creo que no me gusta mucho. Seguro que es venenoso.

–No lo es –replicó John con tristeza–, pero la gente cree que sí. Por eso debe tener mucho cuidado. Los cingaleses lo espantan a pedradas y con fuego.

–Si es tan lento, será por culpa suya –concluyó el niño.

John se levantó.

–¿Lento? Solo en apariencia. El corredor más rápido del mundo no es capaz de darle alcance, y ve muchas millas más allá del horizonte.

Luego se fue, y así se despidió de Portsmouth.

Estaba infinitamente fatigado. No creía que se fuera a ir a pique, pero tenía la vaga sensación de que ya se había acabado todo, por mucho que siguiera adelante. No podía llorar como un niño, pues ya no creía que el mundo fuera a cambiar porque él llorara. Pero en su interior anidaba una profunda preocupación que le hacía buscar la oscuridad y rehuir a la gente. Esa preocupación iba ganando terreno, a pesar de permanecer oculta; y

aunque se llamaba Mary Rose, iba alargando su zarpa hacia el resto del mundo. John no quería irse a pique y se dispuso a reunirse con los demás. Se guardó mucho de seguir ejercitando su facultad de llevar la contraria. De ese modo ganó grandes elogios y llegó a teniente. No era poco.

Retrasó por diez años la decisión más importante, la que atañía a su propia vida, a su petate. Casi habría sido demasiado tiempo.

10

El final de la guerra

Alguien se despertaba en medio del fango, junto al armón reventado. Levantaba la cabeza, movía los dedos, luego las manos y las muñecas, y finalmente los brazos y los hombros. Empezaba a notar su cuerpo. En medio de la frente tenía un agujero que sangraba. Encontró otro en la nuca. Le dolían también mucho las costillas y un hombro. No podía mover las piernas.

Permaneció sentado un rato y se fijó en sus botas. Se quedó mirando lo incomprensiblemente calladas que estaban. Luego se incorporó un poco y se recostó en los restos del cañón, intentando echar una ojeada a su alrededor.

A poca distancia, hundido en el barro pisoteado, yacía un inglés muerto. Dos pasos más allá, un americano. Luego, otro inglés. Todos con los rostros desencajados por el esfuerzo o la cólera. El americano estaba con el sable todavía en la mano, que mantenía levantada por encima de la cabeza.

El paralítico intentaba ahora alcanzar la cima de una pequeña loma para que lo viera alguien. Pero los finos brotes de hierba se deshacían con suma facilidad, sin llegar a ofrecerle ningún apoyo. Tomó aliento y miró al cielo. Sobre las nubecillas redondas, que tal vez había formado el humo de la pólvora, se dibujaba una niebla gris y afilada. No se veía el sol.

A su alrededor se oían los gemidos de algunos que aún vivían. Nadie respondía a sus gritos. El terreno de la cima estaba menos firme, con las pisadas de las botas de los atacantes ingleses, que ahora yacían muertos, y de los americanos que los habían intentado repeler.

Unas millas más allá seguía oyéndose el fragor de la batalla. El paralítico empezó a hacer agujeros en el suelo para poder ir escalando la loma. Pronto se dio cuenta de que

no merecía la pena agarrarse a los cadáveres. Cedían y caían rodando, y el escalador con ellos. Hacía frío y parecía que iba en aumento. Mediados de enero, y encima la hemorragia. Cerca había algo que ardía. De vez en cuando le cortaba el aliento una nube grasienta de hollín.

A lo lejos caminaba un hombre alto y un poco encorvado. Por un momento tuvo la sensación de que iba vestido de blanco. Sus movimientos eran torpes y titubeantes, tropezaba constantemente con los escombros y los cuerpos. Incluso llegó a pisar el pecho de un herido.

Ahora se podía hasta oír su voz:

–¡Ciego! –gritaba–. Estoy ciego. ¿Me oye alguien?

–¡Aquí! –exclamó el paralítico.

Tardó bastante en llegar a su lado. Tenía una sonrisa en los labios, pero la mitad del rostro estaba enrojecido, como si lo llevara pintado. Dijo:

–¿Puedes conducirme fuera de aquí?

–Apenas puedo moverme. Las piernas. Pero sí que veo.

–Entonces te llevaré yo. No tienes más que ir indicándome la dirección.

–¡Será un honor! –dijo el paralítico. El ciego se lo cargó a las espaldas–. Dos puntos a babor. Más. Ahora sube. Aguanta. Sigue recto.

Esta nueva manera de avanzar requería entrenamiento. Por lo pronto, bajaban juntos el declive que al paralítico le había costado una hora subir. Bueno, ya estaban en el suelo.

–No he visto la estaca.

Los labios del ciego sonreían, aunque fuera de mala manera.

–El ciego lleva al paralítico. ¿Qué se puede esperar?

Eso era lo que suponía la guerra por tierra: yacer incómodamente tirado sobre el suelo húmedo y tener que arrastrarse, tumbarse constantemente y volver a levantarse en todas las posiciones, pero sin que ninguna diera una vista general. Era algo sin libertad. Marinos en una guerra por tierra. ¡Qué miseria! En eso estaban de acuerdo el paralítico y el ciego. Estaban hartos. Eso era la explosión de un carro de municiones. O cómo se había deslizado la goleta americana por el Mississippi hasta el campamento inglés y lo había machacado. O cómo luego había saltado a su vez la propia *Carolina*:

–Vi volar un guante ardiendo. Temí que fuera la mano entera.

Habían cavado trincheras junto al canal, entre Bayou Calatan y el Mississippi. Habían comandado las lanchas con las que se había intentado atacar las cañoneras americanas. Por la noche habían remado treinta y seis millas contra corriente, pero habían llegado a su destino al amanecer. Buen blanco para las baterías del bando contrario. ¿Por qué y para qué habían salido sin un rasguño? Hoy habían ido por la propia Nueva Orleans. Se había perdido la batalla. El que seguía vivo no duraba mucho tiempo.

No importaba cuál de los dos había conocido las peores circunstancias. Ahora se trataba de encontrar el camino hacia tierra firme, aunque fuera el desierto. Siempre habría más vida que aquí. Se podía encontrar la calma en cualquier sitio, pero en ningún caso volver atrás. Ni socorrer ni dejarse socorrer. Lo único que importaba era alejarse de allí como fuera.

A medida que veía saltar y tambalearse el paisaje por encima de la cabeza del ciego, el paralítico empezó a hablar de sí mismo.

—Ahora tengo veintinueve años. Diez de ellos los he pasado en la guerra. Países Bajos, Brasil, las Indias Occidentales. Lo he hecho todo mal. Y eso que lo habría sabido hacer mejor. Pero eso es otra cosa. Todavía tengo tiempo.

Habían llegado a un camino practicable. El ciego apretaba el paso y callaba. Ni siquiera había dicho su nombre. Pero parecía dispuesto a escuchar.

—Ya en Trafalgar me perdí de vista a mí mismo, y luego aún más. Lo único que quería era librarme de los temblores. No estaba dispuesto a seguir pareciendo cobarde o tonto. Estaba equivocado.

Ni una palabra.

—La cabeza puede llevar a su dueño por el camino equivocado. Puede ser una cabeza traidora y echarlo todo a perder para mucho tiempo. Sin embargo, creo que también se puede sobrevivir mucho tiempo a viejas equivocaciones. ¡Más a estribor! Mantén siempre la contra, o no harás más que dar vueltas.

El ciego callaba, corrigió el rumbo y apretó el paso.

—Perdona, ahora voy a hablar de la vista. Todo depende de ella. Hay dos tipos: una mirada para los detalles, que descubre lo nuevo, y una mirada fija, que no hace más que seguir el plan ya trazado y que de momento sirve para acelerar. Si no me entiendes, yo no sé decirlo de otro modo. Bastante trabajo me costaron ya estas frases.

El ciego no respondía ni palabra, pero parecía meditar.

—En el combate solo cabe la mirada fija y nada más. Ataca, y es como si le pusieras una trampa a tres o cuatro posibilidades. Solo sirve para hacer daño a otros y salvarse uno mismo. Cuando se convierte en un hábito, pierde uno el paso, se queda sin su propia manera de andar.

El paralítico llevaba un buen rato apoyado en un árbol, mientras el ciego descansaba.

—¡Me he enviciado! ¡Tengo el vicio de la guerra!... ¿has dicho algo, ciego? ¿Has dicho «esclavo»?

El ciego masticaba y callaba. El paralítico prosiguió:

—Estoy hecho un lío. Veo una columna que se eleva desde el fondo del mar, una torre de agua. Todo a mi alrededor es negro. A Nelson lo queríamos. Nos quitó el paso y elevó la rapidez del tiro. No hubiéramos vencido...

—¿Dónde estamos? —oyó decir al ciego.

—En casa, en la costa —oyó que le respondían—, junto a Skegness, en el mar del Norte, Gibraltar Point.

Cerró los ojos y cayó al suelo.

Oyó que el ciego decía algo más, pero ya no lo pudo entender.

—Ahora va mejor —decía satisfecho el médico de la *Bedford*—. ¡En mi vida he visto cosa más extraña! Un agujero de entrada y otro de salida, y la bala no atravesó el cerebro, solo la piel del cráneo, dando la vuelta a la cabeza. Es un caso digno de estudio. ¡Le daban por muerto, señor Franklin!

El herido abrió la boca. Era difícil saber si había entendido o no. Al médico tampoco le importaba gran cosa.

—Ya le querían enterrar. Solo quedaba el enigma de cómo había llegado usted hasta la costa, tan lejos del campo...

John Franklin musitaba algo:

—Un ciego...

—Perdón, ¿qué dice?

—¿No han visto ustedes a un ciego?

—No le entiendo, sir.

—Un hombre vestido de blanco, que estaba ciego...

El médico se quedó perplejo y parecía preocupado.

—No había nadie cerca de usted, ni siquiera muerto. Bueno, hace ya unos días que... Tal vez lo haya usted...

—Entonces, ¿tampoco estoy paralítico?

—¿Paralítico? En el delirio de la fiebre movía usted las piernas como si quisiera recorrer un continente entero. Tuvimos que atarle.

—¿Qué barco es este?

—¡El suyo!

Franklin guardó silencio.

—El *Bedford*, señor Franklin. ¡Es usted el segundo teniente, señor Franklin!

El enfermo se quedó mirándolo con los ojos desorbitados.

—Ya sé quién soy. Solo el nombre me resulta un poco extraño.

Luego se quedó otra vez dormido. El médico subió a cubierta a informar al capitán.

La paz. Solo la medalla al valor que llevaba al pecho le seguía recordando el ataque fallido a Nueva Orleans. Y el trabajo diario, que ahora era más duro. Faltaban muchos hombres.

La batalla, según decían, había estado de más. Por desgracia, la noticia de que se había firmado la paz había llegado con retraso. Pero, ¿qué quería decir con retraso? ¡No los habían esperado lo suficiente! Eso era lo que quería decir.

El barco iba camino de Inglaterra. Durante las primeras semanas se seguía hablando de la derrota.

Cinco mil quinientos contra cuatro mil americanos. Pero los británicos habían perdido dos mil hombres en una acometida a ciegas, mientras que los americanos, gracias a sus buenas fortificaciones, solo habían sufrido trece bajas, y eso porque habían sido unos inconscientes que querían convertirse en héroes a toda costa.

Lo que Franklin tuviera que decir al respecto, lo expresaba de sobra su silencio. Hablar de la insensatez de una batalla significaba otorgar un sentido a la guerra. A eso se añadía que todavía se hallaba demasiado fatigado.

—Por un par de desertores y unos cuantos objetos de contrabando —decía uno—, no valía la pena hacer una guerra contra los americanos.

Sin duda, se imaginaba otros motivos por los que sí hubiera valido la pena.

—No hubiéramos debido incendiar Washington y Baltimore. Al fin y al cabo, los americanos son primos nuestros.

La guerra estaba bien. Lo único que estaba mal era que se hiciera entre parientes.

—De no haber sido por Pakenham, ese general frenético...

—De no haber sido por lo bien que tiraban los americanos... Pero ¿dónde habrán aprendido?

—¡No hubiéramos debido concederles la independencia!

Franklin lanzó un gemido y se volvió hacia la pared.

—Está todavía demasiado débil —oyó decir.

Tres semanas más tarde estaba ya de pie. Tenía casi el mismo aspecto de antes. Lo único que estaba más claro era que seguía siendo el mismo. Respiraba de otro modo. Su cuerpo estaba tranquilo. Su mente no pretendía ya esconder, descubrir u obligarse a nada.

—Ha cambiado —decían, al tiempo que lo observaban con más detalle.

Y el propio John pensaba: Ya no tengo miedo. ¿Hay algo que ahora pueda impresionarme?

Pero eso ya casi era un nuevo miedo.

El capitán, un escocés llamado Walker, era un guerrero nato, magro, nervioso, pero siempre con un humor extraordinariamente bueno en cuanto empezaban a precipitarse los acontecimientos. Él y Pasley, el primer oficial, eran una muestra de concisión y exactitud. Vivían de la rapidez como otros lo hacían del té, el ron, el tabaco o las buenas palabras. Al principio habían tratado a John con una corrección formal; pero, en el fondo, sin compasión. En vano había intentado hacerlo lo mejor posible. Con todo, gracias a eso, había aprendido un montón de cosas. Lo único que decían eran partes u órdenes. Nunca se les oía hacer el menor comentario. Cuando tenían que repetir alguna cosa, utilizaban exactamente las mismas palabras que habían escogido la primera vez, para evitar cualquier confusión. Pero por mucho tiempo que ahorraran con su concisión, intentaban ganar más con la rapidez de la lengua. John había sido su víctima predilecta. Con sus aceleradas frases y sus partes incompletos, le habían puesto a diario toda clase de trampas, grandes y pequeñas. Lo más insignificante había sido tener que ocuparse de cosas que ya llevaban hechas un buen rato:

—¡Pero si ya se lo había dicho, señor Franklin!

Y lo atribulaban con su impaciencia cuando pedía que le repitieran alguna cosa o cuando hacía alguna pregunta.

Ya se había acabado. John estaba otra vez lo suficientemente fuerte como para poder soportar la impaciencia de los demás, así que se les había acabado el juego. Llevaba su propio paso al moverse. Daba sus órdenes lo mismo que un carpintero clava un clavo, todos tan rectos y profundos como fuera posible. Hacía las pausas donde quería y no cuando los demás lo interrumpían. Prescindía de la mirada fija y del tono estridente, incluso cuando la situación empezaba a ser crítica.

No fue un regreso cómodo. En varias ocasiones amenazó el temporal, y poco antes de alcanzar las Azores se oyó un grito de fuego a popa. John Franklin había sido cada vez el oficial de guardia.

Sabía desde hacía tiempo que había otros mejores que él, pues dominaba su oficio. Le faltaba rapidez a la hora de actuar, desde luego; y sin amigos con la suficiente presencia de ánimo, se veía en dificultades. Pero de pronto se encontró con esos amigos.

—Compruebe usted si la guardia está completa, señor Warren. Usted puede hacerlo más deprisa.

El guardia marina Warren realizaba con plena satisfacción todo lo que era capaz de hacer con más rapidez que él. John se ponía en manos de otros hombres, decidiendo siempre con sumo cuidado quiénes eran estos y la ocasión en que podía hacerlo.

—No lo tiene más fácil que antes —decía entre dientes el capitán Walker—, pero de repente lo hace todo bien. Sabe de lo que es capaz y de lo que no. En eso consiste la mitad del trabajo.

—¡Pero también tiene suerte! —apostillaba Pasley.

Luego olvidaron durante varias semanas todo tipo de comentarios. Y se buscaron nuevas víctimas.

Las perspectivas de paz significaban pobreza. Los oficiales en paro recibían solo la mitad del sueldo, por no hablar de los incentivos de presa que dejaban de cobrar. Los suboficiales y la marinería no recibían ni un penique. Y en Inglaterra reinaba la miseria.

—¡Qué poca suerte tenemos! —decía bromeando el maestre de cuentas.

Una pausa, un silencio reflexivo.

—Pues tenemos que aprovecharla —comentaba otro en tono también jocoso.

—Nosotros somos nuestra propia suerte.

Los presentes volvieron la cabeza: Franklin. No era que lo hubieran comprendido, pero sí había alguien que pensaba lo que decía, ese era Franklin. Por eso luego se quedaban siempre un poco pensativos. Tenía el valor de parecer tonto hasta que se revelaba listo. En eso no había más remedio que imitarlo. Además, vaya cráneo duro el suyo. No había bala que lo atravesara. Sin duda, Dios le tenía reservado algo. Lo ayudaban en todo lo que podían.

John tenía la sensación de que, tras su conversación con un ciego que acaso no había existido jamás, tenía más fuerza que nunca. Por otra parte, era inexplicable el respeto que infundía la cicatriz que ahora lucía en la frente, y que lo hacía todavía más enérgico.

Los últimos serían los primeros, se decía, y mientras tanto pensaba un poco en Walker y Pasley. Tampoco era ningún santo.

Realmente, tenía tiempo para conseguir un mando.

¡La paz! ¡Y ya era la segunda! Después de la primera, Napoleón había sido encarcelado en la isla de Elba, pero luego se había escapado y había vuelto a adueñarse de Francia. Otra guerra, y por fin la gran derrota. Esta paz parecía definitiva. Todo Londres estaba deslumbrante de banderas.

Se dieron bailes y cenas en honor de los oficiales. Aclamaciones, vítores, champán y cerveza.

John se mantenía un poco al margen. Claro que tampoco tenía nada en contra de aquellos delirios de paz. Pero tenía la sensación de que no era muy dado a los entusiasmos colectivos, y ahora menos que nunca. No se alegraba. Con un poco de sentido del deber, pensó, tengo que lograr no distanciarme totalmente de la nación.

Habló de la *Investigator* y Sherard con otro oficial.

—¿Cómo? —preguntó el otro—. ¿Sherard Lound? ¿Está usted seguro de que no es Gérard? De un Gérard Lound sí que he oído hablar.

John le pidió toda clase de detalles.

Al parecer, ese Gérard iba de segundo teniente en el *Lydia*, durante la expedición que hizo esta embarcación a las costas de Centroamérica. Tenía una fama algo dudosa. Para colmo, había habido algo entre él y lady Bárbara Wellesley cuando cruzaron el cabo de Hornos. ¡Que sí, que sí! Tuvo que intervenir el propio capitán —el informante echó una

mirada a su alrededor—, con gran enojo por parte de milady. Lound había desaparecido de pronto sin dejar rastro después de un combate, en 1812, y corría el rumor de que el propio capitán lo había...

A John no le interesaban las historias de celos, y se quedó convencido de que el oficial equivocaba los nombres.

Sherard Philip Lound estaba de colono en la tierra austral y vivía entre la opulencia y la alegría. De eso no le cabía ninguna duda.

Hugh Willoughby, pariente del pétreo lord Peregrin Bertie, había descubierto hacía siglos las islas en las que el sol no marcaba días ni horas. John no lo olvidó nunca. Ahora adquiriría para él un nuevo significado. John Franklin, teniente de la Armada, por el momento sin ocupación y cobrando medio sueldo, igual que tantos miles de tenientes, era el único que sabía con toda precisión adónde quería ir. En público guardaba en secreto su sueño, pero para sus adentros repetía una y otra vez:

—¡Al Polo Norte todavía no ha ido nadie!

Estaba seguro de que, como allí en verano el sol no se ponía nunca, tenía que haber dos cosas: mar abierto y un tiempo sin horas ni días.

John vivía en Londres, en Norfolk Hotel, donde había visto por última vez a Matthew Flinders. Incluso logró que le dieran la misma habitación. Eso significaba mucho para él.

Ahí, en esa cama, se había sentado cinco años antes el capitán, pálido, con los ojos enrojecidos por el cautiverio y las preocupaciones. Los franceses habían alterado el mapa de Australia sin la menor consideración, cambiando los nombres del golfo de Spencer y del de St. Vincent por los de Bonaparte y Josefina Beauharnais. El único que no lo hubiera permitido, el capitán Nicolas Baudin, había perecido en un temporal. Y por si fuera poco, el trato de espía, el encarcelamiento durante tantos años en un calabozo húmedo, la enfermedad... ¡Pobre Matthew!

El gato Trim, su único amigo en las Mauricio, había acabado en la cazuela de los hambrientos nativos. No le habían devuelto más que el pellejo. Mientras tanto, habían corregido de nuevo los mapas. Otra vez podía verse en ellos Puerto Franklin. Lo único que no habían vuelto a señalar era la bahía de Trim, una ensenada en la parte más septentrional de la bahía de Port Philip. Si un día se fundaba allí alguna colonia, tenía

que llamarse Trim City. John estaba dispuesto a solicitarlo el día en que consiguiera tener alguna influencia.

Si Matthew estuviera vivo, pensó, también le gustaría ir al Polo Norte. Solo por ver lo que había.

El doctor Brown, Robert Brown, de la *Investigator*, era ahora un famoso científico. John precisaba su ayuda para llevar a cabo su plan sobre el Polo Norte, y lo buscó.

Era casi mediodía. Al parecer, en la Royal Society no había nadie a quien preguntar. Estaba todo el mundo en la sala de actos, escuchando una conferencia sobre astronomía que daba un tal Babbage. John encontró un sitio libre y se dispuso a escuchar. Sabía tanto de estrellas que incluso fue capaz de seguir las rápidas explicaciones del orador. Entonces, entraron en la sala dos señoras que se sentaron detrás de él. El vecino de John se dio la vuelta y comentó en voz bastante alta:

—¿Desde cuándo tienen las mujeres algo que ver con la ciencia? Deberían quedarse en casa haciendo *pudding*.

Las mujeres lo oyeron. La más joven se inclinó hacia adelante y contestó:

—¡Pero si el *pudding* ya está hecho! De lo contrario, no estaríamos aquí.

No pudieron por menos que echarse a reír, contagiando a todos los que oyeron la respuesta. El doctor Babbage preguntó algo picado al auditorio qué tenían de gracioso los descubrimientos de Galileo, pues a él también le apetecía reírse. Pero todo el mundo se dio cuenta de que en realidad no tenía ningunas ganas de hacerlo, pues se tomaba demasiado en serio eso de las estrellas.

Cuando terminó la conferencia, John se acercó a la más joven de las señoras y le preguntó qué era lo que veía de interés en la astronomía. Ella lo miró de reojo y respondió que la entusiasmaba Charles Babbage. No hablaba en serio. John lo descubrió haciéndole unas cuantas preguntas capciosas, y ella no tuvo más remedio que acabar por reconocerlo.

Tenía una especie de gorjeo en la voz, y la encantaba que le hicieran preguntas a las que pudiera responder en broma. De vez en cuando se echaba a reír y daba saltitos. Una joven un tanto alocada.

—¡Nuestro hombre de la asamblea del atolladero! —exclamó el doctor Brown—. ¿Se acuerda todavía de aquellos bajíos? ¡Está usted hecho un gigante! Un hombre a quien no hay quien detenga, ¿verdad?

John se quedó un buen rato sin saber qué responder. No le gustaban ese tipo de bromas, pero necesitaba al doctor Brown.

—Sí hay quien me detenga —replicó—. Mi cabeza es accesible a los buenos argumentos.

El doctor Brown se echó a reír.

—¡Buena respuesta!

Con los años, se habían convertido en dos extraños. Pero luego se pusieron a hablar de Matthew Flinders y acabaron sintiéndose más cerca el uno del otro. El doctor Brown no había olvidado al valiente capitán y tuvo para él frases de afecto y respeto.

—Lo lamentable es que inventó un método para equilibrar la declinación de la aguja magnética con una barrita de metal, y nunca llegó a escribirlo.

—Pero si yo lo conozco perfectamente —replicó John.

—¿Cómo? ¡Escriba usted un artículo, señor Franklin, incluyendo todos los cálculos y esquemas! Yo mismo lo presentaré a la Royal Society y al Almirantazgo. El invento llevará el nombre de Flinders.

—Claro que lo haré —repuso John. Inmediatamente empezó a hablar del Polo Norte. El doctor Brown levantó las cejas, pero prestó atención. Al final acabó prometiéndole una recomendación. Un viaje al Polo Norte o cualquier otra expedición con fines exploratorios... Eso estaba bien. Hablaría con sir Joseph y con Barrow. De momento, no había dinero, pero tal vez...

—Señor Franklin, le escribiré, de todos modos, diciéndole lo que haya podido hacer, en un sentido o en otro.

Un informe por escrito era aún más complicado de hacer que uno oral. John se había fatigado mucho durante esos días. Ahora podía visitar Londres. Buscó a Eleanor Porden, la dama del *pudding*, y le pidió que lo acompañara a dar una vuelta en coche por la ciudad. Ella se echó a reír y le dijo enseguida que sí.

Su padre era un gran arquitecto, dueño de una gran fortuna. Había edificado para el rey palacios y rotondas, y ella era su única hija.

–Vayamos a Waterloo Panorama –propuso la muchacha–. Creo que es bastante fiel al original.

John recordó que le había comentado que escribía poesías. Mejor será no llevar la conversación por esos derroteros, pensó. Pero una vez en el coche, ya estaba en ello:

–Espere, que le leeré una poesía.

Antes de que se diera cuenta ya le había leído tres. Parecía que las rimas estaban bien. De todos modos, se repetían demasiado las palabras «¡ea!» y «¡ay!».

–Las poesías de amor me resultan un poco difíciles –dijo John con toda formalidad–. Tal vez sea que al cabo de tantos años de guerra ya no me fijo gran cosa en el amor.

Sorprendida, la poetisa guardó silencio y al cabo de unos segundos dijo:

–¡Ea!...

Como ella permaneció en silencio, John se decidió a recitar los únicos versos que sabía:

Nadie se figura el precio
hasta el crítico momento.

Eran del «Johnny Newcome», pero para él era una poesía sobre viajes y descubrimientos.

Ella continuaba en silencio.

–Le gustaban las poesías breves –comentó él en voz baja.

Eleanor se contuvo. Ya casi habían llegado al Panorama.

Una vez en la carpa, John contempló distraídamente los innumerables soldaditos de plomo y sus caballos. Los caídos, especialmente los de baja graduación, eran siempre un poco más pequeños que los vivos. Eran de color también más pardusco y parecían acomodarse al tono de la tierra. Con la excusa del paisaje que ofrecía el panorama, John expuso a Eleanor las ventajas e inconvenientes de quedarse mirando fijamente las cosas. Luego dieron un paseo por la ciudad.

–¡Curioso! –comentó Eleanor–. Cuando se encuentra usted en una aglomeración, nunca cede el paso. Simplemente se disculpa. ¡Eso es lo único que lo diferencia de un oso!

Su voz gorjeaba. Me está observando, pensaba John. A lo mejor me aprecia. Empezó a preparar alguna frase para darle una buena respuesta.

A John le resultaba bastante extraña la ciudad. ¡Si hubieran seguido tranquilamente su camino, manteniendo fijo el rumbo! Pero constantemente había alguien que daba la vuelta sin avisar o que lo empujaba a uno intencionadamente. Todos los varones menores de veinte años andaban peleándose con algún otro de la misma especie. Unas veces el atacante y otras el agredido, el caso era que siempre iban a parar a los pies de John. ¡Y luego los cocheros! John se quedaba mirando con prevención a esos seres imprudentes, de sombrero redondo, que se adelantaban del modo más imprevisible y pasaban como una exhalación, rozándose uno a otro los cubos de las ruedas. Todo Londres parecía enamorado de la velocidad. Menos mal que ahora había aceras, una especie de pretilles que corrían paralelos a la calzada. Pero cuando uno se topaba en ellas con cuatro soldados borrachos, no quedaba más remedio que saltar abajo, con lo que el riesgo se multiplicaba por dos. Si uno se detenía a echar una ojeada a algo, todo eran empujones e incluso algún que otro pisotón en los talones. En medio de todos esos virajes, Eleanor seguía hablando despreocupadamente:

—¿No quiere usted conocer a mi padre, señor Franklin?

—No puedo mantener a una esposa —respondió John. Había tropezado con una verja y tuvo que desengancharse la manga de un pincho de hierro forjado—. No cobro más que la mitad del sueldo y no quiero dinero ajeno, aunque sea para una expedición. Pero nos escribiremos. Yo también la aprecio a usted.

La señorita Porden miró por el rabillo del ojo. Había que estar preparada para todo.

—Señor Franklin —dijo—, va usted demasiado aprisa.

John buscaba trabajo en vano. En todas las ciudades portuarias había por todas partes multitud de marineros hambrientos y de oficiales taciturnos. La mayoría de los barcos estaban en el desguace. Los iban a dejar amarrados unos cuantos años, convertidos en pontones de prisioneros, como la vieja *Bellerophon*.

El empleado del Ministerio de Marina puso cara de circunstancias cuando John le dijo que o le encomendaban un viaje de exploración o prefería no embarcarse.

—¡Pero si ya está todo explorado! —dijo el hombre—. Ahora solo tenemos que vigilarlo.

—Puedo esperar —replicó John serenamente.

Confiaba en el futuro. ¿Acaso no hacía menos de un año que había yacido en el campo de batalla con las piernas paralizadas? Pero había salido sano y salvo, nadie sabía cómo,

y no había muerto, ni se había vuelto loco, ni siquiera se había quedado cojo. No sabía cómo había sucedido, pero solo eso ya le infundía valor. También ahora tenía pocas posibilidades. Pero, ¿no podía ocurrir otra vez algo inexplicable?

Entregó el estudio sobre la corrección de la brújula de Matthew, y decidió marcharse a Lincolnshire. Comunicó al doctor Brown y a unos pocos más dónde se lo podía localizar, y luego se despidió.

La silla de posta estaba a la puerta del Saracen Head, en Snowhill, a punto de partir. Eran las cinco de la tarde.

—¿Spilsby? —preguntó el cochero—. Debe de ser un sitio lento.

John vio confirmada su opinión sobre la impertinencia de los cocheros. Pero luego se dio cuenta de que no se refería a él. Lentos se llamaban todos los sitios en los que solo paraba de vez en cuando la silla de posta.

Montó fuera, para ahorrar. Notó con satisfacción que ya no tenía miedo a caerse. Al fin y al cabo, quince años de navegación no habían sido en vano.

Contemplaba desde el techo del coche la noche iluminada por la luna. Divisaba los campanarios puntiagudos con sus coronas radiadas, que iban empequeñeciéndose colina tras colina, y las granjas que se apiñaban horriblemente unas contra otras.

Uno podía percatarse de la miseria de las aldeas a dos millas de distancia, primero por los tejados mal compuestos, y luego por las ventanas desvencijadas. Las malas cosechas de los últimos años. Escaseaba el dinero.

De pronto vio por qué la noche tenía una claridad tan extraña. ¡Había un incendio! Hacia el este, por la parte de Ely, había por lo menos tres lugares ardiendo. ¿Qué pasaba en este país? John era marino y no contaba con entender las cosas a la primera. Pero al cabo de los años, el campo llegaba a resultarle incómodo.

Ya sabía por las cartas lo que le aguardaba en casa: nuevos rostros, falta de dinero y noticias desalentadoras. En 1807, Thomas, el mayor, se había quitado la vida tras dilapidar la fortuna de la familia con sus especulaciones. El abuelo había fallecido hacía seis años, y uno más tarde había muerto también su madre. El padre vivía ahora bastante lejos del lugar, en una granja. Lo cuidaba una de sus hijas.

El horizonte volvió a oscurecerse. John se dio cuenta de que estaba temblando de frío.

Llegaron a Boston a primera hora de la mañana. John escuchaba las novedades. Por aquí había ahora «ludditas», parados que por la noche se pintaban las caras de negro y destruían los telares mecánicos. Y al parecer, en Horncastle hacía poco que había un canal navegable hasta Sleaford, e incluso una biblioteca.

A partir de Stickford la carretera estaba bastante mal. John hizo dentro la última parte del trayecto. El corazón le latía con fuerza.

Bajó en Keal y fue a pie, con el equipaje en la mano, hasta Old Bolingbroke, donde vivía su padre. Si es que aún vivía.

A una cierta distancia divisó una figura que caminaba con dificultad por la cuneta, apoyada en un bastón. Parecía como si el hombre intentara enmendar a cada paso su anterior movimiento. Eso lo tenía más ocupado que cualquier otra cosa. Tal era el aspecto que ahora tenía su padre.

No reconoció a John más que por la voz, pues casi no veía.

—Estoy cansado —se lamentó.

El tiempo, las fuerzas, todo se iba solo, por no hablar del dinero. John le preguntó si quería apoyarse en él o si debía guiarlo. Le ofreció el brazo como si fuera una dama. El padre se disculpó prolijamente por lo despacio que iba. John estudiaba su mano, que ahora estaba llena de rugosidades, manchas y venas. Pasó el dedo por su superficie. El viejo se quedó un poco sorprendido.

John comentaba el frío que hacía y le iba contando el viaje. Habló de Huntingdon y de Peterborough. A su padre le gustaba oír nombres conocidos y agradecía que se pronunciaran claramente las palabras, una detrás de otra. Se detuvo poco antes de llegar a la puerta, se volvió hacia John y se quedó mirando su rostro:

—Ya estás en casa —dijo—. Y ahora, ¿qué?

TERCERA PARTE

El territorio de Franklin

La cabeza propia y las ideas ajenas

La diligencia llegó a la puerta del White Hart Inn, en Spilsby, y John preguntó si tenía correo.

No había carta del doctor Brown, así que no había trabajo. Solo Eleanor Porden le había escrito. Una carta larga, le gustaba escribir. John dejó la lectura para mejor ocasión.

Spilsby había cambiado mucho. El viejo Ayscough ya no iba a esperar la diligencia y a ver los pasajeros. John encontró su lápida junto a la torre de St. James.

Al pastor lo habían condenado hacía unos meses por incendiario y había sido deportado a Botany Bay. Había prendido fuego a los tres graneros grandes de la finca. Pero, ¿por qué lo había hecho? Era una lástima.

Y a Tom Barker lo habían asaltado los bandoleros y lo habían matado cuando paseaba por el bosque. Se defendería, porque ¿quién iba a matar por gusto a un boticario?

La familia Lound ya no vivía en Ing Ming. Según se decía, habían traspasado el término municipal por la noche. Seguramente se dirigieron a Sheffield, la ciudad del carbón, en la que las bombas de vapor llamaban a la gente. Ahora había trabajo allí.

Nadie tenía noticias de Sherard.

John regresó a Bolingbroke y pensó con rabia: «Puedo esperar».

Por una libra, diez chelines y seis peniques se hizo socio de la Primera Sociedad de Lectores de Horncastle. Era un montón de dinero, pero tenía casi ochocientos libros para prestar y él quería aprovechar la espera. Subió a la diligencia de Louth llevándose las descripciones de los viajes de Cook. Quería hablar detalladamente con el doctor Orme sobre el Polo Norte.

Pero el doctor Orme había muerto. El año pasado, hallándose en perfecto estado de salud, había caído de repente. John halló en la iglesia una placa con todos sus títulos académicos y eclesiásticos. Eran tantos que no se habían podido grabar más que las iniciales.

Su sucesor vivía desde entonces en la calle del Cuello Roto. Le entregó a John un paquete envuelto en una piel fina, atado con varios nudos y lacrado, que llevaba el aviso: «Para entregar en mano a John Franklin, teniente de la Armada». El maestro comentó:

–Será una Biblia.

Invitó a John a que se sentara a echarle una ojeada, pero él declinó su ofrecimiento. Prefería ir al cementerio, pues quería estar a solas cuando leyera las líneas del doctor Orme.

En el paquete había dos manuscritos. El primero decía:

«La formación del individuo
mediante la rapidez
u
Observaciones sobre el ritmo particular que
DIOS
ha imprimido a cada persona,
representadas en un ejemplar sobresaliente.»

El otro escrito llevaba por título:

«Tratado sobre dispositivos útiles,
apropiados para fingir movimientos al ojo vago,
destinados a la edificación y la enseñanza, así como
a la divulgación del mensaje del
SEÑOR.»

La carta que los acompañaba decía tan solo:

«Querido John, haz el favor de leerte estos dos cuadernos y luego devuélvemelos. Me gustaría que me dijeras tu opinión al respecto.»

El saludo y la firma. Eso era todo.

No había nada que provocara las lágrimas. Era un texto animoso y breve. El autor de la carta no había contado con la muerte. John clavó inmediatamente la vista en los escritos, como si el doctor Orme estuviera esperando realmente una respuesta inmediata.

El primer manuscrito lo describía a él sin nombrarlo. Lo llamaba «el alumno F.». Se sintió algo angustiado, sin saber por qué. Cogió inmediatamente el segundo escrito, porque tenía dibujos en color. Además, las frases de los «dispositivos útiles» le parecieron bastante más breves que las de la «formación del individuo».

John ocultó ambos escritos a su hermana y a todos los de la casa. No quería que nadie estudiara los pensamientos del doctor Orme antes de que él los conociera.

Salía a leerlos a la orilla del río. En Bolingbroke había un castillo en ruinas, en el que había nacido un rey. Se pasaba el día sentado en el zócalo del portal derrumbado. A la orilla del río pastaban vacas y una cabra. De vez en cuando aparecían tábanos. John no hacía caso de las picaduras y seguía leyendo.

El dispositivo útil más importante del que hablaba el doctor Orme se llamaba rotor de imágenes. Era un aparato al que se enganchaba un libro grande. Mediante un potente mecanismo se pasaban las páginas a una velocidad fulminante. Cada página llevaba pintada una imagen que solo se diferenciaba de la anterior en algún ligerísimo detalle, de modo que, cuando al cabo de unos pocos segundos se habían visto pasar todas las páginas del libro, se tenía la ilusión de que se trataba de una sola imagen móvil. El doctor Orme afirmaba que la ilusión óptica se verificaba no solo en las personas lentas, sino en todas. Debía de saberlo, pues sin duda había hecho la prueba en su ama de llaves, que era tan rápida. John se propuso hablar con ella del asunto. Pero ¿dónde habían ido a parar los aparatos? ¿Habrían sido vendidos y desarmados, o permanecerían guardados en algún desván de la calle del Cuello Roto? John sentía cómo se apoderaba de él la nueva idea. Mañana iría otra vez a Louth. El doctor Orme explicaba también cómo pretendía que sus inventos fueran de provecho. Quería traducir visualmente la imagen producida por el rotor mediante una linterna mágica y transmitirla a la pared de una cámara oscura. De ese modo, un gran número de personas cómodamente sentadas podría contemplar en imágenes móviles una historia completa. Aun sin palabras, entenderían cómo una escena

venía detrás de otra. Podrían participar del acontecimiento sin correr peligro ni cometer errores.

La cabeza de John se hallaba totalmente contagiada del espíritu inventor del doctor Orme, pues aún quedaban por resolver algunos problemas.

De hecho, para las historias largas se necesitaba un número enorme de páginas. Aun disponiendo de varios pintores, se necesitarían muchos meses para ilustrar semejante mamotreto. Por otro lado, el enorme volumen de páginas constituía otra dificultad técnica. Había que encontrar el modo de acoplar diversos rotores que fueran reemplazándose sucesivamente sin interrupción a medida que fueran terminando. La traducción óptica constituía un tercer obstáculo. El doctor Orme dudaba de que hubiera fuentes de luz que iluminaran con la suficiente potencia.

En esto John no veía ningún problema. Los nuevos faros podían irradiar su luz a muchas millas de distancia gracias a sus espejos cóncavos de plata. Habría que utilizar algo parecido en la sala. A su juicio, el verdadero obstáculo radicaba en los artistas. No podía imaginarse que un William Westall fuera capaz de dibujar mil veces el mismo paisaje cambiando cada vez solo un detalle minúsculo. Pintaría cada cuadro con una intuición y un humor distintos. Sin lugar a dudas, los artistas eran el punto más débil.

El doctor Orme recomendaba representar momentos grandiosos de la historia de Inglaterra, pero en lo posible no escenas bélicas, sino sobre todo cuadros de la vida pública, de carácter pacífico y ordenado «como en un panorama móvil». Pensaba en escenas de reconciliación o de oración en común, desde el feliz regreso de un barco a ejemplo de nobleza y de comportamiento honesto, que incitaran a la emulación. En cambio, excluía por completo los milagros. El milagro de los panes y los peces o el de la curación de los leprosos no debían tratarse, pues ello equivalía a una ridícula imitación de Dios.

Había oscurecido. John pensó en el milagro de los panes y los peces. Recogió los cuadernos y se volvió caminando. A punto estuvo de perderse, de tan ensimismado como iba meditando sobre lo leído. Ahora le hubiera gustado hablar de todo esto con Sherard Lound.

Poco después de dormirse, se despertó sobresaltado.

—¡Imprentas! —murmuró—. ¡Imprentas especiales que copien mil veces lo mismo y que además se ocupen de los cambios!

Pero ¿de dónde sacar el dinero?

Y con esto se quedó dormido.

En Louth, ni el ama de llaves ni el maestro sabían gran cosa de los experimentos del doctor Orme. Además, no quedaba ningún aparato. Todas las piezas de metal o de madera que se encontraron, manivelas y tornillos, habían sido vendidas a diversos talleres. Y en los restantes escritos no aparecía ningún dato que informara sobre el rotor de imágenes. John regresó a casa pensativo. Una idea que no pudiera llevarse a cabo por falta de dinero constituía un mal pasatiempo. Además, una cosa así podía llegar a apartarlo del Polo Norte, y eso constituía un peligro.

Pero no quería permanecer inactivo mientras esperaba. Ya aparecería algo honorable que, a ser posible, dejara además algo de dinero.

Los aldeanos y los terratenientes lo trataban ahora con más cuidado. Eso se debía a su estatura y a la cicatriz de la frente. Cuando le pedía a alguien que por favor repitiera lo que había dicho, ya nadie se burlaba ni lo dejaba plantado, antes bien, oía una disculpa e inmediatamente se lo repetían.

Para un adulto, el país resultaba realmente agradable.

No obstante, aún quería hacer un experimento. Entre los miembros de la Sociedad de Lectores había un posible mecenas para el rotor de imágenes; el boticario Beesley, un herbolario de rostro suave, acomodado y de carácter apasionado. Había volcado su amor en la historia de Inglaterra. Escuchó con atención las explicaciones que John le dio sobre el invento.

—¡Qué buena idea! Tengo curiosidad por ver si funciona.

Pero, al parecer, había algo que lo molestaba.

—Dígame, señor Franklin, ¿cómo se le ocurrió al doctor Orme lo de las imágenes de historia? No se puede captar el espíritu de la época a través de las imágenes.

John empezaba a temer que el señor Beesley tuviera razón.

—La historia tratada en serio tiene que ver con lo cierto. Y una imagen es algo cierto.

Inicialmente, cualquier afirmación que planteara una objeción sonaba convincente, cuando menos a los oídos de John. Pero no estaba dispuesto a resignarse. Replicó enérgicamente aludiendo al perfeccionamiento de las personas mediante los buenos ejemplos.

—¡Mejorar a las personas! Eso solo puede lograrse de tres maneras: mediante el estudio del pasado, llevando una vida sana en contacto con la naturaleza, y con la medicina, en caso de enfermedad. El resto no mejora nada. No es más que política o mera distracción.

John quedó convencido de que no podía ganarse al boticario. ¿Y si le contaba lo del Polo Norte? Pero ya preveía el tipo de respuesta que obtendría. Por ello se limitó a hablar brevemente de sí mismo. Beesley pareció contento y mostró una actitud paternal.

—Dedicándose a la historia, la lentitud constituye una ventaja. El investigador dilata los acontecimientos del pasado, por mucha que fuera la rapidez con que se produjeran, hasta que su razón logra captarlos bien. Entonces está en condiciones de demostrarle a cualquier rey, por rápido que sea, cómo hubiera debido actuar en tal o cual batalla.

John se sentía desconcertado. ¿No estaría bromeando el boticario? Tenía desde luego algo de impenetrable y extático.

Pero pronto cambió de parecer. De repente se volvió tan solícito, que John pudo tenerlo de nuevo por un hombre de bien.

—¡Apenas a tres millas de aquí! ¡Ingleses contra ingleses! Y hoy día siguen saliendo a la luz sus huesos en el campo de Winceby, cuando labran las tierras. Las flores que allí se crían son distintas de las que nacen en cualquier otro sitio. ¡A eso es a lo que me refiero, señor Franklin, a esa sensación! Saber qué es lo que ocurrió en un pedazo de tierra a lo largo de los siglos. Eso amplía la visión y engrandece a la persona en su totalidad.

Ahora ya sabía John qué era lo que movía realmente al boticario y le infundía respeto.

—La amplitud de su horizonte —explicaba Beesley— es lo máximo que puede alcanzar un hombre.

John intentó considerarlo desde la perspectiva de la trigonometría esférica, pero el boticario andaba ya muy lejos, por otros derroteros:

—Estoy trabajando en una historia de Lincolnshire, atendiendo especialmente a las familias nobles —proseguía—. Hay que seguir árboles genealógicos, leer crónicas, comprobar inventarios y compenetrarse con cabezas muy eximias. ¡Ayúdeme usted!

La barbilla de Beesley brincaba arriba y abajo como un ratón atrapado, y eso distraía su atención. John vacilaba.

—La historia significa tener que tratar con la grandeza y la duración. Nos permite elevarnos por encima del tiempo.

—Pero si yo solo soy un marino... —explicó John.

—¿Y dónde tiene usted el barco?

John se quedó pensativo. ¡Había tan pocas cosas en las que la lentitud constituyera una virtud...! Elevarse por encima del tiempo. Resultaba seductor. Pero así no iba a ganar nada.

A medida que pasaba el tiempo, John se daba cuenta de que se hallaba cesante y de que se sentía inútil. No había pensado nunca que justamente él pudiera llegar a aburrirse. Pero ahora era una espera distinta, ahora tenía una profesión, tenía un objetivo... Y no había manera de seguir adelante. Escribió a Londres varias veces, pero salvo unas cuantas esperanzas poco seguras, no recibió ninguna respuesta.

Las facultades que no se ejercitaban, no existían. ¿Es que no se iban a dejar convencer nunca?

La lectura, en lugar de aplacar su sed de actividad, no hacía sino fortalecerla. ¿Para eso había aprendido a conjugar cabeza y cuerpo a bordo de un barco? ¿Para eso era un buen oficial, tan fuerte como no lo había sido nunca ni volvería a serlo jamás? ¿Ya no iba a suceder nada más? La media paga no solo era algo a medias, sino además una nulidad incoherente, una amenaza que se dejaba sentir sobre todo por las noches, cuando velaba en la cama como si fuera un rotor de imágenes vivo y triste.

De Flora Reed, viuda de un predicador, se decía que era radical. Poseía la obra de Robert Owens *Nueva visión de la sociedad*, y en las discusiones que sostenía con el boticario Beesley sacaba a relucir citas del libro.

John pasó toda una tarde con la señora Reed en el Fighting Cocks Inn, de Horncastle. Era una mujer encantadora y respetable. Lo único que le resultaba difícil era lo que decía.

Tampoco a ella parecía que se la pudiera ganar para la causa de las imágenes en movimiento.

—... el hambre y la necesidad —decía— se pueden entender sin tener que recurrir a ningún trámite. La simple verdad es suficiente para todos los que sepan oír y leer. Y el que no sea capaz de eso, señor Franklin, no se volverá más espabilado con su aparato.

Había algo en sus palabras que carecía de lógica.

Ahora pedía que trajeran cerveza floja y pasteles. John se sintió aliviado con aquella interrupción, pues le resultaba agotador escucharla. La señora Reed hablaba en voz muy baja, y cuando se acaloraba no aumentaba el volumen lo más mínimo, sino solo el silbido de las eses. Tenía el pelo liso y negro, y la mirada suave. Sus ojos relampagueaban cuando vislumbraban un peligro.

—¿Amplitud de horizontes? ¿Eso ha dicho Beesley? Supongo que otra vez pasaba de su herbario a la historia. Señor Franklin, el horizonte está ante nuestros ojos, no detrás de nosotros. Siempre está en la dirección hacia la que se avanza. ¿Tengo razón o no?

Como navegante, John habría podido ponerle alguna objeción, pero no deseaba ofender a la señora Reed. Además, ya estaba hablando de otra cosa.

—Piense usted en los aranceles que tiene el grano. Francia tiene una buena cosecha en sus graneros, podría echar una mano con lo que le sobrara. ¡Nadie debiera pasar hambre!

Le dirigía unas miradas amables, pero muy directas. John pensaba si sería que le gustaba mirarlo a los ojos o si no hacía más que mirar fijamente al vacío para controlar la coherencia de sus argumentos. ¡Solo con que hubiera hablado un poquito más fuerte...!

—... ¿y por qué están cerradas las fronteras? Porque los terratenientes ganan con la escasez, y los únicos que forman el parlamento son los terratenientes.

—Señora Reed, desde Trafalgar soy un poco duro de oído; los cañones, ¿sabe usted?

—Entonces me pondré más cerquita —repuso ella, sin levantar la voz lo más mínimo—. Y ahora los pobres. Prenden fuego a los graneros y de ese modo no hacen más que aumentar la escasez. Ceguera por aquí, codicia por allá, eso es todo el horizonte. ¿Quería usted decir algo?

—No, siga usted hablando tranquilamente.

John se daba cuenta de que habría preferido leer todo eso en cualquier libro, pues la conversación le resultaba demasiado rápida. Pero Flora Reed le gustaba. ¿Cuánto tiempo hacía que había muerto el predicador?

—... impuestos por la sal, impuestos por el pan, impuestos por los periódicos, impuestos por las ventanas. Lo único que pasa es que ese dinero va otra vez indirectamente...

—Un momento, señora Reed, yo...

—¡Claro, señor Franklin! Porque lo que domina es la necesidad más cruda. Mire usted a su alrededor. Cazadores furtivos, ladrones, contrabandistas por todas partes, ¿y por

qué? Pues porque lo único que les...

–Creo que preferiría...

–¡Si la conciencia la tienen los terratenientes! Esa es la única forma y nada más.

–Sí, yo también lo creo –asintió John–; pero he pasado demasiado tiempo en el mar y no tengo una idea muy exacta...

Mientras él hablaba, la señora Reed se había metido en la boca un pedazo de pastel. Masticaba y miraba a John con amabilidad, hasta que pudo continuar. Replicó risueña:

–¡Nada de aparatos de imágenes, señor Franklin! ¡Nada de historia! Un periódico que diga la verdad, una liga contra la pobreza y en defensa del derecho a voto de los pobres. ¡Eso es lo que tenemos que conseguir!

A John le pareció encantadora aquella capacidad de decisión. Cuando Flora le cogió la mano, no fue capaz de poner en duda ni una sola de sus palabras. Tenía algo de leona, y cuando callaba parecía muy delicada. Pero luego lo miró tan fijamente con sus ojos claros que no tuvo más remedio que devolverle la mirada.

–¿Sabe qué es lo que me gusta de usted, señor Franklin? Con la mayoría de los hombres va todo sobre ruedas hasta que entienden las cosas, pero a partir de ahí, se acabó. Esa es la diferencia con usted. ¡Luche a nuestro lado, es un deber humanitario!

La verdad, pensó. Eso era lo decisivo. En un periódico amante de la verdad, poco importaba que el redactor fuera un poco lento. Aunque, claro, así no iba a ganar nada...

–Bueno –respondió.

Durante la guerra le había hecho sufrir mucho el no tener la suficiente presencia de ánimo como para ser de utilidad cuando de súbito se presentaba una emergencia. ¡Cuántas veces no había llegado tarde! Se había expuesto a una lluvia de balas solo para demostrar que podía ser lento, pero no cobarde. Ahora, con Flora Reed, había descubierto que para cumplir con las obligaciones humanitarias daba lo mismo ser rápido que lento con tal de trabajar en el bando debido. Y estaba encantado. Veía a Flora cada vez más a menudo. Pidió prestada la obra de Owens y se enteró de que era la pobreza la que producía todas las demás penalidades, incluida la guerra, y de que un hombre no podía ser bueno si el hambre no le dejaba más opción. Todos querían poseer algo, pero cuando unos pocos recibían mucho y la mayoría no obtenía nada, entonces surgía el odio. Por tanto, debía haber una igualdad, o lo que es más, una educación en la

igualdad. Eso era una ley universal, pues así lo afirmaban Flora, Robert Owens y todos los que habían meditado sobre el asunto. En el pensamiento de Flora, la miseria del mundo era algo tan sólidamente cohesionado como una red, y uno podía fiarse de esa cohesión. No había ningún elemento que quedara descolgado. Cada detalle se basaba en la totalidad y solo era algo a través de esta. En eso consistía también la estabilidad.

No importaba que se cambiara tal o cual cosa o que se la hiciera desaparecer. Lo cierto era que la regla en la que se basaba seguía funcionando. Ahora ya tenía John algo para sublimar su espera. Para lo único que se le había dado la vida al hombre era para hacer algo por su especie. Si esto era así, por lógica había que ponerse inmediatamente manos a la obra. La cosa era urgente y en ello estribaba la salvación. Todo lo demás podía dejarse en manos de quienes aún no tenían suficiente madurez de juicio. Si tenía que esperar, él estaba dispuesto a hacer algo por la salvación de la humanidad. Ya había presenciado durante demasiado tiempo la desgracia ajena, mirándola desde fuera para protegerse de ella. No; si tenía que esperar, ahora iba a ser por lo menos realmente bueno.

Pero otra vez empezó a pensar en la construcción del rotor de imágenes. Como la miseria era algo que se comprendía fácilmente, con solo echarle la vista encima, un aparato con el que enseñar las cosas sin necesidad de muchas palabras resultaría de lo más útil.

Mientras intentaba imaginarse las ventajas del sufragio universal, se le ocurrió que se podría sustituir la rotación de las imágenes por un buen montón de láminas de igual tamaño. Estas irían cayendo una tras otra a gran velocidad en un armazón metálico, pudiéndose ver cada una solo durante una fracción de segundo. Todo se basaba en un mecanismo de transporte que iría tirando del montón de láminas a una velocidad constante. John realizó inmediatamente un boceto. El aparato tenía espeques y un guardainfante. Se parecía muchísimo al cabrestante de la *Bellerophon*.

Redactó por escrito sus ideas, copió también las explicaciones y esquemas del doctor Orme y todo ello se lo envió a Londres al doctor Brown. No quería que el invento pasara inadvertido.

Había pasado ya año y medio, y todavía no había leído el informe del doctor Orme sobre el alumno F. Cierta intuición de seguridad le impedía hacerlo. Además, había sido el

propio doctor Orme quien le había aconsejado escuchar la voz de su interior.

Conocía ya casi todas las relaciones de viajes, por no hablar de las obras de Spencer, Ogilvie, Hall y Thompson. En Fighting Cocks Inn había aprendido cómo se controla la coherencia de los argumentos.

Había recorrido con el boticario Beesley el campo de batalla de Winceby, tan rico en plantas. Respecto a las familias de viso, se había formado ya una opinión: la nobleza es noble. Da gusto. Pero a menudo es también estúpida, y es una pena.

En casa había asistido a la siembra y a la recolección de la cosecha. Incluso había arreglado el tejado, sacado de paseo a su padre y renovado sus viejas amistades.

Con Flora Reed, primero había pasado una noche y luego bastantes más. Había recordado el lenguaje de la ternura, que había aprendido aquella noche en Portsmouth, y ahora sabía que podía hablarlo con cualquier otra mujer, aunque no la amara. El predicador lo había descuidado. Debió de parecerle suficiente el de la Biblia. A lo mejor incluso había muerto de eso: los deberes humanitarios no bastaban a la hora de hacer el bien al prójimo, por no hablar de uno mismo.

Año y medio. Se había ocupado de las reuniones de campesinos de Flora, había repartido sopa boba, corregido las pruebas de las octavillas, componiéndolas e imprimiéndolas por las noches. Había visto cómo las amistades que había reanudado habían acabado convirtiéndose en enemistades. Había escuchado mucha maledicencia y había tenido que reprimir el disgusto. Había intentado vivir con la mitad del sueldo, ocupándose incluso varias veces de las gallinas. Había aprendido primero a entender la cólera de los pobres, la general y la solitaria, y luego a temerla. Habían incendiado el domicilio de Hardy, el hacendado. En las piedras podía leerse, escrito en letras rojas: PAN O SANGRE y FUERA LAS TRILLADORAS. ¡Qué tiempos!

Dudas y nada más que dudas. En el mar no las había.

Amaba a Flora solo a medias, lo sabía. Lo suficiente para acostarse con ella. Sus ideas eran duraderas, y eso le aportaba tranquilidad. Pero ahora Flora Reed empezaba a cambiar. ¿Se mantendrían sus ideas? ¿Cuánto valían las obligaciones humanitarias, si no eran más que un paréntesis? ¿O era él, John, el que cambiaba? Aquí en tierra todo era «a medias», incluso él mismo.

John empezaba a salir de la red de las reglas humanitarias. Eran como un elemento en el que solo podía moverse conteniendo la respiración. Tenía que salir fuera a tomar aire, aunque todavía pudiera seguir conteniendo la respiración otro tanto.

Empezó a disgustar a Flora. Decía, por ejemplo:

–El ser humano tiene que poder elevarse por encima del tiempo.

–¿Y qué pasa con el sol y el presente? –replicaba ella en tono burlón.

Ahora tenía esa sonrisa que a John no le gustaba que le dirigieran. Flora y él habían buscado, sin saberlo, una salida en el amor. Ahora lo sabían, y también que no lo era.

John se volvía cada vez más herético.

–¿Está realmente comprobado que se pueda comprender la miseria directamente? –preguntaba.

O bien:

–¿Qué es eso de que solo hay una miseria? Yo afirmo que hay muchas, y que nada tienen que ver unas con otras.

A veces ponía tan triste a Flora que esta apenas si le replicaba. Entonces también se entristecía él.

El precepto de ocuparse siempre de lo que tenía importancia para la humanidad exigía cada vez más pensamientos y más actividad. John tenía la impresión de que un día se sentiría reemplazable, por puro deber de igualdad. Y por la Armada sabía perfectamente lo que ocurría cuando lo de uno dejaba de ser importante. No quedaba más salida que la rapidez. Entonces la única manera de ser «mejor» era hacer lo mismo que otro, pero más deprisa. Y él no tenía esa posibilidad.

Varias veces intentó hablar con Flora del asunto. Pero ella no conocía la Armada.

Tenía que pasar algo.

Salió de casa temprano. Tomó el camino de Enderby, dirigiéndose luego hacia el este, hasta llegar a Hundleby y Spilsby, y luego se encaminó hacia el mar, esta vez sin tener que agacharse para cruzar los setos. En Ashby había un muchacho que estaba pintando una cerca. En Scremby lo saludó un viejo, y al hacerlo se le cayó la pipa. Los únicos que llegaban tan lejos a pie eran los pobres y los gordos.

A través del bosque, procedentes de Gunby Hall, oyó los disparos de una partida de caza. La aristocracia rural cazaba zorros, salía al faisán e ideaba nuevas leyes para

castigar con más rigor a los furtivos. John hacía ahora una lectura del campo totalmente distinta, y no estaba muy de acuerdo. ¡Pensar que se llevaban a criaturas de doce años a la Tierra de Van Diemen, donde nadie las conocía, por el simple delito de robar un pedazo de carne! Durmió en Ingoldmells y luego se pasó el día entero sentado en el malecón, estudiando las obras de arena del mar, como si las viera por primera vez. El rumor de la resaca le hacía pensar que oía un tumulto de voces, como de barcos en alta mar. Se oían órdenes, canciones, bromas, maldiciones. Crujir de perchas, rechinar de poleas. «Zarpamos», decía. «Amarras», decía. «¡Drizas de gavia! Tensadlas bien. Izad la gavia.»

Necesitaba los movimientos del mar, y navegar le resultaba más necesario que el aire que respiraba.

Y así iba soñando y pensando. Vio también imágenes: meandros, botes, fieras salvajes, momentos de peligro. Ahora aparecían icebergs, témpanos que crujían bajo la quilla, y luego se abría un paso ancho y resplandeciente. El anillo de hielo desaparecía. Se abría el verano polar, y con él la tierra en la que el tiempo no apremiaba. Esa era su patria, no Lincolnshire ni Inglaterra. Comparado con esta patria suya, el resto del mundo no era más que un pedazo, un sitio por el que ir de paso.

Volvió a Ingoldmells y cogió la diligencia de Bolingbroke. Por la ventanilla vislumbró cómo brincaban setos y veredas, y pensó: sus movimientos engañan. Son ellos los que están aquí atrapados. Los únicos que realmente viajamos somos las montañas del fondo y yo.

Luego le vino a la memoria el teniente Pasley. Ahora tenía su propio barco. Y Walker estaba al mando de una setenta y cuatro. No les envidiaba los cañones, sino los viajes.

¡Tenía que ser capitán! ¡Encontrar el Polo! Después volvería a ocuparse de tierra. ¡Después!

La historia de Inglaterra era cosa de Beesley. La miseria del mundo correspondía a Flora, y la invención de aparatos, al doctor Orme y a sus sucesores. Pero eso nada tenía que ver con él. Y no quería leer lo que había escrito el doctor Orme sobre el alumno F. hasta que no estuviera a ochenta y dos grados de latitud norte.

Ya tenía tomada la decisión: iba a intentarlo con los balleneros. Estaba sentado frente a Flora, acariciándole indeciso la rodilla, cuando empezó a darle una explicación bien

meditada sobre las obligaciones humanitarias:

—Si quiero llevar fuego al hogar del prójimo, ¿de qué sirve que conozca la dirección y camine con firmeza? También mi antorcha tiene que arder como es debido. ¿De qué sirve que un movimiento sea correcto, si se produce demasiado pronto?

—Déjalo —replicó Flora—, no te salen los ejemplos. Yo no soy ese prójimo.

Lo miraba tan fijamente como la primera vez, pero su mirada era oscura. John se dio cuenta de que en ese momento era tan tonto como su predecesor, el predicador. ¿Tal vez dependía de Flora?

—Sí, puede ser que lo del Ártico sea una locura y que vuelva pronto... —John se dio cuenta de que mentía.

Ella callaba. Ese silencio. Se había convertido en una tirana.

—Tal vez me vuelvas a ver pronto. Regresaré y me haré redactor. —Cada vez se le hacía más penoso mentir.

—¿Y entonces arderá la antorcha?

—Puede ser. ¡Oh, no, es una locura! No sé nada.

Flora se sonó la nariz.

—No eres un redactor. Que Dios te bendiga.

La besó. Luego se fue. ¡Qué contento estaba de haberse librado de ella! La alegría incluso le impedía sentir compasión.

Cuando llegó a casa a despedirse de su padre y de su hermana, halló ante la puerta un coche de fuera. Bajó de él un caballero llamado Roget, Peter Mark Roget. Le traía saludos del doctor Brown, de Londres.

—Además, he leído ese escrito suyo sobre el rotor de imágenes. Es una lástima que haya muerto su autor. Me interesan mucho los fenómenos de óptica. Debería usted ver mi caleidoscopio. Espero que luego podamos hablar de ello.

—No —repuso John—. He tomado una decisión. Hay muchas ideas importantes, pero voy a seguir los dictados de mi propia cabeza.

El rostro del señor Roget adoptó de repente una expresión escrutadora.

—¿Se va a quedar usted en Inglaterra?

—No. Voy a navegar otra vez. Además, quiero llegar un día al Polo Norte. Y no lo voy a conseguir quedándome en Inglaterra.

—Entonces, supongo que pronto tendremos ocasión de charlar. —Era evidente que el señor Roget empezaba a divertirse—. El presidente de la Royal Society me ha enviado a buscarlo. Sir Joseph Banks... Está de momento en su finca de Revesby. Tal vez quiera usted acompañarme a visitarlo.

Desconcertado, John guardaba silencio y empezaba a sospechar algo.

—Lo conoce a usted. Ha leído lo que ha escrito sobre la brújula de Flinders. Él y sir John Barrow, el primer secretario del Almirantazgo...

—¿De qué se trata? —preguntó John con voz ronca.

El señor Roget vacilaba.

—Bueno, a sir Joseph le gustaría decírselo personalmente. ¡Va usted... a hacerse cargo de un barco en Deptford y a viajar al Polo Norte!

12

El viaje a los hielos

La expedición. Todo el mundo sabía en Deptford qué era lo que se pretendía con ella. Estaba formada por los bergantines acorazados *Dorothea* y *Trent*, que en su momento fueron cargados con todo lo necesario para un viaje al Polo Norte.

—Ante todo, pellizas y abrigos de piel —afirmaban los peleteros.

—Libros interesantes —decía un librero—. ¡Menudo aburrimiento allí!

—Hombres audaces —se figuraban las damas de la alta sociedad londinense, que se hacían llevar en coche al muelle para visitar los barcos.

Todos afirmaban saber de buena tinta qué órdenes llevaba la expedición. Unos decían que se habían enterado directamente en el Almirantazgo. Otros, de labios del capitán Buchan, jefe de la expedición. Algunos invocaban la autoridad del teniente Franklin, comandante de la *Trent*. Otros lo ponían en duda:

—¿Franklin? ¡Pero si nunca dice nada!

—¡Un capitán lento! No puede ser —decía el guardia marina George Back—. ¿Qué va a ocurrir cuando estemos en alta mar?

Andrew Reid contemplaba con admiración a su amigo. Le llevó la contraria solo por continuar hablando:

—Pues las gallinas las hizo descargar bien deprisa, George.

—Ya verás como resulta una equivocación. ¡Las gallinas son carne fresca! Y eso es lo de menos. Siempre que dice algo, se queda luego un poco mudo. ¿Cómo va a dar órdenes alguien así?

Estaban recién salidos de la Escuela de Marina y sabían bien de qué iba. Además, Back le había puesto un mote a Franklin: Capi Handicap.

Primera noche a bordo. John Franklin tenía fiebre y le daban escalofríos. En el duermevela oía voces sin cuento que daban partes incomprensibles, exigían decisiones o criticaban las órdenes que al parecer había dado. Daba vueltas sin parar. Los dientes le rechinaban en sueños. Las sábanas estaban empapadas de sudor. A la mañana siguiente, le dolían los músculos del cuello, y cuando salió dando traspiés del camarote, tenía tortícolis.

Miedo. Miedo y nada más que miedo. Pero qué difícil de vencer. Recorrió en silencio todo el barco, respondiendo a los saludos, recibiendo los partes e intentando pasar de miembro de la Sociedad de Lectores de Horncastle a capitán de barco. Ya lo conocía de antes: miedo a no entender nada, a no saber nada, a no ser capaz de defenderse si no le hacían caso. Miedo a que nadie se acomodara a su ritmo y a que, si intentaba adecuarse al de los demás, se fuera miserablemente a pique.

La *Trent* tenía solo doscientas cincuenta toneladas; pero, por lo pronto, daba la impresión de ser mucho más enorme e incomprensible que su primer barco, el mercante del viaje a Lisboa, hacía dieciocho años. Este tipo de miedo le era familiar. Hasta el momento lo había ahuyentado siempre su costumbre de llevar a término con mejor o peor fortuna cualquier cosa que se propusiera. Pero ahora se añadía otro temor: si enfermaba de gravedad, si se hundía o era relevado del puesto, habría estado esperando y luchando en vano durante diez años.

Parecía que la fuerza, la calma y la confianza en sí mismo que había encontrado a bordo de la *Bedford* después de la batalla de Nueva Orleans, se mantenían ocultas. En cualquier caso, no volvían inmediatamente, obedeciendo sus órdenes.

Le faltaba también la aureola: una cicatriz, cuya historia no conocía nadie, no le servía ya de nada.

Un buen remedio contra el miedo era estudiar. Para empezar, se aprendió las instrucciones del Almirantazgo.

El Polo Norte no era el objetivo del viaje sino solo una parada más. A la Corona únicamente le interesaba en la medida en la que se encontraba en un mar abierto a través del cual podía llegarse en barco hasta el Pacífico.

Un ballenero había informado de que los campos de hielo del norte se iban deshaciendo progresivamente. La noticia le había hecho concebir esperanzas al

subsecretario Barrow. Inmediatamente anunció que él y un tal Franklin creían desde hacía mucho tiempo en la existencia de un mar polar abierto. De repente, la expedición que hasta entonces había parecido ridícula resultaba importantísima para todo el mundo.

La *Dorothea* y la *Trent* tenían que atravesar primero de Spitzberg a Groenlandia, cruzar luego por el Polo hacia el estrecho de Bering y remontar la costa de la península de Kamchatka hasta el puerto de Petropaulowski, donde en su época había atracado Cook. Desde allí había que mandar por tierra hasta Inglaterra copia de los cuadernos de bitácora, incidencias del viaje y mapas. Mientras tanto, los barcos se dirigían a las islas Sandwich para invernar en ellas y volver a Inglaterra en primavera, preferiblemente cruzando otra vez el Polo Norte.

Había también una segunda expedición, que debería intentar encontrar la entrada del Pacífico bordeando directamente la costa del continente norteamericano. Pero a esa ruta se la tenía por más dificultosa.

¡Qué cosas les interesaban a estos políticos y comerciantes! John dejó el sobre encima del escritorio y empezó a darle vueltas con el dedo. Podía verse cómo palpitaba en su cuello la excitación. Todo volvía a empezar en el Polo Norte, no había más que llegar hasta allí.

Se aprendió también de memoria el barco y se empapó de todos los números habidos y por haber. Calculó todo lo que se podía calcular: el peso de la carga respecto al peso bruto, el lastre, el velamen, el plan, el calado. Enseguida se agarró al primer detalle: a su juicio, el calado de la *Trent* aumentaba más deprisa de lo que permitía suponer el aumento diario de la carga. Volvió a hacer sus cálculos de nuevo con toda precisión, y le pidió por favor al teniente Beechey, su primer oficial, que fuera a su camarote. Desde ese mismo momento, quería que cada guardia le diera el parte del calado del barco y de cuánta agua había en la sentina.

¿Habría notado el teniente su inseguridad y lo nervioso que estaba? Pero Beechey tenía mucho tacto. Si sus miradas se cruzaban, apartaba automáticamente la vista. Cuando escuchaba parecía estar comprobando el estado de la tablazón del puente, y cuando hablaba daba la impresión de estar escrutando el horizonte por las dos rendijas rodeadas de pestañas blancas que le servían de ojos. Su expresión no traslucía más que una especie de vigilancia malhumorada, y no decía ni una sola palabra de más.

Bueno, ¡los cálculos por fin estaban bien! La *Trent* tenía una vía de agua. No parecía grande, pero tenía el defecto de no dejarse encontrar. El agua se filtraba a la obra viva, sin poderse determinar de dónde salía. Siguieron buscando. ¡Vaya, todavía en el puerto y ahí estaba ya el rumor de las bombas! Sin embargo, John se sentía extrañamente aliviado: una vía de agua era, al fin y al cabo, una preocupación real.

Por lo visto, el comandante en jefe lo consideraba un protegido del secretario del Almirantazgo. David Buchan era un hombre impaciente, de cara colorada. No estaba dispuesto a escuchar mucho rato y sobre todo no estaba dispuesto a retrasar la partida por una vía de agua.

—¿Está usted hablando en serio? ¿Tiene usted una vía de agua y no la encuentra? ¿Y vamos a tener que esperar hasta que haya pasado el verano polar? Deje que sus hombres se pasen bombeando un par de semanas. Ya verá como enseguida descubren de dónde viene el agua.

La grosería de Buchan no hizo sino tranquilizarlo todavía más.

Ahora tenía incluso un enemigo concreto. Eso lo ayudaba y lo hacía conformarse.

—Sir, por supuesto que puedo llegar al mar Polar incluso con una vía de agua.

Sus palabras sonaron tan seguras y despectivas que Buchan quedó un poco indeciso.

—Si el asunto no se ha resuelto cuando lleguemos a las Shetland, sacamos del agua la *Trent* y se inspecciona por fuera.

Zarparon el 25 de abril de 1818. El muelle estaba abigarrado de rostros. De pronto apareció Eleanor Porden, que venía a desearle al asombrado John mucha suerte. Le soltó un poema larguísimo, al término del cual el propio Polo Norte empezaba a hablarle directamente declarándose vencido. Ahora ya lo sabía: ello lo apreciaba de veras. Eleanor se quedó boquiabierta ante las largas sierras para cortar el hielo y el aparato con el que pretendían desalar el agua de mar. Se volvía loca por la investigación, el mesmerismo y los fenómenos eléctricos, y suplicó a John que se fijara sobre todo si en la región polar el aire tenía un magnetismo mayor y en cuáles eran los efectos que producía en las reacciones de simpatía entre la gente. Al despedirse se le echó al cuello. Su voz era toda gorjeos. John no pudo por menos que estrecharla por la cintura con agrado. ¡Pero no debía tenerla abrazada tanto tiempo! ¡Y no tan fuerte! Se dio cuenta de que corría el peligro de que resultara raro tanto a ella como a todos los demás, y se retiró a

toda prisa a seguir con sus cálculos de rumbo y esas cosas tan importantes. Luego zarparon. Los narcisos estaban en flor. La costa estaba totalmente amarilla, como si la hubieran pintado.

El agua salía directamente a chorros, y no daban abasto. Para que la dotación de la *Trent* estuviera al completo faltaba una sexta parte de los hombres. Y todos se pasaban la mitad de las guardias dándole a la bomba.

Por mucho que se esforzó, en Lerwick no encontró ni la vía de agua ni un solo voluntario con el que reforzar la tripulación. Los habitantes de las Shetland vivían de la navegación y la captura de ballenas, así que ya sabían lo que quería decir que un barco diera con la quilla fuera del agua y se inspeccionara pulgada a pulgada. Cuando les decían que se trataba solo de ajustar mejor las planchas de cobre, sonreían con disimulo. Nadie quería enrolarse en un barco que hiciera agua. John empezó a temer seriamente que aquel agujero invisible en el casco pudiera escamotearle su Polo Norte.

Buchan pensaba seriamente en alistar a los marineros que faltaban dictando una orden perentoria, pero como ahora eso no era legal, le dijo a John:

—¡Usted verá, señor Franklin!

Cuando este se vio a solas con su primer oficial, Beechey se puso a escrutar el horizonte con sus ojos grises y comentó:

—La tripulación aguanta. Es buena. Tres o cuatro marineros a la fuerza que carezcan de la moral necesaria son peores que nada.

—Gracias —murmuró John aturdido.

Lo bueno de Beechey era que expresaba su opinión cuando la necesitaban.

El marinero Spink, de Grimsby, sabía contar más historias que tres plazas de pueblo juntas, y sobre todo había dado la vuelta a medio mundo. A los doce años le habían obligado a enrolarse en un barco. Luego había viajado con Lapenotière a bordo de la pequeña *Pickle*, hasta caer prisionero en manos de los franceses. Pero logró evadirse en compañía de un tal Hewson, y en su huida habían recorrido toda Europa hasta llegar a Trieste. Contaba que había un zapatero alsaciano cuyas botas alargaban los pasos, y que gracias a eso habían podido andar dos veces más deprisa de lo que lo hacía un francés. Contaba también que las mujeres de la Selva Negra llevaban unas sayas de fiesta que

parecían tiendas de campaña, y que debajo podían esconderse dos o tres fugitivos de Bonaparte. Y que en Baviera, en plena tempestad, habían atravesado en barca el lago Gemse, llevando solo un remo, y que luego, en la aldea de pescadores que había en la orilla oriental, se zamparon un asado ternísimo con una albóndiga mágica, gracias a la cual pudieron caminar quince días seguidos sin parar ni comer un solo bocado. Tan cierto como que se llamaba Spink.

Todos corrieron a cubierta. Habían divisado un narval. Se veía perfectamente cómo sobresalía el cuerno. Era un mal presagio. Solo había otro peor: que la campana del barco empezara a sonar sola. Pero esto no había sucedido nunca, o por lo menos no había habido nadie que lo contara, pues inmediatamente se hundían los barcos sin que se salvara ni una rata.

Nadie se perdía palabra. Para colmo, en pleno mar Polar, más allá de la barrera de hielo, los aguardaban muchos otros seres de proporciones gigantescas. El Almirantazgo ya contaba con que, cuando se fundiera el casquete glacial, bajarán hacia el sur y se metieran en las rutas comerciales del Atlántico, tragándose algún que otro barco. Por mucho que ninguno de los marineros de la *Trent* fuera supersticioso..., no podía haber nadie totalmente libre de temor.

No había ninguno que fuera levantisco ni vago. John estaba dispuesto a imponer el primer castigo en cuanto fuera necesario, pero de momento no había nada de eso a la vista. Desde hacía algún tiempo, los capitanes tenían que llevar un libro de castigos. John lo abría cada noche y anotaba:

«Hoy no se ha producido ninguna irregularidad».

No entendía lo que pasaba con George Back, o, mejor dicho, no entendía lo que le pasaba a él con Back. Seguía habiendo una tirantez, un retraimiento, un estar en guardia. De su rendimiento no había nada que decir.

Dejó a un lado el caso. Más valía no entenderlo en absoluto que entenderlo mal. ¡A lo mejor ese Back le salvaba un día la vida! Los instintos estaban bien, pero solo si se expresaban con claridad.

Pero seguía teniendo un poco de recelo.

Ya tenía valor para exigir que le repitieran las cosas, para no tolerar la impaciencia, para obligar a los demás a adaptarse a su velocidad en bien de todos.

—Soy un poco lento. Haga el favor de atenerse a la situación.

A Back no le quedó más remedio que escuchar este reproche, eso sí, en un tono amabilísimo, para que sus partes pudieran resultar de utilidad. ¿Hombre al agua? ¿Fuego a bordo? No había por qué comerse sílabas enteras. Lo importante era que el capitán entendiera el qué, el cuándo y el dónde. La confusión resultaba mucho más peligrosa que cualquier emergencia externa, y la confusión del capitán era lo más peligroso que podía haber. A ver si se enteraban...

Perseverancia. No necesitaba dormir. Volvía a utilizar las expresiones y vocablos de cuando era grumete. Sus órdenes empezaban con un «Por favor, señor Beechey, tenga la bondad de decir que...»; o «Señor Back, ¿sería tan amable de...?»; o «Kirby, ocúpese inmediatamente de que...».

Volvió a meditar sobre su costumbre de quedarse mirando fijamente las cosas. Era peligroso y lo seguiría siendo. Pero si ese tipo de mirada no era ya una obligación de soldado y solo se utilizaba de vez en cuando, dejaba de ser la velocidad propia de un esclavo y se convertía en la fuerza fulminante imprescindible en todo buen oficial, que por lo general se dedica al estudio de los detalles y a soñar. La lentitud pasaba a ser un honor, mientras que la rapidez era un servicio que se prestaba. El golpe de vista no constituía una buena forma de ver las cosas, pues abarcaba demasiadas a la vez. La presencia de ánimo, elevada a la categoría de regla, no hacía presente nada ni constituía absolutamente ningún punto de vista. John apostaba por la ausencia de ánimo y estaba muy seguro de ello. Pensó en esbozar un sistema que a uno le permitiera vivir y dirigir un barco.

¿Estaría por ventura a punto de empezar con él, John Franklin, una nueva era? 74 grados 25 minutos. Ya estaban a la altura de la isla de los Osos.

Pasados los 75 grados de latitud norte, comenzó a nevar. John olfateó desde la puerta del cuarto de derrota y echó una ojeada a la popa, que estaba espolvoreada de blanco. Había sentido exactamente ese mismo olor la primera vez en su vida que había visto la nieve. Echó una mirada fugaz a su alrededor y por fin se atrevió a salir. Empezó a bailotear pesadamente, igual que un oso, para ver las huellas que iban dejando sus pies. Se sentía

tan joven que no le quedaba más remedio que pensar que tal vez lo fuera realmente. ¿Qué me hace creer, pensó, que tengo más de treinta años, lo mismo que todos los demás? Si voy atrasado como un reloj, tardará más en acabármese la cuerda. A lo mejor no tengo más que veinte. Repentinamente dio por terminado su bailoteo al notar que desde el palo mayor el guardia marina Back lo estaba mirando con cara seria, casi conminatoria. Aunque pretendiera ignorarlo, no podía por menos de contemplar otra vez sus propias huellas con los ojos de Back e imaginarse los movimientos que había estado haciendo. No tuvo más remedio que reírse y observar otra vez a Back, que se echó también a reír, enseñando sus blanquísimos dientes. Guapo mozo.

—La nieve es una maravilla, sir.

No, no podía percibirse la menor ironía en su tono. Pese a todo, arrugó el entrecejo, como conviene a un capitán, se dio bruscamente media vuelta y regresó algo irritado a su camarote.

Le vino a la cabeza lo del magnetismo polar. Pero ¿cómo se podía medir una cosa así?

Ahora hacía frío de verdad. Los aparejos se helaban y los cabos de labor se ponían tan rígidos con el frío que no podían distinguirse de las jarcias muertas. Los que hacían guardia no solo tenían que ocuparse de la bomba, sino también de golpear las jarcias con palos para mantenerlas en movimiento. Cualquier maniobra de las velas se convertía en una aventura, y el frío iba en aumento. Todos tosían desaforadamente. En cambio John no cabía en sí de gozo.

Examinó la nieve y, como hasta el momento no se había producido ninguna irregularidad, anotó la forma de los copos en el libro de castigos. «La nieve es en principio hexagonal», escribió. Al fin y al cabo, el objetivo del viaje era la investigación. Pensó con satisfacción en la cara que pondrían los almirantes cuando, después de atravesar la santa Rusia, llegara finalmente a sus manos el libro de castigos de la *Trent*.

Los barcos navegaban por primera vez sobre el hielo flotante. Los témpanos chirriaban al deslizarse a lo largo del casco.

Nadie se quería acostar. Ninguno estaba acostumbrado a considerar noche un cielo tan claro. Lucía un sol bajo sobre las velas blancas. El hielo resplandecía como si fueran cúpulas de diamante y grutas de esmeraldas. De pronto surgía una ciudad helada que se

desplegaba en figuras atrevidísimas. El lenguaje marinero resultaba casi superfluo: iban de la «iglesia» a la «fortaleza». Se ponía rumbo a la «cueva» pasando por el «puente». Había hielo incluso por debajo del agua, reflejando la luz otra vez hacia la superficie. El mar estaba envuelto en una blancura cremosa, con las focas nadando en una especie de leche resplandeciente.

La tripulación se colgó de los obenques a contemplar las fulgurantes masas de hielo que se agolpaban en la estela que iba dejando el barco, como si quisieran darle alcance. Hacia medianoche se ocultó el sol. Era rojo y tenía una forma extrañísima. Parecía la banana más grande del mundo. En realidad no llegó a ocultarse. Desapareció un instante, tomó un pequeño baño y salió de nuevo fuera del agua.

—Muy bonito, muy bonito —dijo Beechey—. Pero ¿cómo ponemos las guardias nocturnas?

Era un eterno cielo crepuscular, con unas sombras gigantescas. Los retazos de bruma, al ascender, se convertían inmediatamente en nubes rojizas, con los colores que iban variando a medida que se acercaban al horizonte boreal.

John contemplaba el hielo, estudiando sus formas e intentando comprender lo que significaban. Sí, el mar podía ir creciendo de estructura por sí solo. Aquí estaba la prueba. Ahora veía lo que querían decir sus sueños.

Hora tras hora fue dibujando la forma de los icebergs en el libro de castigos. Anotó también los colores: «Verde a la izquierda; rojo a la derecha, y al cabo de diez minutos, al contrario». Intentaba expresar con palabras todo lo que veía, pero apenas lo lograba. Se trataba más bien de una música que hubiera debido copiarse en el pentagrama. En sus finas estrías, el mar componía una melodía acompasada de figuras de hielo. Estas tenían a su vez la armonía de los sonidos, aunque en realidad no eran más que un crujido, un estallido, que no podían resultar desagradables, pues tenían un efecto sedante e intemporal. ¡Qué paz! Allí detrás, lejos, al sur, la humanidad estaba atareada con la miseria de lo humano. El tiempo, en Londres, era un imperativo con el que todos tenían que habérselas.

Después de los 81 grados de latitud norte, los témpanos fueron convirtiéndose en plataformas, y estas en islas. En un determinado momento, la *Trent* se detuvo, a pesar de

llevar un magnífico viento de través, y no se movió más del sitio.

—¿Por qué no avanza? —exclamó Reid desde abajo.

Al cabo de unos minutos subió a cubierta el marinero Kirby y preguntó:

—¿Por qué no andamos?

La espera inquietaba a la tripulación. Para colmo, no había nada, absolutamente nada que se opusiera a la espera. ¿Irían los barcos a la deriva, empujados por el hielo, con el rumbo adecuado? Pero ahí estaban ya las señales de la *Dorothea*. La orden de Buchan era:

—¡Picar el hielo! ¡Atoar el barco!

Diez hombres intentaban abrir el hielo con hachas y palas por la proa, mientras otros diez se ponían a tirar del cabo, unos dos largos por delante del barco. Al cabo de unas horas estaban todos tan agotados, que al terminar las guardias reían sin motivo, por no llorar. Y en definitiva, todos estos esfuerzos no eran más que para calmar su impaciencia y la de Buchan. Estaban dispuestos a realizar la mayor insensatez solo por tener la sensación de que se avanzaba.

¿Y si el hielo los arrastraba hacia el sur, en vez de hacerlo hacia el norte? Total, era bastante dudoso si Buchan lo notaba o no. Le gustaba pilotar «por intuición».

John ordenó que por lo menos se animara al equipo de tiro con música. El marinero Gilbert se adelantó y se puso a tocar el violín. Era el tipo adecuado. Su arte producía no poca cantidad de notas distintas, pero no de las que daban ganas de detenerse a escuchar.

¡Qué raro! Cuanto más se aproximaba a su meta, mayor era la sensación que tenía de que ya no le hacía ninguna falta. En realidad, ¿para qué quería el silencio absoluto, la intemporalidad completa? Era capitán y tenía un barco. Ya no deseaba ser un trozo de costa, un escollo que contemplaba los siglos y no era responsable de nada. Se necesitaba la hora lo mismo que el peso y la medida, pues en este mundo se había de repartir equitativamente trabajo y riqueza. Había que dar la vuelta al reloj de arena, hacer sonar la campana de a bordo cada media hora, para que Kirby no le diera a la bomba más tiempo que Spink, ni Back se congelara fuera más rato que Reid. No podía ser diferente, ni siquiera en el Polo, y John se sentía satisfecho porque ahora todo le satisfacía, excepto tal vez eso de que Buchan tuviera el mando supremo.

Le atraía el Polo, desde luego, pero no porque fuera a empezar todo de nuevo a partir de allí. ¡Ya había empezado! La meta había sido importante para poder llegar al camino. Ahora ya lo tenía, se encontraba en él, y el Polo volvía a convertirse en un concepto geográfico. Solo ansiaba seguir así, en el camino, igual que ahora, en un viaje de descubrimiento, hasta que acabara su vida. Un sistema Franklin de vivir y de pilotar.

Buchan había tomado la estrella y hacía sus cálculos. Franklin también. A Buchan le salían 81 grados, 31 minutos. A Franklin, 80 grados y 37 minutos. Buchan volvió a hacer sus cálculos. La expresión de su rostro era algo más torva. Le salían unos minutos más que a John, apenas los suficientes para salvaguardar su honor. Era evidente que el hielo se desplazaba más deprisa en dirección al sur de lo que se podía avanzar hacia el norte, picando.

Pero, de pronto, dos gigantescos bloques de hielo habían chocado inesperadamente cogiendo en medio a la *Dorothea* y apretándola hasta hacer crujir las cuadernas. Llegó incluso a levantarse un buen trozo. Poco después le ocurría lo mismo a la *Trent*, aunque con menos consecuencias. Estaban embarrancados, clavados como con pernos. Y, como si de una burla se tratara, por la popa se acercaba cada vez más aprisa un iceberg.

—Me gustaría saber cómo lo hace —dijo Spink—. A lo mejor hay alguien ahí abajo que tira de él.

Señalaba al mar y lo decía en broma, pero todos pensaban otra vez en el narval y se quedaron callados.

Por otra parte, el silencio era sepulcral, pues el barco no se movía ni una pulgada. De repente, Gilfillan, el médico de a bordo, salió corriendo de su camarote y gritó:

—Creo que por debajo de mi cama está saliendo agua.

Franklin bajó con el carpintero e hizo que le enseñaran el sitio exacto. Debajo de la litera de Gilfillan estaba el compartimiento de las bebidas.

—De ahí no puede salir agua —concluyó el capitán.

Pegaron la oreja al pañol del ron. ¡Sí! ¡Ahí se oía correr algo! El intendente comprobó las existencias y no faltaba nada. Así fue como encontraron la vía de agua.

Algún operario de los astilleros había extraído un perno podrido y, en vez de poner uno nuevo y volverlo a ajustar, había untado someramente el hueco con un poco de alquitrán que, si bien dejaba pasar el agua, impedía ver el agujero.

Una vez taponado, apenas entraba agua más que por las rendijas. Al cabo de unas horas se hallaban todos como si nada hubiera ocurrido, y se dieron cuenta de que el barco navegaba otra vez por mar abierto.

El hielo aquel hacía lo que quería.

Vieron petreles polares, que revoloteaban entre las olas a la caza de peces, tan pegados al agua que parecían balas pasando por el cañón de una escopeta. Los abadejos, relucientes como cristales dorados, yacían a la luz crepuscular sobre cubierta, como un tesoro sacado de las aguas. Y vieron osos, unas moles de pelo blanco, que acudían atraídos por el olor de las lámparas de aceite de pescado. Vieron cómo se acercaban, subiéndose a los cerros de nieve y cruzando los charcos. No había quien los parara.

En una ocasión en que hicieron una salida en el bote, una manada de morsas intentó hacerles zozobrar emprendiéndola a dentelladas y cabezazos en un furioso ataque conjunto. Poco después se detuvieron un rato en un témpano y entonces intentaron hundirlo apoyándose con todo su peso en el otro extremo. Les invitaban a jugar una partida al sube y baja que hubiera acabado con ellos entre sus colmillos. Los marineros dispararon sus mosquetes, pero hasta que no mataron al enorme macho que las dirigía no se dispersó la manada.

La siguiente marcha aún resultó más peligrosa, pues se les echó encima una niebla tan densa que cada hombre tenía que agarrarse a los faldones del chaquetón de su vecino. Intentaron volver al barco siguiendo las huellas que habían dejado, mientras John Franklin controlaba el rumbo con la brújula. Pero lo más curioso era que las huellas estaban siempre frescas y que además eran cada vez más numerosas. Según la brújula y el tiempo transcurrido, el grupo debería haber llegado al barco hacía bastante rato.

Se habían perdido y habían estado todo el tiempo caminando en círculo.

John ordenó construir un vivac de emergencia con planchas de hielo. Reid no tuvo el menor reparo en comentar que hubiera preferido simplemente seguir caminando en diagonal a la dirección que llevaban.

—Además, así guardaremos el calor y ya llegaremos, más pronto o más tarde.

—Antes de cometer un error, me tomo mi tiempo —repuso amablemente Franklin.

Ordenó que se abrigaran todos tanto como pudieran y se sentaran alrededor de la lámpara de aceite. Llevaban los mosquetes cargados por si se acercaba algún oso polar a

echar un vistazo por allí.

John masticaba y pensaba. A cualquier cosa que dijeran los otros, consejos, teorías, preguntas, decía que sí con la cabeza y seguía con sus cavilaciones.

Incluso cuando Reid le cuchicheó a Back: «Tenías razón con lo de “Handicap”, desechó la idea de hacer ninguna pregunta al respecto. Ahora lo único que le hacía falta era tiempo».

Al cabo de un rato, Reid le preguntó:

—¿No vamos a hacer más que esperar, sir?

Pero John no había acabado todavía. Ya podía presentarse la mismísima muerte, que no había razón para concluir una reflexión antes de tiempo. Por fin, se levantó.

—Señor Back, dispare su mosquete una vez cada tres minutos. En total, treinta cartuchos. Luego dispare usted cada diez minutos durante tres horas, y luego cada hora durante dos días. ¿Entendido? Repítamelo.

—¿No habremos muerto para entonces, sir?

—Puede que sí. Pero mientras tanto, tenemos que disparar. Por favor, repítamelo, a ver si lo ha entendido.

Back repitió la orden a trompicones. Cuando ya nadie esperaba más explicaciones, John comentó:

—El hielo da vueltas. No cabe otra solución. Por eso vamos en círculo, aunque según la brújula marchemos siempre en la misma dirección. Si hiciera viento, lo habríamos notado enseguida.

Al cabo de cuatro horas, les pareció oír un tiro a través de la niebla, y luego otros más en respuesta a los suyos. Una hora después escucharon voces que los llamaban. Finalmente divisaron hombres con cuerdas, y, tras ellos, a poco más de cien pies, vieron erguirse la popa de la *Trent*.

—¡Qué cochina suerte tiene usted, sir! —comentó descaradamente Back, aunque sin el menor rastro de menosprecio, muy al contrario.

Reid torció el gesto. Back se dirigió a él:

—Si te hubiéramos hecho caso, sabe Dios dónde estaríamos ahora..., ¡y encima como témpanos!

Reid guardó silencio. De pronto dio un respingo y pisó violentamente un copo de nieve. John se quedó aturdido. ¿Cómo se podía pisar un copo de nieve? ¿O había algo más?

Al día siguiente, cuando aclaró, pudo divisarse bien desde el tope del palo mayor todo aquel laberinto. Desde donde estaban no hubieran dado nunca con el barco, de haber seguido en la dirección «correcta». Sabe Dios dónde hubieran ido a parar, justo en el lado opuesto, donde a nadie se le hubiera ocurrido ir a buscarles. Era una enorme trampa mortal, y John Franklin no había caído en ella.

Ahora lo tendría más fácil, pensó, y se acabaron los problemas con Back. Estos reyezuelos de patio de la escuela van aprendiendo a hacerme caso. Inmediatamente después de hacer esta reflexión, se dio cuenta de que Back le recordaba a Tom Barker, su compañero de colegio de hacía veinte años.

Todavía no habían alcanzado los 82 grados de latitud norte, y Buchan ya quería dar la vuelta.

«Deberíamos...» John repitió esta palabra tan insólita. Casi la sentía como una invitación a llevar la contraria.

—El verano boreal está a punto de terminar y aún no habremos acabado. Además, los desperfectos tampoco son tan grandes. Hagamos una última tentativa.

—¿Quiere usted hacerse el valiente?

—Sir, todavía no hemos hecho ningún descubrimiento ni hemos probado nada.

—Voy a decirle una cosa —replicó Buchan—. Creo que lo que usted quiere probar es algo personal. Lo he venido observando. Quiere usted demostrar que no es un cobarde. Tal vez su problema sea la cobardía.

John pensó que ese tipo de comentarios no merecían mayor atención.

—Un único intento, sir. No nos queda mucho tiempo, pero el mar abierto no puede estar muy lejos.

—¡Que lo lleve el diablo! ¿Y si se levanta un temporal?

—Seguro que encontraremos una derrota en la que podamos estar a salvo. Tenemos que seguir buscando por el oeste.

Buchan vacilaba. El verano se iba acabando, eso era un hecho.

—Ya decidiré.

Navegaron cinco días más rumbo al noroeste, bordeando las paredes de hielo. La *Trent* marchaba delante y, un cuarto de milla más atrás, la *Dorothea*. John miró por el catalejo.

—Navegan demasiado cerca de la banquisa. Si deja de soplar el viento, la resaca va a arrastrarlos contra los veriles.

Beechey asintió:

—Es que se aburren. Se ponen a mirar las focas. Y, para colmo, el tiempo no tiene muy buen aspecto.

John dio la orden de reducir el velamen al mínimo. Solo por precaución.

—¿Y sabéis lo mejor? —gritaba Gilbert—. Tenemos que llegar a las islas Sandwich dentro de seis semanas. Los gacetilleros ya nos están esperando.

—¡Y las chicas! —apostilló Kirby. Siempre estaba hablando de chicas. No había tormenta que le quitara la palabra de la boca.

El temporal se desató de súbito, como si hubiera estado al acecho. Por detrás del nublado que se les echaba encima, sonreía un cielo en calma, como de plata. Por eso el huracán aún parecía más un ataque a traición.

Agitación. Cambio de rumbo.

—¡Ceñíos al viento! ¡Alejaos del hielo!

¿Nos libraremos de esta? Oraciones rápidas. De pronto se oyó a varios gritar:

—¡Hombre al agua!

Gilfillan, el médico de a bordo. Se lo había llevado un golpe de mar. ¿Y ahora qué? Se enfrentaban dos reglas básicas de la navegación: «No dejarse llevar por la corriente hacia la costa durante un temporal» y «Mantener el hombre a la vista en caso de hombre al agua». John decidió que aquí no cabía más que una decisión a ciegas. Ya había previsto casos como este. Mantuvo el hombre a la vista. ¡Bote de sotavento al agua! ¡A la capa! ¡Qué pérdida de tiempo y de altura más tremenda! Alguien señaló hacia la costa glacial: la *Dorothea* se hallaba acorralada sin remedio contra el acantilado, balanceándose y chocando con los témpanos. No se iba a librar. Iba a quedar destrozada. Dentro de pocas horas, unos cuantos maderos deshilachados y nada más. No podía escapar del temporal.

El cuerpo de Gilfillan, salvado; pero, ¿seguía con vida? Spink se había lanzado tras él colgado de una cuerda y lo había recogido, sin parar de reír. A cada uno le prestaba fuerzas una cosa distinta. Cuando arriesgaba la vida, Spink tenía que ponerse a reír. Gilfillan respiraba. Bueno, ¿y ahora, qué?

¿En bote hasta la *Dorothea*? Un suicidio. No, escapar mientras fuera posible, gritaban. Pero John Franklin se sabía demasiado bien sus aforismos. «No tener que avergonzarse nunca como el capitán Palmer.» Hacía ya más de quince años de eso. Y la *Bridgewater*

había desaparecido sin dejar rastro. Ni un solo superviviente. La justicia del mar era inapelable. No había más remedio que contar con ella.

Cada vez surgían más preguntas, y cada vez más apremiantes. Franklin meditaba sin dar ninguna respuesta. Las olas que se les echaban encima no eran simples olas. Llevaban en su interior carámbanos de hielo, grandes como barcazas, cuyo impacto hacía torcerse a la nave de cara al temporal. Pronto se vio claro: si la *Trent* se libraba, sería un milagro. Y John no creía en milagros. Eran cosa de niños.

Esa era la situación. Hasta Beechey parecía nervioso: con este capitán tan lento la nave se iba a ir a pique. ¿Pero por qué seguía Franklin tan tranquilo? ¿Qué era lo que estaba pensando? ¿Por qué se quedaba mirando a la costa? ¿Qué buscaba con el catalejo?

—¡Ahí! —gritó John—. Ahí es donde tenemos que meternos, señor Beechey.

¿Qué decía? ¿Hacia el hielo? ¿Aposta?

—¡Eso es! —John cogió a Beechey del hombro y lo agarró con fuerza—. ¡Por lógica! —bramó hacia el temporal con voz ronca—. ¡Por lógica! En la banquisa estaremos a salvo. ¡No cabe otra solución!

Efectivamente, ahí se abría una entrada, una especie de fiordo, apenas más ancho que la propia embarcación. Lo había visto el capitán. ¡Qué manera de conservar la calma! Pero ahora había que meterse dentro, desde luego. Dos largos antes de llegar a la entrada, un gigantesco bloque de hielo destrozó el timón y, cuando ya casi habían alcanzado la meta, una ola hizo girar de nuevo la embarcación cara al mar. Luego el casco crujió a estribor, al chocar con una mole de hielo. Todos los hombres cayeron al suelo. No hubo nadie capaz de sujetarse. Era como si alguien tirara de una alfombra bajo sus pies. En ese momento se oyó un sonido espantoso, la señal de muerte: se había puesto a tocar la campana del barco. John se incorporó de nuevo y exclamó, señalando al tope del trinquete:

—¡Recoger los rizos!

Todos se quedaron mirándolo, como si descubrieran en él los primeros síntomas de locura. El oleaje seguía bramando y golpeando una y otra vez el barco contra la pared, como quien estrella un huevo en la sartén. Los mástiles se combaban, igual que juncos. ¿Y alguien tenía que subirse ahí arriba para..., cómo había dicho..., «recoger los rizos»? La campana seguía tocando como alma que lleva el diablo. ¡Lo hacía sola! ¡Se acabó! ¡No pararía de tocar hasta que no quedara uno vivo! Los marinos estaban sobrecogidos, sin osar moverse. Al siguiente golpe de mar, la misma jugada. El barco estaba perdido.

John Franklin parecía cada vez más extraño. Ahora se agarraba el hombro izquierdo con la diestra y tiraba de las hombreras con todas sus fuerzas. ¿Es que se quería degradar o pretendía hacerse jirones la guerrera? Se había vuelto loco, ahí tenían la prueba. Gilbert echaba maldiciones, Kirby rezaba; todos rezaban. Y Kirby, ¿empezaría otra vez a hablar de chicas?

Franklin se había arrancado la manga de la guerrera y se arrastraba a cuatro patas hasta la campana. Aprovechó el intervalo entre dos oleadas para decir al primer oficial:

—Señor Beechey, tenga la bondad de ordenar que recojan los rizos del trinquete.

Luego ató la gruesa tela del uniforme al badajo de la campana, hizo un nudo y apretó tan fuerte como si fuera a estrangular un elefante.

—¡Ahora ya se ha callado! —dijo satisfecho, como si de esa forma hubiera amordazado también al temporal.

Y de pronto todos volvieron a sentir una especie de seguridad. Los más audaces se atrevieron a subir al tope y recoger los rizos. Desde arriba vieron lo que él ya sabía: la proa de la *Trent* ya se había metido un poco en la entrada. Poniendo a todo trapo el trinquete lograrían colarse dentro, solo con bornear fuera del murallón de hielo, aprovechando el intervalo entre dos golpes de mar. Otros corrieron al palo mayor a recoger el resto del trapo, sin que nadie perdiera la serenidad. Y en el momento en el que las olas retrocedieron para tomar de nuevo su espantosa carrerilla, la *Trent* dobló dócilmente, pese a no llevar timón, y escapó del temporal. El impulso de este la metió en la montaña de hielo, echándole todavía algunos escombros sobre la popa y haciendo jirones las velas. En medio de un tremendo chirriar, la proa se empotró entre las paredes de cristal, encajándose cada vez mejor en su interior. Por fin el barco estaba quieto. Apenas se sentía rastro de la marejada y no llegaba el menor soplo de viento. Pero bueno, ¿dónde se habían metido?

Ahora, a disponer las defensas que llevaban preparadas, consistentes en gruesos pellejos de morsa rellenos, para proteger el barco de nuevos choques y raspones.

El cocinero, un tipo que llevaba una pata de palo, salió renqueando de la cocina y apareció en cubierta con una palidez mortal en el rostro.

—¿Estamos ya en tierra? ¿Tenemos que bajar?

¿Cómo se podía ayudar a la *Dorothea*? ¡Pues subiéndose por los paredones de hielo! El primero que saltó de la verga del juanete al borde del acantilado fue, naturalmente, Spink, riendo a carcajadas. Enganchó una polea para poder izar hombres, aparatos, aparejos sueltos y sobre todo las amarras de la *Trent*. John Franklin tenía de nuevo un plan, no cabía la menor duda. A ninguno le hacía falta preguntar nada. Solo Beechey, que debía quedarse a cargo de la nave, dijo simplemente:

—¡Mucha suerte, sir! Apuesto a que saca a todos del atolladero.

—No, no —replicó John—, pondremos el barco a salvo. A cien pasos de la proa tienen otra entrada como la nuestra.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Back.

—Sir. Cuando se dirija a mí, llámeme sir —repuso John lentamente—. A la entrada la vi antes.

Tuvieron que luchar durante hora y media contra la escarpada meseta de hielo hasta poder llegar al acantilado a cuyos pies se hallaba la *Dorothea*. Esta seguía bamboleándose allá abajo contra la pared de hielo, rodeada de los maderos que se habían desgajado de sus vergas, sus perchas y uno de los esquifes. ¿Cuántos habrían muerto ya?

Arriaron a toda prisa el extremo de la amarra hasta la *Dorothea*, y al cabo de unos instantes formaron a golpe de pico un contrafuerte alrededor de la poderosa cima que se erguía sobre el fiordo. Afortunadamente, Buchan lo había entendido enseguida. Las maromas del ancla fueron empalmadas, formando una sola, que se fijó al pie del palo del trinquete, para que los del contrafuerte fueran tirando de ella desde arriba. Había amainado un poco el temporal, pero la marejada seguía siendo espantosa.

En los agujeros de apoyo que habían tenido que cavar, había veinticinco hombres tirando de la cuerda, con todas sus fuerzas. El barco casi no se movía. Apenas unas pulgadas. John organizó dos equipos y sacó el reloj de su bolsillo. Cada grupo tiraba diez minutos, y luego era reemplazado por el otro. Cuando soltaban la cuerda se caían al suelo, como si perdieran el sentido. Algunos vomitaban. Probablemente el barco pesaba cada vez más debido al agua que le entraba. John hizo todos los preparativos para sacar a los supervivientes del naufragio, y la tripulación, totalmente exhausta, opinó que eso era lo mejor que se podía hacer.

—¡Llevamos ya dos horas! —exclamó jadeante Kirby, con el rostro descolorido—. Tendremos que dejarlo.

—¡No tiene sentido del tiempo! —jadeó por su parte Reid.

De haber tenido más resuello, Reid habría dicho otra cosa. Al cabo de una hora, ya no podía pensar más que la primera frase. Ya nadie podía ni hablar. John estuvo todo el tiempo tirando de la cuerda como el que más, aunque a un oficial no le correspondía hacerlo, pero se le estaba congelando el brazo desnudo.

¡Por fin salía el barco! Poco a poco iba avanzando a lo largo del acantilado. Buchan ordenó entonces tener las velas listas y, en el momento en que la *Dorothea* tuvo el hueco delante, las mandó desplegar. El bergantín, medio aplastado, fue arrastrándose trabajosamente hasta la entrada, más parecido a un cisne empapado que a un navío de Su Majestad.

¡A salvo! Un solo bote perdido, pero dos barcos salvados y todos los hombres sanos y salvos.

Back se acercó a John y le dijo:

—Sir, le pido disculpas. Le debemos la vida.

John lo miró y, por muchos esfuerzos que hizo, no logró desfruncir el ceño propio de un capitán con la rapidez necesaria. ¿Por qué le pedía Back disculpas? Por Tom Barker, pensó. ¡Qué ideas más raras!

En su calidad de oficial, no le hacía falta preguntar cuando no entendía una cosa. Ya sabía dar él solo con lo que tenía que saber, y los motivos que pudiera tener Back no tenían nada que ver con ello. El guardia marina parecía inseguro y estaba a punto ya de darse media vuelta cuando John, en vez de responderle de cualquier modo, lo cogió simplemente por los hombros y le dio un abrazo.

Mientras tanto, solo con cinco hombres, Beechey había asegurado la *Trent* y taponado las primeras vías de agua. John también le dio un abrazo.

El velero quería retirar de la campana la manga de la guerrera de John para volvérsela a pegar. Pero no se figuraba que eso de los nudos fuera una cosa tan complicada. Le hizo falta casi un cuarto de hora para deshacerlo.

¡Lo que podía hacer cambiar un temporal! De pronto, Reid había dejado de hablar con Back, o, en el mejor de los casos, solo con frialdad e ironía. A veces se apartaba, y cuando volvía, daba la impresión de haber estado llorando. Spink parecía comprenderlo. Le contó al joven una larga historia para él solo. Trataba de lo que le había pasado con los patagones, esa raza de hombres gigantes de Sudamérica que eran capaces de agarrar

por los cuernos varios toros a la vez, y entre quienes regía la igualdad en el amor. Allí no había preferencias: el amor era cosa de todos, como el aire que respiramos. Pero precisamente ese parecía ser el punto que acongojaba a Reid. Ahí era donde los ojos se le llenaban literalmente de lágrimas. Salvados la vida, los barcos, los camaradas... Y él, a llorar porque creía firmemente que una persona amaba a otra.

—¡Ya se sabe lo que pasa con los guardias marinas! —dijo Beechey.

—Dele mucho trabajo —replicó Franklin—. No debe llorar, sino aprender su oficio.

El cálculo de su posición decía que habían pasado los 82 grados de latitud norte. John cogió el escrito del doctor Orme sobre el alumno F. Ahora ya no era ningún alumno, de modo que lo podía leer.

Era algo que lo ponía en tensión. «La formación del individuo mediante la rapidez.» Siempre había temido que el cuaderno dijera qué pasaría con él en el futuro. Ahora incluso lo esperaba así, pues ya no podía ser nada malo.

El doctor Orme empleaba unas construcciones de lo más enrevesadas.

Por ejemplo:

«Las diferencias existentes entre los hombres, en tanto en cuanto se distinguen por el grado de perfección de su vista en razón de una cantidad arbitraria de fenómenos individualmente perceptibles.»

El doctor Orme basaba esas diferencias no ya en las propiedades mecánicas de la vista o del oído, sino en una orientación del cerebro:

«El alumno F. es lento porque tiene que fijarse durante mucho tiempo en todo lo que se le pone delante. Cuando su vista capta una imagen, se le queda clavada para ser investigada a fondo, mientras que las subsiguientes le pasan inadvertidas. El alumno F. sacrifica la totalidad en aras del detalle. Para este último ha de utilizarse toda la cabeza, y requiere que transcurra algún tiempo hasta que vuelva a haber sitio disponible para el siguiente. Por eso, el que es lento no puede seguir un proceso rápido...»

Pero yo tengo también la ceguera y lo de quedarme mirando fijamente las cosas, pensó John. ¿Por qué no lo ha mencionado?

«... sin embargo, puede captar mejor todo lo individual y los procesos más morosos.»

El doctor Orme trataba a continuación de la «fatal aceleración de la época». Aconsejaba medir la velocidad de cada individuo con aparatos y decidir a continuación

cuáles eran las aptitudes de cada uno. Habría «oficios de golpe de vista» y «oficios de detalle». Se eliminaban muchos esfuerzos y sufrimientos absurdos midiendo a su debido tiempo la velocidad del individuo. Ya en la escuela se deberían crear unas clases para niños rápidos y otras para niños lentos.

«Déjese a los rápidos ser rápidos, y a los lentos, lentos, cada uno según un ritmo particular. Los rápidos podrán ser orientados a los oficios de golpe de vista, que se hallan expuestos a la aceleración de la época. Lo aguantarán bien y prestarán unos servicios inmejorables como cocheros o diputados. A los lentos, en cambio, permítaseles aprender oficios de detalles, como la artesanía, la medicina o la pintura. Debido a este retraimiento suyo, podrán seguir también de forma inmejorable las transformaciones paulatinas y juzgar cuidadosamente el trabajo de los rápidos y los gobernantes según sus resultados.»

Flora Reed se quedaría muda de cólera, pensó John. ¡Ni rastro de igualdad! Pero el doctor Orme se había anticipado muchísimo al pensar de ese modo, pues unas cuantas líneas más abajo pasaba de esta teoría general suya al sufragio universal. Cada cuatro años, la población de Inglaterra, y quizá tal vez solo los lentos –incluso las mujeres–, debería seleccionar a los mejores entre los más rápidos más probados, para elegir así un nuevo gobierno.

«Precisamente el lento», aducía el doctor Orme, «sabe juzgar acertadamente al cabo de esos cuatro años qué es lo que ha cambiado y qué juego le han dado.»

John se quedó meditando un buen rato y luego apartó el escrito de su vista.

–¡No! –dijo con orgullo y al mismo tiempo con tristeza–. ¡Se lo ha inventado!

Si su maestro hubiera llegado a saber de lo que ahora era capaz y lo que hacía, habría escrito algo bien distinto. Cuando un lento lograba convivir con un oficio rápido, en contra de todos los pronósticos, era mejor que cualquiera.

Volvió de nuevo a su sistema Franklin. Los primeros puntos de vista se hallaban ya en el libro de castigos:

«Soy el capitán y nunca doy lugar a que quepa la menor duda de ello, ni siquiera a mí mismo. Todos los demás deben acomodarse a mi velocidad, puesto que es la más lenta. Hasta que no se logra el respeto en este particular, no pueden hacer su aparición la seguridad y la atención. Soy un buen amigo de mí mismo. Me tomo en serio cuanto medito y siento. El tiempo que para ello necesite no se verá nunca malgastado. A los demás les concedo la misma oportunidad. Se ignorarán la impaciencia y el miedo en la

medida de lo posible. El pánico queda terminantemente prohibido. En un caso de naufragio, lo primero que debe salvarse es: MAPAS, OBSERVACIONES E INFORMES, LÁMINAS».

Ahora añadía casi a diario nuevas frases. La última rezaba así: «El trabajo lento es el más importante. El primer oficial es el que toma todas las decisiones normales y rápidas».

Una vez reparados con gran trabajo los barcos, pusieron de nuevo rumbo a Inglaterra. Se contentaban solo con poder regresar. El trabajo con las bombas fue más duro que a la ida.

Tal vez eso del mar abierto en el Polo no fuera más que una fábula. Pero John no lo daba todavía por demostrado.

Londres los recibió con júbilo. En realidad, todos creían que venían directamente de las Sandwich.

Buchan y Franklin prestaron un primer informe ante sir John Barrow en el Almirantazgo. Buchan se deshizo en elogios a John, que apenas sabía hacia dónde mirar.

—¿Y qué, señor Buchan? —preguntó Barrow—, seguramente usted querrá volver al hielo cuanto antes...

—No necesariamente —replicó Buchan—. Para pasar media eternidad allí, hace falta amar la compañía de los hombres bastante más que yo.

—¿Y usted, señor Franklin?

John meditaba sobre el último comentario expresado por Buchan y estaba un poco asustado, pues la pregunta de Barrow había adquirido ahora un sentido especial que requería más tiempo del que tenía. En su confusión, no pudo articular más que estas palabras:

—Ah, sí. Yo sí.

—Bien —repuso Barrow, entre tenso y divertido—, en ese caso, tal vez tenga un nuevo encargo para usted.

Esa misma tarde, John se presentó en casa de Eleanor Porden y le hizo una petición formal de mano, empleando unas frases que se había preparado previamente. Ella se

sentía acosada y halagada, pero acabó por cambiar de tema y preguntarle por el magnetismo polar.

—Realmente —dijo—, solo esperaba novedades en ese sentido.

En lo tocante al magnetismo, lo único que John podía ofrecerle le resultaba insatisfactorio incluso para él mismo, de modo que no tuvo más remedio que volver a insistir en lo de su petición. De repente, al mirarlo, Eleanor parecía muy adulta.

—Creo que quiere usted demostrar algo —dijo.

En principio no aceptó, «por lentitud», según dijo. John se quedó pensativo y llegó a la conclusión de que le gustaba muchísimo. Por la noche se vio otra vez en el cuarto de una puta del puerto, ni siquiera demasiado barata, que, en lugar de hacerle demostrar al instante lo que más le importaba, se puso de inmediato a preguntarle todo lo referente a Kamchatka y a sus compañeras de aquel lugar.

—¡Seguro que estuviste allí! —lo acosaba una y otra vez—. ¡Seguro que estuviste allí! Lo que pasa es que no quieres contarme nada. ¡Terco como todos los oficiales!

13

Viaje fluvial a la costa del Ártico

Esta vez John Franklin era el único jefe de la expedición, aunque no iría comandando un barco, pues se trataba de un viaje por tierra. Lo acompañaban el doctor Richardson, los guardias marinas Back y Hood, y el marinero Hepburn. En Canadá, las reales compañías de las pieles le proporcionarían los porteadores, los guías y las provisiones.

El sexto domingo de Pascua de 1819 zarparon del fondeadero de Gravesend a bordo de la *Prince of Wales*, una pequeña embarcación de la Compañía de la Bahía de Hudson. John se hallaba preparado para enfrentarse a todo lo que la fantasía humana pudiera imaginar. Había hecho ejercicios de marcha de una punta a otra de Londres, midiendo la longitud media de sus pasos. También había ajustado a su brújula un dispositivo plegable, provisto de un anillo, que le permitía marcar la situación en tierra manteniendo el aparato al extremo de su brazo estirado. Todos llevaban consigo cuchillos, barrenas, leznas y un silbato para casos de emergencia. Llevaban también cordel para ajustarse el calzado para la nieve y, siguiendo el consejo de un postillón, medias, camisetas y calzoncillos hasta los tobillos, todo de lana, que picaban de un modo horrible.

John se alegraba de llevar consigo a alguien conocido: George Back. Se había presentado voluntario y había declarado que por Franklin estaba dispuesto a todo. A él estas afirmaciones lo dejaban bastante desconcertado, pero le iba bien tener a alguien rápido en quien confiar. Estaba decidido a hacer de Back su primer oficial, aunque fuera de forma irregular, para que tomara las decisiones «normales» y rápidas. Claro que había que comprobar primero que valía. Siempre quedaban los otros. John los observaba atentamente, pues pretendía aplicar a sus nuevos compañeros de viaje el sistema empleado a bordo de la *Trent*.

El capitán de la *Blossom* podría haber seguido siendo un hombre afortunado, y la *Blossom*, una nave con suerte, si no lo hubieran hecho capitán de barco... ¡No tenía nada de capitán!

El doctor Richardson se detuvo y dio una chupada al rescoldo medio apagado de su pipa, hasta que un destello rojizo iluminó su flaco rostro y la humareda pareció oscurecer la débil luz crepuscular que entraba por la ventana de la camareta. ¡La *Blossom*! El doctor Richardson había tomado parte como médico de a bordo en aquel desgraciado viaje, y ahora lo contaba con todo lujo de detalles. Pero a santo de qué, se preguntaba Franklin.

—Un capitán débil puede dejarse influir por cualquiera que le diga que es fuerte. Presta oídos a todo tipo de halagos y sugerencias, porque la verdad es su enemiga.

Iba en el barco un contraamaestre intrigante, llamado Cattleway, que gustaba de andar espiando y de divulgar luego los chismes de los que se enteraba. Cuando no oía nada que le resultara de utilidad, se inventaba las cosas, pero el capitán le seguía prestando crédito. Hizo cargar de cadenas a los dos tenientes, acusándolos de deslealtad. Cuando los llevó ante un consejo de guerra, el tribunal no condenó a los oficiales sino a él, y envió al marinero lenguaraz a la Tierra de Van Diemen, como penado. John se puso a imaginar la isla situada al sur de Australia, que en otro tiempo costeara y explorara Matthew. No era un mal castigo, pensó, trabajar al aire libre y ayudar a roturar un país. Así era como se imaginaba la vida de los penados.

—¿Y por qué era débil ese capitán? —se preguntaba Richardson; para responderse inmediatamente a sí mismo—: Carecía de las bendiciones que concede la fe. El que no se deja guiar por el Señor, no puede pilotar un barco.

Volvió a avivar su pipa, tal vez buscando alguna excusa para no mirar a John mientras la historia iba haciendo su efecto, como así ocurría.

Quiere que diga algo, pensó John. Pero era cauto. Si ese Richardson era tan piadoso, no sería fácil de manejar. Hacía derivar de Dios la autoridad, y eso resultaba peligroso para el sistema Franklin. Había demasiadas interpretaciones de qué era lo que Dios quería. En general, John consideraba la religión útil a la hora de mantener el orden y la razón. En cambio, los videntes y confesores le resultaban inquietantes. Por eso, solo respondió:

—Pilotar un barco es cosa de navegantes. Eso es todo lo que sé.

La expedición tenía que llegar al borde septentrional del continente y luego internarse hacia el este, bordeando la parte inexplorada de la costa, hasta Repulse-Bay, donde los esperaba en su barco cierto capitán Parry. Si la empresa tenía éxito, se encontraría el Paso del Noroeste que andaba buscando Europa desde hacía más de dos siglos. Y los premiarían con una gran suma de dinero. ¡Veinte mil libras! El «recodo decisivo», pues, que se abría en un canal. John no había podido liberarse de aquel sueño desde su viaje a Australia. El Almirantazgo esperaba también una cuidadosa descripción de todas las tribus indias y esquimales que encontraran. Sería de desear un trato amistoso, siendo posible el trueque de alcohol por pieles, pero no el de armas de fuego. Lo importante era que los salvajes se acostumbraran a socorrer con víveres a los barcos que encallaran durante la travesía, cosa que no debía ir en perjuicio suyo.

—En perjuicio suyo va, desde luego —comentó Back como el que no quiere la cosa—. Esperemos que no lo noten cuando tengamos que depender de ellos.

El que decía las frases más breves era Hepburn, un escocés de la región de Edimburgo.

—Sí que irá —apostilló.

Hepburn llevaba embarcado desde niño. Tras el naufragio de su velero, había sido rescatado por un buque de guerra, y obligado a enrolarse en la Armada. Había intentado desertar cuatro veces, pero se había presentado voluntario para esta expedición. Solo él sabía por qué.

En el fondeadero de Stromness, en las Orcadas, se encontraron con el bergantín *Harmonie*, que pertenecía a la comunidad de los hermanos moravos. Franklin, Back y Richardson se hicieron transportar a bordo en bote y visitaron el barco. Vieron en él a una pareja de esquimales recién casados —cristianos, por supuesto— y a un misionero luterano que los acompañaba para enseñarles mejor a rezar. Solo sabía alemán e inuit. Sin intérprete no había nada que hacer.

Inuit era el nombre que se daban a sí mismos los esquimales. Quería decir hombres. Por lo demás, daban una impresión de modestia, y eran limpios y agradables. Richardson comentó que estaban dispuestos a reconocer las bendiciones de la religión. Se veía en sus ojos.

Back sonrió. Era algo que solía hacer con frecuencia. Sonreía porque se gustaba y quería gustar también a los demás, sobre todo a Franklin. John lo intuía. Pero si sabía cosas y además ponía de buen humor y era de confianza, bienvenido fuera. El humor era buena cosa.

Tras chocar con un iceberg, a consecuencia de lo cual se rompió el timón, la *Prince of Wales* ancló por fin en la York Factory, en la ribera occidental de la bahía de Hudson.

En tierra había nuevos nombres y rostros que memorizar, franceses, indios, empleados de la Compañía de las Pielas, así como cierto mayor del cuerpo de Ingenieros Reales, de nombre By, que quería demostrar las posibilidades que había de construir un sistema de canales desde allí hasta los Grandes Lagos. Les contó también cosas sobre el *Frontenac*, un vapor que recorría el lago Superior y lanzaba una negra nube de humo. ¡La técnica vencía en todas partes, y él era un técnico!

—Si no encuentran ningún Paso del Noroeste, entonces, caballeros, yo haré un canal con cien cargamentos de pólvora.

¡Así era el tal By! A John no le gustó mucho. Solo contestó:

—Resultará difícil encontrar capitanes y tripulación que quieran llevarlos.

A los pocos días volvieron a zarpar, pues estaban ya en el mes de septiembre y Franklin quería llegar lo más lejos posible antes del invierno. Avanzaron contra corriente en compañía de algunos indios y tramperos francocanadienses, cruzando ríos y lagos hasta llegar al Winnipeg. Luego había que remontar el río Saskatchewan hasta el puesto comercial de Cumberland House. También iban mujeres.

Los tramperos se llamaban a sí mismos *voyageurs*, y solo hablaban francés. No eran amables con nadie; a lo sumo, con sus perros. François Samandré tenía dos mujeres, que había prestado a unos compañeros suyos a cambio de algún dinero por el tiempo que durara el viaje. Otros dos voyageurs tenían una sola para los dos. Sin duda, recibiría el doble de palizas que las demás. El aguardiente hacía que estos pobres obtusos se enfurecieran de un modo increíble por cualquier nimiedad. La excusa podía ser ellos mismos, las mujeres, las barcas, incluso los perros. John reunió una mañana a todo el equipo y explicó que estaba dispuesto a despedir a todos los camorristas y pendencieros. En cuanto cumplió su promesa una vez, la cosa mejoró un poco.

Para comer se utilizaba *pemmikan*, una mezcla de grasa y carne triturada, a la que se añadían bayas y azúcar; una bazofia extraña, pero que daba fuerzas. Venía en paquetes de ochenta libras cada uno, embutido en pellejo de toro.

¡Sobre todo, el cargamento! ¡Tener que arrastrarlo! A menudo no había más remedio que coger los botes en alto y llevarlos en vilo por la orilla, sin camino ni agarradero alguno, sobre todo cuando topaban con alguna catarata. La lucha contra la corriente hacía que a uno le dolieran los hombros, pero el frío y la humedad también hacían de las suyas. Aquí el doctor no tenía nada que hacer con sus pláticas piadosas. Menos mal que también llevaba buenas pomadas.

Back era un tipo muy capaz, pero demasiado impaciente. Sí, era verdad, no avanzaban muy deprisa, pero había que adaptarse. Los voyageurs hacían un alto cada hora para fumarse una pipa. Si lo necesitaban, pues bueno. Medían en pipas la longitud de cada tramo de río. Si era así como lo hacían, tendrían que fumar. Si no, sus medidas no valían.

Y luego, en el río Echiamamis, por una vez que se podía ir siguiendo la corriente y que avanzaban a buen ritmo, de repente los indios no querían seguir adelante. ¡Sus espíritus no habían llegado todavía y había que esperarlos!

John entendía la urgencia de Back, pero cuando estaban a solas lo conminaba a atenerse a las costumbres del país. Por lo demás, no era capaz de soportar el aburrimiento, y sobre todo no estaba dispuesto a aburrirse a ningún precio. Era enormemente locuaz. Siempre estaba intentando sacarle punta a todo, aunque de paso hiriera a alguien. No entendía que, en un viaje tan largo, la cosa dependiera más de la equidad.

John empezó a encontrar mucho más agradable a Robert Hood, el otro guardia marina.

Al igual que Back, Hood había aprendido a dibujar y a pintar, y tenía que hacer bocetos de todo lo que fuera importante. Pero ¿qué era lo importante? Hood era un tipo soñador y callado. No solo se ocupaba de lo que constituía el verdadero objetivo del viaje, sino también de todo lo que despertara su imaginación: el reflejo de la luz en la superficie de un meandro, la nariz recortada de un voyageur, la figura formada por una bandada de pájaros. Back solía tomarle el pelo, y el buen carácter de Hood no hacía sino espolearlo aún más. John veía que Hood no era el hombre rápido del que le hubiera

gustado hacer su primer oficial. Pero era el que más se le parecía, y por eso también el que más confianza le inspiraba.

A finales de octubre estaban en Cumberland House. Tuvieron que quedarse allí, pues los ríos menores tenían ya una espesa capa de hielo. El gerente de la Compañía les indicó un edificio a medio hacer que podían terminar y equipar ellos mismos para pasar el invierno. La chimenea la construiría Hood. De eso entendía.

—Es un hacedor de fuego —comentaban los indios cri, que lo apreciaban más que a ningún otro europeo. Por lo demás, no tenían a los blancos en mucha estima. Las balas habían diezmado a su tribu, antes poderosa, y al resto los tenía irresistiblemente dominados el alcohol.

—El poder de los blancos crecerá cada vez más —le dijo un cri a Robert Hood—. No habrá nadie que pueda detenerlos. No se hundirán hasta que no lo hayan destruido todo. Entonces los guerreros del Gran Arco Iris los echarán y lo reconstruirán todo igual que antes.

—Yo no destruyo nada —replicó Hood en voz baja—. No quisiera ni dejar rastro de mí. A lo sumo, un par de cuadros.

Pasaban todas las veladas sentados al amor de la lumbre: el doctor, con su rostro apergaminado, leyendo la Biblia; Hepburn, pesado y soñoliento, y Hood, tan esbelto, que siempre parpadeaba mientras meditaba, y que luego abría la boca para no decir palabra.

Estaba claro que a nadie le gustaba mucho George Back. Aquel buen mozo, que siempre quería llamar la atención, pronto tuvo a todos en su contra, sin que ello se hiciera patente de forma ostentosa. De ahí que intentara acercarse cada vez más a John. Le contaba sus cosas, lo admiraba, pero a su vez quería recibir elogios. Era una especie de ofrecimiento: pretendía algo a cambio de su admiración. A la larga, como solo podía obtener la aprobación de Franklin a cambio de hechos, se fue poniendo cada vez más nervioso. En aquel campamento de invierno no podía llevarse a cabo ningún hecho grandioso.

Un día que se dirigían a tomar el té a casa del comisionado, Back le dijo, elevando la voz por encima del rechinar de sus pasos sobre la nieve:

—Mire, sir, yo lo quiero a usted. Puede que sea un problema, pero tampoco es una catástrofe.

¡Lo dijo en un tono tan irónico! John se dio cuenta de que las orejas se le ponían coloradas de furia y buscó alguna respuesta que zanjara de una vez el asunto. Pero eso no hubiera conducido a nada. John conocía su cerebro. A la hora de reaccionar con rapidez, podía ponerse a hacer regates sin que nadie se lo mandara. Así que calma y precaución.

Sus pasos rechinaban. El aliento se helaba. Ya estaban casi delante de la casa del comisionado.

—No es una catástrofe, desde luego —dijo John—, pero me gustaría que saliera algo bueno de todo ello. Exagera usted demasiado, señor Back. ¿Cree que es necesario?

Retardó el paso porque la puerta de su huésped se aproximaba demasiado aprisa para ir diciendo frases de ese estilo. Le vino a la memoria un refrán que conocía de habérselo oído al pastor de Spilsby: entre exagerar y minimizar las cosas va una diferencia como del día a la noche. Sin embargo, el pastor no se había atenido a él.

Cuando saludaron al señor Williams, los dos llevaban las orejas coloradas. Té de la India, galleta de barco y *corned beef*, pero ni la menor noticia sobre el aprovisionamiento de la expedición.

A la vuelta, John iba ponderando la conveniencia de enviar hasta Fort Chipewyan, aun en pleno invierno, a una pequeña parte del equipo para conseguir provisiones en las factorías de pieles.

Back apoyó entusiasmado la idea.

—¡Nosotros dos, sir!

Pero cuando faltaba poco para que llegara el día de emprender la marcha, John decidió que además de Back lo acompañara Hepburn. Back quedó bastante desilusionado, y durante un buen rato no se le vio tan amigo de conversar como de costumbre. El hambre de Back no era de las que se calman con equidad y razón. Pero a un oficial ni se le planteaba otro tipo de cuestiones. Que el destino tomara el rumbo que le pareciera.

Abandonaron Cumberland House el 15 de enero de 1820, calzados con zapatos para la nieve. Llevaban consigo a dos voyageurs y dos trineos guiados por indios, tan cargados de comida que apenas quedaba sitio para poner el sextante. Debido a la altura que alcanzaba la nieve, hubo que trazar una pista para los perros, pues estos no hacían más que retozar y enfurecerse entre ellos.

Durante días y semanas enteras atravesaron enormes extensiones de bosques poblados de árboles gigantescos en cuyas copas murmuraba el viento. Hubiera sido hermosísimo de no ser por el calzado para la nieve, verdadero castigo a todas las maldades que pudieran haberse cometido. Iba enganchado a las botas como si fueran unas poderosas aletas de madera y malla, y, aunque no pasaban del kilo, parecía que pesasen un quintal cuando se les quedaban pegadas la nieve o la escarcha. Las personas no estaban hechas para llevar una cosa así. Habría hecho falta un apoyo mucho mayor debajo de los tobillos. Cuando se habían hecho varias millas con aquel calzado, el dolor era constante, pues el canto de la maldita aleta golpeaba siempre en el mismo sitio.

—Marchad despacio —les decía John—. Así ahorraréis energías.

Back era fuerte, joven y rápido. ¡Demasiado rápido! Tal vez lo único que pretendía era resistir más que John en cualquier situación imaginable. La fuente de su energía tal vez fuera algo dudosa, pero funcionaba.

¡Back, que se adelantaba! ¡Back, esperando con impaciencia! ¡Back, que tomaba la iniciativa! y aquella sonrisa, que a John se le antojaba cada vez más golosa.

—¿Por qué tan deprisa? —le preguntaba—. El camino es larguísimo.

—¡Por eso! —respondía Back, al tiempo que le hacía un guiño.

Hepburn no podía disimular su enfado, pero tenía un rango inferior y no le quedaba más remedio que aguantarse. Para colmo, Back le hacía notar que lo sentía como una rémora. Pero era John el que retrasaba conscientemente el ritmo del viaje.

Los voyageurs observaban pensativos la situación y callaban. Hubieran podido acompañar su paso al de Back, pero para ellos el viaje no era más que un trabajo remunerado, y los servicios extraordinarios no debían convertirse en la tónica normal. Además, sabían distinguir entre un capitán y un guardia marina.

Cuando hacían un alto, sin tener en cuenta la delantera que pudiera llevarles Back, Hepburn le decía a su superior, como el que no quiere la cosa:

—¡Nos quieren dar una lección!

Después se ponía pomada en los desollones de los tobillos, como si nada, mientras John manipulaba largamente la brújula y el sextante. Luego respondía:

—La fuerza puede consistir en algo más que en la rapidez —y se ponía a fijar el rumbo con la dioptra.

Era John el que hacía las pausas, aunque a él no le hicieran ninguna falta. No era el navegante el que necesitaba las pausas, sino estas al navegante. Ese Back era un gigante

de ambición, pero en todo lo que supusiera la menor dilación, un enano de tiempo.

A finales de marzo llegaron a Fort Chipewyan. John se presentó inmediatamente ante los representantes de las compañías de pieles a preguntar por las provisiones acordadas. Era exactamente lo que se temía: mucha amabilidad, mucha palabrería, pero de provisiones, nada. Si se ponía terco, la amabilidad se enfriaba un poco y el sarcasmo resultaba un poco más evidente.

–Todo lo que esté en mi mano.

Así valoraba el comisionado Simpson lo que hacía por la expedición. Pero, desgraciadamente, no era mucho, o por decirlo crudamente y sin rodeos, prácticamente nada. La Compañía de la Bahía de Hudson remitía a la Compañía del Noroeste, y esta, a su vez, a la de la Bahía de Hudson. Llevaban ya años peleándose, incluso a navajazos. Ninguna de las dos quería salir perjudicada en el trato, prestando a la expedición más ayuda que su rival. Las órdenes de Londres eran aquí papel mojado. Además, los peleteros y sus empleados no tenían la más mínima consideración con esos oficiales de Marina tan amigos de dar paseos. ¿Qué querían? ¿Irse en peregrinación hasta la costa septentrional a pie y en canoa de corteza de abedul?

–No llegarán nunca al mar Polar –comentó uno, para que pudiera oírlo Back–. Y en todo caso, los liquidarán los esquimales en cuanto les echen la vista encima. ¿Para qué darles provisiones, con la escasez que hay aquí?

Y John tuvo que oír una broma que quería sonar burdamente elogiosa, pero que probablemente tenía un doble sentido:

–¡Así que ya se le había ocurrido antes de Trafalgar...! Pues ya lo conseguirá..., si no con la cabeza, con tesón.

Back iba excitándose por momentos. Le resultaba imposible ver con tranquilidad cómo Franklin admitía cortésmente las respuestas de las autoridades locales, para volver inmediatamente a la carga con sus peticiones. Back se daba cuenta de que se reían de Franklin, y mucho se temía que también le tocara algo a él. Cuando estuvieron a solas, le soltó un acalorado discurso sobre cómo hubiera tratado él al funcionario jefe de haberse llamado John Franklin. Repitió varias veces la frase:

–¡Ya sabemos lo que está en juego!

Era lo único que le faltaba oír a John. Intentó calmarle:

—También tiene usted que saber jugar con el riesgo de perder. Que se rían de nosotros no tiene la menor importancia. Siempre me ha pasado lo mismo. Pero nunca se ha quedado ahí la cosa.

—¡Pero es usted demasiado bueno! —exclamó Back—. ¡Aguanta demasiado!

John asintió y se quedó un rato meditando. Luego dijo:

—Soy diez años mayor que usted. He aprendido a parecer tonto hasta que he resultado listo. O hasta que los demás han parecido más tontos que yo. ¡Créame!

Costaba trabajo convencer a Back. John tenía la sospecha de que también ahora se trataba de otra cosa, y no de lo que dejaban traslucir sus palabras.

Prefería hablar con Hepburn, un tipo fiel, que además no rezongaba. Con él no tenía más que comportarse de manera espontánea. Aunque no intercambiaran ni una sola palabra en todo el día, todo iba como era debido.

Un oficial era como un médico: prefería tratar al sano, pero la mayor parte del tiempo tenía que dedicársela al enfermo. Y cuanto más enfermo estuviera, más tiempo exigiría.

En junio, Richardson y Hood vinieron en lanchas por el río a reunirse con ellos. Al cabo de infinitos regateos, John había logrado hacer cambiar de opinión a los empleados, y es posible que Back hubiera aprendido algo. Era la táctica del agotamiento: demostrar siempre una gran cortesía, repetir constantemente los mismos argumentos e ignorar por completo el sentido del tiempo. No había dejado nunca a nadie la posibilidad de demostrar que no quería hacer nada por la expedición. John evitaba que la farsa acabara en recriminaciones: sabía que podía jugar a ese juego más tiempo que nadie. Se obstinaba en tratar al canalla de Simpson como si fuera su amigo y su protector, y se puso tan pesado que un buen día se encontró que tenía a su disposición provisiones para semanas, y una docena de voyageurs. Y además tenía por escrito el compromiso de que le enviarían a Fort Providence el doble de los víveres que se llevaba. Con un fuerte apretón de manos y sin pestañear ni una vez, le aseguró a Simpson que la nobleza y la humanidad de su comportamiento serían comentadas en toda Inglaterra.

Ahora seguían la corriente del río del Esclavo, hacia el norte, camino de la costa. El tramo entre Fort Chipewyan y Fort Providence, en el Gran Lago del Esclavo, no supuso más que noventa pipas. Tardaron dos días en cruzar el lago, cuya ribera quedaba muchas

veces fuera del alcance de la vista. Un fortísimo viento los obligó a buscar refugio en una isla. Fue un ensayo de la travesía en canoa que les esperaba en el océano Polar. Fort Providence estaba situado en la ribera norte, metido en una bahía cuyo extremo lo formaba la desembocadura del río del Cuchillo Amarillo. La base pertenecía a la Compañía del Noroeste, que proporcionó a la expedición a su empleado Wentzel, Friedrich Wentzel, un alemán que hablaba varias lenguas indígenas. Si no se lograba el apoyo de los indios, habría que dar por acabada la expedición, pues las provisiones no alcanzaban y había que reforzarlas constantemente con lo que pudieran cazar. Los indios eran los únicos que sabían arreglárselas para cobrar alguna pieza y tener incluso algo que darles de comer a los demás. Wentzel prometió conseguir una entrevista con el jefe de los Minas de Cobre, que estaba en deuda con la Compañía del Noroeste. Tal vez pudieran conseguir que les prestara a sus guerreros como escolta a cambio de unas cuantas promesas.

John se dio cuenta con disgusto de que, a medida que se iba acercando el día de su entrevista con los indios, iba poniéndose cada vez más nervioso. Todo dependía de ellos, y prácticamente no sabía nada al respecto. Contaba con dos intérpretes de atabasco, Pierre Saint-Germain y Jean-Baptiste Adam. Parecía que Wentzel sabía muchísimo más, pero su elocuencia resultaba fatigosa y enciclopédica, como la de un coleccionista con fichero:

—Los tsantsa-hut-dinneh son belicosos, pero aun así más de fiar que los thlin-cha-dinneh, que viven más al norte, a quienes el vulgo denomina Costillas de Perro. El atabasco es uno de los dialectos indios más difíciles, si exceptuamos tal vez la lengua de los kenai. Pero sobre estos últimos no me gustaría ahora entrar en detalles.

Aquellas frases ponían a John aún más nervioso.

El jefe de la tribu se llamaba Akaitcho, que significaba, más o menos, «Pie Grande». Según se decía, era un hombre prudente, cosa muy de agradecer. Cincuenta años antes, los Minas de Cobre habían escoltado a un vendedor de pieles llamado Hearne hasta la costa del Ártico, y nadie pudo evitar que hicieran una carnicería horrible con los esquimales de la zona.

John vio venir a los indios, que cruzaban el lago en una larga fila de canoas. A sus espaldas tenía las tiendas que habían levantado en el fuerte. Ondeaba la bandera y a su

lado estaban los oficiales y Hepburn, vestidos de uniforme. Se habían puesto todas sus condecoraciones por orden de John. En cambio, él no llevaba ninguna. Su instinto le decía que, en su calidad de jefe supremo, bien podía prescindir de ellas.

Akaitcho bajó de la primera canoa y fue al encuentro de los ingleses, sin mirar a derecha ni a izquierda, tan despacio que John no tuvo más remedio que tomárselo totalmente en serio. No era un hombre que dejara que sus guerreros cayeran sobre unos cuantos esquimales y les cortaran los pies y las manos. Además, si uno se movía así, mantenía su palabra.

A diferencia de sus guerreros, el jefe no llevaba penacho. Mocasines, pantalones largos de color azul, y por arriba una camisa amplia, con bandoleras cruzadas, cinturón y el cuerno para la pólvora. De sus hombros pendía un manto de piel de castor que llegaba hasta el suelo.

Aún no había pronunciado palabra. Permanecía inmóvil, fumando la pipa que le habían tendido. Le ofrecieron también un vaso de ron y bebió un sorbo tan pequeño que apenas se vio bajar el nivel del líquido. Luego se lo pasó a sus acompañantes.

Finalmente comenzó a hablar, mientras Saint-Germain iba traduciendo.

Se alegraba de entrevistarse con tan grandes jefes blancos. Estaba dispuesto a acompañarlos al norte con su tribu, aunque no podía por menos que expresarles su desilusión: le habían dicho que los blancos llevaban consigo fuertes remedios mágicos y a un gran curandero que podía resucitar a los muertos. Se había hecho la ilusión de volver a ver a sus parientes difuntos y de poder hablar con ellos. Pero unos días antes le había dicho el señor Wentzel que eso no era posible, y ahora tenía la sensación de que sus amigos y hermanos habían muerto por segunda vez. A pesar de todo, él estaba dispuesto a olvidarlo y a escuchar los planes que tenían los blancos.

John se había preparado una réplica al menos tan larga como la de Akaitcho, y tuvo buen cuidado de hablar más despacio que él:

—Me alegro de entrevistarme con el gran jefe, de quien he oído tantos elogios.

Saint-Germain empezó a traducir. A John le daba la impresión de que el intérprete, al verter sus palabras al indio, necesitaba lo menos cuatro veces más tiempo que él para decirlas en inglés. Notó además que Akaitcho ladeaba a veces un poco la cabeza. ¡Qué raro que de una docena de palabras inglesas salieran tantas en indio!

—Me envía el jefe más grande de cuantos habitan la faz de la Tierra, pues todos los jefes del mundo, blancos, rojos, negros y amarillos, son sus hijos, que lo aman y

veneran. Está lleno de bondad, pero tiene también poder para doblegar a cualquiera, aunque nunca le hace falta recurrir a su fuerza, pues todos conocen su grandeza y sabiduría.

Esta vez, Saint-Germain no necesitó para traducir sus palabras ni la cuarta parte del tiempo que él había tardado en pronunciarlas. John, que tenía el sentido del tiempo que debían durar las cosas, enmudeció y se quedó pensando.

–Señor Wentzel, ¿lo ha traducido bien?

–Perdone, sir –repuso el alemán–, pero el atasco es realmente muy...

–Señor Hepburn –lo interrumpió John–, haga el favor de sacar el cronómetro de Parkinson, el que tiene segundero.

Luego le encargó a Saint-Germain que su traducción no durara ni más ni menos que lo que él tardara en decir el original. Hepburn lo controlaba, y, curiosamente, la cosa funcionó.

Akaitcho seguía sentado como antes, inmóvil, pero sus ojos traslucían la satisfacción que sentía al observar todo aquel proceso.

John continuó su discurso. El gran jefe blanco quería que a sus hijos, los indios, les llegaran más cosas bonitas que hasta entonces, y por eso había que encontrar en el mar de hielo un sitio en el que pudieran atracar las canoas más grandes de la tierra. El gran jefe también quería saber más cosas del país, de los indios y los esquimales. Le dolía mucho que los indios no vivieran siempre en paz con aquellos, a quienes consideraba también sus hijos. Finalmente, declaró que además disponían de pocos víveres. Les gustaría compartirlos con él, pero entonces todos dependerían luego de que sus indios fueran diligentes en la caza. Él les daría municiones.

Akaitcho había entendido perfectamente que la reconciliación con los esquimales era de suma importancia para John. Afirmó que había habido guerras, pero que su tribu ansiaba la paz. Desgraciadamente, los esquimales eran muy traicioneros y no había quien se fiara de ellos.

Cuando por la tarde John se puso a reflexionar sobre la entrevista y a considerar todos los detalles que habían tratado, no solo se alegró del éxito obtenido por lo que concernía a la expedición, sino también por el modo en el que se había desarrollado. Veía en ello la prueba de que la paz acababa imponiéndose siempre que, cuando se encontraban dos personas, se procediera con calma y no a toda prisa. La cosa tenía su enjundia para el sistema Franklin y para la honra de la humanidad. John lo celebró con un trago de ron.

Luego se dio cuenta de que Akaitcho lo había reconocido inmediatamente como al superior, y, en consecuencia, se había sentado enfrente de él, aun cuando no ocupara el sitio central. Le preguntó sobre el particular a Saint-Germain.

–El jefe pensaba que tiene usted varias vidas, sir, por la cicatriz de su frente y..., perdone usted, sir, por su... «riqueza de tiempo». Y el que es inmortal debe ser el jefe. ¡Estos indios son así de tontos!

John dirigió una torva mirada al intérprete:

–¿Y cómo sabe usted que el jefe se equivoca?

El 2 de agosto subieron a las canoas: cerca de dos docenas de hombres y una docena más entre mujeres y niños.

John se sabía ya de memoria los nombres de sus voyageurs: Peltier, Crédit y Vaillant, los altos: Perrault, Samandré y Beauparlant, los bajos. El que tardó más tiempo en entrarle en la cabeza fue el nombre de Bénoit, de ahí que este pusiera una cara tan triste. John habló con él. No era francocanadiense sino francés, natural de una aldea llamada Saint-Yrieix-la-Perche, cerca de Limoges, y al cabo de diez años seguía teniendo ataques de nostalgia. Fue así como, combinándolo con otro más complicado, ya no volvió a olvidarse de aquel nombre tan fácil.

Jean-Baptiste y Solomon Bélanger eran hermanos, pero no se querían. Había habido un tercer Bélanger, que se hizo marino y había caído en la batalla de Trafalgar.

–¿Tirador de precisión? –preguntó John, mientras mordía un trozo de galleta, y se lo dejó en la boca sin masticar, para oír bien la respuesta.

–No, cañonero –repuso Solomon. John empezó entonces a masticar.

Vincenzo Fontano era de Venecia. El único indio de los voyageurs era Michel Teroaoteh, iroqués de la tribu de los mohawk.

De los Minas de Cobre, además de Akaitcho, se aprendió enseguida el nombre del rastreador Keskarrah, el de la nariz llena de protuberancias. Tenía una hija de diecinueve años increíblemente hermosa, de la que quedaron prendados todos los hombres de la expedición. Incluso el doctor Richardson, ocupado siempre en sus graves pensamientos, era el primero en quedarse embelesado mirando sus rodillas, al tiempo que murmuraba algo así como «divina criatura» e intentaba sin el menor disimulo empaparse de la línea de sus muslos. Con el privilegio del descubridor, llamó a la muchacha señorita Green

Stockings, Medias Verdes. El guardia marina Hood clavaba sus ojos con más vehemencia aún en todos los pormenores de Medias Verdes. Solo la veía a ella, y a cada movimiento que hacía le parecía distinta: aquella nariz tan atrevida, la negra melena, aquella orgullosa curva que subía del mentón hacia la oreja. Hood llenó de bocetos suyos un cuaderno de dibujo. Para todo lo que fueran montes y ríos, era ya un caso perdido.

Remontaron durante varios días el río del Cuchillo Amarillo. Los indios no daban abasto a cazar, y, como a pesar de lo acordado con el jefe se quedó con ellos más de la mitad de la tribu, en seguida fue devorada gran parte de las provisiones. John empezó a preocuparse. Cuando Akaitcho le comunicó un buen día que, al volcarse una canoa, se habían perdido todas las municiones que había recibido, John comprendió que no tenía sentido enfurecerse. Según su sistema, había que creer todo lo que le dijeran a uno. Racionó las que quedaban, sin gastar más pólvora ni plomo que el necesario para salir de caza. Por la noche, los cazadores tenían que entregarle la pieza cobrada o las balas sobrantes. A Akaitcho no le gustó la decisión, pero John le expuso las nuevas reglas con tanta calma y tal avalancha de números que no pudo sentirse ofendido.

La contemplación del paisaje hacía sacar fuerzas de flaqueza. Era incluso un remedio contra la fatiga, el hambre y las ampollas en los pies. Por lo menos, alertaba la vista para encontrar alimento, cuando la caza y las redes no lograban dar abasto. Diez renos y treinta carpas, buena caza. Dos perdices y ocho lochas, mal asunto. Tres docenas de personas trabajando duro comían una barbaridad. Los voyageurs llevaban la peor parte, pues les tocaba transportar los botes cuando se encontraban rápidos o cascadas. De ahí que fueran los primeros en dejar de encontrarlo todo pintoresco. Los ríos eran hermosos cuando corrían tranquilos y a lo ancho. Los bosques, una delicia, cuando mostraban huellas de renos.

Al darse cuenta de que la escasez de víveres era cada vez mayor, estalló un buen alboroto. John escuchó a los voyageurs durante media hora sin decir palabra. Luego les contestó que ya sabía que les exigía un esfuerzo casi sobrehumano. Si había alguno que no confiara en sus propias fuerzas, que se volviera a casa sin más, que nadie le recriminaría nada.

—No es un viaje como otro cualquiera —dijo John arrugando el entrecejo, pues le vino a la memoria que la arenga de Nelson a bordo de la *Bellerophon* había empezado con esas mismas palabras. En cualquier caso, surtieron efecto. A pesar de su crueldad y del alcohol, los voyageurs eran más o menos iguales que los franceses. De haberles echado una reprimenda, se hubieran marchado. Pero ahora era una cuestión de honor. Se pusieron de nuevo manos a la obra.

Akaitcho protestaba por que la expedición avanzara demasiado despacio debido al peso de los regalos que llevaban para esos esquimales inútiles. Advertía que se les podía echar el invierno encima antes de lo previsto. Por las mañanas, los brazos muertos del río aparecían ya con una fina capa de hielo, y solo estaban a mediados de agosto.

Hood estaba tan enamorado de Medias Verdes que a duras penas podía hacer las guardias. Parecía que se pasara el día entero pensando en cómo acercársele y poder tocarla, aunque solo fuera el dedo meñique.

—Si esto sigue así —comentaba Back en tono burlón—, se nos acabará muriendo de amor. Se le quema el guiso a ojos vistas. Habrá que apagar el fuego a tiempo.

El comportamiento de Back cambiaba de día en día, y siempre para peor.

Empezó a gritar a los voyageurs. Criticaba a Franklin a espaldas de este —Hepburn le había dado a entender algo por el estilo—. Consideraba a los indios poco de fiar, ladrones y mentirosos, y cada vez lo dejaba traslucir más. Lo peor fue que empezó a hacer unos comentarios de lo más grosero sobre las partes visibles y no visibles de Medias Verdes, y a decir que le iba a enseñar a Hood lo que tenía que hacer con ellas.

Cuando John habló con él y le pidió que respetara los sentimientos de Hood en interés del viaje, Back se quedó mirándolo con todo descaro.

—¿Respetar los sentimientos? Bonito consejo me da. Y precisamente usted, sir. Muchas gracias.

Lo que me temía, pensó John. Primero me quiere y luego me odia. Aquello no era poner coto entre los sentimientos medidos y los desmedidos. Qué triste, y a la vez qué peligroso. Bueno, pero Hood sabía dibujar. Medias Verdes posaba para que la retratara, y el cuadro que pintaba era tan bueno que Keskarrah estaba preocupadísimo.

—Es demasiado hermoso. Si lo ve el gran jefe blanco, mandará que se la lleven.

Back también arremetía contra Wentzel:

—¡Es como todos los alemanes! Se les ve ahí parados en cualquier parte, preguntándose a todas horas por qué no pueden moverse igual que los demás. Casi siempre intentan demostrar que todo se debe a lo listos que son, y luego empiezan a dar lecciones a todo el mundo.

John llevaba ya bastante tiempo sin hacer caso de los comentarios de Back. Ahora su primer oficial secreto se llamaba Hepburn. Pero esta vez respondió:

—¡Es el problema de la lentitud, señor Back! Y, realmente, Wentzel sabe bastante.

Los viajeros se detuvieron unos días a orillas de un lago que los indios llamaron inmediatamente lago del Invierno. Construyeron una caseta como base de apoyo para un eventual regreso forzoso por aquel camino, y se proveyeron de caza con la intención de salar la carne para la larga travesía por el río Minas de Cobre o de hacerla *pemmikan*. Arreciaban las heladas nocturnas. Una mañana, Akaitcho les comunicó que estaba en contra de seguir avanzando hacia el norte en aquella época del año.

—Los jefes blancos pueden hacerlo, si así lo desean. Ya los acompañarán algunos de mis guerreros para que no mueran solos. Pero en cuanto suban a las canoas, mi pueblo los llorará como si ya estuvieran muertos.

John llamó diplomáticamente su atención sobre la diferencia entre sus actuales palabras y las que el jefe había pronunciado en Fort Providence. Akaitcho replicó con gravedad:

—Me trago mis palabras. Eran palabras para el verano y el otoño, pero ahora vamos a entrar en el invierno.

Back echaba pestes sobre «esos salvajes sin palabra». El propio Richardson empezó de nuevo a hablar de la cultura cristiana, que tanta falta les hacía a aquellos primitivos. A John le hubiera gustado seguir hasta el río Minas de Cobre y quizá llegar incluso al mar, pero se pasó una noche entera meditando antes de decir nada.

A la mañana siguiente, ya sabía que Akaitcho tenía razón al temer una catástrofe en una región tan pobre en caza y en madera como aquélla. Ahí arriba ya habían muerto de hambre o congelados muchos indios. Wentzel hablaba de campamentos enteros.

John comunicó al jefe que se alegraba del consejo tan amistoso y sabio que le había dado. Pasarían allí el invierno. Akaitcho hizo una reverencia, lleno de satisfacción, como

si no hubiera esperado otra cosa. Pero, desde luego, estaba contentísimo de que John hubiera cedido. La alegría lo volvía de lo más locuaz. John se enteró de que gozaba de gran respeto entre los indios por hablar tan a menudo con los espíritus de los muertos. Habían observado que, cuando meditaba, reía sin motivo, al parecer, y movía los labios.

La caseta recibió el nombre de Fort Enterprise. Iba a ser su hogar durante ocho meses como mínimo, de eso no cabía la menor duda.

Y los oficiales supieron al fin por qué cuatro días antes los indios habían llamado a aquel lugar lago del Invierno.

Back empezó a cortejar a Medias Verdes del modo más grosero y descarado. Estaba claro que otra vez quería demostrar algo. Mientras tanto, Hood había llegado ya a cogerla de vez en cuando de la mano y a mirarla a los ojos, sin dejar que Back le hiciera acelerar el ritmo. John tenía la sospecha de que entre Hood y Back había habido algunas palabras, pero, en cualquier caso, sin éxito. Back no dejaba de sobar a Medias Verdes, para demostrarle a qué partes de su anatomía iban dirigidos sus piropos. Muchas veces la hacía reír, pero John estaba seguro de que a la muchacha le resultaba más bien desagradable.

Una noche, Hepburn le comunicó que los señores Back y Hood habían decidido batirse en duelo al amanecer. Eso sí que no tenía nada de gracioso. John no dudaba de la seriedad de Hood, y Back era lo bastante presuntuoso como para sacar las cosas de quicio. Ordenó a Hepburn que durante la guardia atascara con *pemmikan* los cargadores de las pistolas de ambos caballeros. Luego habló por separado con los dos, y prometieron ser razonables. A pesar de todo, Hepburn cumplió sus órdenes, y además con éxito: al día siguiente, por lo menos hubo alguna perdiz que le debió la vida.

John Franklin tuvo la feliz idea de enviar a Back a Fort Providence en compañía de Wentzel, para que se ocuparan del envío de víveres que les habían prometido. Partieron a regañadientes. Por fin reinaba la paz en Fort Enterprise.

Los indios cazaban. Las mujeres cosían las ropas de invierno. Hood construía, en los ratos libres que le dejaba Medias Verdes, una estufa magnífica que gastaba mucha menos leña que el fuego de la chimenea.

Hood estaba cada día más perdidamente enamorado de la india. La alegría hacía que sus ojos se anegaran de lágrimas cada vez que volvía a verla tras unas pocas horas de separación, y a menudo no los veía nadie en todo el día. Akaitcho y Franklin no cruzaban palabra sobre el asunto. Consideraban el acontecimiento tan extraordinario que no se podía ventilar poniendo unas objeciones demasiado obvias. En cambio, hablaban de muchas otras cosas: de la brújula, las estrellas, las señales con las que se comunicaban los blancos de una canoa gigante a otra, de las fiestas y leyendas indias. John tomó nota de algunas. Los voyageurs cortaban leña y construyeron una segunda cabaña. El frío se les echó encima con una pasmosa rapidez. Akaitcho estaba en lo cierto.

Transcurrieron así muchas semanas. John se pasaba día tras día sentado a la puerta de la cabaña, abrigado hasta las orejas, mirando cómo la tormenta otoñal arrancaba en tropel las últimas hojas de las ramas. Escogía una hoja determinada y esperaba a que cayera. Ello le dejaba a menudo muchas horas para reflexionar sin meta ni prisa. Un guerrero le había traído el correo de Fort Providence. Back y Wentzel no habían encontrado allí los víveres y estaban camino de la isla de los Bueyes Almizclados, donde, al parecer, se encontraban. Recibió también una carta de Eleanor.

«Al teniente Franklin, comandante de la expedición terrestre al mar Septentrional, c/o. Bahía de Hudson, o donde sea.»

¡Qué linda! ¡Qué buena! John se imaginó a Eleanor hablando continuamente de todo con quien fuera. El mundo era para ella una especie de lengua. Por eso, en su opinión, se tenía que hablar mucho. Eleanor estaba siempre de buen humor y apenas tenía malicia. Sí, sin duda ella era la mujer con la que se iba a casar en cuanto pudiera. Soportaría bien las ausencias de su esposo, incluso de años, pues tenía la Royal Society y los círculos literarios. Claro que había también otras mujeres; por ejemplo, Jane Griffin, la amiga de Eleanor. Era también curiosa y muy cultivada, pero tenía las piernas más largas y no hacía poesías. Cuando John se dio cuenta de que sus pensamientos querían entretenerse demasiado en eso de las piernas, se quitó enseguida de la cabeza a Jane Griffin. Allí, en la tierra salvaje, no era difícil que uno tuviera una emergencia, pero lo que no resultaba tan fácil era satisfacerla: el jergón estaba hecho de juncos y pieles, por lo que hacía un ruido tremendo cuando uno se movía. Todos lo pasaban muy mal, menos Hood. No quedaba más que la caza, a solas en el bosque. Pero Dios y los indios lo veían todo. Un día que Hepburn volvió sin haber cobrado una sola pieza y puso el pretexto de no haber

visto ninguna, Keskarrah, el de la nariz llena de protuberancias, le dijo a Saint-Germain, sin inmutarse:

—Caza sí que había, pero lo que el hombre blanco tenía en la mano tal vez no fuera la escopeta.

Saint-Germain, que no se destacaba precisamente por su tacto, se lo tradujo llanamente a Hepburn, que primero se enfadó mucho, pero luego no le quedó más remedio que echarse a reír también.

John volvió a coger la carta de Eleanor. Le pedía que comprobara si el panteísmo de los indios era comparable con el de lord Shaftesbury. Seguía un párrafo sobre las doctrinas del lord. Luego pasaba a hablar de nuevo de la teoría de la fusión de los hielos polares: el clima cada vez más seco de los últimos años decía mucho en su favor. Este invierno, leía John, se había secado por completo el Támesis entre el Puente de Londres y el de Blackfriars. Se había podido cruzar a pie el lecho del río y se habían encontrado muchas cosas curiosas que a lo largo de los siglos los marineros habían tirado por la borda, por temor al control de la aduana. Entre ellas, incluso una pila bautismal de plata, de un aspecto más que católico. Al final de la carta decía:

«Hace quince días hubo un baile en casa de los Thompson. ¡Ah, si hubiera estado usted allí, querido teniente!».

A Eleanor le gustaba bailar la cuadrilla, y siempre *con amore*. John prefería no bailar ni una pieza.

Por las noches, ahora hablaba cada vez más con Richardson. El doctor era beato, pero no era un mal tipo. Quería que le dijeran la verdad. Si se le decía, incluso podía ser tolerante. Estaba convencido de que el escéptico John acabaría convirtiéndose un día, a pesar de lo cual intentaba ser él quien lo llevara por el buen camino a base de preguntas y respuestas. El método no tenía nada de peregrino en el caso de John, siempre que se tuviera paciencia. El lunes por la noche, Richardson le preguntó:

—¿No le da a usted miedo la nada?

John permaneció en silencio, pensando, hasta el martes. Entonces le preguntó el doctor:

—Si existe el amor, ¿no debería haber una cima, una culminación del amor?

En ese momento, John respondió a la pregunta del día anterior:

—No me da ningún miedo, pues la nada solo puedo imaginármela como una cosa bastante tranquila.

Sobre el amor, volvió a guardar silencio de momento. El miércoles por la noche hablaron mucho, pues le tocaba el turno a la vida eterna. Richardson comentaba la posibilidad de volver a ver a las personas a las que había perdido. La cosa despertó tanto interés en John que lo hizo olvidarse por completo de lo del amor. Mirando a Hood, le parecía que ese sentimiento desembocaba más en una especie de enfermedad que en Dios.

—Hay personas que van y otras que vienen. Lo que viene muy deprisa, también se va deprisa. Es como mirar por la ventanilla de un coche. No hay nada ni nadie que permanezca. Eso es todo lo que sé.

—Para eso está la vida eterna.

—No ansío la vida eterna —respondió John—, pero echo de menos los años entre los veinte y los treinta. De no haber habido guerra, quizá ya habría hecho un montón de descubrimientos.

Lo decía sin rencor, pues esos descubrimientos aún podían realizarse.

Poco a poco, cuando se quedaba mirando aquel árbol pelado, le venían de nuevo a la memoria los nombres y los rostros del pasado. Richardson le oyó decir algo de Mary Rose, Sherard Lound, Westall, Simmonds y el doctor Orme.

—¡Los volverá a ver! —le consolaba Richardson—. Tan cierto como que los paralelos se cortan en el infinito.

John le corrigió:

—Solo si se los sigue en la dirección correcta, pues por el otro lado los paralelos se pierden forzosamente.

En un determinado momento, le explicó también el sistema Franklin.

—Muy bien —replicó el doctor—. Pero no basta sacar fuerzas solo de la lentitud. Desde luego, no es más que un método, y Dios es mucho más que un método. También usted lo necesitará, quizá incluso en el transcurso de este viaje.

Le vinieron a la cabeza los versos escritos en la vieja campana tenor de Saint-James, en Spilsby, la que se había partido el año pasado. Y como no quería dejar al doctor sin contestación, replicó:

La arena del reloj corre,

la tierra gira.
Despierta del pecado,
que está dormida.

No sabía por qué se le había ocurrido. El caso fue que, apenas se lo comunicó al doctor, por fin se quedaron los dos dormidos.

Back y Wentzel regresaron al cabo de cuatro meses. No habían conseguido nada y se echaban la culpa mutuamente. En Fort Providence no había ni rastro de las provisiones prometidas, y en la isla del Buey Almizclado, en el Gran Lago del Esclavo, no había más que unos cuantos sacos de harina y de azúcar, así como varias botellas de aguardiente ya empezadas. Lo que sí encontraron fue a los intérpretes de esquimal que les habían prometido.

Back había intentado en Fort Providence hacerse con provisiones a su manera. Wentzel, decía, lo había dejado en la estacada:

–Mostraba más comprensión por la supuesta necesidad en la que se encontraban los compradores de pieles que por la nuestra. ¡No se ha puesto de nuestro lado!

Por su parte, Wentzel aducía:

–El señor Back no hacía más que darles voces a los señores responsables, y así no se consigue nada.

Si los indios se esmeraban en la caza, tal vez logran reunir todavía víveres suficientes para el viaje.

La nieve iba fundiéndose de día en día. El lago crujía y cantaba. Estaban en mayo.

Hood seguía enamorado de Medias Verdes, como siempre. La muchacha estaba encinta. De quién, era una cuestión sobre la que había otra opinión además de la de Hood.

Los intérpretes de esquimal eran dos tipos de nariz roma, cabellos enmarañados y cuerpo de alambre. Se llamaban Tattanoeack y Hoeutoerock, nombres que significaban algo así como «Ventre» y «Oreja». Como no había quien pudiera pronunciar una cosa así, John los llamó Augusto y Junio. No eran muy hábiles como cazadores, pero sí magníficos con la caña. Parecía que olieran los peces a través de la capa de hielo más espesa.

El 14 de junio, río y lagos estaban otra vez tan practicables que John decidió partir. Todos los mapas y bocetos fueron guardados en una habitación accesoria construida junto a la cabaña. Hepburn clavó en la puerta un dibujo en el que se veía una mano levantada en tono amenazador que empuñaba un cuchillo de reflejos azules. Como allí en el norte todo el mundo, fuera blanco o indio, podía utilizar cualquier construcción, había que proteger de algún modo los mapas. El propio Akaitcho opinaba que el dibujo serviría más que la cerradura.

Era el primer día templado, y enseguida se puso a hacer tanto calor que al cabo de un rato todos estaban sudando. El grupo iba rodeado por una nube tan densa de mosquitos, moscas de arena y tábanos, que daba la impresión de que iban caminando por la sombra. Nadie sabía de dónde habían salido tan deprisa todos esos insectos ni cómo se habían enterado de que podían chuparles la sangre a las personas. Todas las partes desnudas del cuerpo se veían enseguida hinchadas y enrojecidas. Hepburn se daba bofetadas sin lograr deshacerse de ninguno de aquellos insectos incordiantes, y preguntaba furioso:

—¿Y qué es lo que hacen cuando no pasa por aquí ninguna expedición?

Las canoas iban cargadísimas. Había que arrastrarlas sobre patines por la nieve y el hielo, de modo que el primer día no avanzaron más de cinco millas. Por la noche hizo tanto frío que no hubo nadie que pegara ojo.

Hepburn exclamaba, temblando de frío:

—¡Aquí no sobreviven ni las bestias!

Pero se equivocaba.

Medias Verdes no los acompañaba. Se había quedado con la tribu. Por ella también se había quedado uno de los guerreros de Akaitcho. Todos lo sabían menos Hood. Incluso John.

Hood hablaba de volver allí, al término del viaje, para vivir con Medias Verdes en Fort Providence o donde fuera. Todos asentían y callaban. Hasta Back mantuvo la boca cerrada.

Los indios estaban otra vez muy sorprendidos con John porque no mataba ni una sola mosca. Una vez le picó una mientras estaba manejando el sextante y, soplando suavemente para que saliera volando, dijo:

–En el mundo hay sitio suficiente para los dos.

Akaitcho le preguntó a Wentzel:

–¿Por qué hace eso?

Wentzel le tradujo a John la pregunta.

–No puedo comérmela ni rendirla –fue su respuesta.

–Desde luego –murmuró Back a espaldas de él–. ¡Nunca sería capaz de cazar un mosquito!

Wentzel lo oyó y le vino con el cuento. Pero John estaba seguro de que Back le vendría a contar también todo lo que Wentzel dijera a escondidas, sin que ninguno de los dos llegara nunca a entender lo poco que le interesaba todo aquello.

A Akaitcho no se le escapaba nada. Ni la desilusión que había recibido John con la actitud de las compañías de las pieles y las locuras de Back, ni las tensiones que existían dentro del grupo. Un buen día, comentó:

–Los lobos son muy distintos. Se quieren, se acarician el hocico y se dan de comer unos a otros.

Adam se lo tradujo.

John se quedó un poco desconcertado. No podía dar prácticamente ninguna respuesta a Akaitcho sin aludir más o menos directamente a sus compañeros. Así que, como primera providencia, hizo una inclinación de cabeza y se calló. Por la noche ya tenía la respuesta:

–He pensado mucho sobre los lobos. Tienen la ventaja de no poder hablar unos con otros.

Ahora fue Akaitcho el que hizo la inclinación de cabeza.

Al cabo de cuatro semanas casi habían alcanzado la desembocadura del Minas de Cobre. A partir de ese momento podían encontrar esquimales que recogían cobre a la orilla del río. A Akaitcho le pareció mejor regresar con su tribu hacia el sur. Ni siquiera él tenía la seguridad de cómo reaccionarían sus guerreros ante los esquimales.

–Dicen de nosotros que somos mitad hombre y mitad perro. Pero ellos beben sangre cruda, comen gusanos y ratas secas. Mejor será que demos la vuelta. A partir de este momento tendréis que alimentaros solos.

Quedaron en que Wentzel se iría con ellos y que prepararía provisiones y munición en Fort Enterprise, por si la expedición fracasaba y no alcanzaban el barco de Parry.

Hood quería que Akaitcho le dijera dónde se pensaba instalar la tribu la próxima primavera. El jefe respondió, con una expresión inescrutable en el rostro, que en la zona situada al sur del Gran Lago de los Osos. Keskarrah le tendió la mano y dijo:

—Si pasáis hambre, bebed mucho; si no, moriréis.

Ahí estaba otra vez la vieja amiga, la arrugada piel de elefante del mar. Pronto pasarían por aquí en procesión los barcos de las Indias Orientales y los que iban a Australia, San Francisco, Panamá y las islas Sandwich. Pero, en realidad, ¿qué le importaban a John los barcos de pasajeros? No pudo contener la risa. Estaba de buen humor.

¡Qué tranquilidad reinaba en aquella cocina! Los hombres contemplaban desde la cima cubierta de musgo la desembocadura del Minas de Cobre. A lo lejos, sobre un cielo rosado, se dibujaban dos islas de terreno suave y cubierto de nieve... ¿O eran ya los hielos? El aire parecía vacío. Ni rastro de insectos. Fuera del roce de sus ropas o del crujido de sus articulaciones, no se oía rumor alguno.

Tenía ante su vista una región desconocida, silenciosa e ilimitada, como el jardín de su padre cuando él era niño. Y el mar era indestructible. Lo surcaban millares de flotas sin dejar el menor rastro en él. El mar tenía un aspecto distinto cada día, y seguiría igual hasta la eternidad. Mientras existiera el mar, el mundo no sería una desgracia.

Los sueños de John fueron interrumpidos repentinamente por los voyageurs, que le manifestaron con toda decisión que no estaban dispuestos a atravesar el mar en unas frágiles canoas.

Back les decía que no había ningún peligro. Hood opinaba que resultaría muy hermoso. Richardson tenía la certeza de que ahí arriba había una Mano que los protegería a todos. Hepburn gruñía:

—¿Sois hombres o no?

John lo oía todo a medias. Como respetaba a los voyageurs, estos no esperaban más que sus palabras. Miraba a lo lejos y preparaba sus frases. Luego se volvió y clavó la vista en Solomon Bélanger.

—No será ningún paseo. Pero hemos dejado atrás más peligros de los que nos aguardan. —Volvió a contemplar el mar y dijo suavemente, como si hablara consigo

mismo—: No tenemos más remedio que continuar lo que hemos empezado. Es lo que corresponde a nuestro viaje.

Solomon Bélanger opinó que entonces habría que hacerlo. Back torció el gesto. Los restantes británicos no podían disimular la admiración que sentían por John. Se dispusieron a partir.

A Back parecía que se le hubiera quedado alguna cosa atravesada en sus adentros: una broma, una maldad, una rabia. Pero no tenía a nadie que esperara su parecer, nadie que fuera como él. Por eso acabó diciéndole a Hood, a modo de disculpa:

—No me gustan estas arengas. Se comporta como un santo al que todos tuvieran que ayudar, como si fuera una especie de Nelson.

Hambre y muerte

Un campo lleno de huesos y calaveras, como piedras hundidas en el musgo, con fisuras producidas por las hachas de los indios. Eso era Bloody Fall, donde cincuenta años antes Samuel Hearne no había podido evitar la catástrofe.

John Franklin sabía que necesitaba a los esquimales. Temía que no hubiesen olvidado todavía el desastre de antaño. Allí donde los hombres no tomaban nota de las cosas, el pasado no era algo inocuo. Ahora le venían a la memoria los ahogados en el fondo del puerto de Copenhague.

«Comportarse como un caballero.» «Se ha de ignorar el miedo.» ¡De qué poco servían esas frases cuando se era capitán!

A dos o tres indígenas que se acercaban despacio se les podía inspirar confianza. Lo malo sería que se acercara de golpe una tribu entera o que no se acercara nadie.

La bahía estaba vacía. No se veía ni un solo pájaro. John tenía en su mano una lista con los nombres previstos para montes, ríos, cabos y golfos: Flinders, Barrow, Banks, los nombres de los británicos que lo acompañaban, y el de Berens, el gobernador de la Compañía de la Bahía de Hudson. ¡Ah, los nombres! Si morían de hambre o si los mataban, ninguno de aquellos nombres iba a quedar colgado de las rocas. Pero ahora por lo menos servían para ahuyentar la intranquilidad. Había pisado con sus hombres aquel osario como antaño pisara con el boticario el campo de batalla de Winceby. Había querido que comprendieran la importancia que tenía su encuentro con los esquimales. En cambio, para Back esos huesos no eran sino una prueba más de que iban a acabar con todos los esquimales como tuvieran la desfachatez de atacarlos. De pronto, Hepburn clavó sus ojos en el mar:

—¡Santo cielo, ya empieza!

John solo vio en la periferia de su campo visual que la bahía se oscurecía un poco. Se volvió.

Se acercaban más de cien kayaks y varias barcas abiertas, un poco más grandes. Avanzaban casi sin hacer ruido. Era como cuando se camina de puntillas para no asustar a la caza. Los blancos se precipitaron a coger sus mosquetes. John gritó:

—Cargar y poner el seguro, pero ni un solo tiro, ni siquiera de advertencia o por descuido. Todo estaría perdido.

Era evidente que los esquimales habían seguido todos sus movimientos, porque las barcas dieron un giro de noventa grados, como un banco de peces, y pusieron proa a una punta de la costa situada a unas cuatrocientas yardas de los británicos.

—Iré solo con Augusto —dijo John tranquilamente—. Si me ocurriera algo, el doctor Richardson queda al mando.

—¿Y si lo cogen a usted de rehén para atacarnos y acabar matándonos a todos? —preguntó Back.

—Hemos de ganarnos a sus espíritus —repuso John—. ¡Venga, hagan lo que les digo!

Augusto recibió la orden de mantenerse dos pasos por detrás de John. Iban tan despacio como Akaitcho en Fort Providence, incluso quizá más. John había aprendido de Matthew Flinders y de Akaitcho qué era lo que le daba a un jefe su prestancia.

Mientras tanto, los esquimales permanecían quietos en tierra y semejaban una manada envuelta en gruesas pieles que olfateara el aire sin moverse, mirando todos hacia el mismo sitio. Muchos tenían la cara tatuada y los cabellos negros. Resultará difícil distinguirlos, pensó John. Entonces se detuvo y agarró a Augusto del brazo. Contó entre dientes hasta veinte y luego dijo:

—¡Empieza a hablar!

Augusto sabía lo que tenía que decir. John había tenido buen cuidado de hacerle aprender de memoria cada frase. Había comprobado también, con ayuda de Junio, que su parlamento tuviera el significado correcto: intenciones pacíficas, regalos, cambio de víveres por «cosas bonitas», preguntarles si habían visto un gran barco por oriente. Y repetir constantemente la palabra *paz*.

Cuando Augusto dejó de hablar, los esquimales echaron los brazos al aire y aplaudieron fuerte con las manos levantadas, como un público entusiasmado tras una representación de ópera. ¿Qué diablos significaban aquí los aplausos? Quizá nada tuvieran de aprobación. Todos exclamaban rítmicamente:

—¡*Teyma, teyma!*

Ojalá no significara venganza. John recordaba lo de «¡muerte o gloria!» y lo de «¡pan o sangre!». No podía preguntarle a Augusto porque estaba rodeado de esquimales. Tampoco quería retroceder. Sabía perfectamente que ahora todo dependía de su dignidad, de modo que permaneció en donde estaba y se enfrentó a los gritos cada vez más fuertes de *¡teyma, teyma!* con serenidad y orgullo, como si de una ovación se tratara, esperando que no significara más que buenos días.

¡*Teyma* quería decir «paz»!

Se entregaron los regalos: dos calderos y varios cuchillos. Ahora empezaba el trueque. Los esquimales ofrecían flechas y arcos, lanzas y gafas de sol de madera, y querían quedarse con todos los aparatos y objetos de metal que veían. Enseguida empezaron a coger ellos solos lo que necesitaban. Sonriendo amablemente se metían por todas partes, robándole a Back su pistola y a Hepburn el abrigo. Back quiso quitarles la pistola, pero ellos empezaron a gritar *teyma* y no se la devolvieron.

John seguía allí plantado como una montaña, sin moverse. Sabía que era el que menos podía defenderse de aquellos dedos rapaces, y por eso llamó a Hepburn a su lado. Un esquimal, mientras tanto, intentaba arrancarlo un botón de la guerrera. John no hizo más que mirarle atentamente. Hepburn le dio un golpe en los dedos y le señaló a Hood, con el que se podían cambiar botones. Por un momento la cosa funcionó.

La situación era de gran confusión y la única forma de dominarla era recurriendo a la paciencia. John sospechaba que la suerte de la expedición quedaría sentenciada si él se levantaba, mostraba su nerviosismo o gritaba órdenes. Además, los esquimales sabían perfectamente lo que significaban las pistolas o los fusiles. En cuanto uno de los blancos se acercaba lo más mínimo a sus armas, lo agarraban fuerte entre varios gritando a coro *¡teyma, teyma!*, y golpeándolo al mismo tiempo con suavidad en el costado izquierdo.

Hood se hizo con una cuerda y se ató al muslo el estuche de los instrumentos astronómicos, tan fuerte que no habría habido quien robara los aparatos sin llevárselo también a él por delante. Luego sacó su carpeta y empezó a dibujar a una de las mujeres. Unos cuantos esquimales se agruparon detrás de él, mirando por encima de su hombro y diciéndole a la modelo por qué parte del cuerpo iba. La mujer enseñaba cuidadosamente a Hood todo lo que a su juicio requería un parecido más exacto; dientes, lengua, orejas,

manos y pies. Salió un retrato algo extraño: las distintas partes de la anatomía no mostraban su habitual composición. Sin embargo, a los esquimales les gustaba mucho. Se plantaban delante e inclinaban la cabeza a derecha e izquierda para observar bien todos los detalles. Ahora habían venido casi todos a mirar. Cuando Hood acabó su esbozo, se lo regaló a la modelo dándole un beso en la mano. Se quedó mirándolo arrobada y después pegó un brinco de alegría.

Pero entonces llegó el mago. Cubierto con una piel entera de oso, dio varias vueltas alrededor de los blancos, refunfuñando y dando suspiros. Augusto no dijo sino que era el mago de los osos. Podía significar desgracia, pues el mago consideraba muy peligrosos el dibujo y la pintura. De repente, se retiraron todos los esquimales. Echaron a correr hacia las barcas y se pusieron a remar con gran rapidez. Se dejaron muchos objetos de los que antes se habían apoderado con artimañas y habilidad, incluso muchos de los que habían adquirido por trueque. La mujer se dejó en el suelo el retrato, pero se llevó el aparato que utilizaba Hood para trasladar al papel las mediciones que hacía del paisaje. Pero súbitamente cambió de parecer, devolvió el aparato y prefirió llevarse el esbozo. Subió de un brinco a la última barca, en la que solo iban mujeres. Al cabo de unos minutos, la bahía se hallaba tan vacía como al amanecer.

—Estamos salvados —dijo Richardson—, pero ha sido un paso en falso. De estos no sacaremos nada de comer.

Augusto confirmó:

—No quieren nada con nosotros. Son innuit de la costa occidental. En verano viven en cabañas flotantes de madera, y en invierno, en bolas de hielo, pero siempre en tierra. Ya han visto blancos en muchas ocasiones y no les ha ido muy bien con ellos. Estaban dispuestos a matarnos, pero teníamos de nuestra parte a unos espíritus demasiado fuertes. El espíritu del oso quería devorarnos, pero la mujer grande que vive bajo el mar no permite que nos ocurra nada malo.

—Entonces zarpemos —repuso John—. Ahí nos podrá proteger aún mejor.

El 21 de agosto plantaron sus tiendas en Point Turnagain. Sus problemas se habían agravado.

La alargada bahía de Bathurst tampoco había resultado ser la ansiada vía marítima que comunicaba con la bahía de Hudson. No era más que una ensenada que acababa

cerrándose: cinco días para entrar y otros cinco costeano la ribera opuesta para salir. Y ya estaban a mediados de agosto. Después de esta decepción habían seguido bordeando la costa hacia el este, hasta que no hubo más remedio que abandonar toda esperanza de encontrar el barco de Parry antes de que el invierno se les echara encima. Recorrieron a pie la península de Kent hasta el siguiente cabo grande, al que llamaron Point Turnagain, Punta de la Media Vuelta definitiva.

Pasaban hambre.

Nunca conseguían la comida suficiente con la pesca, por no hablar de la caza.

¡Si hubieran tenido tiempo de aprender de los esquimales lo imprescindible acerca de los sitios ricos en peces y focas! Augusto y Junio no se encontraban en su terreno. ¡O si hubieran tenido mejores escopetas, o de mayor alcance! En esta tierra pelada no había la menor mancha que permitiera acercarse sigilosamente a la pieza..., siempre y cuando se viera alguna.

No se imaginaban que la costa del Ártico fuera así, con aquel silencio mortal. Esperaban ver focas, morsas encaramadas a los témpanos y a las rocas, osos polares balanceándose por las colinas, acantilados llenos de alcas y otros pájaros grandes, un mar llameante de flores rojas, una música para la vista.

John quería dar a aquel cabo el nombre de Wilberforce, el que había luchado contra la esclavitud. Pero como lo único que hicieron allí fue dar la vuelta, tampoco era cuestión. El filántropo se merecía algo mejor que una punta que lo único que marcaba era un final.

A los voyageurs se les volvía a ver por fin otra vez contentos: regresaban a tierra. En cambio los intérpretes renegaban murmurando entre dientes que tierra adentro la mujer que vivía bajo el mar dejaría de protegerlos.

—El capitán de la *Blossom* hubiera podido seguir siendo un hombre afortunado, y la *Blossom* una nave con suerte, si no hubieran... Pero ya les he contado esta historia, ¿verdad? ¡Bien sabe Dios que es el hambre lo que le ablanda a uno la sesera! — Richardson enmudeció.

Se producían lagunas en su memoria y las fuerzas no daban para consideraciones ni charlas sustanciosas. Lo único que se les había reforzado era la capacidad de dar rienda suelta a la fantasía. En Fort Enterprise les esperaba rico *pemmikan*, jamones de reno bien colgados, ron y tabaco, té y galleta. Y Hood hablaba de Medias Verdes. El niño ya habría nacido.

¡No tenían más que seguir en dirección al suroeste hasta llegar al fuerte! El hambre disipaba cualquier otra preocupación: los voyageurs dejaron de pestañear cuando, en medio de la travesía del golfo Coronación, en plena alta mar, les sorprendió en los botes un temporal de popa. Se pasaron el día entero luchando para evitar que las canoas se partieran en dos, y al anochecer la marejada los lanzó a una velocidad vertiginosa contra unos escollos. Los marinos creían que se acababa todo. En cambio los voyageurs solo veían tierra, tierra por fin, sitio donde acampar y succulentas comidas. John permanecía sentado estoicamente, tomando nota de todas y cada una de las islas que se extendían a derecha e izquierda. Hood, inclinado sobre su carpeta, dibujaba en medio del oleaje la forma que tenían los escollos.

—Mapas, observaciones, informes y dibujos —había dicho John—. Si empezamos a pensar solo en guisados y buena leña, no vamos a llegar muy lejos.

Y eso valía también en caso de temporal. Así fueron resistiendo, cada uno a su modo, hasta que finalmente lograron guarecerse en una ensenada con la que ya nadie contaba y que prácticamente no habría podido ver un ojo humano. Atracaron en medio de la niebla y cayeron exhaustos en cuanto pisaron tierra firme.

John vio en sueños imágenes de temporales, salvamentos, y un rotor recién construido y en perfecto estado de funcionamiento que las proyectaba sobre una pared. Intentó retener en la memoria su construcción, pero a la mañana siguiente no era capaz de recordarlo. Sin embargo, volvía a sentirse con fuerzas: cada vez que soñaba con máquinas dormía profundamente.

Al cabo de unos días, depositaron junto a la desembocadura de un río, que John bautizó con el nombre de Hood, toda la carga superflua que llevaban, sobre todo los regalos sobrantes, aprovechando un cerro en el que construyeron un túmulo de piedras para izar la bandera inglesa. Pretendían que al menos los esquimales recibieran amistosamente a sus seguidores. Luego remontaron el río Hood, hasta que los obligó a detenerse una gigantesca catarata. Entre agujas de piedra y paredones que se elevaban como una muralla, el agua se precipitaba en cascada, en un lugar solitario y sin árboles, de una belleza majestuosa. Era un buen sitio para ponerle el nombre del libertador de los esclavos, y el contrapunto ideal del Bloody Fall de Hearne. John anotó con gran satisfacción en el mapa el nombre de Wilberforce.

Hacía frío y por ninguna parte se veía el menor rastro de animales. El *pemmikan* se estaba acabando. Junio señaló las rocas: en los murallones crecía un líquen pringoso que se podía comer. Tenía un sabor desagradable, pero mejor era eso que nada. Por la noche permanecieron todos despiertos en el interior de la tienda. Notaron que el líquen les producía vómitos y diarrea. El que peor se puso fue Hood, que lo echó todo.

Al día siguiente, el 28 de agosto, solo dos peces, una perdiz y dos sacos de líquenes para acompañar. Los voyageurs los llamaban *tripes de roche*, «callos de roca». Con las canoas grandes John hizo construir dos más pequeñas que se podían transportar fácilmente y bastaban para cruzar los ríos. Después, otras dos millas agotadoras de camino. Así acabó la jornada. Nevaba.

Entre los ingleses no había ninguno que fuera buen cazador. John no era lo bastante rápido y Back carecía de la paciencia necesaria. Hood tiraba mal y el doctor era corto de vista. Menos mal que Hepburn tenía suerte de vez en cuando. Lo cierto es que, de no ser por Crédit, Vaillant, Solomon Bélanger, Michel Teroaoteh y los intérpretes, habrían perecido de hambre. Pero cuanto mejor cazador era un voyageur, mayor era la tendencia que mostraba a ignorar las órdenes. Día y noche permanecían lejos del campamento. Se negaban a rendir cuentas de la munición gastada y de la que les había quedado, y se comían a solas, sin que nadie los viera, muchas de las piezas que cobraban. El único que siguió siendo honrado fue Solomon Bélanger.

—Ahora llevamos otro sistema —dijo Back como el que no quiere la cosa—. Ellos tienen los fusiles y la munición, y nosotros solo tenemos sextante y brújula. Y así no hay quien pueda evitar que se robe.

—El sistema funciona —respondió John—. Todos saben que sin nosotros, los navegantes, no saldrán con vida. Y en todo caso, les gustaría regresar con honra.

Sin embargo, una vez Perrault afirmó no haber cogido más que una pequeña cantidad de pólvora y de plomo, y Back le dio la razón en contra de toda evidencia. De nuevo resultaba incomprensible. ¿A qué jugaba? ¿Quería congraciarse con los voyageurs? ¿Pensaba que, al no poder ganar, más valía resignarse y no ser derrotado abiertamente? ¿Pretendía sobrevivir a una revuelta sangrienta, presentándose desde ahora mismo como falso testigo?

John apretó los dientes para intentar quitarse aquellas ideas de la cabeza. Su sistema prescribía que no había que considerar posible una cosa hasta que no fuera un hecho. Pero por mucha vergüenza que le diera..., seguía considerando su sospecha una verdad.

1 de septiembre. Hood se encontraba verdaderamente enfermo. Era una desgracia que no aguantara las *tripes de roche*. Se iba desmoronando más aprisa que los demás, no solo por la resistencia que oponía su organismo sino por el hambre que pasaba.

El frío aumentaba. Los gruesos copos de nieve les habían parecido hermosos al principio, pero ahora no había más que un polvo blanco y seco que se metía incluso debajo de la ropa. Por la noche hacía falta más de una hora para que las mantas, tiesas por el frío, se calentaran lo suficiente como para poder más o menos dormir en ellas. Se ponían las botas bajo el cuerpo para no tener que descongelarlas al día siguiente antes de calzarse, cosa que hubiera exigido encender un fuego... y primero buscar leña.

El hambre creaba una lentitud de no ver nada, totalmente ciega. A pesar de que seguían avanzando e intentaban mostrarse amables y confiados, cometían errores en las cosas más obvias. Se iban en canoa por el río y se les olvidaba cualquier cosa. Se quedaban con la mirada fija en el borde de una catarata a la que se iban aproximando cada vez más, y no hacían nada. Su estado recordaba el último estado de la borrachera, cuando el placer acaba convirtiéndose en miseria. Ni una sola pieza de caza. Ya no resultaba fácil ni siquiera encontrar el líquen de las rocas, pues primero había que escarbar en la nieve. Encontraron los restos de la comida de un lobo, unos huesos medio podridos de reno, que prepararon al fuego hasta chamuscarlos un poco.

—No valen para nada —dijo Junio—. Habría que hacer una sopa con ellos.

John aconsejó intentarlo, pero los demás querían sentir algo sólido entre los dientes. ¡Sopa! ¿Qué iba a entender un esquimal de estómagos ingleses y franceses? John acabó cediendo. Consideró que era más importante la moral de sus hombres que el experimento de la sopa. Junio se sintió ofendido. Desapareció para siempre con cincuenta cartuchos. También la moral iba desapareciendo. En el fondo, ya se hallaba a muchas millas de distancia. De poco servía que la debilidad se le pareciera tanto en muchos detalles.

Pasos, pasos y más pasos sobre un manto de nieve en el que no se veía ni una huella, con la única interrupción, de vez en cuando, de los ríos y lagos.

A John se le pasaba constantemente por la imaginación una idea de lo más peregrina: que sus pies seguían andando como si no fueran ellos, y que el tacón derecho golpeaba siempre en el tobillo izquierdo. Siempre igual, nunca al revés. La debilidad les hacía ver a todos que cada vez iban encorvándose más. ¡Qué curioso! ¿No había nacido el hombre con la espalda recta? Tenían las barbas totalmente congeladas. No se les ablandaban como no fuera al fuego. Y pesaban. ¡Con semejante barba helada, no era de extrañar que a uno se le doblara el espinazo! El pensamiento resultaba cada vez más vago. Se les escapaba ante el menor concepto de peso. De vez en cuando había algún voyageur que se enfurecía como un niño por cualquier nadería. Perrault se puso a gritar que no estaba dispuesto a seguir caminando detrás de Samandré, porque los estúpidos fondillos de sus pantalones se meneaban siempre de un lado a otro, como si fueran idiotas. Y después, a seguir trotando horas y horas sin decir palabra. De repente, la idea de que se estaban alejando del fuerte en vez de dirigirse a él. Tal vez hacía ya mucho que su destino estaba sentenciado.

¿Por qué George Back seguía teniendo tanta fuerza? ¿Había derecho a que un tipo tan vanidoso y variable como él resistiera tanto? Las personas hermosas tenían a menudo de su parte unas energías que no eran fáciles de calcular. Estaban decididas a salvaguardar su hermosura por encima de todo, y eso les hacía saber siempre a dónde iban.

Para cenar, *tripes de roche*, un puñado para cada uno, y eso después de pasarse horas y horas buscándolas. Rostros grisáceos y llenos de arrugas.

14 de septiembre. Renos a la vista, pero ninguna pieza abatida. Michel le había dado sin querer al gatillo, con los dedos que le temblaban de excitación. Se había escapado un tiro antes de tiempo, y adiós. Michel lloraba de desesperación. Crédit se sumó a sus sollozos.

Hood se había quedado bastante atrás. Llegó a las tiendas unas horas más tarde, apoyándose en Richardson, cuando ya se había hecho la recogida de las *tripes de roche*, esa cosa que él no soportaba.

—Parezco un niño caprichoso —dijo sonriendo. Luego se le doblaron las rodillas y cayó desplomado. La conciencia no la perdía, pues aún sentía demasiada curiosidad por todo lo que pudiera pasar. Ya no era capaz de dibujar, pero su vista y su cerebro seguían ocupándose de todo lo habido y por haber, excepto de sus penalidades.

Perrault acercó su morral y sacó de él algunos restos de carne para Hood. Según dijo, se los había guardado de su ración de hacía unos días. ¡Le regalaba a Hood el último bocado de carne! Los diecinueve estaban llorando, incluso Back y Hepburn. ¡Qué importaba de dónde hubiera sacado Perrault aquella carne! Ahí estaba otra vez el honor de la humanidad. Aunque no fuera más que un instante, podía verse con toda claridad.

—¡Pues yo creo que Junio también volverá! —decía Augusto—. ¡Y traerá mucha carne!

—¡Sí, carne! —Se abrazaban unos a otros y parecían ebrios de esperanza. ¡Seguro que pronto estarían en casa! ¡Un paseo! Así terminó el 14 de septiembre, un buen día.

23 de septiembre. Peltier, que llevaba ya unos días quejándose del peso de la canoa, acabó tirándola al suelo en un raptó de cólera, y se astillaron algunos maderos. No le quedó más remedio que cogerla otra vez y cargar con ella, pues con un poco de suerte aún se podría reparar.

Cuando arreció la tormenta de nieve, Peltier giró la canoa de manera que el viento hizo presa en ella y se la arrancó de las manos. Ahora ya no tenían más remedio que abandonarla. Daba miedo ver el poco reparo que tenía Peltier en demostrar su triunfo. La otra canoa la llevaba Jean-Baptiste Bélanger, pero ¿por cuánto tiempo? John apelaba a su conciencia.

—Vamos por el buen camino, pero sin canoa estamos perdidos.

Poco después aseguraba que no iban por el buen camino. El magnetismo no era aquí muy fiable. La aguja daba vueltas como un tiovivo. Era un momento crítico: el capitán, medio muerto de hambre, tenía que comunicar a sus hombres, también medio muertos de hambre, que había que hacer un cambio de rumbo. Exigía valor y eso ahora suponía un esfuerzo enorme.

—La hora de la verdad —murmuró Back, mirando hacia otro lado.

—¡Ha metido la pata! —cuchicheó Vaillant.

—Si supierais tanto de navegación como yo, no os asustaríais. Aquí resulta difícil, pero todo es cuestión de lógica y de saber.

Le creían tan solo porque no les quedaba otro remedio. Estaban demasiado débiles para creer realmente en algo. Ahora todos se temían que iban a morir.

El valor de Hood era muy importante. El guardia marina tenía un aspecto cadavérico, pero su confianza les hacía sentir vergüenza a todos, que no tenían más que aprensión y

se compadecían de sí mismos. Era como si supieran que, cuando muriera Hood, tampoco a ellos les faltaría mucho.

Al llegar a la orilla de un lago, cuando John ordenó que picaran el hielo para ver si pescaban algo, de repente faltaban todas las redes. A los voyageurs les habían parecido demasiado pesadas y ahora sabe Dios dónde estarían, enterradas en cualquier sitio bajo la nieve, a millas de distancia. Al cabo de dos horas, Jean-Baptiste Bélanger tropezó como un mal actor al que le hubieran dicho que tenía que tropezar. En cambio, el sitio estaba bien escogido: atravesaba una cuesta muy empinada. ¡La última barca había quedado hecha añicos!

Por la noche mordisquearon una piel de reno medio descompuesta que desenterraron de la nieve. Aquí no había ni *tripes de roche* ni tampoco leña.

Si viera ahora al gato Trim, pensaba John, le pegaría inmediatamente un tiro y me lo zamparía. Se dio miedo, pero se encontraba en un estado demasiado deplorable como para prohibirse aquel tipo de pensamientos. Por eso precisamente tomaban unos derroteros tan lastimeros. ¡Carne de gato! ¡El bocado más exquisito del mundo! John intentó hacer morder el anzuelo a su fantasía: chicharrones de cabeza de cerdo. Pero su maldito cerebro no picaba. Hacía que los chicharrones supieran a *tripes de roche* y que el cuerpo del pobre Trim pareciera solomillo de ternera.

El 25 de septiembre algunos voyageurs se comieron la badana de sus botas de repuesto, y al día siguiente intentaron hacer lo mismo con la suela. ¡Hasta Hood lo intentó! Pero no pudo ni tragarla. Miró a John, se encogió de hombros haciendo un gran esfuerzo y dijo:

—¡Enormemente dura! La próxima vez que me compre unas botas en Londres...

De día se encontraba bien, pero por la noche empezaba a decir incoherencias, hablando de Medias Verdes y del niño. Decía que tenía una hijita, que tenía dos indias, una grande y otra pequeñita. Luego creía que estaba en el jardín de su casa, en Berkshire, y que hacía una mañana de sol, y estaba cortando abrojos y ortigas.

—¡Da pena oírlo! —comentó Hepburn.

El 26 de septiembre toparon con un gran río.

John chasqueó pesadamente la lengua y dijo:

—Es el río Minas de Cobre. No tenemos más que cruzarlo y enseguida estaremos allí.

Tardaron más de una hora en admitir que realmente se trataba del Minas de Cobre. Pero ya no tenían barcas.

—Construir una balsa —dijo John.

Al cabo de tres días tenían lista una especie de balsa. ¿Pero cómo impedir que los arrastrara la corriente mientras cruzaban? Richardson, que se jactaba de ser un buen nadador, intentó atravesar el río atado a una cuerda para «construir un apeadero», según dijo. Rezó unos instantes. Luego se desnudó hasta quedarse en paños menores y se echó al agua. Pero enseguida se le entumecieron los miembros por el frío y tuvieron que sacarlo inconsciente del agua, tirando de la cuerda. Lo desnudaron del todo para frotarle el cuerpo con nieve. Todos se quedaron espantados al contemplar el cuerpo desnudo. Dieciocho pares de ojos aterrorizados en unos rostros famélicos. Solomon Bélanger fue el primero en articular palabra:

—*Mon Dieu! Que nous sommes maigres!* —suspiró.

Bénoit, el de Saint-Yrieix-la-Perche, era de nuevo presa de la nostalgia. Sus fuertes sollozos contagiaron a los demás, y al cabo de un rato todos estaban llorando. Ahora, cuando uno empezaba, el llanto se contagiaba inmediatamente. Quizá nos hemos vuelto niños y no tenemos más de tres años, pensaba John enjugándose las lágrimas. Frotaron desesperadamente el cuerpo de Richardson. Volvió en sí, pero ellos siguieron frotándolo con ahínco, como si quisieran devolverle su figura original, con las últimas fuerzas que les quedaban, y echar sobre sus costillas algo más que nieve y lágrimas.

Tormenta de nieve. La primera balsa se rompió y desapareció en los rápidos. Hasta el 4 de octubre no lograron pasar el río en otra balsa. Ahora no había tiempo que perder.

—Ya no nos quedan más que cuarenta millas hasta Fort Enterprise —repetía constantemente John—. ¡Pasará pronto! ¡Solo quedan cuarenta millas!

¿Pero cuánto tiempo se necesitaba para hacer cuarenta millas, cuando ya no se podía más? ¿Cuánto se le podía exigir a la voluntad de una persona? Realmente era a la voluntad a la que tocaba ordenar «¡Adelante!», «¡Sigamos!», «¡No muráis!». Pero soltaba el remo una y otra vez. Su cuerpo embrutecido le hacía cometer toda clase de tonterías, demostrando fehacientemente los motivos que había para dejarse caer, dormirse y morir. La voluntad era como un muchacho fuerte y vanidoso que se dejara

influir imprevisiblemente por cualquiera. De repente, afirmaba con energía y noble obstinación:

—¡Esto no hay ser humano que lo pueda soportar! Ahora hay que tener valor para hacer una pausa.

Pero en cuanto lo oía, el cuerpo fatigado y miserable no vacilaba más, se acomodaba a la fuerza de la gravedad y se desplomaba. ¡Menos mal que no les ocurría a todos al mismo tiempo!

John no se daba todavía por vencido, pero sabía que solo seguía resistiendo porque era el capitán. Mi sistema no me salva de los ataques del destino, pensaba. Unas veces soy el hombre idóneo para la situación, pero otras no. Y eso puede provocar muertes. ¡Hubiéramos debido hacer una sopa! ¡Hubiéramos...! Si no tengo cuidado...

De pronto, veía ante sí la ciudad de Louth, en medio de un apacible prado lleno de vacas, con colinas y bosques a lo lejos. Veía incluso barcazas que cruzaban el canal. Luego se encontraba en la ciudad, veía a las personas que caminaban a ambos lados de la calle, se saludaban amablemente, se respetaban y entendían. Más allá de la ciudad, una montaña gigantesca... ¡Era él! Los únicos que realmente viajaban eran él y las demás montañas. Él era el único capitán. Sujetaba la cuerda para los demás...

Cuando volvió en sí, Augusto estaba a su lado, silbando una melodía.

—¿Por qué silbas? —le preguntó John.

—Silbar ahuyenta a la muerte —respondió el intérprete.

John se levantó.

—Así que es eso. Pensaba que era una montaña y que mis pies podían seguir sin mí. ¿Dónde están los demás? ¿Se ha levantado ya el doctor Orme?

Augusto lo miró asustado. John se dio la vuelta con energía y siguió andando. Ahora ya sabía lo que le daba más miedo: caer en el mar de la locura, zozobrar e irse a pique como un barco mal pilotado. El miedo lo hacía caminar cada vez más deprisa. Era como si los síntomas de la locura quisieran hacer presa en él, como si creyera en el demonio o lo persiguieran muertos, que precisamente por ir más despacio tenían por fuerza que darle alcance. No solo había barcos mal pilotados, sino también otros que tenían mala suerte.

Es Back el que me vuelve loco, pensó. Tanto si mi desconfianza está justificada como si no, me vuelve loco. Tengo que despacharlo.

Un sextante, una brújula, un plano con la posición de Fort Enterprise, Fort Providence y los principales lagos y ríos. Eso fue lo que Back recibió de John. Se repartieron las municiones: Back se llevó más de la quinta parte. Además se quedó con cuatro hombres, los más fuertes: St. Germain, Solomon Bélanger, Beuparlant y Augusto. Por lo demás, llegaría mucho antes que los demás a Fort Enterprise, donde los aguardaban los víveres. ¡Que se sirviera él primero! Aunque hubiera menos provisiones de las que pensaban y Back y sus hombres se comieran más de las que debían, más valía así que una abierta sublevación de los rápidos contra los lentos.

De ese modo se defendía el sistema: John seguía siendo el comandante y todos podían seguir siendo hombres de honor.

Back partió y Franklin se quedó atrás. Por si fuera poco, había que esperar a Samandré, Vaillant y Crédit, cuyo estado para entonces era peor que el de Hood.

Al cabo de media hora, llegó arrastrándose Samandré y les comunicó que los otros dos se habían quedado tirados en la nieve, sin que él hubiera sido capaz de ayudarlos a levantarse.

Richardson retrocedió para buscarlos, siguiendo las huellas de Samandré. Los halló medio congelados, incapaces de hablar, en pleno campo. Como estaba demasiado débil para cargar con ninguno, volvió con los demás.

Franklin se había torcido un pie y cojeaba. ¿Quién tenía todavía fuerzas suficientes? Intentaron mover a Bénoit y Peltier, que eran los más fuertes, para que fueran en busca de los rezagados, pero todo fue en vano. Por el contrario, los voyageurs instaron a John a que les permitiera seguir a Back y dejara que cada uno avanzara a su aire. John agarró a Bénoit de los hombros y lo sacudió con todas sus fuerzas:

—No conocéis el rumbo, ¿comprendes? No lo conocéis.

—Seguiremos las huellas del señor Back.

—En cuanto caiga un chaparrón o una nevada, ya no las veréis. Y entonces, ¡se acabó!

Bénoit logró entenderlo con mucho esfuerzo, pero no estaba dispuesto a ir a buscar a los rezagados:

—¡Yo acabaría igual que ellos!

John sostuvo durante unos minutos una lucha consigo mismo, y por fin dijo:

—¡Adelante! ¡Los dejamos atrás!

Se había rendido. No había sido capaz de salvar a aquellos dos hombres. ¡Vaya capitán! Ahora por lo menos tenía que impedir que la desesperación y la ceguera

acabaran con el resto. Pero se le hinchaba el pie y le dolía terriblemente. Empezaba a figurarse cómo iba a terminar aquel viaje para él.

Al cabo de unas millas, Hood se desvaneció. Como no podían llevarlo, alguien tenía que quedarse a su lado. Richardson quería hacerlo. Confiaba en que John les enviaría comida desde el fuerte, y los salvaría de la muerte.

—¡No! —replicó John—. ¡Soy el capitán! Además, soy más lento que usted. Yo me quedaré con Hood. Usted siga con todos los demás. Aquí tiene la brújula y el sextante.

Era porque no podía más, solo por eso. No hubiera podido con los otros y, tal como estaban las cosas, no habría sido capaz de llevar la iniciativa.

Plantaron una de las tiendas y acostaron dentro de ella a Hood. Luego el doctor reunió al resto del grupo. John les recomendó encarecidamente:

—¡Permaneced juntos! El que siga solo está perdido. Se extraviará y llevará a la ruina a los que sigan sus huellas. ¡Permaneced juntos!

Hepburn replicó:

—¡Me quedo con usted y con Hood!

Richardson partió. John y Hepburn buscaron leña, *tripes de roche* y huellas de animales.

Ninguno sentía ya hambre. Solo debilidad. Ahora no se trataba de encontrarse bien sino únicamente de sobrevivir. Y eso, con suerte.

Hepburn cazó una perdiz. La asaron y se la dieron a Hood, que pareció reponerse algo. Ellos comieron unas pocas *tripes de roche* que habían encontrado.

Dos días después apareció de repente Michel, el iroqués. Había pedido permiso a Richardson, junto con Perrault y Jean-Baptiste Bélanger, para volver a la tienda. Por desgracia, los había perdido en la oscuridad y no había sido capaz de encontrar su rastro. A John le extrañó bastante, pues no había caído lluvia ni nieve y no soplaba ni pizca de viento.

Michel les informó de que Fontano también había muerto. Se había caído al cruzar un lago y se había roto una pierna. Habían tenido que abandonarlo, y a su regreso él no había sido capaz de dar con su paradero. Había tenido la suerte de encontrar un lobo muerto, víctima probablemente de la cornada de un reno. Traía carne de lobo, que ellos

engulleron ávidamente haciendo grandes elogios del indio. Pidió un hacha para ir a buscar más. Cuando se fue, John se puso a meditar y empezó a echar cuentas.

—¿De dónde habrá sacado Michel tanta munición? No es probable que Richardson le haya dejado tanta. ¿Y cómo tiene ahora dos pistolas?

Cuando volvió Michel y le ofreció más carne de lobo, John le preguntó por la pistola. Michel contestó que Peltier se la había regalado.

Comieron otra vez con voracidad y pronto empezaron a sentir que las fuerzas volvían de nuevo a sus míseros huesos. John siguió esforzándose en sus cavilaciones: intentaba recordar algo. En un determinado momento, salió de la tienda para que nada lo molestara mientras repasaba las imágenes de su interior. Cuando volvió a entrar, dijo:

—¡Estoy prestando muy poca atención a los detalles! Hubiera jurado que era la pistola de Bélanger.

Los otros, espantados, clavaron inmediatamente sus miradas en él.

—¿Pensáis que lo he matado? —preguntó Michel con tono de protesta—. ¡Pues no es verdad!

De pronto, tenía una mano apoyada en la pistola.

—No, no —dijo Hepburn—. Nadie lo piensa. ¿Cómo se te puede ocurrir una cosa así?

El indio volvió a tranquilizarse.

Pero nadie quiso comer más carne de lobo.

Durante el día, Michel no permitía que los ingleses hablaran a solas entre sí. Y cuando lo hacían en su presencia, tenían que recurrir a una lengua de esclavos: no les quedaba más remedio que decir cosas que no levantaran sospechas y que él entendiera, y comunicarse mutuamente sus aprensiones sin que el indio se diera cuenta.

—¿Habrán muerto más lobos de esa manera?

Nadie se atrevía a pronunciar los nombres de Perrault y Fontano. O bien decían:

—Cuando un reno deja de tener miedo de un lobo, seguramente acaba matando más.

Michel se daba cuenta de las sospechas y temores que embargaban a los demás. Se negaba a salir de caza, volviéndose cada vez más déspota, hasta el punto de decidir dónde tenía que dormir cada uno. Pero a los blancos no les hacía falta hablar para saber que si Michel hubiese conocido el rumbo y hubiera sido capaz de manejar la brújula, ya

haría muchos días que ellos estarían muertos y, lo que era peor, que se habrían convertido en su merienda.

—¿Por qué no vas de caza, Michel?

Pero él seguía negándose.

—Por aquí no hay animales. Deberíamos salir cuanto antes para el lago del Invierno. Luego podríamos venir a buscar al señor Hood.

John se quedó pensando.

—Bien. Pero primero tenemos que recoger leña y víveres para él, porque no puede moverse solo.

Lo único que ahora pretendía John era encontrar la oportunidad de hablar con Hepburn. Michel se mostró de acuerdo. Salieron todos de la tienda y cada uno marchó en una dirección. Mientras John cortaba leña haciendo el mayor ruido posible para indicarle a Hepburn dónde estaba, oyó un disparo procedente de la tienda. Llegó a la entrada al mismo tiempo que Hepburn, y encontraron a Hood muerto, junto al fuego. El tiro le había atravesado la sien. Michel se hallaba a su lado.

—El señor Hood estaba limpiando mi escopeta. Eso es lo que ha debido pasar.

Enterraron con gran esfuerzo a Hood cubriéndolo con un poco de nieve. John y Hepburn ya no necesitaban ponerse de acuerdo. ¿Cómo era que Michel se había dejado sus armas en la tienda cuando salió de caza? ¿Cómo se le pudo ocurrir a Hood limpiarlas, semiinconsciente como estaba? Pero sobre todo, el tiro. Le había atravesado la cabeza por detrás, saliéndole por delante: la nuca mostraba restos chamuscados de pólvora. Desde entonces, llevaban siempre las pistolas cargadas al alcance de la mano.

Ahora que Hood estaba muerto, podían proseguir el viaje. Recogieron la tienda y John definió el rumbo. Al anochecer solo había logrado hacer dos millas debido a su pie dislocado. Para cenar recurrieron a algunos trozos del abrigo de piel de búfalo de Hood. Michel no los perdía de vista ni un instante.

Les preguntaba constantemente:

—¿Cuántas millas faltan? ¿En qué dirección está el fuerte?

—Todavía está lejos —respondía John.

Pero al cabo de tres días, Michel creyó reconocer con certeza una peña que apenas distaba un día de marcha de Fort Enterprise. John movió la cabeza:

–Imposible –dijo.

Al día siguiente, el indio se deslizó temprano fuera de la tienda, llevándose consigo su escopeta. Que iba a ver si recogía unas pocas *tripes de roche*... No se había mostrado dispuesto a hacerlo desde que se quedaron en la retaguardia.

–¡Qué bien! –comentó John. Y Hepburn añadió:

–Eres una buena persona y un buen amigo.

Esperaron hasta que los pasos se oyeron cada vez más lejos.

–No va más que a cargar la escopeta. Eso es lo único que se ha llevado –dijo Hepburn–. Cuando vuelva, tendremos que darnos prisa.

John cargaba su pistola con tanto cuidado como si fuera la primera vez que lo hacía. Hepburn dijo:

–¡Nos comimos la carne! ¡Seremos sus cómplices si no lo matamos enseguida!

–Por primera vez dice usted una insensatez, Hepburn –repuso John.

–¡Quiere matarnos! ¡Ese es el motivo!... ¡Y no nos hacen falta más! ¡Buscar otros sería una maldad!

Pero parecía seguir con el mismo temor de que John no fuera realmente a apretar el gatillo.

–¡Lo haré yo por usted, sir! ¡A mí me saldrá mejor!

John mantenía el brazo levantado a la altura del hombro, apuntando a la entrada, pero con la mano escondida detrás de un paquete, de modo que cuando Michel entrara no pudiera verla. Bastaría un giro imperceptible de su cuerpo para que la pistola estuviera apuntando directamente a la cabeza del indio en cuanto asomara. John permanecía en esta posición, con la mirada fija y tensa.

–No –replicó–. Lo haré yo. Diez años de guerra... Pues ¿qué se piensa que hice en ellos? Lo único que ocurre es que se mata siempre a quien no se debiera.

–¿A quien no se debiera? –Hepburn no entendía nada–. ¿Y su brazo, sir?

–Puedo mantener el brazo en el aire horas y horas –dijo John–. Ya era capaz de hacerlo cuando tenía ocho años. Llegará furtivamente y se pondrá a escuchar. Tenemos que hablar fuerte y como si tal cosa, de lo contrario se dará cuenta de que planeamos algo y disparará desde fuera a través de la lona.

–¡Hoy tendremos un buen día, sir! –dijo Hepburn–. Creo que el tiempo se pone de nuestra parte. –Y añadió en voz baja–: ¡Ya lo oigo!

John carraspeó:

–Levantémonos poco a poco, Hepburn. Iré a buscar leña...

En ese preciso instante apareció Michel a la entrada de la tienda, con la escopeta apoyada en la cadera, apuntando a John. Hepburn sacó su pistola y Michel giró el cañón de su arma hacia él. A John se le quedó esta imagen detenida. Lo primero que vio después fue a Hepburn, que lo agarraba de la mano y la mantenía un buen rato estrechada entre las suyas. Durante unos instantes no se dijeron nada. El primero en hablar fue Hepburn:

–Le ha dado en la frente, sir. No ha sufrido. Ni siquiera lo habrá sentido.

John respondió:

–Este viaje ha durado una semana de más.

Al día siguiente divisaron el fuerte a la orilla del lago.

En la caseta encontraron cuatro esqueletos vivientes, que apenas podían ponerse en pie: el doctor Richardson, Adam, Peltier y Samandré. ¡Ni rastro de víveres, ni una pizca de comida! Con sus cuchillos habían ido recortando trozos de una manta de piel de reno que habían dejado allí hacía meses, y se habían comido también los zapatos que llevaban puestos.

–¿Dónde están los demás? –preguntó John.

El doctor intentaba responderle. John lo amonestó por hablar con aquella voz de ultratumba. Richardson se puso de pie, apoyándose en la viga del centro, que sus dedos atenazaban como patas de araña. Clavó en John sus ojos, que parecían a punto de salirse de sus órbitas, y dijo entre estertores:

–Debería oírse usted, señor Franklin.

Richardson no había hallado más que una nota de Back:

«Aquí no hay ni rastro de víveres ni de indios. Seguimos hacia el sur, a ver si vemos hombres. Beauparlant, muerto. Augusto, desaparecido. Back.»

Wentzel había pasado por allí y se había llevado los mapas, pero no había cumplido su promesa: no había procurado los víveres.

Hepburn se arrastró hasta la salida e intentó cazar algo. Tuvo suerte y volvió con dos perdices. Los seis hombres se zamparon ávidamente la carne cruda, poco más de un bocado para cada uno. Era el 29 de octubre.

El viaje no había acabado todavía.

Peltier y Samandré estaban en las últimas. Adam ya no podía levantarse ni arrastrarse siquiera. Tenía la parte inferior de su cuerpo hinchada y padecía fuertes dolores.

El doctor estaba sentado ante el raquítico fuego que había encendido Hepburn, leyendo la Biblia. Todo aquello tenía algo de extraño y de absurdo: ahí había uno leyendo con voz entrecortada, que apenas podía entenderse, unas frases ampulosas de un libro oriental, que a su vez apenas podía entenderse aquí en el  rtico. Sin embargo, para todos resultaba un consuelo. Hubiera podido chasquear los dedos y ponerse a esperar la salvación. De haber creído en ello, los demás también habrían encontrado un consuelo en esa fe suya.

Cuando se vieron a solas, John comunicó a Richardson lo ocurrido. Se miraron fijamente a los ojos, con las pupilas desorbitadas, algo encorvados y carraspeando, como dos viejos borrachos del Gin Lane de Londres.

–Yo también lo hubiera hecho, señor Franklin –dijo finalmente el doctor Richardson–. Pero ahora rece. Rece.

Hablaron sobre su situación. Empezaban a desvariar cada vez más. No obstante, cada uno por su parte seguía pensando que sus propias capacidades mentales eran superiores a las del otro, por lo que se animaban mutuamente con toda calma y una paciencia infinita, repitiendo constantemente las cosas, pues se olvidaban a cada paso de lo que acababan de decir.

Ahora todo dependía de Back.

El 1 de noviembre por la noche murió Samandré. Cuando Peltier se dio cuenta, perdió las esperanzas y murió tres horas más tarde. Los demás estaban ya demasiado débiles, aunque no fuese más que para sacar los cadáveres fuera de la cabaña.

Hepburn y John, que todavía podían moverse a rastras, intentaban encontrar *tripes de roche* y le a, pero cada vez les daban más desmayos y regresaban con una carga más exigua. Hacía tiempo que habían empezado a quemar cualquier trozo de madera que les resultara superfluo: las puertas, los estantes, las tarimas, el armario.

El que ahora agonizaba era Adam. Hacía días que no hablaba ni había cambiado de postura.

– Vendr ! –decía John.

– Qui n? –susurr  Richardson.

–Back. George Back. Guardia marina George Back. ¿No me entiende, doctor?

Se interrumpió al notar que Richardson llevaba ya un rato hablando, cuchicheando. Ahora lo estaba repitiendo.

–... es bueno. Todo saldrá bien.

–¿Quién? –preguntó John.

Richardson señaló con un movimiento de cabeza hacia la manta.

–El Todopoderoso.

–No sé –murmuró John–. Ya sabe usted que...

Estaban envueltos en lo que quedaba de sus mantas de piel. El fuego se apagaba. Esperaban la muerte. Olía mal.

El 7 de noviembre apareció en Fort Enterprise, para entonces cubierto ya totalmente por la nieve, Akaitcho, el jefe de los Minas de Cobre, con veinte guerreros suyos. El guardia marina Back, aunque se había quedado en los huesos, había recorrido infatigable el camino que llevaba a las tiendas de la tribu para pedir socorro al jefe. A pesar de las fuertes heladas y las tremendas nevadas que habían caído mientras tanto, Akaitcho había logrado ir del lago del Esclavo al del Invierno en solo cinco días. Todavía encontraron vivos a Franklin, el doctor Richardson, Hepburn y Adam.

Por lo pronto, los indios se negaban a entrar en la cabaña mientras siguieran dentro los cadáveres. Decían que quien no entierra a un muerto, también está muerto y no necesita ayuda.

El único que todavía estaba en situación de comprender el problema era Franklin. Necesitó hora y media para arrastrar los cadáveres fuera de la cabaña y cubrirlos con un poco de nieve. Luego cayó inconsciente.

A los supervivientes les dieron *pemmikan* y agua. El doctor les prohibió a todos comer demasiado y con excesiva avidez, pero ni siquiera él fue capaz de atenerse a sus propios consejos. Enseguida les entró un tremendo dolor de estómago, del que solo se libró Franklin, pues estaba tan débil por el esfuerzo realizado que hubo que darle de comer, y por eso tuvieron más cuidado. Los indios permanecieron a su lado, hasta que al cabo de diez días se hallaron en condiciones de emprender juntos el viaje a Fort Providence.

Habían muerto once. Además de los cuatro británicos, quedaban con vida Bénéit, Solomon Bélanger, Saint-Germain, Adam y Augusto, que acabó apareciendo de nuevo.

No hubiera sido capaz de salvar a nadie, ni siquiera a sí mismo. Solo Back y los indios eran los salvadores de los supervivientes.

—Después de semejante viaje —pensaba Richardson—, el resto de nuestros días pasará a toda prisa.

Franklin tenía otras preocupaciones. No creía posible que le dieran el mando de otra expedición al Ártico ni ningún otro destino. No habían dado con el Paso del Noroeste ni habían podido llegar por tierra hasta el barco de Parry. Tampoco habían podido entablar relaciones con los esquimales. Noche tras noche meditaba sobre cuáles habían sido los fallos que habían llevado a morir a tantos hombres. Había sido una equivocación fiarse de Wentzel. Pero eso no lo explicaba todo. ¿Hubieran debido dar la vuelta tras el desafortunado encuentro con los esquimales? No. Con otros hubieran podido tener más suerte. ¿Hubiera debido amenazar de muerte a todo aquel que perdiera o destrozara cualquier objeto de importancia vital, y a todo aquel que robara u ocultara algo? No.

Solo se habría conseguido que el sistema «lealtad por confianza» se hubiera agotado más aprisa. Y para cualquier otro, hubieran faltado los recursos necesarios. ¿Hubiera debido traerse de Inglaterra unos cazadores más avezados, unos hombres que hubieran tenido más idea de lo que era sobrevivir, incluso en aquel desierto helado? Pero ¿a quiénes?

Le comentó a Richardson:

—El sistema era correcto. Lo que pasa es que hubiéramos debido saber más cosas a su debido tiempo. Yo soy el que ha cometido los errores. Es posible que otros tengan suerte, pero el caso es que yo no la he tenido. El sistema está bien. La próxima vez me gustaría demostrar lo bien que está.

—Lo mismo me pasa a mí con el mío —replicó Richardson, inclinando mansamente la cabeza. Se mostraba cariñoso con cualquier pícaro—. De todos modos, ya no se me ocurre compararle con el capitán de la *Blossom*.

Franklin siguió cavilando.

—Los almirantes no se conformarán con el fracaso. Creerán que no soy el hombre adecuado. También es verdad. —Permaneció en silencio unos instantes—. Pero considerando las cosa de otra forma, sí que lo soy, y no podría encontrarse a nadie mejor. Tendré que ayudar a los almirantes a verlo de ese modo.

John Franklin se sentía otra vez valiente. Además, siempre había conservado la seguridad en sí mismo, incluso en los peores momentos. No habían logrado paralizarlo ni el miedo ni la desesperación. Era más fuerte que nunca.

El Paso del Noroeste, el mar abierto del Polo, el Polo Norte. En su próximo viaje alcanzaría estos tres objetivos con la ayuda del Almirantazgo o sin ella. Y no volvería a pasar hambre ninguno de los que estuvieran a su mando. Podía estar tan seguro de ello como de la Corona de Inglaterra.

15

Gloria y honor

Los relojes de Londres tenían ahora la esfera blanca. Muchos tenían segundero, como el que antes llevaban solo los cronómetros de los barcos. Relojes y personas que se habían vuelto más exactos. John lo habría dado todo por bueno si ello hubiera significado también calma y mesura. Pero notaba en todas partes que faltaba tiempo y se iba con prisas.

¿O era que nadie estaba dispuesto a sacrificar su tiempo por él? No, debía de ser una moda nueva. Ahora era más frecuente echar mano a la cadena del reloj que al ala del sombrero. Ya casi no se oía maldecir a nadie. En lugar de eso se había puesto de moda la frase:

—¡No tengo tiempo!

Se sentía un poco extrañado. Para colmo, él disponía, en cambio, de demasiado tiempo: no veía muy cercana la eventualidad de que le dieran un nuevo destino.

Lo habían acogido con sarcasmo y no pocas críticas. El doctor Brown no intercambió con él más que unos cuantos monosílabos. Sir John Barrow se puso a gritar sin la menor compasión. Davies Gilbert, el nuevo presidente de la Royal Society a la muerte de sir Joseph, se había comportado con una amabilidad glacial. Solo Peter Mark Roget venía a visitarlo de vez en cuando a su domicilio para hablar de óptica, electricidad, lentitud y nuevas ideas sobre la construcción del rotor de imágenes. Evitaba aludir al tema del magnetismo, probablemente debido al polo magnético. Tanto tacto resultaba casi insoportable. John se pasaba la mayor parte del tiempo meditando, sentado junto a la ventana de su domicilio de Frith Street 60, en el Soho, pensando en la posible trayectoria que tendría el Paso del Noroeste, en las correcciones que debería llevar a cabo y en cómo seguir viviendo con la lógica necesaria. En la casa de enfrente vivía una anciana que se

ponía a limpiar los cristales varias veces al día, incluso por la noche. Era como si, antes de morir, quisiera concluir la única cosa a la que nadie pudiera ponerle el más mínimo reparo.

Solía sentarle bien salir a la calle, ir a cubierta, como acostumbraba decir. Caminaba por Londres y se ponía metas para olvidar por un momento la nieve, el hielo, el hambre y los voyageurs muertos. Se fijaba en las casas nuevas: ahora tenían menos ventanas, por eso del impuesto que las gravaba. Estudiaba detalladamente todos los puentes de hierro. Al cruzarlos, los carruajes hacían un ruido espantoso, que resultaba de lo más desagradable. Y luego los vestidos de las señoras. El talle volvía a llevarse más bajo, en medio del tronco, y daba la impresión de que lo llevaban más apretado. La falda y las mangas tenían muchísimo vuelo, como si las mujeres exigieran de ahora en adelante más sitio del que habían ocupado hasta entonces.

También salía por las noches, pues a menudo no lograba conciliar el sueño. Varias veces tuvo que vérselas con mujeres furibundas que pretendían que las invitara a una botella tras otra de ginebra. Los ladrones no se atrevían a acercársele. Su cuerpo había recobrado el peso y la fuerza que tenía antes del viaje.

Un domingo temprano, en Hyde Park, observó cómo se batían dos hombres a pistola. Dispararon, tal vez incluso sin apuntar siquiera, de un modo lamentable: tenían bastante con un ligero rasguño. Por la tarde, bajo el Puente de Londres, vio a tres remeros borrachos que no podían con la corriente. La barca fue a chocar contra los pilares y quedó hecha añicos. Se ahogaron todos. Y, cosa curiosa, ¡de repente todo el mundo tenía tiempo para ponerse a mirar! Eso de la falta de tiempo no era más que una moda. Ahí tenía la prueba.

Había un quiosco en el que se podían leer los periódicos de pie solo por un penique. Los griegos se levantaban contra los turcos. China había prohibido el comercio del opio. El primer vapor de la Armada. No pudo por menos que echarse a reír. No había más que acertarle en una de esas ruedas de paletas que llevaban y ya no sería capaz de seguir rodando, ofreciendo así un blanco perfecto. ¡Y la reforma del Parlamento! Muchas palabras a favor y otras tantas en contra. Siempre cuestión de prisas y de falta de tiempo. ¡Realizar la reforma a toda prisa, antes de que fuera demasiado tarde! ¡Abortar la reforma a toda prisa, antes de que fuera demasiado tarde!

Fue dos veces a casa de los Griffin. Pero la hermosa Jane, según oyó decir, se pasaba la mayor parte del año en el continente, en viaje de estudios.

¿Qué hacer? ¿Cómo seguía?

Iba también a los cafés. En ellos, a la menor ocurrencia, le daban a uno tinta, pluma y papel. Aunque nunca se le ocurría nada, pedía siempre el recado de escribir y se quedaba mirando el folio en blanco mientras pensaba: si se me ocurre algo, ya lo escribiré. Bien podía ser que sucediera también a la inversa: tal vez, si tengo dónde escribir, se me ocurra algo importante. Y efectivamente, así sucedió: de pronto le vino la idea. Se le antojó al principio un poco arriesgada, pero eso hablaba más a su favor que en su contra, tanto más cuanto que el proyecto tenía algo que ver con un viaje largo. La idea era escribir. John se propuso escribir un libro de justificación, pero que fuera muy gordo, con el que convertiría a todos los que se mostraran renuentes, convenciéndolos de la bondad de su sistema. Y como sabía lo pícara que era la voluntad de los hombres, se comprometió a ello por escrito. Escribió sobre el folio en blanco la siguiente frase:

«Narración de un viaje a los litorales del mar Polar: no menos de cien mil palabras.»

Fue la salvación de la empresa en el último momento, pues su mente ya había empezado a poner reparos. Por ejemplo: John Franklin, si hay una cosa que no sabes hacer, es precisamente escribir libros.

Las primeras palabras eran sin duda las más difíciles.

«El domingo 23 de mayo de 1819, todos nuestros hombres partieron...» ¿«Nuestros hombres»? Nuestros eran los que cruzaron el Atlántico, pero no el resto de los que lo acompañaron. Corrigió la frase y puso en su lugar «la expedición». No, mejor «los hombres a mi mando». Pero eso también resultaba equívoco, pues no lo incluía a él, que, a la sazón, los había acompañado a bordo de la *Prince of Wales*. «Yo y mis hombres» lo desagradaba tanto como «mis hombres y yo». «Embarcamos todos» resultaba impreciso. «Toda la expedición, incluido yo mismo» espantaba la vista. «El domingo 23 de mayo de 1819, zarpó bajo mi mando nuestra...» Bien, y ahora ¿qué?

Su cabeza le decía: ¡Tíralo a la papelera, John Franklin, vas a acabar perdiendo la razón! Su voluntad gimoteaba monótona: ¡Sigue! Y el propio John dijo en voz alta:— ¡Prácticamente, llevo ya una docena de palabras!

La vieja iba limpiando sus cristales y John iba escribiendo su libro, día tras día. Llevaba ya más de cincuenta mil palabras y apenas había llegado a su primer encuentro con Akaitcho y los Minas de Cobre. Escribir era una tarea laboriosa, pero muy semejante a una travesía en barco. Producía por sí sola las energías y esperanzas que requería, y estas daban de sí para el resto de la vida. Si uno escribía un libro, no podía estar desesperado mucho tiempo. Y toda la desesperación que pudiera producir el buscar la manera exacta de formular las ideas se vencía fácilmente a base de laboriosidad. Al principio tenía que luchar sobre todo contra las redundancias. Se había pasado toda la vida rehusando emplear más de una palabra para designar un solo objeto, de ahí que distinguiera entre palabras corrientes y superfluas, para así disponer del menor número posible de ellas. Pero ahora se encontraba diez veces en una sola página con una misma palabra. Por ejemplo, cuando tenía que describir la vegetación del Polo, se encontraba una y otra vez con la forma «se encuentra». Incluso se despertaba por las noches sobresaltado y se ponía a buscar reiteraciones como si se tratara de un bicho obstinado que le impidiera dormir.

También al principio se las había tenido que ver con otro estorbo: cuanto más se esforzaba por describir los acontecimientos reales, mayor era la impresión que tenía de que se le escapaban de la memoria. Todo lo que conocía por propia experiencia se transformaba, al expresarlo por escrito, en algo que ni siquiera él podía ver más que como si fuera un cuadro. Su familiaridad con los acontecimientos se desvanecía, y en su lugar aparecía de nuevo la atracción por lo exótico. En un determinado momento, había empezado a considerarlo más una ventaja que un inconveniente. Pero teniendo en cuenta que su objetivo era describir unos sucesos que conocía bien, no dejaba de ser un verdadero fracaso.

«El jefe ascendía la colina con paso comedido y digno, sin mirar a derecha ni a izquierda.» Dejó esta frase tal cual, aunque era consciente de que apenas reproducía las sensaciones que experimentara al verlo, lo equívoco e inquietante de la situación, las pocas esperanzas que le había inspirado el jefe en un primer momento. De todos modos, era una frase útil, pues cualquiera podía, o incluso debería, imprimir en ella sus propios sentimientos.

Así pues, de las decepciones que le procuraba la escritura acababa por sacar algo bueno: un nuevo trabajo que le resultaba cómodo, porque con él pretendía conseguir algo

que le era posible, dejando a un lado todo lo imposible. Cuando tenía alrededor de las quince mil palabras, había alcanzado ya todos sus objetivos.

Para poder justificar a su autor, un libro tenía que estar bien escrito. Era cuestión de tiempo y nada más.

También tenía que ser sencillo, para que pudiera llegar a entender sus cualidades el mayor número posible de personas.

Y finalmente era preciso que tuviera unas trescientas páginas, para que todos los que lo adquirieran pudieran dejarse ver con él.

La anciana murió. Durante cuatro días, su ventana siguió estando todavía bastante más limpia que todas las del vecindario. John se entristeció mucho, pues le habría gustado regalarle el libro una vez acabado. Desanimado como estaba, se le ocurrió de pronto que tal vez su informe resultara aburrido a los lectores. Decidió visitar a Eleanor, la poetisa. Quería saber qué había que hacer para que un libro no resultara aburrido para nadie.

—¿Cuánto lleva usted escrito? —le preguntó la joven.

—Ochenta y dos mil quinientas palabras —respondió.

Ella se echó a reír y a dar saltitos. John la agarró instintivamente de la cadera, sujetándola con fuerza. No hubiera debido hacerlo, pues como primera providencia ella lo obligó a asistir a su tertulia literaria de los domingos. Probó con todo tipo de excusas, sacando a colación su trabajo, esgrimiendo incluso motivos religiosos que le prohibían terminantemente participar en actividades literarias. No sirvió de nada. Ella no se creía ni media palabra.

La tertulia de Eleanor se llamaba The Attic Chest. Le iba mucho lo griego. La tapicería de la pared llevaba estampado todo tipo de ruinas, templos, anfiteatros y olivos. Los festones de los cojines eran grecas, y el tablero de ajedrez descansaba sobre un capitel corintio. Tampoco faltaban bustos de mármol coronados de laurel. Varios de los asistentes querían morir cuanto antes, a ser posible en la Hélade, o por lo menos en Roma. No le costó trabajo entenderlo, pues lo andaban repitiendo constantemente.

Eleanor leyó un poema. Luego le tocó el turno a un tal Elliott y finalmente lo hizo un hombre calvo llamado Sharp, que dio todo tipo de explicaciones antes y después de su recitación. Por eso lo llamaban Convershación. Cuando acabó la lectura, uno de los

presentes dijo algo que debía de ser muy emocionante. El silencio de todos parecía darle la razón, o por lo menos no había nadie capaz de poner la menor objeción. John hizo lo propio y le fue muy bien. El tema de las poesías, al igual que el de la conversación, giraba en torno a los sentimientos y los elementos químicos. Se trataba de los fundamentos eléctricos de la simpatía y de las partículas ígneas que contenía la materia en todas sus variedades. A ellas se debía el temperamento específico que tenía cada objeto. En Breslau había aparecido una tesis según la cual el diamante no era más que un guijarro vuelto en sí. Un solo domingo no era suficiente para hacerse una idea cierta de semejantes teorías y conocimientos, por no hablar de las conversaciones. John estaba satisfechísimo de que nadie le hiciera ninguna pregunta. Guardaba silencio y observaba cada vez más atónito al resto de la concurrencia, pues todavía no había entendido a qué venía tanta animación.

Ya lo tenía: no podía ser más que un juego. Todos jugaban a lo mismo, pero cada uno a su manera.

Había algunos, como Eleanor, que hablaban en voz alta de sí mismos llenos de entusiasmo. Lo hacían con tal ímpetu que a los demás les costaba trabajo interrumpirlos. Otros añadían un «y» al acabar cada frase, pero quedaban inermes frente a los que sabían colarse a través de la levisima pausa que precedía a esos «y», aprovechando para hacer cualquier comentario.

La regla fundamental de aquel juego consistía evidentemente en hacerse con la palabra y monopolizarla el mayor tiempo posible.

El señor Elliott inclinaba tanto la cabeza sobre su interlocutor que parecía un velero ceñido al viento cuando soplabla con fuerza. Al cabo de un rato empezaba a asentir moviendo la cabeza cada vez con más convicción, hasta que el otro enmudecía para oír que estaba de acuerdo. Pero lo que entonces oía no era más que críticas. O la señorita Tuttle. Cuando empezaba a escuchar a alguien, mantenía la cabeza totalmente erguida, pero iba bajándola poco a poco hasta llegar a tocar con la barbilla los encajes de su cuello. Esperaba hasta ese punto para lanzarse a hablar sin posible apelación, tanto si la otra persona había terminado como si no. Era como si todos los que hablaban estuvieran echando una carrera con la barbilla de la señorita Tuttle, y los más timoratos se afanaban nerviosos para abreviar.

Como John no tenía la menor intención de tomar la palabra, permanecía al margen del juego y podía observarlo con toda tranquilidad. Pero pronto se acabó su suerte, pues el

señor Sharp le estaba preguntando por el desarrollo de su viaje..., y ya era la segunda vez que lo hacía. Alguien tuvo que avisarlo. De pronto no hablaba nadie, y todos aguardaban sus palabras. En medio de aquel silencio apabullante, no le quedó más remedio que empezar a trompicones con sus pobres frases llenas de redundancias. Cuanta más vergüenza sentía él, mayor era la benevolencia con la que lo miraban todos. Naturalmente, habían oído hablar del fracaso que había sufrido en el Ártico y no se lo querían hacer notar. Por eso fingían curiosidad y asombro. Fue tan breve como pudo. Por fortuna, la conversación derivó enseguida por otros derroteros. Ahora hablaban del instante y de la facultad que tenía el arte de congelarlo... El tema era los vasos griegos. Esto sí que lo interesaba, pues ya empezaba a figurarse para qué servía: mediante varios instantes congelados se lograba reproducir el movimiento. Quiso decírselo a todos aquellos poetas, pero ya no le volvieron a conceder la palabra. Tomó aliento para soltar sus frases, que tan bien se había meditado, pero ya no había nadie que le hiciera caso. Por mucho que pareciera estar a punto de reventar de tanto como sabía, no hubo nadie que tuviera la menor indulgencia. Acabó por desistir y se quedó mirando los hermosos ojos castaños de Eleanor y los suaves rizos que se le formaban en la nuca. Con eso tenía bastante. También él era capaz de retener los instantes, quizá más que todos esos que tanto hablaban del asunto.

Cuando se marcharon los últimos invitados, John se quedó un poco más.

–Te encuentran interesante porque sabes pilotar un barco –comentó Eleanor–. Además, todos los artistas sienten gran admiración por las personas que en realidad deberían haber muerto ya. Solo una cicatriz en medio de la frente...

–¿Conoces al pintor William Westall? –preguntó John.

–Conozco un cuadro suyo –respondió Eleanor–. *El monzón se cierne sobre la bahía*. Un artista muy dotado.

De pronto se dio cuenta de que tenía la misma dificultad que él en hallar la palabra justa. La única diferencia era que en ella funcionaba de otro modo. «Dotado.» ¡Qué palabra más fea, tanto si se aplicaba a una persona como si se refería a un cuadro! No todos hallaban las palabras justas, pero eran rápidos y mantenían con aquel defecto suyo una relación muy distinta a la de él.

Se despidió para volver a Frith Street, y se puso a escribir día y noche. Para aguantar, había tenido que echar otro anzuelo a su voluntad: la frase final. Ya había decidido cómo debía terminar el libro.

«Y así acabó nuestro largo viaje por Norteamérica, con todas sus dificultades y desdichas, en el transcurso del cual recorrimos cinco mil quinientas cincuenta millas por tierra y por mar.»

Eso era exactamente lo que tenía que decir. Ni más ni menos.

Cuando se sentía fatigado, solo tenía que poner a prueba su voluntad, a ver si era capaz de escribir de una vez la famosa frase. Pero su segura servidora no podía responder más que: todavía no.

El resto del año 1823 trajo tres acontecimientos con los que nadie contaba.

En agosto se casaron John Franklin y Eleanor Porden.

En septiembre, el editor Murray publicó el libro de viajes de John. Era una obra cara, diez guineas el ejemplar. No obstante, tres semanas más tarde Murray no daba abasto a reimprimir nuevas copias, pues todo el mundo quería tener la suya. De repente, John Franklin se había convertido en un valiente explorador y en un gran hombre. No solo había intentado justificarse sino también describir con toda precisión su infortunio, sin omitir ni un detalle y confesando su propio desamparo. A los ingleses les gustaban esas cosas. Coincidían en reconocer que ese desamparo era de los que solo pueden superarse con humanidad.

Querían ver a Franklin victorioso o derrotado, tal como era. Cualquier duda respecto a sus conocimientos y capacidades les parecía una mezquindad o una mera cortedad de miras. Se vio honrado por almirantes, científicos y lores, y al cabo de unos días todo el mundo afirmaba conocerlo de años. Ese mismo mes lo admitieron en la Royal Society, y el Almirantazgo se apresuró por fin a nombrarlo capitán.

El tercer acontecimiento fue que Peter Mark Roget vino a visitarlo para darle la enhorabuena. Y de paso le comunicó que de lento no tenía nada. ¡Nunca había sido lento, sino una persona totalmente normal!

Así eran las cosas. De repente era normal y un dechado de virtudes. Ahora temía, como Richardson, que el resto de su vida pasara como una exhalación.

Cada día le llegaban nuevas felicitaciones. ¡Y lo que llegarían a escribir en los periódicos! Todo el mundo analizaba cómo sería y cómo era en realidad.

—Solo se me dan bien los trayectos largos —comentó a Eleanor—. En un lío tan inesperado como este, tengo que tomarme tiempo.

Se retiró a Spilsby, en Lincolnshire, a meditar a fondo sobre todo ello.

Eleanor esperaba un niño. Por lo menos eso no venía todavía en el periódico.

A un famoso no le resultaba fácil reflexionar sobre la fama, pues constantemente tropezaba consigo mismo. Para poder reflexionar, Franklin se prohibió terminantemente pensar que la fama se correspondía efectivamente con sus cualidades reales. Era más bien cosa del sensacionalismo. Para los londinenses él era «el hombre que se había comido las botas», y, cuando lo veían, a todos se les ocurría hacer algún buen chiste sobre el hambre y el frío. Sí, eso era: a todos se les ocurría algo sobre su historia. Por eso, en el fondo, no era más capaz de hablar de lo que había sido antes.

El señor Elliott había comentado:

—El héroe es un pelele con carácter. Ahora más que nunca necesitamos héroes, aunque solo sea para oponerlos a las máquinas.

Sharp aprovechó la levísima pausa que hizo, para tomar aliento y apostillar:

—¡Una explicación bastante extravagante! ¡Es la proximidad de la muerte! Un héroe es aquel que muere joven o que salva diez veces la vida para arriesgarla once. Y como desde hace tiempo todo el mundo menos yo va loco por la muerte...

La señorita Tuttle, cuya barbilla estaba ya bastante abajo, comenzaba a impacientarse.

—Bueno, eso habría que discutirlo. ¡La gente ama a los héroes sin más! Si es usted capaz de decirme cómo nace el amor, entonces ya no necesita saber más.

A Franklin le interesaba menos el nacimiento del amor que saber cómo podía ser dichoso con su nueva y extraordinaria notoriedad.

Le dijo a Flora Reed:

—La gloria y el ridículo son primos hermanos. Nada tienen que ver con el honor.

Flora respondió:

—Tampoco te tengo la menor envidia. ¿Qué vas a hacer con el dinero?

—Lo que más me gustaría —repuso John meditándose un poco— sería regalarlo. Sin embargo, ahora soy un hombre casado...

—¡Mira por dónde! —comentó Flora.

—... y por si fuera poco, si a pesar de todo eso no me dan ningún otro destino, tendré que armar mi propio barco.

Flora se excusó. Tenía mucho que hacer.

No ser lento por naturaleza no le producía la menor satisfacción. Ahora necesitaba más que nunca esa peculiaridad. Roget había reconstruido la máquina con la que el doctor Orme había medido antaño la velocidad de John.

—Tiene un defecto —dijo—. El resultado de la medición depende del criterio de la persona que se mide. Si quiere ser lento, a las pocas rotaciones ve una imagen completa. En cambio, si quiere ser rápido, no queda satisfecho ni siquiera al cabo de muchas vueltas. Queda a su arbitrio en qué momento diga «ya».

—Sin embargo, mi lentitud ha sido observada por muchas personas —repuso Franklin—, y además tampoco podía ser rápido cuando quería serlo. ¡Nunca fui capaz de atrapar una pelota!

—No dispongo de ninguna teoría que explique por qué no es usted capaz de hacer una cosa, capitán. Tampoco quiero improvisar ninguna. Lo único que puedo decir es de qué *no* depende. ¿Le desagrada a usted?

—No, no tiene importancia —respondió Franklin—. Sé que soy lento. ¡Berlengas! El faro de Berlengas me dio la prueba de que llevo siempre una vuelta de retraso.

Sus palabras despertaron la curiosidad de Roget, pero no admitió la validez de la prueba. John cambió torpemente de tema y se hizo el sordo ante cualquier intento de volver a tocar el asunto.

Incluso el rotor de imágenes en el que trabajaba Roget le interesaba menos que antes. La escritura le había proporcionado nuevos puntos de vista, pero tenía que reflexionar todavía bastante para poderse los explicar a Roget.

—Yo soy descubridor —le dijo—, y descubrir consiste en ver directamente qué aspecto tiene una cosa y cómo se mueve. No me gustaría que un rotor de imágenes me descubriera nada.

—Así pues, ¿rechaza también la pintura y la literatura? —preguntó Roget.

Franklin le rogó que esperara un poco. Dio unos cuantos paseos por la habitación.

—No —dijo al fin—. Efectivamente, la pintura y la literatura también describen qué aspecto tiene una cosa y cómo se mueve, pero no a qué velocidad va. Si lo intentan, sea del modo que sea, enseguida se las puede poner en duda. Eso es lo importante. Porque lo que duran las cosas y a qué velocidad cambian es algo que los hombres deben constatar en persona.

—No lo entiendo —repuso Roget—. ¿No le parece una objeción algo rimbombante a una inocente máquina de ilusiones ideada como pasatiempo? Le daría la razón si un aparato así pudiera sustituir a la perfección la contemplación personal directa. Pero eso nunca será posible.

Franklin estaba de pie junto a la ventana y le costaba trabajo responder. Parpadeaba, musitaba algo, negaba con la cabeza y empezó a hablar en varias ocasiones para volver de nuevo a pensárselo mejor. Menos mal que Roget tenía mucho tacto.

—Lo que dura una cosa y cómo puede alterarse de repente —dijo por fin Franklin— es algo de lo que no se tiene constancia. Depende más bien de todos y de cada uno de los detalles que la componen. Bastante trabajo me ha costado ya aceptarlo. Me refiero a mi propia velocidad y a la manera en la que el mundo se mueve para mí. Por eso, una única ilusión puede resultar peligrosa. Por ejemplo...

—¡Sí, por favor, un ejemplo! —exclamó Roget.

—... cuando lo atacan a uno y se defiende. ¿Qué velocidad lleva el acero del agresor cuando toca al agredido? ¿Tiene esta alguna posibilidad de verlo venir y moverse? No puede existir ley óptica alguna que tenga visos de verdad. Si la medida del movimiento que tiene mi vista no es correcta, tampoco lo será la medida visual que tenga de mí mismo y de todas las cosas en general.

Ahora era Roget el que quería cambiar de tema. Todas esas objeciones y juicios le resultaban demasiado abstrusos y lo asombraban sobre todo en labios de John Franklin, que, por lo demás, no era nada amigo de exageraciones.

El viejo señor Franklin se hallaba gravemente enfermo y no hacía más que hablar de la muerte. Sin embargo, ya admitía que su hijo había llegado a algo.

—Lo que siempre dije —musitó—. Se es inteligente cuando se llega a algo. Pero ni una cosa ni otra tienen la menor importancia. Al comienzo somos ricos, y al final, mendigos.

Eleanor vino de Londres. Bajó del coche envuelta en vaporosos vestidos. Tenía la cara pálida y parecía enferma. Franklin la acompañó inmediatamente a Old Bolingbroke a ver a su padre.

—Lástima que no pueda ver a tu mujer —dijo este—. ¡Lo fundamental es que esté sana!

John estaba enamorado de ella, y como esto acrecentaba aún más su paciencia, se ganó por algún tiempo el corazón de Eleanor. Estaba encantada con su ternura. La

escuchaba y después afirmaba que era capaz de acordarse durante días de todas sus palabras, solo con observar fijamente su rostro y sus movimientos mientras hablaba. Y luego estaba el nuevo tema de conversación: los niños. Ella quería tener muchos. Lo encontraba maravillosamente arcaico. Y el desamparo del que surgía una nueva vida era algo tan creativo y «en cierto modo tan religioso»... A Franklin le parecía una cosa bastante más simple, pero él también quería niños. La boda había resultado un poco pesada. Había tenido que aprender a bailar la cuadrilla. Le gustaba aprender cualquier cosa de memoria menos los pasos de baile y los grados de parentesco. Pero ambas cosas resultaban imprescindibles en una boda. En cambio, lo que tocaron luego fue casi exclusivamente vales vieneses, campo prácticamente inalcanzable para él. A pesar de todo, lo intentó en aras de su amor.

Desde que aumentó la popularidad de Franklin, empezó a enfriarse el cariño de Eleanor. Ella también había publicado un poema heroico bastante aburrido en torno a Ricardo Corazón de León, que se vendía solo regular, aunque los libreros no se cansaban de repetir a los clientes que se trataba de «la esposa del hombre que se comió las botas». A la larga, una cosa así no tenía nada de bueno para el amor de una poetisa. Eleanor había empezado a tener achaques y a estar delicada. Ya no daba saltitos ni reía.

Pero bueno, ahora no estaban en Londres. Franklin esperaba podérsela ganar aquí para siempre, para sí, para aquella tranquila tierra y para los alocados habitantes de Spilsby y Horncastle. Su deseo era que viviera siempre aquí con él, en Old Bolingbroke, y que aquí criara también toda aquella caterva de niños.

Pero las cosas marchaban por otros derroteros. Eleanor encontraba Lincolnshire demasiado provinciano, el dialecto demasiado relajado, el paisaje unas veces muy liso y otras demasiado escabroso, y el clima, en fin, demasiado dañino. Solo le gustaba el viejo señor Franklin.

—¡Qué viejecillo más gracioso!

De ningún modo estaba dispuesta a vivir aquí. Se ponía a toser hasta que John le daba la razón. Una vez discutieron por el amor. Cuando él añadió que acaso le interesaran más los descubrimientos que el amor, y que lo que más le atraía de este era los descubrimientos que en él hacía, resultaba una mezcla que no halagaba nada a la persona ni a los sentimientos.

—¡No hubiera debido aproximarme tanto al vencedor del hambre y los hielos! Lo que de lejos da sensación de fuerza, visto de cerca no es más que lógica y pedantería.

John se quedó pensativo. No quería poner el menor obstáculo ni a sus palabras ni a su cólera. Pero ¿deseaba que fuera distinto?

—¡Así es como tengo que ser! Sin un entrenamiento y unas reglas fijas. En mi cabeza reina el caos... a diferencia de ti.

—¡No se trata de eso! —repuso Eleanor.

Aquella frase lo preocupaba, porque desde los tiempos de Flora Reed sabía perfectamente que no tenía salida una disputa en la que uno le decía a otro de qué se trataba.

Los días que precedieron a su partida, Eleanor se los pasó tosiendo todavía más fuerte, leyendo el *Frankenstein* de Mary Shelley y, lo que era aún peor, casi sin hablar.

Al poco de marchar murió el padre de Franklin. Era como si solo hubiera estado esperando a que el aire se purificara.

Realmente, la vida ahora transcurría demasiado aprisa y a Franklin eso lo hacía sufrir.

«No dice absolutamente nada que me honre», escribía en una carta a sir John Barrow, «el hecho de alcanzar la gloria por algo que no salió bien ni siquiera se llevó a término. Mi oficio consiste en trazar buenas cartas de navegación, cuyos detalles benefician a todos. Pues bien, de momento no le he dado nada a nadie. Permanezco en Londres concediendo entrevistas a los periódicos y hablando siempre con gentes con quienes lo único que tengo en común es una cita. Solicito con toda humildad, sir, que me conceda un nuevo destino. Creo que puedo encontrar el Paso del Noroeste.»

Eleanor tuvo el niño y John logró su destino, ambas cosas en un mismo día. Había que realizar un nuevo viaje por tierra, siguiendo esta vez el Gran Río del Norte del Canadá, y desde su desembocadura continuar en barca hacia el este y el oeste, pero esta vez en condiciones. Franklin se entrevistó inmediatamente con Richardson y habló de la tripulación y el equipo necesario. George Back oyó rumores y solicitó participar otra vez en la expedición. Franklin y Richardson discutieron el asunto. Pensaban que estaban en deuda con él y no querían poner obstáculos a su carrera.

—El hecho de que le gusten los hombres no tiene nada que ver. Debe acompañarnos.

Richardson le preguntó después si iba a poder dejar así como así a su esposa, con lo delicada que estaba, y al recién nacido. Franklin respondió tan sólo:

—Todo irá bien.

Le parecía que estaba de más tener que contarle todo a Richardson o deshacerse en lamentaciones. Lo que comportaba una amistad era trazar planes y actuar. Todo lo demás no hacía más que falsearla.

La criatura fue niña y la bautizaron con los nombres de Eleanor Anne. Empezaron las visitas de las amistades. Franklin decía:

—¡Os presento a Ella!

La pequeña no hacía más que patalear y chillar como una criminal. Evidentemente, no quería que la juzgaran. Hepburn miró la cuna y finalmente no se atrevió a hacer más que este comentario:

—Se parece al capitán, visto con el catalejo del revés.

Franklin lo encontró poco halagador para su hija, pero no dijo nada. Al cabo de un instante estaban otra vez embebidos en los preparativos del viaje.

La enfermedad de Eleanor era cosa seria. Los médicos iban y venían. Los diagnósticos se contradecían, pero ella continuaba tosiendo. La enfermedad no supuso la vuelta del amor, pero a John lo hizo más comprensivo con las pequeñas maldades de Eleanor, a quien, por otro lado, tampoco servían de mucho. Sus intentos de gobernar a John mediante reproches y comentarios mordaces, no acababan en nada. Él permanecía sentado junto a su lecho, escuchándola lleno de amabilidad y sintiéndose culpable, pero sus pensamientos estaban totalmente monopolizados por el *pemmikan*, el calzado para la nieve, las cataratas o las provisiones de té.

Poco antes de la partida, Eleanor se descubrió a sí misma como esposa abnegada de un explorador importante, identificándose por completo con los objetivos de su marido. La profundidad de su entrega la ponía a la misma altura que él. De ningún modo, decía, debía quedarse por ella. Bajo ningún concepto debía sacrificar el Paso del Noroeste en aras de su matrimonio. Cosió y bordó laboriosamente una gran bandera inglesa, sacando las manos por el embozo de su lecho de enferma. Constantemente se le caía la aguja sobre la cara. El trabajo no tenía nada de fácil. Cuando terminó la bandera, cogió a John de la mano y exclamó:

—¡Adelante, Corazón de León! ¡Despliega la bandera en el punto más glorioso de tu viaje!

—Desde luego —murmuró él—, desde luego que así lo haré.

Y súbitamente creyó tener la absoluta certeza de que nunca entendería el amor ni a las mujeres. Las mujeres tenían otras aspiraciones en la vida. Lo único que se podía hacer con ellas era respetarlas.

Pocos días después de embarcarse en Liverpool junto a sus camaradas, murió Eleanor. Se enteró en Canadá, muchos meses más tarde, cuando ya había escrito varias cartas de consuelo y ánimo a la difunta. Apenas le sorprendió la triste nueva.

«Murió en aras del descubrimiento del Ártico», ponía el periódico.

—¡Efectivamente, ha muerto! —comentó Elliott—. ¡Pero su vida fue para la literatura!

El señor Sharp se sintió ofendido.

—Ha demostrado una enorme grandeza. El hecho de que uno se sacrifique por el Ártico, la libertad de los griegos o la literatura, no tiene la menor importancia.

La señorita Tuttle no podía seguir escuchando por más tiempo:

—¡Lo amaba! ¡De eso es de lo que se trata y de nada más!

Se hallaban enzarzados en una disputa en la que cada uno explicaba a los demás de qué se trataba. Les faltaba Eleanor, la risueña Eleanor de antes, la que acababa de golpear cualquier discusión poniéndose a hablar en voz alta de sí misma, llena de entusiasmo. ¡Ah, con qué rapidez se convertía todo en pasado!

El segundo viaje por tierra, que duró de 1825 a 1827, fue tan ligero y feliz como el sueño de un niño en vacaciones.

Ahora ya lo sabían todo y aún aprendieron más cosas. Franklin había hecho construir buenas lanchas para remontar los ríos y explorar la costa. Las provisiones eran abundantes y las comunicaciones con los centros de comercio de la piel no se interrumpieron en ningún momento. El único peligro que podía amenazarlos seguía siendo la hostilidad de los esquimales. Pero tuvieron la enorme fortuna de encontrar solo tribus que correspondieron al trato que ellos les dieron, sin miedo y con amistad. Franklin tomaba buena nota de todo lo que veía y oía, pues de una cosa estaba bien seguro: si los esquimales podían vivir aquí, también podía hacerlo cualquiera, con tal de llevar su mismo modo de vida. Volvió a acompañarlos Augusto, que lo tradujo absolutamente todo, tanto lo importante como lo que aparentemente era trivial. De su manera de ver las cosas extrajo una nueva forma de plantear las cuestiones. Había

descubierto que no tenía sentido hacer «preguntas guías», a las que responder con un sí o con un no. Por un maldito y equívoco sentido de la cortesía, los esquimales respondían siempre afirmativamente a este tipo de preguntas. En adelante, la palabra más importante para Franklin pasó a ser el cómo.

Su diario se llenó de apuntes:

«*Erneinek* es el arpón con vejiga de foca; *angovak*, la lanza larga; *kapot*, la corta; *nuguit*, la jabalina para tirar a los pájaros».

Todos los instrumentos tenían su propio sentido, y para entendérselas con ellos había que aprender una cosa más: la concentración. Sin concentración no se veía nada ni se pescaba nada en aquel paisaje desolado. Y no pescar nada significaba la muerte.

También fue una suerte que por fin Back entendiera qué era lo importante. Tal vez se había hecho adulto. Tal vez hubiera comprendido sencillamente cuánto tenían en común los descubrimientos con el hecho de observar las cosas muy despacio. Y todavía más:

—Si aventajamos a los esquimales en inteligencia y fusiles, la inteligencia consistirá en salir adelante sin fusiles. —La frase era nada menos que de George Back, teniente de la Armada...

La vestimenta de los esquimales consistía en calzoncillos de pluma de mérgulo marino, pantalones de piel de oso o zorro y medias de piel de liebre. Las camas eran de piel de buey almizclado. Así no iban a pasar frío, desde luego.

Aunque los blancos llevaban sus propias lanchas, aprendieron a hacer buenas barcas con piel y huesos de morsa correctamente cortados. Observaron también cómo congelar pieles y carne en los trineos. Así se ahorra peso y se ayudaba a los perros. Cortaban ladrillos de nieve helada utilizando cuchillos de madera y construían cabañas de hielo que conservaban el calor mejor que cualquier tienda de campaña. Gran parte de las cosas que los europeos se habían traído consigo acabaron resultándoles un lastre que podía llegar a poner en peligro sus vidas.

Un buen día, John escribió en su diario:

«Realmente, no podemos ser más dichosos».

Su aprendizaje iba creciendo en progresión geométrica, y reinaba tal alegría de la vista y el intelecto que sus efectos se parecían a los de la borrachera. La primera vez que Back, tras varias horas de espera, logró clavar su arpón en una foca que asomó el hocico una fracción de segundo por un agujero cavado en el agua helada, se puso a bailar con

tanto regocijo sobre el hielo, que resbaló y cayó de espaldas, al tiempo que exclamaba, radiante de emoción:

—¡Ya sé hacerlo!

Lo había intentado varias veces, pero nunca lo había conseguido. ¿Cómo era posible que hubiera aprendido? ¿Podía volverse uno más rápido de lo que era? En caso de emergencia, Franklin disponía de su mirada fija, pero lo que esta le proporcionaba era una rapidez selectiva, no una mayor velocidad en sus relaciones.

—¿Cómo lo ha hecho, señor Back? —preguntó.

—Es muy fácil, sir. No tiene más que pensar en ello.

—Eso ya sé hacerlo —replicó Franklin—, pero si me concentro en una sola cosa, acaba por ponerse a dar vueltas en mi pensamiento, hasta que mi cabeza se la conoce en todos y cada uno de sus detalles.

—Pues justamente no se trata de eso —replicó Back—. Solo debe quedar afectada una pequeña parte del cerebro. La que controla el arponazo. ¡Inténtelo!

Franklin vacilaba.

—Primero tengo que pensarme bien si funciona o no. Luego lo intentaré —respondió.

Sabía que nunca sería capaz de abatir una foca. Pero las explicaciones que había escuchado lo interesaban enormemente.

Back llevó su foca a los iglúes. Se comieron el hígado crudo y aprendieron una cosa más: el cazador no recibe nada de su presa, caza para los demás. Eso se adecuaba bien al sistema Franklin. Al menos valía la pena meditarlo.

Aunque no encontraron el Paso del Noroeste, el viaje constituyó todo un éxito. Se exploró y cartografió una parte considerable de la costa, por no hablar de la cantidad y calidad de sus comentarios etnográficos. Ahora ya se conocía a la perfección la trayectoria que seguía el Paso desde la desembocadura del Minas de Cobre hasta el estrecho de Bering. Quedaba solo el trozo que iba de la bahía de Hudson a Point Turnagain.

¿Dónde se encontraba el «punto más glorioso de su viaje»? Franklin desplegó la bandera de Eleanor en la desembocadura del gran río, que bautizó con el nombre de Mackenzie en honor de su descubridor.

Franklin quiso titular *El Ártico amable* el relato de su segundo viaje al norte de Canadá, pero el editor se opuso rotundamente.

—¡Nadie quiere ni oír hablar de un Ártico amable, señor Franklin! ¡Tiene que ser inhóspito y terrible para que sus descubridores parezcan aún más heroicos!

—¡Pero si eso es precisamente lo que debe hacer un explorador! —replicó Franklin—: explorar un territorio hasta descubrir su lado amable.

—Sí, pero eso que quede entre nosotros —contestó el editor.

El libro recibió un título neutral: *Narración de la segunda expedición a los litorales del mar Polar*, y se vendió bien. Sin embargo, la fama de John Franklin siguió debiéndose a su primer viaje. El señor Murray tenía razón. Los lectores solo entendían lo que creían ya saber por el primer libro, y no era correcto confundir sus ideas. El tiempo era escaso, las convicciones, firmes, y lo nuevo era algo que permanecía oculto.

Londres echaba humo por todas partes. El número de aparatos, máquinas y construcciones de acero crecía de día en día. La gente lo llamaba progreso. Eran muchos los que colaboraban en la empresa y pocos los que participaban de los beneficios. La mayoría de ellos se quedaban mirando con ojos brillantes y decían llenos de admiración:

—¡Demencial!

El progreso era cosa de locos, pero servía para dar gloria a Inglaterra, y aunque no redundara en provecho de uno, ¡quién no amaba a su patria!

Cierto Brunel —John ya había oído hablar de él en Portsmouth— llevaba desde 1825 haciendo socavones en aquel barrizal con unas máquinas enormes, pues pretendía construir un túnel que atravesara el Támesis. Y también había «locomotoras», que a pesar de tener unas ruedas de acero lisas con las que corrían sobre unos carriles también lisos, alcanzaban la velocidad de un buen caballo, a la vez que arrastraban tras ellas hasta tres coches. Charles Babbage le explicó que tenía el proyecto de construir una calculadora gigante, tan grande como una casa, formada por dos elementos: uno para calcular y otro para imprimir. Iba a trabajar sin descanso y debía cubrir el mundo entero con tablas de logaritmos y gráficas marinas. ¡El cerebro humano ya no tendría que cargar con el peso de ninguna operación de cálculo! Todos los hombres dotados volverían a reflexionar en vez de tener que dedicarse a garabatear números. Eso le gustó a Franklin. Babbage se apasionaba por momentos. Le explicó exactamente cómo funcionaba la

máquina. Hacía los cálculos de forma totalmente distinta a como los realizaba una persona, y mucho más deprisa y con mayor fiabilidad. Proporcionaría unos conocimientos increíbles, que trascenderían las matemáticas utilizadas hasta entonces, y quizá pudiera trazar directamente la legislación referente al fisco y a la beneficencia a partir de simples datos estadísticos.

La conversación no discurría con mucha fluidez. Franklin tenía que frenarlo una y otra vez para poder entenderlo. Babbage era un tipo impaciente, colérico y tosco. No amaba ni a las mujeres ni a los niños ni a nada que no fueran sus ideas. Franklin se quedó pensativo y clavó la mirada en los anticuados calzones que llevaba el matemático, para encontrar algún asidero frente a tanto progreso. Hasta él mismo llevaba ya los nuevos juncos largos, y ya no se ponía el bicornio de través sino recto, conforme a los dictados de la moda.

Cuando Franklin entendía una cosa, disponía de ella a su antojo. No, aquella máquina tenía sus limitaciones, dijo para disgusto de su inventor. Solo era capaz de calcular lo que se podía descubrir haciendo preguntas guía, es decir, cuestiones a las que había que responder con un sí o con un no. Le habló de los esquimales y de la imposibilidad de que le dijeran a uno nada de sí mismos mediante ese tipo de preguntas.

—Su máquina no puede asombrarse ni confundirse, así que tampoco puede descubrir nada raro. ¿Conoce usted al pintor William Westall?

Babbage no había escuchado la pregunta.

—¡Para ser marino piensa usted muy deprisa! —dijo con voz velada.

—No, me cuesta bastante trabajo pensar —respondió Franklin—, pero no dejo nunca de hacerlo. ¡Usted conoce a muy pocos marinos!

Siguieron siendo amigos. Aunque Babbage no amaba más que sus propias ideas, de vez en cuando se interesaba por las personas, siempre y cuando tuvieran el valor de contradecirlas.

Franklin se prometió con Jane Griffin. Con toda probabilidad porque aquella vez, excepcionalmente, ella no estaba en el extranjero, y ya había anunciado de nuevo la inminencia de su partida. Naturalmente, entendía de viajes como nadie. Conocía el nombre de todos los veleros que surcaban el Canal. Traducía fulminantemente a libras y chelines todas las monedas europeas. Se procuraba siempre pasaportes especiales que

obligaban a hacer reverencias a todos los aduaneros del continente, desde Calais a San Petersburgo, y sabía perfectamente cómo hacer invisibles las mercancías sacando unas cuantas monedas de plata en el momento oportuno.

–Serías un buen primer teniente –le dijo Franklin.

Jane lo dominaba todo: sociedad, amantes, el cuidado de la casa, todos los temas de moda y los cambios de color del rostro. Era rápida y además tenía sentido de la lealtad. Los amigos de Franklin comentaban:

–¡Ahora ya no hay quien detenga su carrera!

Jane parpadeaba al hablar y mantenía cerrado el ojo izquierdo más tiempo que el derecho, lo que confería un tono pícaro a todo lo que decía, aunque le estuviera dando a uno el pésame.

Pero lo que más le interesaba a Franklin era su manera de mirar. Era capaz de percibir simultáneamente una cantidad sorprendente de fenómenos, pues nunca profundizaba en ninguno, y, por tanto, estaba siempre lista para pasar al siguiente. ¡Pero nunca se le olvidaba ni un solo detalle! Era como si las cosas se le quedaran solo por quedársele y constituyeran en su mente un fidelísimo panorama en miniatura de las mil y una particularidades de las que sus ojos habían tomado buena nota. De ese modo, lo que más le gustaba en este mundo era correr en un coche a toda velocidad, mirar al exterior y devorar el paisaje con una perseverancia inagotable.

A John le gustaba también ir en coche, y aunque su manera de ver las cosas era algo distinta, estaban encantados de viajar juntos.

Su fama seguía creciendo. La burguesía leía los informes de su expedición y fantaseaba más y más sobre el intrépido héroe del desierto de hielo. Los portuarios lo consideraban también un hombre cabal.

–Él arriesga el pellejo y otros se llevan la ganancia. ¡Es como nosotros!

Hasta la nobleza lo alababa:

–Inglés de pura cepa: ¡aunque parezca añejo, aún no está viejo! A hombres así se los puede mandar a cualquier parte –comentaba en una tertulia lord Rottenborough.

Franklin sabía perfectamente a qué parte quería que lo mandaran, y así se lo comunicó a sus superiores. Pero las posibilidades que tenía de que le dieran otro destino como

explorador eran bastante escasas. El interés por el Paso del Noroeste había disminuido a pasos agigantados cuando se comprobó que apenas era de utilidad para el comercio.

—¿Qué más quiere usted hacer en el Polo? —le preguntó en tono paternal el Primer Lord—. ¡Lo necesitamos a usted para tareas más importantes!

¿Qué había que pudiera ser más importante? Pero lo primero que ocurría con los destinos era que siempre se hacían esperar.

John intentó por su cuenta conseguir un puesto en el extranjero para que le encargaran una expedición al Ártico. La ciencia era internacional, no había obstáculo que se le pudiera oponer. No lo logró. En París tuvo que aguantar variar entrevistas en francés e incluso pronunciar un discurso cuando le concedieron la medalla de oro de la Sociedad Geográfica. Almorzó con el barón Rothschild y cenó con Luis Felipe de Orleans. Mucho interés por su persona, pero poco por una nueva exploración del Ártico. Leves sonrisas ante sus experiencias con los esquimales. Lo más penoso fue el té en casa de madame la Dauphine, cuyo selecto bizcocho hubiera cambiado sin la menor vacilación por unas pocas *tripes de roche* con tal de no tener que responder a las preguntas que iban saliendo al hilo de la conversación.

Jane lo espoleaba.

—¿Lento? ¡Ya no! Mira un poco a tu alrededor. ¡Posees exactamente la misma rapidez que todos los hombres de prestigio cuando se encuentran entre otros menos importantes! El propio rey o Wellington o Peel hacen una pausa casi en cada palabra. Y cuando no entiendes esto o aquello y lo pasas por alto, no haces sino reforzar la impresión majestuosa que das.

A pesar de todo, a Franklin no le gustaban las apariciones en público. Se alegró mucho de conocer en la Polonia del Congreso a un joven geógrafo, el doctor Keglewicz, que solo quería ser descubridor y sabía lo que eso significaba. Era taciturno y desabrido, pero estaba totalmente lleno de curiosidad y de ambición. A pesar de su delgadez, recordaba al corpulento e implacable Babbage. John podía pasarse horas y horas conversando con él sin necesidad de sacar a colación la humanidad, el heroísmo o el carácter, por no hablar de la educación. Y eso ahora era raro. En San Petersburgo lo recibió la zarina, quien le preguntó de qué trataban sus libros. Y eso que ya estaban traducidos al ruso. La Universidad de Oxford lo nombró doctor *honoris causa* en

Derecho, y el rey lo armó caballero en Londres, añadiendo un apéndice a su nombre: ahora era «sir» John Franklin.

Era el más grande y el mejor, pero había dejado de ser el más joven. ¿No lo estarían colmando de honores solo para librarse de él? En medio de tanta cortesía, únicamente le llegó una oferta seria. Un fabricante de ginebra llamado Felix Booth estaba dispuesto a comprar y equipar un barco para descubrir el Paso del Noroeste, siempre que John tuviera la bondad de destacar su magnífico patrocinio en la relación del viaje que escribiera.

¡Por fin una oferta de las más altas instancias! Sir John dejó caer la carta con tristeza: tenía que dirigirse al Lejano Oriente como capitán de un buque de guerra y amenazar a los chinos para que volvieran a sentir respeto por la Corona de Inglaterra. Pero si las amenazas no surten efecto, pensó John, tendrán que llevarse a la práctica. Solicitó cortésmente que lo relevaran de esa misión. No era realmente el hombre más indicado para ponerse al mando de un barco de guerra. Además, pensaba casarse.

Los amigos pensaron: se le acabó la carrera. Si uno está en contra de la guerra, tampoco él da ninguna. ¡Qué torpeza! ¿Cómo no ha habido nadie que lo aconsejara como es debido?

Solo Richardson estrechó su mano y dijo:

—Puede que sea una ventaja. Tal vez ahora la Corona de Inglaterra le tenga más respeto.

Sir John paseaba con su esposa —ahora lady Jane— por el malecón de Ingoldmells, bordeando el mar. No, no la amaba de la misma manera en que había amado a Eleanor. Pero le gustaba. Era una persona cabal, con ideas claras, una camarada leal, y la necesitaba como madre para la pequeña Ella. No había más, pero tampoco menos. Hablaban abiertamente del asunto.

—Los dos somos curiosos —comentaba lady Jane— y casi siempre nos caen mal las mismas personas. No es necesariamente amor...

—... pero quizá sea algo mejor —respondía sir John.

A la izquierda podían contemplar los médanos y a la derecha la pradera pantanosa, mientras comentaban cómo deberían ir las cosas en adelante. La vida pasaba como una

exhalación. El círculo de sus conocidos era enorme y ello les procuraba más obligaciones que alegrías. Su fortuna era considerable, pero aún no alcanzaba para financiar por su cuenta una expedición al Ártico.

Sir John resollaba. Caminar le sentaba bien.

—Si no se mueve usted lo suficiente —le había dicho Richardson—, no seguiré siendo el único médico de su vida. ¡No coma tanto!

—¡No pienso volver a pasar hambre! —fue la réplica de John.

Pero cada vez prometía tener en cuenta el consejo del doctor.

¡Diez años! Habían discurrido tan deprisa como si los hubiera visto pasar por la ventanilla de un coche. Ahora ya tenía más de cuarenta. Sus perspectivas le auguraban una larga vida, pero el maldito peso hacía inclinar la balanza en sentido contrario.

—¡Debes hacer algo de ejercicio! —le decía Jane.

—Bueno —replicaba él—. Iré a ver al señor Booth y me apuntaré a su expedición. Es el único ejercicio que me sirve. ¡La única exigencia que voy a plantearle será que no tenga que llamar Callejón de la Ginebra al Paso del Noroeste!

Pocos días más tarde recibió en Bolingbroke un despacho de lord Glenelg, ministro de las Colonias. Tenía la satisfacción de ofrecer a sir John, por expreso deseo de Su Majestad, el puesto de gobernador de la Tierra de Van Diemen.

—¡Está al sur de Australia! Una travesía larguísima —comentó pensativa lady Jane—. Y un montón de dinero. ¡Mil doscientas libras al año!

—Es una colonia de penados —replicó sir John.

—¡Pues habrá que cambiarla! —dijo su esposa.

Pocos días después se reunió con la infatigable Flora Reed y le pidió su sincera opinión.

—¡Debes intentarlo! —replicó esta—. ¿Qué valor tiene el Paso del Noroeste? No sirve más que a la gloria y a la sed de conocimientos. ¿Y qué es eso comparado con la construcción de una sociedad joven, en la que aún pueda darse una oportunidad a la justicia? Si hay alguien que pueda llevarla a cabo, ese eres tú.

—¡Qué locura! —contestó sir John—. Yo soy navegante y no pretendo hacer cambiar a las personas ni obligarlas a nada. Bastante tengo con evitar que las cosas vayan peor aquí o allá.

—¡Pero vale la pena! —añadió Flora.

Cuando volvió a casa, lady Jane tenía preparado otro argumento:

–Desde allí no queda tan lejos el Polo Sur.

–Ya pensaré en ello.

En la iglesia de Spilsby había ahora una inscripción de piedra:

«A la memoria del teniente Sherard Philip Lound, desaparecido en el mar desde 1812».

–¡Qué locura! ¡Está vivo! –gruñó John–. En algún rincón de Australia. Quizá incluso en la Tierra de Van Diemen.

Los capitanes John y James Ross, tío y sobrino, se habían decidido rápidamente a aceptar la oferta del fabricante de ginebra. Cuando Franklin quiso solicitar el puesto, ya era demasiado tarde. Se dirigió por última vez al Almirantazgo.

–¡Lo siento, pero no! –le contestó Barrow–. Y aunque hubiera planeado otro viaje al Polo, los almirantes elegirían a otro comandante..., perdoneme..., más joven. Aunque todo el mundo sepa que usted no solo es el más famoso sino también el más capacitado...

–Déjelo –lo interrumpió Franklin–. También los demás deben tener su oportunidad. Coja usted a George Back. Es joven, y cuando sea algo mayor será mejor que yo.

Luego regresó a pie a casa, dando un paseo por las rápidas calles de Londres, y siguió pensando en el puesto de gobernador. «Soy capaz de mandar una tripulación, pero no sé moverme bien en las aglomeraciones. No es seguro que logre gobernar una colonia, aunque...»

Mientras iba pensando en ello, a la idea que se había formado de lo que era una colonia penal iba mezclándose otra, la del paisaje del Polo Sur. Glaciares eternos que iluminaban unos mares templados, con peces y pingüinos, tal vez incluso una tierra con tribus de hombres que no conocían la prisa.

¡No, se acabó! ¡No podía meterse a gobernar una colonia solo porque deseaba ir al Polo Sur! Ya era suficiente por sí sola la Tierra de Van Diemen. Quizá muriera al primer intento de evitar que las cosas empeoraran todavía más. Así de seria era la cuestión.

–Bueno –dijo John Franklin–, la Tierra de Van Diemen. ¡Esto va en serio!

La colonia penal

«Le sorprenderá un poco sir John», escribía el doctor Richardson a Alexander Maconochie. «A veces da la impresión de que no se entera bien de todo. Se ríe o murmura algo para sus adentros y da unas respuestas evasivas siempre que quiere meditarlas un poco. Pero es un hombre de corazón. Podrá usted hallar en él un amigo, con tal que...»

Richardson tachó las palabras que había escrito después de la coma. En su lugar puso: «... En fin, le he recomendado que haga de usted su compañero de armas». Tampoco acababa de gustarle del todo esa frase, pero no ocultaba tanto lo que pretendía expresar.

«No espere usted de sir John que actúe nunca a la ligera. Ayúdelo con su presencia de ánimo contra todas las maldades.»

Richardson vacilaba. ¿Por qué escribía eso? ¿Dudaba de Maconochie? Volvió a tachar la frase. Luego lo pasaría todo en limpio.

«Ni siquiera en las situaciones más dudosas se pierde nunca. Incluso en política...» No, mejor cambiarlo: «Lo mismo puede decirse, sin duda...» Otra vez la palabra *duda*. ¡Tachado!

¿Y si Franklin no encontraba ningún apoyo en Maconochie? ¿Y si no entendía la política? ¿Y si estaba ciego para las relaciones de poder? En tal caso, tampoco servía de nada escribir una carta. Richardson rasgó el papel, lo tiró al suelo y cruzó las manos. Cuando una carta no quería salirle, lo mejor era sustituirla por una oración.

El navío *Fairlie* iba lleno hasta los topes. Emigrantes, aventureros, eclesiásticos, gente con ganas de hacer carrera, reformistas, y entre ellos el nuevo gobernador de la Tierra de Van Diemen, con su esposa y su hijita, Ella, además de su sobrina Sophia Cracroft, que

tenía veinte años. También iba a bordo su secretario particular, Maconochie, con su numerosa familia. Lo acompañaba asimismo Hepburn, su camarada del Ártico, siempre fiel y servicial. Había engordado un poco, pero también eso era un consuelo.

Sir John oía a todas horas «Su Excelencia» por aquí, «Su Excelencia» por allá. Parecía que todos se hubieran embarcado para poder dirigirle la palabra en algún momento.

–Esto es solo para que lo pruebes –decía lady Jane.

–Un buen ejercicio –comentaba sir John.

La Tierra de Van Diemen. Había sido descubierta en 1642 por el holandés Abel Tasman, y hasta finales del siglo XVIII se la había considerado parte de la Terra Australis. Matthew Flinders y su amigo Bass habían sido los primeros en costear y cartografiar la isla. Desde 1803 se había convertido en un penal, y a partir de 1825 en una colonia independiente de Sydney, en la que también vivían colonos auténticamente libres, que no habían llegado a la isla en calidad de penados.

Prácticamente no había más cuestiones históricas. John conocía también todos los detalles geográficos, la situación de los principales asentamientos, cabos y montes, así como los nombres de los ríos descubiertos hasta la fecha. Uno de los ricos inversores que viajaban a bordo de la *Fairlie* había comentado:

–Con nosotros llega una nueva era a la Tierra de Van Diemen. ¡Con nosotros y con sir John!

La isla iba a convertirse en un granero del sur y en uno de los más bellos países de la tierra, y Hobart Town en la ciudad más hermosa y... Pero ¿por qué no? John no tenía previsto pasarse sus seis años de mandato ejerciendo de director del penal. Donde había colonos reinaba siempre un sentido práctico y de tolerancia. Había algo que hacer. ¿Y los penados? Dependía del tipo de delito. Haber robado una hogaza empujado por el hambre o haber cazado furtivamente en el bosque de un lord, lo único que demostraba era que se poseía una mente sana.

El predecesor de John, George Arthur, había regido la colonia durante doce años. No había visto en ella sino un establecimiento penitenciario y prácticamente no había hecho por los colonos más que adjudicarles presos como fuerza de trabajo. Este sistema de libertad condicional y de explotación se llamaba *assignment*. Por lo demás, había

acrecentado tanto sus propiedades que cuando abandonó la isla era un hombre riquísimo. Pero, ¿cómo se las había arreglado?

En cuanto a los primeros habitantes del país, un pueblo moreno de pelo hirsuto, Arthur casi los había exterminado, sin avergonzarse lo más mínimo de llamar guerra a semejante atrocidad. ¡Ni una palabra más sobre Arthur! Solo en aras de la disciplina, sir John pensaba actuar al principio como si fuera a continuar la labor de aquel.

En su condición de gobernador tenía que dotarse de un consejo ejecutivo y de otro legislativo, pero aunque tomara una decisión contraria al voto de estos, nadie podría oponérsele. Solo era responsable ante el ministro de las Colonias de Londres, y con este, eso sí, no cabía objeciones.

Por las mañanas, otra vez aquellos pesados calambres en el cuello. Había sudado y dado mil y una vueltas en la cama. Pero eso era lo que traía consigo todo trabajo de responsabilidad. Había que soportar en su debido momento la timidez y el pánico. En una ocasión había oído decir a alguien:

—¡Si hay algo de lo que no tienes ni idea, John Franklin, es de política!

Ahora tenía más de cincuenta años. Junto con su experiencia, había ido creciendo también su muerte. Poco a poco, esta iba tomando forma: acaso otros diez años más o puede que veinte. Pero el edificio ya estaba en pie y no le hacía falta realizar ningún cambio hasta que las vigas estuvieran podridas.

Una colonia de cuarenta y dos mil personas. Bien. Al fin y al cabo, ser gobernador equivalía más o menos a ser piloto. John se decía:

—¡Es cuestión de navegación!

Leía obras de derecho administrativo y penal, empapándose de los distintos grupos sociales y de sus posibles intereses. Se ponía en el lugar del propietario rústico, que quería disponer de una mano de obra barata; del tendero urbano, que necesitaba clientes que ganaran dinero, y del funcionario, que deseaba dos cosas a la vez: reconocimiento y tierras. Reflexionando a fondo, llegó a descubrir lo que quería un preso: justicia y un trato igualitario. Pero sobre todo una oportunidad.

John se pasaba horas en cubierta comprobando de arriba abajo brazas y estays, jarcias y popeses de la *Fairlie* al tiempo que pensaba en las jarcias muertas y cabos de labor que comportaba el gobernar una colonia, desde las finanzas hasta la velocidad de

movimientos que pudieran tener las distintas clases sociales. Solo si estaba preparado se conocían las señales de alarma. La política no podía ser muy distinta de la navegación. Hepburn era del mismo parecer.

Richardson le había escrito comunicándole que Alexander Maconochie estaba inflamado de un gran amor a la humanidad, pero que además era un hombre activo y decidido, un aliado inmejorable para un reformador. A pesar de ser escocés, no era un hombre beato ni tampoco aburrido.

De hecho, tenía el aspecto de un reformador, más aún, de un jacobino. Su rostro flaco, de mirada penetrante, su nariz puntiaguda, la boca ancha, que mostraba siempre un rictus sensual y en cierto modo heroico, todos sus rasgos le recordaban a su maestro Burnaby. Maconochie defendía acaloradamente las nuevas teorías. Por ejemplo, la de que los blancos procedían de los negros: era la inteligencia la que aclaraba la piel.

El secretario no había empezado con buen pie: Sophia opinó enseguida que tenía una piel curiosamente oscura.

En cambio, a lady Jane le gustaba por lo locuaz que era. Cuando hablaba de lo inhumano de los castigos, era capaz de decir frases muy lúcidas que la impresionaban:

—¡Al hombre no le hace ningún bien que no se le tenga en buen concepto!

Él no tenía muy buen concepto de la penitencia ni de la intimidación:

—El castigo surge del miedo y la comodidad burgueses. ¡Solo de la educación puede sacarse algo bueno!

Un día, John replicó a una de sus tesis:

—Depende de cada caso.

Sabía que a un filósofo radical no le gustaban estas frases. Pero también a este respecto abrigaba Maconochie esperanzas pedagógicas: sir John no tenía todavía unas ideas irrefutables, y no era de extrañar. Y eso que iba por buen camino. John pensaba: «Este Maconochie es un poco petulante. Con el trabajo práctico perderá los humos».

Cuando aparecieron en el horizonte los oscuros acantilados y los escarpados montes de la Tierra de Van Diemen, lady Jane se puso casi triste. Por ella, que era tan viajera, la travesía hubiera podido durar todavía meses, incluso en aquel barco tan abarrotado de pasajeros. John era de un parecer muy distinto. Quería empezar a trabajar cuanto antes, y solo de pensarlo se ponía más contento.

Ante ellos tenían una hermosa ciudad portuaria de casas blancas, al fondo de la cual se veía el monte Wellington, un caballero respetable de piel oscura cuya frente iba peinada con una raya de rocas. Una vez fondeada la *Fairlie* en la bahía, vino a su encuentro desde la orilla una barcaza, a bordo de la cual iba el comité de recepción. En primer lugar se acercó a sir John un hombrecillo de levita negra. Cuando no estaba haciendo reverencias, se mantenía tan erguido como un soldado. Tenía una mirada tranquila, aunque algo acuosa. Su boca presentaba el aspecto de haber dicho ya todo lo importante y de estar dispuesta a mantenerse cerrada hasta la próxima ocasión. Movía manos y brazos con extraordinaria minuciosidad, no de un modo inseguro o inquieto, sino con una medida teatral. Era John Montagu, secretario de la colonia y el hombre más importante después del gobernador. Había sido durante diez años el más estrecho colaborador de Arthur y luego había pasado a ser administrador y yerno suyo. John saludó a los demás funcionarios puestos en fila. Se entretuvo adrede bastante tiempo en fijarse bien en nombres y rostros. Quería que sus subordinados se acostumbraran a su lentitud.

Se levantó una ligera brisa en el momento en que la barcaza se aproximaba al muelle. En los balandros y balleneros que estaban fondeados, empezaron a golpear todos los cabos contra las perchas, como si de un regocijado aplauso se tratara. En la orilla había colonos, militares, funcionarios, solo unos cien a caballo, y detrás de ellos más de treinta coches atestados de señoras que no paraban de hacer señas. John no daba crédito a sus oídos. A lo largo de toda la playa se oían vítores; sí, sí, vítores.

De repente le vino una idea a la cabeza: quizá no proceda ir a pie hasta palacio, sino a caballo. ¿Y qué discurso voy a pronunciar, si además tengo que hacerlo montado?

Lucía el sol. En el muelle había dispuesto un pequeño estrado y a su lado estaba ya listo lo que John se temía: un caballo. Un robusto muchacho lo sujetaba de las riendas.

Montagu ya había empezado. Le dio la bienvenida, expresó sus mejores deseos, alegrándose en nombre de todos, saludó varias veces y concluyó embargado por la emoción. John echó una ojeada de precaución al caballo. Resoplaba, agitaba la cabeza y a punto estuvo de arrancarle de las manos las riendas al muchacho. John se dio cuenta de que ahora le tocaba a él.

Pronunció la única frase que se había pensado en el barco:

—¡Deseo que todo el mundo tenga una oportunidad!

El caballo bizqueaba, resopló varias veces y se puso a cocear.

—Ahora no pienso montar —anunció John—. Primero quiero echar una ojeada a la ciudad..., pero a pie.

Sonrisas de aprobación. Alguien exclamó:

—¡Escuchad, escuchad!

Sir John, erguido como una estatua, aguardó a que se hiciera de nuevo el silencio. Luego ordenó al muchacho que se llevara de allí al caballo.

—Ya me las he visto así —añadió a media voz. A continuación se puso en movimiento, mientras los demás lo seguían con paso solemne y un tanto sorprendidos.

John estudiaba informes, actas, reglamentos de sesiones, registros de la propiedad, sentencias judiciales. Tropezaba constantemente con nuevas expresiones técnicas, como, por ejemplo, *land-grants*. Se trataba de las concesiones de tierras mediante las cuales el anterior gobernador había logrado granjearse, hasta hacía unos pocos años, la amistad y la gratitud de muchos en todos los ámbitos en los que las pudiera necesitar. La fortuna personal de Arthur había salido, dando algún que otro rodeo, de aquellas *land-grants*. Por otro lado, John investigaba sin resultado alguno en los inventarios del registro de la propiedad, por si encontraba rastro de Sherard Philip Lound. Pero ni aquí ni en Nueva Gales del Sur había ningún colono con ese nombre.

Los periódicos constituían una lectura de lo más extraña. El *Van Diemen's Land Chronicle* decía del nuevo gobernador:

«Es uno de los tíos más duros del mundo, pero además un caballero intachable. Ahora tenemos el gobernador que siempre habíamos deseado. Si sir John no sigue demasiado de cerca los consejos del señor Montagu, los fantasmas de Arthur solo se nos aparecerán en sueños por las noches y no, como hasta ahora, a plena luz del día, vestidos con el uniforme de policía o la toga de juez».

John no podía sentirse muy contento. A la gente de este lugar le gustaba exagerar. Volvió a enfrascarse en la lectura de sus actas.

El tercer día en el cargo. La primera sesión del consejo legislativo. Señores muy dignos, levitas negras, discursos solemnes. En las arcas del gobierno había poco dinero. Un impuesto directo sobre los colonos. ¡Imposible promulgar una ley semejante! ¿Qué

hacer, pues? Antes de que hubiera terminado de pensar en ese asunto, ya había una nueva pregunta:

—¿Puede un gobernador dar órdenes al regimiento del ejército tasmano, no siendo más que capitán de Marina?

Sin más preámbulo, se pasaba a hablar de las posibles medidas por tomar contra los fugitivos que asaltaban las casas de los colonos. El debate saltaba de ahí a los setenta últimos aborígenes que quedaban. Habían sido trasladados a la isla de Flinders, al norte de la Tierra de Van Diemen, donde al parecer no habían prosperado mucho. ¿Qué tenía que ver todo aquello con bandidos, regimientos o gravámenes? Al tiempo que en su mente rondaban estos pensamientos, los otros estaban ya en la responsabilidad civil que tenía el Estado en los casos de robo a la posta. Pero luego llegaba la distribución de trabajadores penados entre los terratenientes y, antes de que John se pudiera apercebir, algunas pequeñas revisiones de los decretos de aplicación de la pena... de la pena...

Esta expresión se le enredaba cada vez en la lengua. ¿Cómo era capaz de pronunciar sin el menor fallo «decreto de aplicación», con lo insólita que era la frase, y en cambio no podía decir «aplicación de la pena»? John se enjugó el sudor de la frente. Aquello le recordaba un gallinero. Si se ponía a examinar atentamente un problema y cerraba los ojos para poder pensar tranquilo, en el intervalo ya se había plantado otro. Cuando volvía a abrirlos, el primero seguía revoloteando en su mente, todavía inconcluso, mientras el otro ya lo estaba aguardando, mirándolo con aire amenazador.

Haría todo lo que pudiera para que los órdenes del día fueran más lentos. Para ello tendría que recurrir al expediente de hacer públicas todas las sesiones: al no estar presentes solo los rutinarios miembros del consejo, no tendrían más remedio que dar explicaciones de todas sus intervenciones. Si se trataban demasiados puntos a la vez, la concentración se iba al garete, sobre todo si uno llevaba en la cabeza tal caos de detalles.

Allí el único gobernador era él. Él era el único que tenía que decir cuánto tiempo se concedía en cada caso al optimismo o a la discrepancia.

A partir de ese día, las sesiones del legislativo de la Tierra de Van Diemen se hicieron públicas.

Cuarto día en el cargo. Aún faltaban otros dos para la primera visita exhaustiva que iba a realizar a los establecimientos penitenciarios y a los asentamientos de los colonos. Todo

dependía de lo que viera. Sabía que detrás de tantas actas y tantos informes se ocultaba algo peor. Si los leía con tanto celo era porque, como primera providencia, quería que las actas coincidieran con la realidad. Durante la visita no podría prescindir de quedarse mirando fijamente las cosas: estaba decidido a no dejarse conquistar o deprimir por las imágenes. Era el gobernador y tenía que conseguir una perspectiva general para ver lo que se podía o no se podía hacer. ¡Hacer! No llorar, no odiar, no temblar.

Maconochie creía saber ya qué era lo que había que cambiar en la colonia. Enseguida se puso a dar consejos a sir John, quien, por su parte, le contó el viaje de salvamento que realizó Matthew Flinders aquella vez que encalló el barco.

—Cuando se navega, hay que determinar la posición de la que se arranca con la misma exactitud que el objetivo.

Pero su secretario no conocía más que la guerra en tierra firme.

Ya había hecho el viaje de inspección, visitando la cárcel de Port Arthur, visto a los últimos aborígenes en la isla de Flinders, y las minas de carbón en las que trabajaban los criminales impenitentes. Lady Jane —en contra de la opinión de los principales funcionarios— lo había acompañado hasta su interior y había sudado a chorros en sus oscuras galerías, deteniéndose en todas partes el tiempo necesario para entender a la perfección todo lo que pasaba. Sir John se había tenido que contener, había ocultado su espanto, había hecho las preguntas de rigor, mirando de vez en cuando a Jane, para apartar inmediatamente la vista de ella.

La esperanza de vida en las minas de carbón era de cuatro a cinco años. Quince o dieciséis horas diarias de trabajo. Latigazos por cualquier cosa. Carbonilla en las heridas. En Port Arthur, lo primero que preguntó fue qué eran aquellas cicatrices oscuras grabadas en las espaldas de toda una columna de presos. Respuesta:

—¡Oh, eso es el tigre de Barclay!

El propio teniente Barclay le comunicó lleno de satisfacción que hacía refrescar los verdugones que producía el tigre repitiendo diariamente los latigazos.

¿Qué tipo de gobernador se había figurado que era? Destitución inmediata. Denuncia al fiscal del Estado. Iba a presentar una querrela criminal contra Barclay y un tal Slade. George Augustus Slade, de la cárcel de Point Puer, se había jactado de que veinticinco

latigazos de los suyos surtían más efecto que cien de cualquier tipo. ¡De ahora en adelante se había acabado!

Pero ¡cuidado! El fiscal del Estado era un hombre de la pandilla de Arthur. Comprobar todo lo que hiciera. Apuntarlo. ¡A otra cosa!

Point Puer, la cárcel de muchachos que había en los arrecifes. Cada mes se lanzaban varios jóvenes por el acantilado, solo por poner fin a su situación. Recientemente habían muerto dos niños de nueve años. Los había visto todavía con vida cuando fue a visitar la prisión en compañía de lady Jane y su sobrina Sophia. Aquellos cuerpos raquíticos, aquellas cicatrices. Y aquellos ojos tan grandes, quizá debido a la delgadez de los rostros. Rostros que no hacía falta que lloraran para demostrar su miseria. Sophia se había emocionado vivamente ante el destino de aquellos desgraciados, y no había podido menos que abrazar a ambas criaturas y darles un beso en la frente, para visible escándalo del guardián. Los niños musitaron que les habían pegado mucho. Después enmudecieron. Cuando al día siguiente John preguntó cómo se encontraban, le contestaron que se habían suicidado. El guardián le contó una historia de lo más ingeniosa: los pobres pecadores habían tomado a Sophia por un ángel, confundidos por su larga melena rubia, y se habían matado con la vana esperanza de volverla a encontrar en el Paraíso. John se acordó de la cara que había puesto el vigilante y pensó que la cosa había sido muy distinta. Orden: traslado forzoso por negligencia en el deber. Sin testigos ni pruebas, no se podía hacer otra cosa. ¿Qué clase de médico había en Port Arthur? ¿Qué clase de cura? No había que tener la menor consideración. Adelante. John oyó que daban una orden con tanta claridad como la que oyera a bordo de la *Investigator*. No quería que el asco y la cólera lo desbordaran, pero estaba dispuesto a actuar. La cosa era ahora más complicada. No bastaba izar una bandera. No podía destituir de la noche a la mañana a todos los guardianes de la prisión y meterlos entre rejas. Y, desde luego, no podía destituir a sus propios ministros sin disponer de pruebas suficientes.

Después, la isla de Flinders. Le hacía mucha ilusión visitarla, probablemente debido al nombre que llevaba. Y quizá fuera lo mejor que se podía hacer por los aborígenes que quedaban en la Tierra de Van Diemen...

Sesenta y siete figuras esmirriadas y miserables, de melena enmarañada y expresión abotargada, de piel sucia y espaldas encorvadas. Eso era todo lo que quedaba. Se arrastraban lánguidamente sobre un pedazo de tierra yerma, esperando la muerte. Habían dejado de nacer niños, y era natural. ¿Qué iban a hacer las criaturas en un mundo en el

que lo único que las esperaba era la isla de Flinders? Las tristes figuras se le metieron por los ojos, y aunque intentó con todas sus fuerzas echarlas fuera de su cerebro, ya habían hallado el camino y lo habían calado hasta la médula. Ahí las tenía preguntándole: ¿Y ahora qué vas a hacer, John Franklin? Y él respondía: ¡No dejarme paralizar!

Qué aspecto tan distinto tenían ahora las hermosas casitas blancas, los montes de un color rojo oscuro, el río azul, las señoras de mangas abullonadas y los caballeros con sus abrigos bien abrochados, cuyos severos rostros se destacaban debajo de los honorables sombreros de fieltro. Tras las pomposas palabras, aparecía una verdad bien distinta.

Los policías no eran guardianes del orden. Las orgullosas mansiones de Battery Point no inspiraban ya admiración alguna por el progreso y la organización. Y las calles, la catedral de St. David, las casas..., todo había sido construido por penados.

Ahora ya sabía no solo a qué aspiraban, sino también cuál era su vida. Los astilleros recién construidos, con su agradable olor a madera de barcos a medio acabar, qué extraños resultaban cuando uno sabía que los que fabricaban los barcos iban encadenados. Tampoco el fuerte olor a pescado que despedían las redes puestas a secar en Salamanca Place le procuraba ya el menor consuelo. ¡Cuántas veces se enganchaban en aquellas redes los muertos de los acantilados!

Sir John Franklin se parapetaba otra vez detrás de su escritorio. La mesa de despacho constituía su cuartel general. Pero no solo quería vigilar, castigar o dirigir la guerra, sino también ganarse a las personas por cuyas venas corría la misma sangre que por las suyas. Y cada vez debían de ser más.

Había que encontrar para los aborígenes una residencia mejor que aquella isla yerma. En tono amable, pero con gran cautela, habló al respecto con Montagu. Este no estaba de acuerdo y puso algunas objeciones. Pero al día siguiente ya iban camino de Londres los planes que tenía John sobre la instalación de una nueva reserva.

Jane dominaba a la perfección su papel de señora del gobernador. Cuando John tenía que aparecer en público, ella se convertía en una aliada siempre alerta. Se ocupaba de la cárcel de mujeres y mantenía correspondencia con una tal Elizabeth Fry, de Londres, sobre cuestiones de disciplina penitenciaria. Invitaba a las esposas e hijas de funcionarios y colonos a las conferencias de temas científicos y a los conciertos de

cuartetos de cuerda que ella misma organizaba. Llevaba a sus espaldas todo el gobierno de la casa y hacía la comida, con un éxito moderado, pero a gusto de todos, para veinte personas, cada vez que el cocinero se ponía enfermo o se evadía. No tenía el menor reparo en expresar sus opiniones sobre cualquier asunto, sin preocuparse por si quedaba como una estúpida primera dama, como la señora Arthur, aunque más cultivada. Para eso había viajado tanto, leído tantos libros y observado a personas tan variadas en tres continentes distintos. Ocultaba su ingenio tan poco como su belleza. John no dependía del criterio de Jane, pero lo escuchaba respetuosamente. La amaba sin apasionamiento, pero confiaba en ella más de lo que había confiado en Eleanor. No la necesitaba a todas horas a su lado, pero tampoco lo molestaba. Por fortuna, a ella le sucedía lo mismo. Si eso no era amor..., bueno, pues entonces sería estar bien avenidos.

—¡No esperes nada de Montagu! —le advirtió Jane—. Es un hombre de Arthur. Quiere hacerte depender de él y paralizarte.

—Ya lo sé —replicaba John.

—Es de los que piensan: los gobernadores van y vienen, pero Montagu se queda.

—Puede ser —respondía John—, pero sigo necesitando un primer oficial rápido, que sepa bien su oficio y me asista en el gobierno. Sin él no tengo la retaguardia cubierta para poder ocuparme de asuntos más importantes. Hepburn no es capaz de hacerlo. Maconochie tiene poca vista y, por muy tonto que suene, una mujer no puede ocupar su puesto.

Jane lo sabía.

—No puedo librarte de los asuntos del gobierno, pero sí puedo prevenirte y ahora te prevengo de Montagu.

—Bueno —decía John—, y yo a ti de Maconochie. Es un idealista. No debemos confundir el fanatismo con la política.

Jane se quedó mirándolo atentamente.

—¡Ni al revés!

Por la noche apoyaba su cabeza en el hueco que formaban el hombro y el cuello de él. Podía incluso quedarse dormida así, mientras él permanecía despierto cuidando de que ella tuviera la cabeza bien recostada. Jane leía y releía una novela de aventuras sin apagar la luz hasta que John llevaba un buen rato roncando. Una mañana le dijo:

—Anoche te rechinaban los dientes. Estás preocupado.

Él asintió sin hacer más comentarios.

El espíritu emprendedor de Jane tenía ya casi mala fama: a la segunda semana de llegar, era ya la primera mujer que había subido al monte Wellington, de 4.165 pies de altura. No era ningún paseo, desde luego.

John Montagu se negaba a todas luces a hablar más despacio a Su Excelencia. El secretario de la colonia le recordaba en eso a los oficiales Walker y Pasley de la *Bedford*. Estaba al tanto de todo, poniendo inmediatamente a los demás al corriente de ello. Actuaba al primer golpe de vista y no olvidaba nada, ni un nombre, ni una cita, ni tampoco la menor ofensa. John lo trataba con amabilidad, pero después de meditarlo profundamente, decidió no tratarlo con más amabilidad que a los demás.

La ambición mantenía sobre ascuas al secretario de la colonia. Parecía un gato a punto de saltar. Ocultaba sus sentimientos tras una apariencia sosegada y franca. Se mostraba accesible para todo el mundo y en toda ocasión, riendo con jovialidad al tiempo que la cadena de su reloj tintineaba sobre su abombado chaleco, pero sin que su mirada acuosa se despegara ni un segundo de su interlocutor.

Cada vez que John convocaba a una sesión pública del consejo legislativo, inmediatamente se veía «preocupado» a Montagu: ¡Si precisamente se había celebrado ya una reunión de trescientos treinta y seis colonos que exigían un gobierno representativo! Este tipo de cosas sonaban en sus oídos como un timbre de alarma. Si John se interesaba por los abusos cometidos en las ejecuciones de las penas y pretendía destituir a algún funcionario, era contra el parecer de Montagu, quien ya se había mostrado contrario a trasladar a los aborígenes a un territorio mejor. Cuando John adquirió la costumbre de subir a bordo de los barcos de penados en cuanto llegaban al puerto para explicar a los presos que no solo tenían deberes, sino también derechos, Montagu empezó a reunir a su alrededor a los antiguos aliados de Arthur. No obstante, siguió intentando que sir John rectificara su actitud, recitándole precipitadamente sus dos «férreos principios en los que se basa una colonia penal»:

–Primero: Toda discrepancia de un principio reconocido como válido constituye una traición. Segundo: Toda discrepancia de lo que hasta el momento haya sido la práctica es una debilidad que envalentona a los criminales.

John consideró cuidadosamente ambas frases desde todos los puntos de vista, para acto seguido dar a entender a Montagu que la combinación de esas dos tesis excluía toda

posibilidad de cambio. Por el contrario, para él era un traidor todo aquel que descubría la validez de un nuevo principio y no tenía el valor de actuar en consecuencia.

Era evidente que Montagu veía en esa respuesta una ofensa personal. En la intimidad de la facción de Arthur, comentó con una sonrisa agrídulce:

—¡Para sir John ahora soy un cobarde y un traidor! ¡Es un verdadero descubridor! ¡No existe nada que se le oculte!

Maconochie se enteró a través de un criado y enseguida se lo comunicó al gobernador. Este no quiso creerlo. En otras palabras, decidió ignorar la advertencia.

Ella era, en todo y por todo, digna hija de Eleanor. Cuando Jane le prohibió pinchar la carne con el tenedor y señalar con él a los invitados, pidió insistentemente una explicación. John le contó la historia del gato Trim, que no habría dejado escapar así como así una ocasión semejante.

—¡Ah, aquel que dio su nombre a la ciudad! —exclamó Ella.

—El que se lo debería haber dado —corrigió John—. Pero después se consideró más importante a lord Melbourne.

Jane echó una mirada furtiva a los invitados y le dio a entender que era mejor que cambiara de tema. Sophia se echó a reír.

Por la mañana temprano, John paseaba con la niña bajo los eucaliptos del jardín del palacio. Todo parecía entonces claro y sencillo. Un día esta colonia se convertiría en un país en el que los niños podrían crecer sin que hubiera siempre que ocultarles la mitad de la historia. Con todo, Ella se informaba a fondo de los penados y de las cárceles.

—¿Cómo se hace uno malhechor? —preguntó un día.

Ya estaba acostumbrada a que papá se quedara pensando unos minutos antes de empezar a hablar. Prefería eso a las explicaciones que no hacían sino repetir lo mismo que ella ya sabía, cambiando las palabras.

—El malhechor —respondió John— no conoce su verdadera velocidad. Se muestra demasiado lento o demasiado rápido precisamente cuando no debe.

Ella quería que se lo explicara mejor. John dijo:

—Hace con demasiada lentitud lo que los demás esperan de él; por ejemplo, obedecer o prestar ayuda. Pero en cambio intenta obtener con demasiada rapidez lo que él quiere de los demás; por ejemplo, dinero o...

—¡Pues tú también eres lento! —contestó la niña.

—¡Un gobernador se lo puede permitir! —replicó John, pero no logró evitar morderse el labio.

El sistema Franklin iba creciendo, adoptando los rasgos más idóneos para una colonia. Creía haber encontrado, al menos teóricamente, el método acertado de vivir, descubrir y gobernar.

«En la cima debe haber dos hombres, ni uno ni tres. Dos. Uno de ellos debe llevar los asuntos y mantener el paso a tenor de la impaciencia, de las preguntas, los ruegos y las amenazas de los gobernados. Debe dar impresión de energía, pero no ejecutará sino las cosas más triviales, todo lo que carezca de importancia o se pueda hacer de prisa. El otro es el que mantiene la calma y la distancia, y sabe decir no en los momentos decisivos. No tiene por qué ocuparse de los asuntos que se ejecutan con rapidez, sino que ha de fijarse mucho tiempo en todos los detalles, reconociendo la duración y la velocidad a las que marchan los acontecimientos, sin ponerse límite alguno de tiempo, para poder hacerlo a conciencia. Solo escucha la voz de su interior y es capaz de decir que no incluso a sus mejores amigos y sobre todo a su primer oficial. El recurso contra todas las urgencias que solo lo son en apariencia, contra todas las supuestas emergencias sin salida, contra todas las soluciones poco duraderas, consiste precisamente en su propio ritmo personal, en lo acompasado y dilatado de su respiración. Cuando dice a algo que no, está obligado a explicar los motivos. Pero tampoco para esto tiene que darse demasiada prisa.»

Tal era la formulación que Franklin le había dado, y así lo escribió.

—¡Eso es la monarquía! —exclamó Maconochie—. El rey y su ministro. ¡Ha descubierto usted la monarquía! Pues hasta ahí llega cualquiera...

—No —replicó John—. Se trata de lo que es gobernar. Es demasiado fácil reconocer en ello solo la monarquía.

—¿Y dónde queda el pueblo? —preguntó Maconochie.

—Puede ocupar el sitio del rey —respondió Franklin—. Sin lentitud no se puede hacer nada, ni siquiera la revolución.

El secretario no se sentía muy satisfecho.

—¡Eso no significa más que esperar! ¿A quién va a aconsejárselo usted? ¡A los sesenta y cinco años voy a hacer la revolución! ¡Pues vaya!

—Yo sí —replicó John con indolencia.

El gobierno de Londres seguía enviando sus penados: obreros de Devonshire que habían destruido alguna máquina; rebeldes que luchaban por la independencia del Canadá; partidarios del sufragio universal que no se habían dejado atemorizar por la policía. Para Maconochie, eran héroes; para Franklin, «caballeros de la política». Montagu hablaba lisa y llanamente de criminales contra Dios y la Corona. Aconsejaba encerrarlos en la cárcel de delincuentes peligrosos de Port Arthur, como había sido siempre la costumbre. En modo alguno podían distribuir a los políticos como mano de obra entre los colonos:

—¡Siempre puede saltar la chispa!

La decisión de John fue bien distinta, aun a sabiendas de que las decisiones que no contaban con el voto de Montagu costaban muchos nervios y mucho trabajo de escritorio. Montagu sabía mejor que nadie hacer fracasar las decisiones que él tomaba.

Y Maconochie, por su parte, afirmaba:

—El trabajo burocrático no me va. No veo que mi cometido consista en la miseria cotidiana del papeleo. Quiero ayudar a que surja en esta tierra un espíritu más lúcido. ¡Quiero prestar mi espada a la justicia!

John replicaba:

—Pues eso solo puede usted hacerlo con el papeleo. Y precisamente muy bien. ¡Para eso es mi secretario!

Maconochie se sentía incomprendido, como siempre que alguna de sus frases ingeniosas no surtía efecto.

Contra lo que más celosamente luchaba Maconochie era contra el *assignment*. Estaba a favor de los establecimientos penitenciarios cerrados y de una forma de enmendar a los presos que tuviera una base científica y fuera llevada a cabo por personal adecuado.

La justicia, decía, es el fundamento de la educación. Y el criminal no puede encontrar esa justicia más que en la cárcel, no en patronos particulares a quienes no puede vigilar como es debido ningún funcionario.

John tenía una opinión bien distinta:

—Basándonos en la lógica, nadie puede tener una oportunidad en la cárcel. El defecto de muchos malhechores consiste solo en un sentido confuso del tiempo. Tienen una velocidad equivocada: unas veces son demasiado rápidos, y otras, demasiado lentos. ¿Cómo van a aprender entre cuatro paredes cuál es la velocidad adecuada? En la cárcel, el tiempo se percibe de manera distinta que en el mundo que nos rodea.

Maconochie no lo entendió, entre otras cosas porque John había hablado demasiado a rastras, más de lo que un interlocutor impaciente hubiera podido soportar. Pero él sabía bien cuáles eran las objeciones que tenía que poner al *assignment*.

—El colono es una mala ayuda en el camino hacia la virtud. No enmienda al penado; antes bien, es el penado quien corrompe al colono. El *assignment* es una tentación a la injusticia y a la crueldad. Los colonos tampoco le hacen ascos al látigo y obligan a las prisioneras a acostarse con ellos.

John temía que la discusión derivara en una movilización general de argumentos y que se viera en la obligación de dar todos los detalles que justificaran una declaración de guerra. Intentó cambiar de tema. Pero lady Jane lo había oído y quiso intervenir:

—No hay establecimiento penitenciario alguno que tenga el menor interés material en tratar con justicia al preso y, como muy bien sabemos, aquí mismo está la prueba. A los colonos les pasa lo contrario: necesitan a los penados para que trabajen bien en beneficio suyo.

—¡Y los explotan! —gritó el secretario.

—Pero a la larga no hay quien pueda tratar mal a alguien que vive en su casa —replicó Jane—. Con el *assignment*, si uno está bien dispuesto puede tener una oportunidad, pero en la cárcel hasta el más inocente acaba convirtiéndose en misántropo. ¡Si hasta usted mismo dice que hay que creer en la bondad de los seres humanos! ¡A usted lo que le ciega es eso de la educación! Solo cree en la libertad cuando es producto de su pedagogía. ¿Por qué no es usted capaz de apostar por la inteligencia de los colonos? Al fin y al cabo, el futuro de esta isla está únicamente en sus manos.

Maconochie se sentía otra vez incomprendido. Dio a su boca el característico rictus de héroe, hizo una reverencia y se retiró. A John no le hacía ni pizca de gracia todo aquello, pero Jane no pudo por menos que echarse a reír. Le gustaban las peleas de todo tipo.

John Franklin apostaba por los colonos libres. Consultó con Alfred Stephen, uno de sus dirigentes políticos con menos compromisos, y por primera vez invitó a sus recepciones no solo a los funcionarios, sino también a los ganaderos y hombres de negocios. Su deseo no era únicamente dar carta de reconocimiento a su existencia, sino también hablar con ellos. Ferreteros, tejedores, verduleros, zapateros, se sentían por fin oficialmente reconocidos y alababan al nuevo gobernador.

No obstante, en cuestiones de política los colonos libres no tenían mucho más que decir que los penados, y ello los exasperaba. Lo cierto era que ya había un inicio de representación popular, pues dos miembros del consejo legislativo eran colonos, pero quedaban claramente en minoría frente a los seis representantes del gobierno. El consejo ejecutivo estaba formado solo por funcionarios, quienes a su vez constituían el grueso de la facción de Arthur. John se puso de parte de los colonos, pero era consciente de que de ese modo había tomado el camino más inseguro e incómodo, es decir, el de la política. Pronto llegaron los primeros desengaños.

Los colonos habían ganado mucho durante decenios gracias a los altos precios del grano y la lana. Eran independientes, gente acomodada y agresiva. Ni su susceptibilidad ni sus deseos de figurar disponían de ninguna válvula de escape, y, fuera de los funcionarios del gobierno, no conocían ningún contrincante que valiera la pena. Las mezquinas rivalidades entre las familias eran solo un pasatiempo. Incluso los diversos periódicos que aparecían en Hobart Town y Launceston y que entablaban agrios debates entre sí, eran víctimas de su ineficacia política. Por eso se entregaban a un periodismo puntilloso, especialmente dirigido contra el gobierno colonial: comentarios y ofensas personales e infundios de toda índole.

John se fijaba en las mansiones de los ricos terratenientes y en los costosos vestidos que llevaban sus hijas. Cuando oía sus moralizantes peroratas, miraba sus jardines bien cuidados. Parecía que detrás de todo aquello se ocultaba otra cosa. John tenía la sensación de notar una ambigüedad en las conversaciones, unas ganas de conflicto disfrazadas de prudencia, sobre todo en los grandes ganaderos que vivían cerca de la selva. Lo impresionaba más por cuanto no solía entender a la primera las alusiones malignas y tenía que pedir que se las repitieran. Se inclinaba más bien a favor de los hombres de negocios, los tenderos que tenían un espíritu ágil y calculador, un carácter más amable y una paciencia de comerciante. Pero en la Tierra de Van Diemen, estos

constituían una minoría. En cambio, había demasiados caballeros de botas lustrosas que hablaban constantemente de principios eternos o de procesos cortos.

Pronto se produjo el primer enfrentamiento con ellos. La pretensión de John de devolver a los aborígenes parte de sus tierras les pareció a aquellos señores de botas lustrosas una especie de ataque a su propia vida, a sus bienes y haciendas. Poseían dinero e influencias, y enseguida llegó un despacho del gobierno de Londres que ordenaba a sir John dejar a los tasmanos donde estaban. Maconochie sospechaba que detrás de toda esa maniobra se ocultaba Montagu. John replicó:

—¡Qué absurdo! Aunque seamos adversarios, es un hombre de honor.

Más peso tuvo la disparidad de criterios en lo referente a la ejecución de las penas. Los periódicos de los caballeros, *The True Colonist* y *Murray's Review*, ponían el grito en el cielo ante la nueva «moda de conceder derechos a los presos e imponer sanciones por supuestos abusos en los castigos corporales». En una ocasión, hablando a solas con John, un terrateniente incluso llegó a expresarse con más crudeza:

—Si Port Arthur deja de ser un lugar que infunda terror, ¿cómo vamos a atemorizar a los penados que se nos distribuyen y a obligarlos a trabajar nuestros campos? Si la cárcel se convierte en un paraíso del trato justo, nuestros obreros libres acabarán cortándonos la cabeza para entrar en ella.

Curiosamente, Maconochie pasaba en los diarios por ser el portavoz de una disciplina carcelaria más férrea todavía, quizá debido a algún malentendido. Y lo más curioso era que al propio secretario no le pareciera mal y no hiciera nada por corregir aquella imagen. Era evidente que se sentía halagado. Le parecía útil para la causa, tanto si era por equivocación como si no.

El sistema era bueno, pero faltaba un gestor en el que John pudiera confiar. De ahí que en la práctica no lo pareciera. Y aún sospechaba que iría peor. Si tenía que controlarlo todo él solo, el sentido del deber lo obligaba a no perder tiempo y a dedicar cada minuto al servicio de la colonia. Pero cuanto más trabajaba en ese sentido, más dificultades encontraba, hasta que el presente quedaba totalmente fuera de su alcance. La diversidad lo ponía nervioso. Se sorprendía a sí mismo tomando decisiones precipitadas a las que llegaba tan solo por quitarse momentáneamente un peso de encima.

Una noche dejó a Jane con su novela de aventuras y salió de casa. Su primera intención había sido ir a visitar a Hepburn, para quien había conseguido un puesto de educador, pero al final se decidió por no buscar consuelo y prefirió ponerse a meditar.

Bebiendo algún que otro trago de la botella de ron, se paseaba descalzo por el jardín de palacio para mantenerse fresco y que sus pensamientos fueran prácticos y convincentes. Si la lentitud natural no bastaba para salvaguardar la calma y la concentración necesarias, tendría que buscar alguna ayuda. Estaba decidido a despachar con agilidad solo una parte de los asuntos que tuviera que resolver. En cuanto al resto, pensaba llevarlos todavía más despacio que de costumbre: más pausas al final de las frases, más sordera cuando le presentaran los informes. Y con las peticiones, únicamente quien desistiera de meterle prisas durante bastante tiempo obtendría una resolución favorable.

Tenía que crear una reserva para sí mismo, en la que pudiera proteger su tiempo.

El ron se le subía a la cabeza.

Para empezar, iba a reservarse la hora del té. Por mucha prisa que corriera una cosa, había que respetar la hora del té. Y estaba dispuesto a llevarse la taza a la boca con tanta parsimonia que los demás creyeran que estaba muerto. Quería que al removerlo nadie supiera si daba vueltas con la cucharilla hacia la derecha o hacia la izquierda. El *Van Diemen's Land Chronicle* diría: «¡Comprobado! ¡El gobernador ni se mueve!».

Su Excelencia sir John Franklin ahogaba sus risas, sentado en la tapia del jardín. Balanceaba las piernas y contemplaba el rielar de la luna sobre el mar. Veía ante sí los rostros estupefactos de Montagu y Maconochie mientras tomaba el té. Se desternillaba de risa y se daba golpes en los muslos. ¡Era el gobernador y podía hacer lo que quisiera! Lo más importante era tener calma, claridad y unos planes duraderos. Él iba a conseguirlo.

Notó que su risa se hacía cansina. El mar le pareció tan lejano como una estrella, y al mismo tiempo lo veía tan hondo como un abismo. Esa misma impresión daba desde el acantilado de Point Puer. Pero ni siquiera le pasaba por la imaginación tirarse al precipicio. Pensó que esa era la ventaja de hacerse viejo sin haber chocado con la justicia. Había tenido suerte.

No le hacía falta ninguna columna de agua levantándose entre las olas contra la fuerza de gravedad para devorar a sus enemigos o abrirse caminos. No echaba de menos a ningún Sagal vestido de blanco que le mostrara un rostro amigable y lo acunara

haciéndole sentirse seguro. No era nada de eso. Ya tenía cincuenta y dos años y sabía cuidar de sí mismo, y aun de los demás.

Tener sesenta años no significa ser viejo, había dicho Sophia. ¡Qué cariñosa! Pero ¿cómo se le habría ocurrido eso de los sesenta años?

Hubiera debido conocerla cuando volví de la guerra, pensó. Entonces ni siquiera habría nacido...

Entró de nuevo en casa completamente borracho. Pero no estaba muy convencido.

¿El sistema? No funcionaba. Además, ya no le gustaba la palabra porque habían empezado a utilizarla sus adversarios. No sabía cómo podía ser precisamente ese concepto lo que les llevaba a permitirse toda aquella falta de compasión y tanta ceguera. ¡Basta de sistema! ¡Nada de pose de golpe de vista, sino una verdadera visión general lograda mediante la observación de los detalles! Navegación.

Lo único que le quedaba era la costumbre de acabar todo lo que estuviera empezado. En tierra firme resultaba difícil.

—¿Y eso qué significa? —rezongó—. Nunca me resultó fácil.

El hombre a la orilla del mar

Resulta que un abogado de Hobart Town tiene un cocinero que se le ha adjudicado en el reparto de penados. El abogado es un conocido defensor de la suavización de los castigos. El cocinero, un maestro en su oficio cuyas salsas son tres veces mejores que las de sus colegas del palacio del gobernador. El abogado sale de viaje y confía al cocinero la administración de la hacienda. Cuando regresa, se ha vendido parte del mobiliario, han desaparecido de un cofre algunos objetos de valor y faltan unos documentos cuyo contenido resulta de sumo interés para ciertas personas. El cocinero afirma no saber nada del asunto. El abogado lo entrega a las autoridades para que lo castiguen. Es declarado culpable y condenado a trabajos forzados en la construcción de carreteras. El malhechor aún da gracias de que no lo envíen a Port Arthur.

Ahora entra en escena otro personaje: el secretario de la colonia. Es partidario del orden y predica el principio de respetar a ultranza los principios. Lo que más valora después de esto es la buena mesa. Ya ha tenido ocasión de comprobar las cualidades del cocinero. Solicita por ello de un funcionario de justicia, deudo suyo, que haga una excepción y adjudique otra vez al cocinero a un particular: a él.

Al abogado no le gusta nada la jugada. Pone una denuncia ante el gobernador. Tras comprobar el caso y pensárselo cuidadosamente, el gobernador ordena que el cocinero sea devuelto a la construcción de carreteras para cumplir la sentencia dictada. El secretario de la colonia se siente profundamente humillado. Por mucho que haya que respetar los principios, un buen cocinero no es un penado cualquiera, sino de interés estatal. Y además, el secretario de la colonia tampoco es un ciudadano cualquiera.

Pero además está el secretario particular del gobernador. Se siente un luchador infatigable en contra de la esclavitud. Como cree en la superioridad natural de la raza

blanca, defendida en libros científicos, considera que la esclavitud de personas de esta raza es el peor de todos los males. Y ve que esa monstruosidad se encarna en el *assignment*, el sistema de adjudicaciones por el que aboga el gobernador. A eso lo llama esclavitud, mientras que a todas las crueldades cometidas por los guardianes de las cárceles estatales las denomina justicia punitiva. Aunque no sea más que un secretario particular, cree que desde su puesto puede hacer algo útil por la causa: cuando un comité de juristas de ideas nobles se interesa en Inglaterra por conocer detalladamente cómo se realiza la ejecución de las penas en la Tierra de Van Diemen, escribe un largo informe, redactado en un tono de lo más apasionado, en el que explica la precaria situación que se vive en el país, incluyendo el alcoholismo y las enfermedades venéreas, y achacándolo todo al vicio del *assignment*, para añadir después algunas excepciones a la regla que confirman su tesis. Esconde resueltamente el manuscrito en un despacho oficial del gobernador, de modo que llegue a su destino con un sello del gobierno, como si se tratara de un documento oficial. Unos meses más tarde, leyendo el *Times* de Londres, el gobernador se entera de que su secretario, supuestamente en connivencia con él, ha dicho de los colonos que son «incapaces de dar un trato humanitario a los penados». Los colonos se sienten traicionados por el gobernador. Este destituye a su secretario, aunque públicamente no le hace ningún desaire. A ruegos de su esposa, incluso le permite quedarse a vivir todavía por algún tiempo en su casa. Los grandes terratenientes y el secretario de la colonia ven en ello un indicio de que el gobernador ha sacrificado a su secretario particular para librarse él de las salpicaduras. En realidad, los dos van en el mismo carro. La «víctima» no hace nada por desmentirlo, antes bien, se permite comentarios del siguiente jaez:

—¡Y aún podría decir muchas cosas más!

Entiende que su destitución es un acto en contra del progreso y la humanidad, y se siente más santo que nunca.

—Este gobernador —afirma— no merece mis servicios.

Mientras tanto, en Londres, los ministerios del Interior y de las Colonias discuten las recomendaciones del comité de juristas. ¿Hay que abolir el *assignment*? El anterior gobernador de la Tierra de Van Diemen, el mismo que introdujera el sistema y lo practicara de forma tan inhumana, se pronuncia ahora solemnemente en contra de él y lo llama lisa y llanamente esclavitud. Sir George Arthur sabe cuándo y cómo puede ganarse el aplauso del público.

El actual gobernador no lo sabe hacer tan bien. Ni siquiera se preocupa de ello. De momento, ve en la humanización del sistema de adjudicaciones el mejor medio de dar a los penados una oportunidad de subsistencia fuera de los muros de la prisión. Al mismo tiempo, sigue luchando con éxito contra la corrupción y la crueldad de los centros penitenciarios. Intenta apoyar su política en los burgueses, comerciantes, artesanos y armadores, que se muestran de acuerdo con sus objetivos, solicitando a Londres la transformación del consejo legislativo en una cámara representativa, fruto de elecciones generales abiertas.

Al mismo tiempo, el secretario de la colonia, alegando supuestos motivos personales, solicita una prolongación de sus vacaciones y parte rumbo a Inglaterra.

A John le gustaba más decir «el secretario de la colonia» que Montagu, y «mi secretario particular» que Maconochie. Pero no servía de mucho. Ambos conceptos se habían convertido en unos vocablos tan ominosos como los nombres propios. La amargura de su aburrida y torturada mente no se dejaba desacerbar tan fácilmente, recurriendo tan solo a los trucos del lenguaje.

Maconochie. Montagu. ¿Por qué se disgustaba solo por dos caballeros de dudosa moralidad? Había cientos y cientos de hombres así en el mundo.

Tampoco servía de mucho mirar las cosas a vista de pájaro. Para librarse de la amargura y recuperar su peculiar manera de examinar cuidadosamente las cosas, no cabía recurrir a la estratagema de quedárselas mirando fijamente.

El que Londres denegara convertir en parlamento el consejo legislativo, había sido obra de Montagu. Las consecuencias fueron desastrosas: los comerciantes y artesanos se sintieron decepcionados, como si intentaran darles largas. Creían que sir John había dado el primer paso solo para impedirles que ellos dieran el segundo.

—En los informes que envía a Londres —decían— no habla como con nosotros.

Y, para colmo, el caso Coverdale.

A resultas de una caída de caballo, un anciano está agonizando. Su familia manda llamar al doctor Coverdale, médico penado del departamento de sanidad del gobierno. El mensajero no espera a que vuelva el doctor, que se halla ausente, y deja el aviso. El médico no lo ve. Tal vez el viento se ha llevado la nota. El paciente no recibe ningún tratamiento y muere. La familia se hace eco de las explicaciones del mensajero, quien asegura haber dado aviso personalmente al médico, y exige el castigo del doctor Coverdale y la destitución del cargo que ostenta en el departamento de sanidad. Montagu

se empeña en que el gobernador dicte sentencia con arreglo a los testimonios presentados. Pero pronto se plantean dudas sobre la credibilidad del mensajero. Los colonos se ponen de parte del médico, de quien hasta la fecha no se ha recibido ninguna queja. El gobernador habla con él, luego con los colonos y quiere oír también al mensajero. Montagu lo insta a que no dé marcha atrás en la sentencia. Lady Jane, en cambio, considera inocente al médico y no está dispuesta a guardarse su opinión. El gobernador descubre ciertas contradicciones en la declaración del mensajero y acaba rehabilitando al médico y reponiéndolo en su antiguo cargo.

A partir de ese día, la lectura del *Van Diemen's Chronicle* deja de constituir una alegría para Franklin. Lo tachan de incapaz e indeciso. Se lo acusa de ser la triste sombra de un héroe del Polo que se deja pisotear por las zapatillas de su mujer y de hacer siempre lo que esta le dicta. Ella es el verdadero gobernador. Por primera vez en su vida tiene que buscar una palabra en el diccionario. Según dicen, no es más que un imbécil: «alelado, necio, torpe, escaso de razón y débil».

Sospecha que el secretario de la colonia actúa en connivencia con el editor del periódico. Montagu pone el grito en el cielo. Pero poco después se descubre que no decía la verdad, pues el propio editor se jacta del poderoso apoyo con el que cuenta. Entonces Montagu cambia de estrategia y empieza a hablar de malentendidos. Afirma que hace años que es coeditor del periódico y que ya se lo había comunicado hacía tiempo a sir John. Por lo demás, asegura que apenas tiene influencia en el trabajo de redacción. Sir John ve las cosas de forma muy distinta. Ahora ya conoce a Montagu. Lo destituye del cargo.

Montagu, sorprendido en flagrante embuste, pierde definitivamente cualquier sentimiento de culpa, toda sombra de duda de sí mismo. Está impregnado de sentimientos solemnes. La mentira es verdad.

Todo el mundo puede oír de sus propios labios que lady Franklin ejerce un influjo de hechicera sobre el gobernador. Al mismo tiempo, se dirige a ella invocando su amistad y le pide que abogue por él ante sir John. Se muestra tan contrito que ella, por compasión, accede a lo que le pide, pues está convencida de la reconciliación de todos los hombres de buena voluntad. No consigue nada de sir John. Montagu tiene entonces que contentarse con presentar su intervención, frente a toda lógica, como una prueba más de su entrometimiento en la política. Inmediatamente después, abandona la Tierra de Van Diemen y se traslada a Inglaterra para hacer todo lo posible para destituir a John

Franklin como gobernador. En Londres, el nuevo ministro de las Colonias es lord Stanley, ante quien goza de cierto ascendiente.

—Detalles —decía John a Sophia—. Solo especificarlos lleva ya su tiempo, y la suma puede resultar penosa. Pero no depende de la política. Yo mismo me he equivocado en algo. ¿Por qué no fui capaz de despedirlos a los dos a su debido tiempo?

Fiesta de Tasman de 1841, día de la gran regata.

John llevaba cinco años en el cargo. Como ya dominaba el oficio, sabía que había otros gobernadores mejores que él. En aquella profesión, la navegación era importante, pero no bastaba solo con ese elemento.

En todo el puerto ondeaban las banderas azules en cuyo centro brillaba un brote de acacia de color de plata. La propia lady Jane había diseñado el emblema antes de partir a Nueva Zelanda. La acompañante del gobernador era Sophia Cracroft, que ocupaba el puesto de primera dama, cuando aquel bajó a la marina a inaugurar la fiesta.

Iba vestido con el uniforme azul de capitán de la Armada, con todos los botones bien abrochados. Llevaba puesto el bicornio, que le cubría la calva y la vieja cicatriz de la frente. Últimamente, el tiro de la cabeza se consideraba en la colonia una excusa para hablar de la lentitud de sir John. Llevaba en la mano un ramo de rosas rojas, «rosas inglesas». Hasta con los símbolos tenía un montón de cosas que hacer en su condición de gobernador. Sophia le había dicho algo. La miró a los ojos con expresión de duda.

—Perdón, ¿cómo dices?

John oía cada vez peor con el oído derecho. La sordera, la herencia de Trafalgar que con tanta frecuencia había fingido para ganar tiempo a la hora de responder, se había hecho ahora realidad. Era lamentable que los caballeros tuvieran que mantenerse siempre a la izquierda de las señoras por culpa del sable. Tampoco podía pegarse demasiado a Sophia, pues ahora estaban de moda los miriñaques. Las mujeres resultaban mucho más voluminosas con aquel armazón en forma de campana.

Sophia repitió su pregunta:

—¿Estás triste?

—Triste no, sordo —repuso él— y un poco más ciego que antes. Ahora veo más cosas, incluso más deprisa, pero los detalles los percibo peor. Además, se me olvidan muchas cosas.

Se dio cuenta de que con Jane no hubiera podido quejarse de su situación con tanta claridad.

Jane creía en la bondad, estaba dispuesta a confiar en todo el mundo y le gustaba discutir. Pero cuando chocaba con una mezquindad o una susceptibilidad demasiado grande, se volvía fría y desagradable. Se retiraba levantando la ceja con displicencia y se marchaba a otra parte. Ahora estaba en Nueva Zelanda, oficialmente por los nervios. Pero lo cierto es que estaba harta de la estrechez mental de los tasmanos. ¿Hubiera debido mantenerla al margen de los asuntos del gobierno? ¿Hubiera debido dejarla colaborar más estrechamente con él?

La banda del regimiento afinaba sus instrumentos. Sophia le decía algo. John permaneció de pie y se inclinó hacia ella con el oído bueno.

—Me gustaría luchar por algo —decía—, pero todavía no sé por qué.

John observaba su graciosa naricilla furiosa. Sophia era una señorita tranquila, más propensa a la reflexión que a enfurecerse como una salvaje. Por eso resultaba un tanto extraño y emocionante ver que se le hinchaban las aletas de la nariz. John desvió la mirada y sonrió a un niño, que se puso radiante. Continuaron su camino. No volveré a sonreír, pensó. Imbécil, escaso de razón.

«Es un irresoluto empedernido y un coloso bienintencionado. Por desgracia, tiene la funesta tendencia a pronunciar discursos en serio. Pero por lo menos no es veleidoso.»

Lo había escrito Lyndon S. Neat, uno de los adivinadores de la personalidad de la redacción del *True Colonist*. Unas líneas más abajo decía:

«Sir John se mueve en sociedad como un león marino en t tierra.»

Por lo menos ese Neat no era un niño mimado de los ganaderos, y eso ya era mucho. Pero, ¿no podía un tipo así hacer nada mejor que admirar y ridiculizar alternativamente a un gobernador acosado? ¿No podía ponerse en el bando adecuado y dar un poco de importancia a lo que escribía? Bueno, probablemente no le interesaba cambiar.

—¿Que por qué vas a luchar? —decía John a su sobrina—. Llevas una temporada preocupada por el asunto.

¿Entendería Sophia esas frases? La experiencia le había enseñado que casi nadie entendía lo que se le decía, aunque todos pretendían entenderlo todo. Todo el mundo se enfadaba cuando se dudaba de esta capacidad. Incluso lady Jane.

En cambio, Sophia quería aprender de él. Después del doctor Orme, era la primera persona en la vida de John que realmente quería aprender algo de él. Últimamente se le

había metido entre ceja y ceja lo de la lentitud. También ella se movía despacio, pero en su caso resultaba incluso un encanto.

Ya estaba bien. John se acercó a la barandilla y se dirigió a la multitud expectante:

–En nombre de Su Majestad la reina –pausa para la reina–, declaro inaugurada la regata del centésimo nonagésimo nono aniversario del descubrimiento de Tasmania.

Vitores, disparos de morteros. Comenzó a tocar la banda del regimiento. John volvió a sentarse en la tribuna, al lado de Sophia. Cogió el catalejo y se dispuso a esperar la salida de las piraguas de cuatro remos. Era una lente estupenda. John observaba los puestos de cerveza y de queso, las tómbolas y las barracas de tiro al blanco, los niños y las flores. Al menor movimiento del catalejo, podía recorrer con la mirada centenares de rostros vueltos hacia el punto de partida. El muelle entero estaba atestado de gente. Solo empezaba a verse algún claro al fondo, en el espigón. A lo lejos había un hombre ligeramente aupado sobre el muro del malecón. Era el único que no miraba al punto de partida, sino al mar. Evidentemente, todo aquel ajetreo nada tenía que ver con él. Esperaba algo más importante, algo que tal vez estaba ya a punto de llegar. La lente era buenísima, sin duda, pero el hombre estaba demasiado lejos, y apenas podía distinguírsele la cara. Probablemente una nariz encorvada y una frente poderosa. Un viejo. Miraba... no «como un águila», sino «como águila». John se dio cuenta de que la imagen empezaba a temblar.

–¡Señor Foster!

–¿Excelencia? –El jefe de policía hizo una reverencia.

–Coja el catalejo. ¿Ve a aquel viejo del rompeolas?

Parecía como si el señor Foster no hubiera tenido nunca un catalejo en sus manos. Graduaba constantemente la distancia y la nitidez de la lente, buscando el horizonte. Ahí lo tenía, por fin.

–Es un penado recién salido de la cárcel.

–¿Su nombre?

–Probablemente es falso. Perdone Su Excelencia, pero se hacía llamar John Franklin.

–¿Qué es eso de «se hacía llamar»? –preguntó John; pero no se quedó a esperar la respuesta. Oía vagamente voces que le hacían preguntas y lo saludaban, cuando por fin se dio cuenta de que llevaba un buen rato andando y de que se dirigía al rompeolas atravesando los puestos de cerveza y queso.

Se detuvo a diez pasos del viejo.

—¿Sherard Lound?

El hombre no reaccionó y siguió mirando a la lejanía mientras comía. Desmigaba un panecillo que sostenía en la mano izquierda e iba metiendo... ¡qué raro!, ¿dónde metía los pedazos? John lo veía de perfil, solo la parte izquierda del rostro. Era como si el hombre echara los trozos de pan en la oreja derecha. Oyó la voz del señor Forster que hablaba detrás de él:

—No se asuste, es que...

John se acordó entonces del nombre, y gritó:

—¡John Franklin!

El hombre volvió un poco la cabeza y se puso otra vez a mirar hacia el mar. John se le acercó por detrás. Ahora estaba a su derecha. Se quitó el sombrero y a medida que lo bajaba fue apareciendo, pulgada a pulgada, el rostro de Sherard: una enmarañada cabellera blanca, una frente morena surcada de arrugas. De pronto la piel era mucho más blanca, justamente debajo de la sien: una cicatriz. Pero por encima de todo se le quedó clavada una imagen en los ojos. El rostro de Sherard le recordaba la pesadilla en la que la figura simétrica se convertía en aquel desgarrón lleno de pinchazos y jirones. Aquello ya no era un rostro.

La mejilla derecha no tenía carne. Quizá un sablazo o tal vez una quemadura. Faltaba la mejilla entera y quedaban a la vista los dientes y los huecos de las melladuras.

—Probablemente sirvió en la Armada durante las guerras napoleónicas —comentó el señor Forster—. Se ha vuelto..., perdóneme usted..., imbécil. No habla con nadie. Se ha pasado quince años en Port Arthur.

—¿Por qué?

John se sentó junto a Sherard, volvió a calarse el sombrero y se puso también a mirar al mar.

—Piratería —repuso el señor Forster—. Cuando lo pescaron nuestras fragatas, se hallaba en posesión de un bergantín inglés que navegaba hacia el Atlántico sur.

—Déjeme solo —contestó John—. Despida a todos. Ya volveré luego.

Permanecieron sentados en silencio. Sherard seguía desmigando su panecillo y echándose los pedazos en el agujero de la mejilla. Se metía los pedazos hasta el fondo, poniéndose la mano delante mientras masticaba, para que no se le salieran. Parecía haber encontrado la paz. Debía de estar esperando algo, pero no daba muestras de impaciencia.

Su vista permanecía clavada en el horizonte, aunque no daba la impresión de que la llegada fuera a producirse de un momento a otro.

John pensaba en la isla de Saxemberg, que nunca fue encontrada.

Sherard había dicho entonces:

—Si no la encuentra nadie, será mía.

—¿Adónde querías ir, Sherard? ¿A Saxemberg?

Ni la menor reacción. John contempló de nuevo la mejilla descarnada y pensó qué era realmente lo que tenía de espantoso. A todos les gustaba que los mirase un rostro hermoso y agradable. Todos deseaban verse reflejados en una cara así y se asustaban cuando veían una mueca de burla o amenaza, una boca que pareciera echar espumarajos o maldecir con dientes de calavera. ¡Eso era todo! Una vez que se era consciente de ello, el rostro de Sherard se podía soportar.

Pero John no era dueño de sus sentimientos. Solo en apariencia atañían a aquel rostro. Tenía la sensación de no tener dónde agarrarse y no sabía si estaba triste o contento, si sentía compasión o curiosidad. Lo que pasaba por su cabeza no resultaba molesto por lo extraño. No era un campo de batalla sino más bien una superficie acuática agitada por el viento, sobre la que flotaba la espuma de los pensamientos como ocurre con el mar de fondo cerca de la costa.

Todos se han ido, pensaba. Mary Rose, Simmonds, Mockridge, Matthew. También Eleanor me ha abandonado. No hice más que adelantarla. Y ahora vuelve Sherard, terriblemente golpeado, y no es más que un penado que lleva mi nombre, gobernado por mí, castigado por mí.

Súbitamente se preguntó si era una buena persona. No era más que una de tantas preguntas sin respuesta que lo acosaban y atacaban, como las obras de arena del mar. John estaba dispuesto a admitir cualquier pregunta y aguantar de buena fe lo que pudiera traer consigo. Nunca he sido bueno, pensó. Ni siquiera la lentitud hace buena a una persona. Y en cuántas ocasiones no hubiera debido incluso ser peor...

Entonces Sherard, sin apartar la vista, le tendió el panecillo para que tomara un bocado. Los alimentos Lound para casos de emergencia, el «Puerto Franklin», la refrigeradora, el milagro de los panes y los peces. John volvía a tenerlo todo presente. Cogió un pedazo y se puso a masticar con los ojos arrasados de lágrimas. Como un cocodrilo, pensó. Al final no tuvo más remedio que echarse a reír. Qué lejos estaban Maconochie, Montagu y la política tasmana.

Sherard Lound estaba allí sentado, escrutando pacíficamente el horizonte. Una piedra en la ribera que ya no se puede sacudir. Ha alcanzado mi meta, pensó John.

Se puso las manos ante los ojos y contempló atentamente la oscuridad. Cuando volvió a mirar a su alrededor, no sabía cuánto tiempo había pasado. Ahora ya todo resultaba muy claro, niños, barcas y barracas de feria. Los rostros que lo miraban parecían amables. Se sentía muy despierto, vivo, agradecido por su vida, con fuerza en la cabeza y en los miembros. Extrañamente joven.

Forster se acercó:

–Excelencia, la entrega de premios. Los ganadores están listos...

John sonrió sencillamente:

–¡Los ganadores pueden esperar!

Sherard vivía ahora en el palacio del gobernador. Nadie sabía si se daba cuenta de las cosas ni si tenía algún juicio. Se pasaba sentado todo el día en el mismo punto de la ribera, con la mirada extrañamente despierta.

–No vivirá ni seis semanas –aventuró el doctor Coverdale, que lo había examinado a instancias del gobernador–. Su enfermedad es incurable. Pero se lo ve más satisfecho que nosotros.

–Quizá haya encontrado el presente –murmuró John–. En cualquier caso, muere como un descubridor.

El doctor Coverdale lo miró de arriba abajo con verdadero asombro.

John se confesó a sí mismo que se había enamorado de Sophia, pero no le dijo nada a la muchacha. Paseaba con ella por el parque poniéndose a su derecha, sin sable, y desde la ventana la veía moverse cuando paseaba sola. Tomaba el té con ella, dando vueltas sin parar a la taza y contándole historias de William Westall y hablándole de la línea de costa del Ártico. No iba a permitirse más libertades. Si había vuelto a encontrar el amor, ya podía dejarlo en su sitio. Todos sus actos tenían la virtud de hacer ya mucho tiempo que duraban o de estar pensados para que duraran. No creía que ninguna excepción a esta regla pudiera proporcionarle la felicidad. Una noche, Sophia se vio a solas con él en la sala y se echó súbitamente en sus brazos. Sir John le acarició suavemente los cabellos, mientras repasaba a toda prisa el orden del día del consejo legislativo para mantener la

calma. Cada párrafo terminaba con estas palabras: «¡Tu esposa se llama Jane!». Luego la besó en la frente. Pero eso fue todo.

—Seguramente no tardarán mucho en destituirme, así que ya puedo olvidarme de las estrategias.

Ya no le hacía falta tener en cuenta la opinión de los señores de botas lustrosas ni la de sus periódicos. Quería aprovechar el tiempo que le quedaba para dejar tras de sí un rastro perdurable. Volvió a cartografiarse todo el litoral de la isla y se añadieron nuevos comentarios a las cartas de marear. Los balleneros y mercantes matriculados en la isla quedaron exentos de todos los derechos de puerto. El número de barcos aumentó rápidamente.

—A esta tierra le vendrían bien más marinos —decía John en público.

Contra las airadas protestas de algunos grandes terratenientes, hizo todo lo posible por privar a la isla de su condición de colonia penitenciaria. Solicitó de Londres el cambio de nombre. En adelante, se llamaría Tasmania, en vez de Tierra de Van Diemen, pues los comerciantes, artesanos y vecinos de la ciudad se denominaban con orgullo tasmanos y odiaban su antiguo nombre. John dejó de preocuparse por la oposición que pudiera encontrar en ambos consejos y fundó un Museo Tasmano de historia natural, acabó las obras del parlamento con los pocos fondos de que disponía y subvencionó el teatro. Compró tierras a orillas del río Huon, arrendándoselas por poco dinero, en condiciones generosas, a antiguos penados. Se pasó semanas hablando noche tras noche de cuestiones pedagógicas con eruditos, eclesiásticos y colonos. Quería fundar una escuela.

Cuando lady Jane regresó de Nueva Zelanda, hizo que lo acompañara con el mayor descaro a todas las reuniones de ambos consejos. Aunque no tenía voz en ninguna de las cámaras, no se perdía ni una sola sesión. Por mucho que no fuera oficial, la significación de la que gozaba resultaba notoria. Enseguida bajó la marea de voces y rumores hostiles. Empezó a cundir la opinión de que si el gobernador elegía a los consejeros que él consideraba más adecuados, ello no se debía a la debilidad de su carácter sino a la potestad de su cargo.

La bajada de los precios del grano y de la lana hicieron que escaseara el dinero en la colonia. Eran malos tiempos. Para colmo, Londres enviaba ahora más penados que nunca, a la vez que abolía por completo el *assignment*. Había que construir nuevos

establecimientos penitenciarios y se tenían que conseguir más fondos para mantener a los prisioneros. Franklin utilizó cuanto pudo su facultad de conceder indultos a los reos de delitos menores, vigilando con desconfianza al personal de prisiones. Solo seguían estando en su contra algunos grandes terratenientes, restos del partido de Arthur, y unos cuantos funcionarios de las cárceles.

—Bastarán para hacerme caer —comentó un día a Jane con el mayor aplomo.

—Pero primero hagamos un viaje a la parte que todavía no conocemos de la isla —le pidió esta.

—Y, mientras tanto, sigamos haciendo consultas sobre la nueva escuela.

Sherard traía suerte o, lo que era más probable, mantenía alejados de allí la desgracia y a todos quienes pudieran causarla. No decía nada, quizá tampoco entendiera nada, pero todos los que no evitaban visitar la casa del gobernador notaban su efecto: el choque, la tristeza, la reflexión, la mayor calma y serenidad, las ganas de hacer cosas. John consideró la posibilidad de permitir que Sherard asistiera a las sesiones del consejo, pero desechó la idea por juzgarla demasiado insensata. También la desechó por respeto al amor que Sherard sentía por el mar. Para él una sesión hubiera sido una pérdida de tiempo.

Pese a las palabras del doctor, no daba la impresión de querer morirse. Era evidente que se alegraba de ver todos y cada uno de los barcos que arribaban a la desembocadura del Derwent. No solo eran naves con prisioneros. La vieja *Fairlie* trajo también a muchos científicos, entre ellos a los geólogos polacos Strzelecki y Keglewicz, el agrimensor que tenía una sed insaciable de precisión y aquel alma enfermiza. Unas semanas más tarde entraron en el puerto las embarcaciones *Erebus* y *Terror*, al mando de James Ross, el amigo de John, que iba a explorar la Antártida. Franklin hizo construir de su propio peculio un observatorio astronómico para él.

Parecía que la mirada de Sherard atraía hacia la isla desde más allá del horizonte a todas las personas de buena voluntad, manteniendo a todos los demás fuera del alcance de su vista.

—En la nueva escuela se tiene que enseñar qué es lo duradero, sin aburrir al alumno —meditaba la gobernadora—. Eso es justamente lo que no saben hacer en las escuelas.

Llovía a chaparrones. Apenas podía encenderse fuego. Y eso que Gavigan, uno de los integrantes del equipo de penados que los acompañaba, hacía lo que podía. Y todos los excursionistas estaban tan contentos como chiquillos.

«El gobernador vuelve a hacer lo que se le antoja», había escrito el reportero del *Chronicle*. «En vez de preparar su partida, que presumiblemente tendrá que realizar en fecha próxima, emprende un viaje por la selva en compañía de su esposa y una banda de penados.»

Ahora empezaba a humear el fuego.

—Los escolares tienen que aprender a descubrir las cosas. Sobre todo su propia manera de ver y su velocidad específica, cada uno la suya —decía John.

Jane guardaba silencio, pues sabía que cuando John mantenía la vista dirigida a un punto determinado era que todavía no había acabado de hablar.

—Las malas escuelas —siguió diciendo— impiden a todo el mundo ver más allá de lo que ve el profesor...

—Bueno, pero por otro lado no se puede obligar a los profesores a ver más de lo que ven...

—Respeto es lo que deben tener —replicó John—, y no meter prisas a la gente. Y también tienen que saber observar.

—¿Pretendes conseguirlo por decreto?

—Pretendo demostrarlo. El respeto lo da la vista. Los profesores no solo deben ser maestros. También tienen que ser descubridores. Yo tuve uno así.

—En nuestra condición de fundadores, no podemos dictar más que las disciplinas académicas —apuntó Jane.

—Y como la Iglesia diga lo contrario, ni siquiera eso. ¡La Iglesia lo que quiere es latín!

—¿Y qué es lo que quieres tú?

—Todo lo que dé una oportunidad al alumno: matemáticas, dibujo y sobre todo observación de la naturaleza.

El aguacero arreciaba. El fuego se estaba apagando. John cerró la puerta de la tienda. Jane apoyó la cabeza entre el hombro y el cuello de John.

—Debes escribirle todo eso al doctor Arnold, de Rugby. Quizá conozca algún buen rector para la escuela.

Los penados respondían bien, sobre todo Gavigan, el más viejo, un tipo gordo y fuerte, de ojos enrojecidos por las horas de vela y la presencia de ánimo. También French era sensato y leal. Este daba la sensación de medir lo que dos hombres juntos de estatura mediana puestos uno encima de otro: llegaba a los siete pies y dos pulgadas. Cuando tenían que cruzar algún río, él era el primero en echarse al agua, fiado de su altura, y, aunque tocara enseguida fondo, nunca dejaba de hacer pie. Los otros diez se mostraban siempre tan celosos como solo sabían serlo los penados cuando esperaban poder salvar su dignidad por unos meses.

En una trocha, Jane se torció el pie y tuvieron que llevarla en una especie de angarilla. Seguía lloviendo y los ríos se salían de sus cauces. Iban escasos de tiempo: hacía varias semanas que los esperaba una goleta en la desembocadura del Gordon, y ya iban con retraso. Finalmente encontraron un río, el Franklin, que no se podía cruzar como no fuera en barca. Si la goleta los dejaba en tierra, estaban perdidos, pues mientras tanto los arroyos que habían logrado vadear con toda tranquilidad se convertirían en caudalosos torrentes. No cabía dar marcha atrás.

—Tiene que cruzar uno y dar aviso —dijo John.

—Yo llevaré a Gavigan a hombros —repuso French tras quedarse cavilando un rato—. Yo hago pie y su peso me dará estabilidad.

Cogió al gordo a hombros y se echó al agua. Aunque pronto volcaron y desaparecieron en los rápidos, lograron llegar sanos y salvos a la otra orilla y gritaron, haciendo bocina con las manos:

—*¡Kuuii!*

Era una palabra de los aborígenes tasmanos que significaba «¡hurra!». Recorrieron las quince millas hasta la desembocadura del Gordon en menos de cuatro horas, dando con el recodo en el que se hallaba la goleta en el preciso instante en que se disponía a levar anclas. Lograron detenerla y que les dieran algunos víveres. Cinco horas más tarde estaban otra vez a la orilla del río Franklin gritando:

—*¡Kuuii!*

A los dos días tuvieron listo un buen bote de remos con el que todo el grupo pudo verse en la otra orilla sin mojarse lo más mínimo la ropa. El viaje había terminado bien. John condonó a sus salvadores el resto de su pena. En cuanto se vieron libres, se casaron. Porque esa era otra de las cosas que distinguía a los penados de los demás ciudadanos: los penados no podían casarse.

Sherard ya no podía bajar a la orilla del mar a ahuyentar el peligro. Tenía que acostumbrarse al lecho de enfermo, y lo hizo sin oponer resistencia. Definitivamente, 1843 iba a ser el año de la muerte de Sherard. Cada vez se parecía más a un águila y estaba tan pálido como una hoja de papel.

Un buen día apareció un barco en la rada de Hobart Town. Bajó a tierra un hombre que se quedaba boquiabierto a cada paso. Pidió que le indicaran cómo se iba al palacio del gobernador, y ante cada explicación que le daban decía:

—¡Qué extraño! ¡Qué extraño!

Deseaba hablar con sir John. Cuando por fin le concedieron audiencia, lo único que hizo fue pronunciar su nombre:

—Eardley Eardley —dijo, como si esperara alguna reacción especial.

John hizo una cortés inclinación de cabeza y siguió mirándolo fijamente.

—Eardley Eardley —repitió el hombre con asombro.

John le dio las gracias por repetir tan amablemente su nombre, pero le dijo que no hacía falta que siguiera haciéndolo.

—¡Es que así es como me llamo! —replicó el recién llegado—. Soy su sucesor en el gobierno de la Tierra de Van Diemen. Aquí tiene el comunicado de lord Stanley.

Él esperaba que John lo presentaría entonces con gran pompa a todos los funcionarios, pero lo único que hizo fue soltar una sonora y prolongada carcajada. Finalmente se encogió de hombros:

—El señor Montagu debe de haberme imputado todo tipo de infamias. ¡Cómo se podrá hacer una cosa así!

Luego se retiró a hacer el equipaje.

Sherard se quedó a morir en Tasmania.

Hepburn obtuvo un cargo de celador en la nueva escuela. La pequeña Ella lloraba por tener que dejar allí su pequeño poni. Sophia lloraba porque sabía que el hombre al que amaba era tratado injustamente y de un modo ofensivo.

—¡Si yo fuera la reina! —exclamaba entre sollozos.

Lady Jane reía, lanzaba maldiciones y organizaba el traslado con la visión panorámica que la caracterizaba.

A la hora de la despedida, la playa y el puerto se hallaban abarrotados de público. Solo ofrecía este aspecto el día de la gran regata. John contó trescientos hombres a caballo y más de cien carruajes. Muchas familias de los colonos vinieron también desde muy lejos para decirle adiós. Estrechó la mano de una ingente cantidad de mujeres y hombres, muchos de los cuales no podían contener las lágrimas. Vinieron antiguos penados, marinos, labradores modestos, aprendices de sastre y tramperos, entre ellos el doctor Coverdale y el robusto señor Neat, del *True Colonist*, que se le echó encima y le cogió la mano al tiempo que decía:

—Si algún día esta tierra encuentra el camino de la dignidad y las relaciones de buena vecindad, habrá sido por seguir las huellas que nos dejara el noble y paciente espíritu de Su Excelencia.

A Neat le sudaban las manos. Pero ello no restaba en modo alguno finura a sus grandilocuentes palabras de consolación. John puso aquella mano húmeda sobre su corazón y dijo, inclinando levemente la cabeza:

—Lo único que pretendí fue que todos tuvieran una oportunidad.

La Erebus y la Terror

John Franklin miraba impertérrito al altanero rostro del ministro de Asuntos Exteriores y de las Colonias de Su Majestad, al tiempo que exigía una explicación:

—Milord, ¿por qué creyó las historias del señor Montagu sin tener ninguna prueba, y actuó en consecuencia, antes de oírme a mí?

Lord Stanley, decimocuarto conde de Derby, de hecho, uno de los mandatarios más poderosos de la Tierra en su condición de administrador de las colonias de la Corona británica, levantó elegantísimamente la ceja derecha. Era un gesto que realmente dominaba a la perfección. Sabía levantar las dos cejas por separado en el momento apropiado.

—No voy a darle ninguna explicación. No se las debo más que a la reina o al primer ministro.

Consideraba que revisar una sentencia era rebajarse en su dignidad. Stanley le recordaba a su padre cuando él era niño, a aquel hombre que lo recogió en Skegness el día que se escapó y lo encerró en su alcoba para castigarlo. Pero se veía a sí mismo como al padre de aquel padre, y al lord como si fuera su hijo, un hijo tonto y despiadado. Era una de esas entrevistas en que cada parte no cree poder mantener la dignidad si no es a costa de la otra.

John dirigía ahora a la vítrea mirada del ministro la frase que se había aprendido para la ocasión:

—No me corresponde criticar el modo de proceder elegido por usted, pero me gustaría señalar que hasta la fecha no ha tenido parangón en toda la historia de la administración de las colonias.

Luego se levantó, hizo una inclinación de cabeza y pidió permiso para retirarse. Mientras tanto, iba pensando: yo te conozco, pero tú no me conoces a mí. Quizá consiga que te hagan esta misma pregunta la reina o el primer ministro.

John vagó por la ciudad durante horas. Nada más lejos de su carácter que admitir una derrota sin presentar batalla, y para defenderse recurría a todo tipo de formulaciones contundentes. De vez en cuando tropezaba con algún bordillo o embestía al primer despistado que topaba al salir de una tienda. Por no emplear otras palabras más fuertes, se ganaba toda suerte de arañazos y golpes. Pero era solo para devolvérselos luego de alguna manera a lord Stanley.

Poco a poco se fue calmando. Su enfado se le antojaba una nimiedad en aquel Londres tan grande. Por lo demás, resultaba difícil concentrarse en uno mismo habiendo tantas cosas que ver y que leer. La calle era un griterío enorme: aquí jaleaban coches de alquiler baratos, allá hacían cola para adquirir ginebra pura o tabaco del mejor, acullá se desplegaban magníficos lienzos de algodón y se veía a una gente renqueando subida a unos zancos; eran los partidarios del sufragio universal, que hacían una manifestación. A John le costaba trabajo ver y leer al mismo tiempo los letreros, tanto más cuanto que continuamente deslumbraban su vista nuevas y complicadas palabras. Una de ellas era «daguerrotipo». Se acercó a leer la letra pequeña:

«¡Déjese retratar por el cincel de la naturaleza!».

Un poco más allá, a la puerta de un tallador de vidrios, otro letrero:

«Binóculos, el regalo de los tiempos avanzados».

Al parecer, el reclamo tenía éxito. Gruesos anteojos, símbolo en otro tiempo de dificultades en la vista o, en todo caso, de erudición, adornaban ahora muchos rostros, incluso de jóvenes.

Más allá divisó dos suntuosos entierros y pensó que hoy en día no solo se hacían a medida las levitas sino también los ataúdes. Daba la impresión de que fueran a sepultar un violoncelo.

Se entretuvo una hora en una librería. ¡Dos novelas de Benjamin Disraeli, aquel que había conocido cuando aún era un niño! Y Alfred Tennyson, uno de sus parientes de Lincolnshire, escribía poesías, bastante aceptables, que incluso se vendían en Londres.

Recorrió el puerto, que se hallaba cubierto por una espesa capa de carbonilla que despedían los vapores. No obstante, aún se podía ver bien. Uno de los estibadores exclamó:

—¡Mirad, es Franklin! El que se comió las botas.

John llegó arrastrando las piernas hasta Bethnal Green y sintió el olor a podrido de los sótanos. Escuchó con paciencia la oferta de una muchacha flaca, de trece años a lo sumo, que pretendía invitarlo a pasar a una de aquellas viviendas. Dos de sus hermanos habían sido deportados por robar en una tienda una pata de vaca a medio cocer, que luego se zamparon. Estaba dispuesta a desnudarse para el señor, muy despacito, y a cantarle mientras tanto una canción, solo por un penique. John se sintió conmovido y angustiado, le dio un chelín y se alejó de allí desconcertado.

Apenas había cristales en las ventanas y no eran necesarias las puertas, pues los ladrones no iban a encontrar nada que robar allí dentro. Al parecer, se había reforzado la vigilancia policial. Por todas partes se veían al acecho hombres vestidos de uniforme, prudentemente desarmados.

En King's Cross Station oyó resoplar las locomotoras y leyó de pie un periódico. Tres millones de habitantes ya. A diario las panaderías cocían doscientas cubas de harina y se sacrificaban miles de vacas en los mataderos. Y todavía era poco.

Por lo demás, los mendigos hablaban demasiado deprisa, no querían molestar mucho rato. Si hablaran más despacio, pensaba John, no sería ninguna molestia, sino el comienzo de una conversación. Pero tal vez fuera eso precisamente lo que querían evitar.

Durante las semanas siguientes se dedicó a visitar a sus amigos, los que todavía quedaban vivos.

Richardson comentó:

—Ya tenemos sesenta años, querido Franklin. Nos dejarán fuera de servicio, como si fuéramos viejos navíos de línea. Ni siquiera la gloria puede evitarlo.

—¡Yo solo tengo cincuenta y ocho y medio! —replicó John.

El doctor Brown lo recibió en el Museo Británico, rodeado de libros y pruebas de plantas. Durante toda la conversación mantuvo los dedos cuidadosamente metidos entre las hojas de un infolio, señalando el pasaje. Cuando John le contó lo que le había hecho

Stanley, los sacó sin darse cuenta y se puso como una furia por las dos cosas: por la insolencia del lord y por la página que había perdido. Dijo:

—¡Hablaré con Ashley! Es un hombre de corazón. Se lo dirá a Peel y luego veremos. ¡Lo que me voy a reír!

En casa del joven Disraeli se encontró con el pintor William Westall. Sus cejas eran ahora un áspero matorral de pelos grises que casi le impedían ver. Hablaba con frases entrecortadas, a menudo solo con monosílabos, pero era evidente que se alegraba de volver a verlo. En seguida la conversación volvía a versar sobre si lo primero que había que hacer era alcanzar lo bello y lo bueno o si ni siquiera existían tales conceptos. En su condición de descubridor, John era más bien de este último parecer. Las frases más brillantes las dijo Disraeli. John no logró apuntarse ni una sola.

Unos días más tarde fue a ver a Barrow, que tenía muy buen aspecto y hablaba con gran vivacidad, aunque ya casi las únicas respuestas que entendía eran «sí» y «no». Los «no» los aceptaba solo a regañadientes.

—¡Por supuesto que dirigirá usted la expedición, Franklin! La *Erebus* y la *Terror* están listas. Hay dinero. Debemos encontrar de una vez el Paso del Noroeste. ¡Sería una vergüenza! ¿Qué asuntos importantes se lo pueden impedir?

John se lo explicó todo.

—¡Así es Stanley! —Barrow se desató en improperios—. Lo hace todo mal y encima quiere tener razón. Hablaré con Wellington, que le dirá cuatro palabritas a Peel y este se encargará de Stanley.

También Charles Babbage se deshizo en improperios, pero barriendo para su propia casa, como siempre.

—¿La calculadora? ¡Pero si no puede acabarla! «Demasiado cara.» En cambio para el Paso del Noroeste hay dinero de sobra. Hasta los niños saben que no tiene ninguna utilidad... —Lo miró a los ojos, un poco embarazado, y prosiguió, endulzando la voz—: A usted se lo admito, por supuesto.

—No voy a ir yo —replicó John—. Irá James Ross.

Peter Mark Roget había fundado una sociedad para la difusión de los saberes útiles, cuyas reuniones presidía. Al mismo tiempo, llevaba a cabo sus investigaciones lingüísticas. Aún no había olvidado lo del rotor de imágenes.

—Está todo solucionado menos lo de la confección de las imágenes. En el continente hay un tal Voigtländer que intenta hacerlo con daguerrotipos, pero no sirve para nada.

Para cada cuadro los modelos tienen que quedarse totalmente inmóviles, en la postura correspondiente, y además hay que iluminarlos. Y se necesitan por lo menos dieciocho cuadros para llenar un solo segundo. El proceso es demasiado lento y complicado.

Pero Roget había venido a casa de los Franklin ante todo porque sentía una enorme curiosidad por ver qué aspecto tenía Jane. Sin lugar a dudas, era el anciano más apuesto y elegante de todos los caballeros de su círculo.

John se entrevistó por último con el capitán Beaufort, el hidrógrafo del Almirantazgo. Le explicó su escala de fuerzas de los vientos, que ahora era obligatorio incluir en la bitácora de todos los barcos. Le llevó mucho tiempo, pues para comentar cada fuerza se les ocurría una anécdota. Al despedirse, Beaufort dijo:

—Eso de Stanley se lo pienso contar a Baring, y él hablará con Peel del asunto. ¡A ver quién se ríe más! Pero..., ¿de verdad que ya no quiere usted ir al Ártico?

—Va a ir James Ross —respondió John.

Sí, tenía amigos que hacían cosas por él. En cambio, él apenas podía acordarse de haberles hecho ningún favor a ellos. Eso sí que era amistad.

En enero de 1845, John Franklin recibió una carta del primer ministro. Lo invitaba a charlar un rato, el viernes a las once de la mañana, en Downing Street, n.º 10.

Jane comentó:

—Bueno, desde luego, no creo que quiera invertir dinero en Tasmania.

—En toda mi vida he conocido a nadie que tenga unos amigos tan ágiles —decía sir Robert Peel—. Me sé su historia en cinco versiones distintas..., todas más halagadoras para su persona que para lord Stanley. —Se echó a reír y se balanceó apoyándose sobre las puntas de los pies—. Pero, ya sabía algo sobre usted, y quizá algo más importante. El doctor Arnold, de Rugby, es conocido mío.

John hizo una leve inclinación de cabeza y pensó que lo más prudente era asentir en silencio. Aún no sabía lo que sir Robert iba a pedirle una vez que acabara de balancearse.

—En una palabra, no quisiera poner en tela de juicio el modo que tiene lord Stanley de llevar su ministerio —dijo Peel—. Tampoco podría hacerlo, porque tenemos una forma totalmente distinta de enfocar las cosas. De nacimiento.

Para no quedarse mirando demasiado tiempo a los ojos de su interlocutor, John bajó la vista, pero solo hasta el lazo de color claro que anudaba el cuello del ministro. Aquel

cuello le estaba tan estrecho que las puntas acababan clavándosele en las mejillas. Ello aumentaba la impresión de mortificante corrección, al igual que los pantalones también demasiado estrechos. Quizás a una figura hermosa logran embellecerla aún más, pero a las cortas piernas de Peel las hacía parecer todavía más raquílicas. Sin saber cómo, empezaba a caerle cada vez mejor.

—Se me ha insinuado —prosiguió Peel— que recomiende a la reina que lo eleve —se puso de puntillas— al rango de baronet. Solo que tal medida constituiría una ofensa directa para lord Stanley, aparte de otras cuestiones que me hacen descartarla. Veo una solución mejor. ¡Pero sentémonos!

No es muy diferente a mí, pensó John. El orden no es tampoco para él una cosa que se dé por supuesta. Lleva el caos en la cabeza y tiene que hacer unos esfuerzos terribles para controlarlo. Un burgués. Ha luchado denodadamente por alcanzar su propio ritmo. Me he pasado la vida buscando un hermano. Tal vez este sea por lo menos un primo.

—He leído lo que escribió para la fundación de la escuela —decía Peel—. Me lo dejó el doctor Arnold en Oxford. Mirada lenta, mirada fija y golpe de vista. ¡Excelente! La idea de la tolerancia, basada en la diferencia de velocidad de cada individuo o en las diversas fases de velocidad... ¡Muy ilustrativo! Respecto a todo eso de la escuela estamos de acuerdo. Aprender y ver son cosas más importantes que la educación. Últimamente tengo que vérmelas constantemente con todo tipo de educadores conscientes de su misión: anglicanos, metodistas, católicos, presbiterianos. Todos tienen algo en común: la vista no pinta nada; todo estriba en lo que resulta o no grato a Dios.

John se sentía reconfortado por tanta afinidad de criterios. No obstante, se mantenía alerta. Que lo alabaran como teórico no constituía precisamente la mayor aspiración de un hombre práctico.

—En nuestra escuela debe entrar algo más el espíritu de nuestros navegantes. —Sacó el reloj del bolsillo de su chaleco y lo apoyó en la rodilla para leer bien la hora. Así que hipermétrope... John ya había oído hablar del asunto—. Para abreviar, señor Franklin: voy a crear un nuevo cargo, el de real comisario de educación. De ese modo, podré atender las múltiples reivindicaciones pedagógicas que están surgiendo y al mismo tiempo mantenerlas a raya. Las competencias del nuevo cargo atañerán entre otras cosas a la tutela de los menores y al cumplimiento del horario de trabajo marcado. Debería examinar los planes de unificación y presentar anualmente un informe global sobre la totalidad de las escuelas y la situación de la juventud. Para ello necesito a alguien que no

obre precipitadamente, que no persiga objetivos personales, que no represente ningún interés religioso ni pretenda mejorar el mundo, y que se muestre impertérrito ante el escándalo. Debe ser alguien que posea buena reputación y que sea una persona íntegra, cuyo nombramiento no pueda ser considerado una provocación por ningún grupo religioso. ¡Todo apunta hacia usted, señor Franklin!

John notó que se ponía colorado, y tuvo que esforzarse mucho para no ceder por completo al entusiasmo. Al parecer, este Peel había descubierto la lentitud por propia necesidad, como él. Era evidente que estaba dispuesto a hacer valer su significación. John tenía la sensación de salir al aire libre después de atravesar una pared. Volvían a hacerse presentes las utopías de toda su vida: la lucha contra toda aceleración innecesaria, el descubrimiento pacífico y paulatino del mundo y de los hombres. Parecía que una columna hablante se elevara en medio del mar. Veía ante sí máquinas e instalaciones que no servían para el aprovechamiento del tiempo de cada uno, sino para su salvaguardia: reservas para la minuciosidad, para la ternura, para la reflexión. También le parecía posible que hubiera escuelas en las que no se reprimiera el estudio ni se enseñara a reprimir a nadie. Prácticamente no había un imperio más poderoso sobre la faz de la tierra que el británico, ni hombre más poderoso que su primer ministro, y el más ilustre de todos era Robert Peel. Era un hermano...

—Tómese tiempo para reflexionar antes de contestar —decía Peel, mientras volvía a apoyar el reloj en su rodilla—. Y no diga todavía ni una palabra a nadie. Si Ashley llegara a husmear algo...

John volvía a ponerse alerta. ¿Lord Ashley, conde de Shaftesbury? Pero si era el que luchaba por la abolición del trabajo de los niños... John cobró ánimo y se atrevió a preguntar:

—No debo hacerme valer demasiado, ¿verdad?

—Nos hemos entendido a la perfección —respondió el primer ministro—. La cosa es ir marcando el paso con dignidad. Un cambio brusco precisamente en este terreno traería consigo demasiados riesgos... ¿Pero a quién se lo estoy diciendo?

Necesita usted a alguien que tenga competencia en todo, pero que no haga nada, pensó John al tiempo que se levantaba. ¿Debería cerrar los ojos y aceptar aquella oferta tan ambigua? Naturalmente, habría que pagar un precio. Se acercó a la ventana. Aunque la impaciencia de Peel era perfectamente perceptible, se tomó el tiempo necesario para reflexionar detenidamente. Por fin se volvió:

—Su oferta está muy bien, sir Robert, pero los motivos no son los adecuados, ni el objetivo, idóneo. Efectivamente, no debemos hablar con nadie del asunto.

Y tras estas palabras hizo una inclinación de cabeza y se retiró.

Por primera vez en su vida, John no necesitaba pensar en nada más. Se fue directamente al Almirantazgo y comunicó a Barrow, para su sorpresa, que a partir de ese momento volvía a estar a su disposición para cualquier misión que le quisiera encomendar.

Se le abrían todos los caminos, como si no tuviera que dar más que el santo y seña. John se haría cargo de los buques *Erebus* y *Terror*. Al bueno de James Ross le había faltado tiempo para alegar motivos de salud que le obligaban a ceder el mando de la expedición. John Franklin era el más indicado para encontrar el Paso del Noroeste y estaba llamado a ello, no cabía la menor duda. Lo mismo se podía decir de los barcos. La *Erebus* y la *Terror* eran dos viejas cañoneras bien construidas, algo torpes, pero macizas y espaciosas, con el aparejo de una barca de tres palos. En cuanto al equipo, los almirantes satisficieron todos sus deseos, incluso muchos que a él ni siquiera se le hubieran ocurrido.

Cuando Jane le preguntó por la entrevista con Peel, solo le respondió:

—Nada especial. Ha descubierto la lentitud.

El 9 de mayo por la tarde, en una sala de Queen Square, su señoría y lady Franklin escucharon tres sonatas para piano de un tal Ludwig van Beethoven, ejecutadas por un anciano caballero llamado Moscheles, bastante robusto, por cierto. A John no le gustaban todas aquellas notas agudas. Hubiera preferido que las bajas duraran más. Sin embargo, se recreaba en la repetición de las figuras melódicas, que le resultaban más pegadizas. Tampoco es que se esperara gran cosa. Su sordera era un verdadero fastidio. No sabía prácticamente nada de música y creía que no iba a poder seguir los pasajes rápidos. Aprovecharía para pensar en el aprovisionamiento de carne de la expedición. Calidad de las reses y forma de almacenamiento, contenido de sal, elección del ganado. No quería dejar nada a la casualidad. Con un poco de suerte bastarían dos o tres invernadas. Eso sí, siempre que los preparativos se hicieran en condiciones.

La tercera sonata se llamaba «Opus 111». Qué raro era aquello. Sus pensamientos se elevaban por encima de los cuartos traseros de vaca y las cajas de provisiones. Sus ojos,

sin variar lo más mínimo el rumbo de la mirada, perdían de vista al viejo y su piano. La música era triste y frívola a la vez, clara y lúcida. El movimiento lento parecía un paseo por la playa, con olas, huellas y arenales de finas estrías. Era al mismo tiempo como echar un vistazo desde la ventanilla de un coche, pero reservándose siempre el espectador la facultad de atraer hacia sí lo que había al fondo, o de hacer centellear lo que estaba situado en primer plano. Ahora le parecía sentir las finas nervaduras del pensamiento más sutil, los elementos que lo componían y, al mismo tiempo, la arbitrariedad de todas las construcciones, la consistencia y habilidad de todas las ideas. Se sentía inteligente y optimista. De repente, lo comprendió, unos minutos después de que sonara la última nota: no existían la derrota ni la victoria. Eran conceptos arbitrarios que flotaban entre las ideas de tiempo creadas por los hombres.

Se acercó a Moscheles y dijo:

–El movimiento lento era como el mar. De eso entiendo bastante.

Moscheles lo miró radiante. ¡Qué aura llegaba a irradiar aquel anciano!

–Exacto, sir, el mar. *Molto semplice e cantabile*, como una despedida.

En el coche, de regreso a casa, le dijo a Jane:

–¡Todavía hay tantas cosas! Cuando haya acabado con lo del Paso, voy a aprender un poco de música.

Como recuerdo, se realizó un daguerrotipo de todos los oficiales y suboficiales de la expedición por separado, en un estudio. Uno tras otro fueron sentándose ante la ondulante cortina de terciopelo que hacía las veces de telón, todos muy tiesos, con una noble expresión en la mirada. El olor de la sala recordaba el de un campo de batalla, pues para conseguir la iluminación adecuada había que quemar pólvora. Sir John se quedó con el sombrero puesto, para ocultar la calva. Por deferencia hacia él, todos los demás, hasta el último guardia marina, posaron también con el sombrero puesto.

–Aparte de eso, son unos tipos excelentes. Esta tripulación vale su peso en oro –comentó el segundo comandante, el capitán Crozier.

–Desde luego –asintió John–. Un momento, por favor.

Apuntó algo, para no olvidarse. Poco después, escribió una carta a Peter Roget.

«Si se utilizan daguerrotipos para el rotor de imágenes, con reducir los intervalos entre toma y toma se evita que las personas tengan que cambiar constantemente de postura.

Tal vez puedan hacerse tantas tomas por segundo que se capte a los modelos en la más absoluta naturalidad de sus movimientos. Por lo demás, los reparos que tengo que poner al rotor de imágenes no quedan ni mucho menos olvidados. Todo depende de los motivos y la finalidad que se persigan al utilizarlo. A mi regreso, más consejos técnicos.»

Cuando los barcos dejaron el muelle, el 19 de mayo por la mañana, Sophia se dio la vuelta y se puso a llorar. John pudo verlo desde el castillo de popa. Le dio la impresión de que Jane intentaba animarla contándole algún chascarrillo. John sabía bien que la alegre despreocupación de Jane consolaba más que la compasión más sincera de cualquier otra persona. Ella no se dejaba apartar de la orilla y seguía haciendo señas con la mano, entre sonrisas y saltitos, como hubiera hecho su madre. Todos daban por descontado que el viaje no iba a durar más de un año. Incluso Crozier había dicho:

—Si todo va bien, para el verano estaremos otra vez aquí.

Dos horas más tarde, el muelle de Greenhithe quedaba ya detrás del gran recodo del río. Para bajar por el Támesis, la *Erebus* fue remolcada por un pequeño vapor de rueda llamado *Rattler*, y la *Terror* por otro aún más pequeño de nombre *Blazer*. Durante decenios, el dominio del arte de navegar había consistido para John en que un navío alcanzase su objetivo por sí solo, siempre que no pusieran adrede ningún estorbo en su camino. Nunca había dicho «¡allá vamos!», sino siempre «¡allá va!». Lo primero que tenía que hacer era acostumbrarse a dejarse remolcar, pues la alta proa de la *Erebus* no era capaz de detener la espesa nube de humo que despedía el *Rattler*. John tosía y farfullaba, pero en el fondo se sentía tan feliz como cuando era niño, en Skegness. Dio unas palmadas en el hombro a Fitzjames, el comandante de la *Erebus*, que se hallaba a su lado, y un fuerte apretón de manos.

—¡Ya estamos a flote! —dijo—. ¡Nos hemos escapado! —Fitzjames sonrió cortésmente—. Perdone —añadió John en voz baja. Le había venido a la memoria que Fitzjames estaba perdidamente enamorado de Sophia.

—Un año o dos de viaje es mucho tiempo —repuso el teniente.

—Lo mismo digo yo —murmuró John.

Él calculaba más bien tres, y pensó complacido en todos aquellos devotos del progreso dibujando en las cartas marinas del norte del Canadá una línea que serpenteaba por aquel

lío de islas y que ellos seguían con el dedo, convencidos de que los barcos la seguirían de la misma forma, solo que un poco más despacio. Navegar mil millas. Luego ocho meses de espera entre los hielos. Después navegar unos cientos de millas más, y otra vez a esperar. Aquella gente perdería rápidamente el concepto de lo que era la lentitud. A los tres meses de espera, habrían dejado de creer en el movimiento y ya no entenderían nada.

Próxima parada: Stromness, en las Orcadas, para enviar el correo; Petropaulowski, en Kamchatka, o Hong Kong, para recibirlo. Llevaban a bordo siete palomas mensajeras, doscientos libros y dos organillos que podían tocar casi treinta piezas distintas, pero no el «Opus 111». Los víveres alcanzaban casi para cuatro invernadas. Los señores *Rattler* y *Blazer* –Franklin no era capaz de concederles el género femenino– se despedían de ellos. Ya habían llegado a la isla de Rona. Al cabo de unos instantes, solo se los reconocía por las dos nubecillas sucias que se veían delante de la costa.

Los dos navíos pasaron más de un mes en el Atlántico, con su cargamento y sus planchas de cobre. En todo ese tiempo, John Franklin celebró doce servicios religiosos, y, aunque la tripulación notó que sus sermones no se basaban en los libros señalados para la ocasión, se sentía plenamente satisfecha. El maestro de velas decía:

–Nuestro Franklin es un obispo disfrazado de capitán, y eso lo hace todavía más santo.

A finales de junio, en la bahía de Baffin, avistaron un ballenero llamado *Enterprise*. El piloto subió a bordo a hablar con Franklin. El hielo estaba este año más duro que el pasado.

–Confío en que podamos pasarlo bien –dijo Franklin en tono grave–. Y la tripulación confía en mí.

El ballenero era un tipo cargado de lógica:

–¿Y si muere usted, sir?

John se asomó por las caperolas y miró al agua:

–Pues entonces, confío en la tripulación. Lo que de mí quede no tiene por qué ser solo mi persona.

Era una frase de uno de aquellos sermones suyos tan extraños.

Como llevaban viento favorable, no tardaron en separarse. La *Enterprise* se puso luego a la capa, pues habían avistado una ballena. Antes de que los perdieran de vista,

empezó a nevar.

Aquellas fuertes naves, provistas de todo lo necesario; aquellos marineros tan ágiles, junto con sus respetables oficiales, todos sin miedo y llenos de buen humor, al mando de un viejo caballero paciente e imperturbable: aquella imagen de la expedición quedó detenida en los ojos del mundo.

19

El gran paso

Hasta el invierno de 1845, Franklin se dedicó a buscar un paso hacia el norte del estrecho de Lancaster, en vez de hacerlo hacia el sudoeste, como indicaban las órdenes del Almirantazgo. Esperaba encontrar todavía un mar abierto en el Polo. Pero lo único que hicieron fue circundar una isla grande, Cornwallis, y no encontraron más que bloques de hielo cada vez más grandes. Franklin pasó el invierno y la primavera de 1846 en una abrigada bahía de la isla de Beechey, a la que dio este nombre en memoria de su antiguo primer oficial de la *Trent*. Aquí murieron tres hombres, dos de enfermedad y otro ahogado. Se les erigieron lápidas cuidadosamente labradas, como las que se ven en cualquier cementerio inglés de aldea. Luego, la *Erebus* y la *Terror* se adentraron de nuevo en el mar, esta vez rumbo al sudoeste. Tampoco este año parecía que fuera a ser muy bueno. Cada vez más se esperaba la corriente glacial. Costaba un trabajo ímprobo atravesar los témpanos, tan altos como torres, y la lucha que con ellos sostenían los barcos era de una lentitud espantosa. Pero esto a Franklin no lo asustaba.

Llamó estrecho de Peel a un peligroso desfiladero marino, en cuyo interior se precipitaron unas masas de hielo flotante contra otras. No lo consideraba necesariamente un cumplido para sir Robert.

La tripulación trabajaba bien y confiaba en Franklin. Eso sí, había aumentado un poco su propensión a hacer comentarios jocosos, pero la cosa no era todavía preocupante. Franklin sabía a qué sonaba una tripulación cuando dejaba de estar intacta. Tenía muchas pequeñas preocupaciones, pero ninguna grave.

Jane Franklin pasó el invierno en Madeira, en compañía de Ella y Sophia Cracroft. En primavera visitaron las islas de las Indias Occidentales. Jane encontraba un poco

exagerada la preocupación de Sophia por el destino que pudiera correr la expedición, y comentó que un poco de distracción le sentaría bien. Ella regresó a Inglaterra, mientras Jane y Sophia se dirigieron a Nueva York.

En el *Herald* leyeron el siguiente anuncio:

«Madame Leander Lent da informaciones sobre el amor, el matrimonio y los amigos ausentes. Predice todos los acontecimientos de la vida. Mulberry Street, n.º 169, primer piso, interior. Señoras, 25 centavos. Caballeros, 50. Arregla bodas en poco tiempo, lo cual supone un aumento de tarifas».

Jane, que en Londres no hubiera pisado nunca el umbral de una pitonisa, decidió que había que conocer también aquel ambiente. Fueron a aquella dirección. Madame Lent tenía unos veinticinco años, iba terriblemente sucia y estaba casi calva. A la luz de una vela de sebo, con una botella de cerveza por candelabro, echó las cartas para John Franklin y afirmó que le iba estupendamente. Estaba a punto de alcanzar la meta de toda su vida, pero no lo lograría de una vez, sino poco a poco. Cuando se dio cuenta de que no buscaban ningún matrimonio, quedó bastante decepcionada y, metiéndose precipitadamente en el bolsillo sus veinticinco centavos, les dijo que fuera había esperando otras once personas necesitadas de ayuda.

Ya no se podía avanzar solo a golpe de vela. Los hielos flotantes se habían convertido en una superficie compacta. Los hombres se pasaban la mitad de las guardias dándole a la maroma de proa o picando y serrando el hielo para abrirse camino. A pesar de la fuerte tos que lo agobiaba, Franklin se pasaba todo el día de pie y apenas se concedía unas pocas horas de sueño. Solo de vez en cuando una partida de backgammon con Fitzjames, que normalmente solía ganar él.

El 15 de julio, se hallaba en cubierta tomando la estrella con el sextante en la mano, cuando de repente le pareció oír un grito procedente de los veleros situados a popa de la *Erebus*, un grito más fuerte que el que pudiera lanzar un hombre. Sorprendido, dejó el aparato y se quedó mirando hacia atrás. No se veía nada extraordinario. Detrás de la *Terror*, el gigantesco huevo del sol se deslizaba por el horizonte hacia oriente. Veía dibujarse millares de témpanos, como si fuera una ciudad de vidrio, una ciudad andante que iba devorándose a sí misma mientras avanzaba sin cesar hacia el sur en compañía del barco. John miró al huevo incandescente que había en el horizonte y pensó: Pero, ¿qué es ese sol? Las piernas le fallaban. Cuidado, todo esto es absurdo, pensó. Mientras se desplomaba, plegó el sextante intentando protegerlo. Lo primero que había aprendido

de Matthew sobre los sextantes había sido que nunca debían caerse al suelo. Perdió el sentido.

Cuando volvió en sí se hallaba en su camarote, tumbado en el suelo sobre una manta, y veía los rostros de Fitzjames y del teniente Gore, que se inclinaba hacia él. Luego aparecía también el del médico auxiliar Goodsir. Pero solo podía reconocer aquellos rostros si ponía la cabeza en una determinada postura. La dirección que hasta el momento había llevado el eje de su vista tenía ahora que pasar por delante de los objetos para poder captarlos. Como una gallina, pensó con estupor. Intentó articular algún sonido y decirles algo que aliviara la preocupación de los tres hombres. Lo que salía de su boca no debía de resultar muy claro. Las expresiones de los rostros mostraban ahora todavía más pavor. ¡Pero reír y levantarse sí que podía, por supuesto! Lo intentó. Con la pierna derecha no había nada que hacer. En cambio, seguía viendo aquella cosa roja en el cielo y la ciudad de vidrio. ¿Pero no se había fundido en aquella imagen? ¿Y cómo se llamaba eso, esa cosa clara? Ya lo sabía: había sucedido algo.

Ya hacía tiempo que debía haber pasado algo. Y si tenía que tocarle a alguien, mejor que fuera a él.

El verano de 1846, Londres se hallaba tan exacerbada de noticias diversas que apenas hubieran causado sensación las novedades procedentes del Ártico.

En el Parlamento iban de cabeza con las obsoletas leyes del grano. En Irlanda reinaba el hambre y se anunciaba una catástrofe, por lo que se hacía cada vez más urgente tomar una decisión contra el proteccionismo. No quedaba más remedio que bajar de una vez el precio del pan, por mucho que pusiera el grito en el cielo un puñado de influyentes latifundistas. Robert Peel, que en calidad de dirigente del partido Conservador había sido durante mucho tiempo defensor a ultranza de las leyes del grano, cambió de parecer de manera espectacular en un acto de prepotencia y valentía. Abolió las mencionadas leyes, ganándose con ello la inquina de sus correligionarios de la nobleza. Perdió el puesto, pero recibió en premio el agradecimiento de los que pasaban hambre.

El 15 de julio de 1846, lady Jane y Sophia, únicas pasajeras a bordo de un clíper de bellísima estampa que hacía la ruta de Nueva York a Londres, se hallaban rodeando bajo un sol radiante la costa meridional de Irlanda. Abrigaban la esperanza de encontrar por fin en Londres alguna noticia de la *Erebus* y la *Terror*.

Ese mismo día, en Spilsby, estalló una espantosa tormenta. Fueron arrancados de cuajo muchos árboles añosos. Dos personas fueron fulminadas por el rayo en plena calle. El huracán se llevó varios tejados y sus ráfagas arrastraron varias cabañas de la colonia de beneficencia. La cosecha yacía en los campos, destrozada por el pedrisco. Si alguien les hubiera contado a los habitantes de Spilsby lo que estaba sucediendo en aquel mismo momento en el mar Polar, no cabe duda de que habrían prestado atención. Pero unos minutos más tarde se habrían vuelto a preocupar por su propio destino. Y no les habría faltado razón.

El 12 de septiembre los barcos quedaron finalmente atascados en la espiral de hielo, ante las costas de la Tierra del Rey Guillermo. Varios campos de hielo flotante, que se arrastraban pesadamente hacia el sur, vinieron a chocar precipitándose unos contra otros cuando se vieron encerrados entre dos franjas costeras que formaban una especie de embudo. Los gigantescos témpanos daban vuelcos, irguiendo la parte antes sumergida como si fuera una vela latina que deslumbrara la vista al ser iluminada por el sol. Tardaban uno o dos días en precipitarse otra vez por el lado contrario. Crecían hacia lo alto torres y cúpulas que volvían a derrumbarse al cabo de poco tiempo. Toda aquella masa glacial se veía inmersa en un movimiento giratorio, como si se tratara de un campo que se estuviera roturando. Los marineros luchaban día tras día por salvar la vida de sus barcos, serrando sin parar el hielo, haciéndolo estallar, remolcando los témpanos. Cada vez aumentaba más el riesgo de que los cascos de las embarcaciones se vieran aplastados al menor movimiento imprevisto de los campos de hielo. Parecía que la presión los iba levantando poco a poco, hasta que finalmente acabaron varados sobre un pedestal helado. Ahora había que procurar no venirse abajo. Se realizaron dibujos de una precisión arquitectónica, se hicieron estadísticas, echaron las anclas. Franklin sabía que las embarcaciones devalaban hacia el sur arrastradas por los hielos, pero tan despacio que no alcanzarían el litoral del continente hasta dentro de muchos años. Sin embargo, él seguía dispuesto a hacer pasar los barcos y la tripulación por aquella especie de esclusa.

Franklin estaba sentado en cubierta mirando al sol, sin saber ya ni su nombre, y se lo veía optimista y de buen humor. No podía hablar ni escribir y necesitaba ayuda para realizar cualquier movimiento. El cocinero le daba de comer, y a veces era el propio Fitzjames el que lo hacía. No obstante, si se esforzaba un poco más, aún era capaz de

leer los cálculos y las cartas de navegación y de dar las órdenes pertinentes, haciendo una inclinación de cabeza o señalando con el dedo. Seguía incluso jugando al backgammon, riéndose de soslayo, con una sonrisa de satisfacción cada vez que ganaba. No había nadie que dudara de su salud mental. Mientras siguiera con vida, nada estaría perdido. Las cosas sucedían siempre por influjo de los moribundos: Simmonds, en 1805; el teniente Hood, en 1821; a su manera, Eleanor, en 1825; Sherard Lound, en 1842. Bueno, pues ahora le tocaba a él, John Franklin, en 1846.

Todavía tenían la mitad de los víveres. Podían aguantar un invierno más o incluso otros dos, con tal de tener temple. Y, al fin y al cabo, ese era su punto fuerte.

Los barcos no lograron desembarazarse de sus ataduras ni siquiera con la llegada de la primavera de 1847. El escorbuto reclamaba sus primeras víctimas. Franklin observaba atentamente a su tripulación, para lo cual la reducción de su campo visual constituía más una ayuda que una molestia. La moral de los hombres no disminuía, antes bien, cada vez estaba más alta. Y ya sabía John Franklin lo que pasaba con todas las catástrofes que se producían lentamente: cuando caían los primeros, el bienestar de los que quedaban en pie era más fuerte que su capacidad de comprensión. Pero mucho antes de que la mayoría llegara a correr peligro, volvía a hacer su aparición la inteligencia en todo su esplendor. Y ya no se perdía hasta el último momento. De todos modos, las cosas no habían llegado todavía a aquel extremo. Franklin seguía con vida. Era más lento que la muerte. Esa sería su salvación.

En mayo de 1847, un pelotón de exploradores integrado por algunos oficiales y marineros de la *Erebus* llegó hasta la desembocadura del Gran Río de los Peces, cruzando a pie toda la Tierra del Rey Guillermo. A partir de ese punto se conocía la trayectoria que seguía la costa hacia occidente. Había sido el propio Franklin el que había trazado los mapas veinticinco años antes. Cuando volvieron a las naves y dieron el parte de su expedición, se echó a reír con una mitad de su cara, mientras con la otra se ponía a llorar. Había encontrado el Paso del Noroeste, pero de hecho era totalmente impracticable debido a los hielos, como todos habían imaginado. Franklin dio a entender que deseaba dar una fiesta, y así lo hicieron. Se celebró, a pesar de que solo aquel día murieron tres hombres. Los que seguían con vida volvían a tener esperanzas.

Franklin señalaba con el dedo los puntos del mapa, y a costa de grandes esfuerzos lograba balbucear unas cuantas palabras que había vuelto a aprender con un trabajo ímprobo. Con el cuello estirado hacia adelante y los ojos desmesuradamente abiertos, su aspecto recordaba al que tenía de niño, cuando intentaba subir a un carruaje a punto de arrancar. Pero si se decía lo que había que decir, no hacía falta hacerlo además bonito, y uno podía tomarse el tiempo que necesitara.

Pasaban horas hasta que Crozier y Fitzjames entendían lo que quería decir. Tenían que ponerse en marcha hacia el sur exactamente dentro de seis semanas junto con los más fuertes y sanos, para intentar dar con las factorías del comercio de las pieles, los esquimales o los indios, y poder traer ayuda a los demás. No debían partir inmediatamente, ni tampoco en invierno, y sobre todo no a comienzos de la próxima primavera. Franklin sabía que en Barren Grounds solo se veían renos a finales de verano, y que se requerían fuerzas para poderlos cazar.

Los dos oficiales se miraron un instante e inmediatamente se pusieron de acuerdo: de ningún modo iban a dejar en la estacada al enfermo.

El 11 de junio de 1847 murió sir John Franklin, contraalmirante de la Armada de Su Majestad, a los sesenta y dos años de edad, de un segundo ataque de apoplejía.

El maestro de hielos hizo estallar algunos cartuchos de dinamita para abrir un agujero en la banquisa, a modo de fosa. Se reunió a la tripulación y todos se quitaron el sombrero. Crozier pronunció una oración. En el claro cielo glacial retumbó una salva de honor. Luego hundieron lentamente el ataúd, lastrado con un ancla. La tumba fue cubierta de agua, que al cabo de unas horas se había congelado, formando una losa que parecía de vidrio oscuro.

–Buen viaje –dijo Fitzjames para sus adentros.

No eran meras palabras, porque sin duda el viejo capitán seguiría algún tiempo moviéndose a la deriva al compás de los hielos.

En 1848, el Almirantazgo envió tres expediciones de socorro, una de las cuales iba al mando de James Ross, que sorprendentemente se hallaba otra vez completamente restablecido. Las tres emprendieron la búsqueda por el norte. Ross sabía perfectamente que Franklin había creído durante toda su vida en la existencia de un mar abierto en el

Polo. Pasaron el invierno en los hielos y regresaron al cabo de un año sin haber logrado su propósito. Hasta 1850 siguieron mandando gran número de barcos en su búsqueda, que recorrieron de arriba abajo el archipiélago ártico, cartografiando de paso con todo detalle las islas mayores. Lo único que descubrieron de Franklin fue que había pasado el primer invierno en la isla de Beechey. Los almirantes decidieron entonces suspender la búsqueda. Ya lo habrían hecho en 1849, de no haber sido por lady Franklin.

Jane contó con el apoyo de la opinión pública en su empeño por continuar la búsqueda de su esposo con todos los recursos a su alcance: echó mano a su fortuna personal y a la de John, utilizó su astucia y poder de convencimiento, recurrió a la cólera y a la ironía, derramó lágrimas, unas verdaderas y otras fingidas, siempre que fueron necesarias. Alquiló una habitación en un hotel situado justo enfrente del Almirantazgo para poder estar lo más cerca posible de sus adversarios. Todos temían sus escenas. De nada servía que los burócratas hicieran decir a sus subalternos que no estaban. Aprovechando su extraordinaria memoria, se dedicó a estudiar minuciosamente la totalidad de los informes existentes en torno a la navegación en el Ártico, hasta convertirse en una verdadera experta. Mantuvo correspondencia con el presidente de los Estados Unidos, con el zar de Rusia, con un generoso millonario de Nueva York y varios centenares de personalidades de todo el mundo, influyentes o entendidas en el asunto. Viajó a Lerwick, en las islas Shetland, con la intención de convencer a los balleneros de que prosiguieran las expediciones al norte. Los discursos que pronunció ante los marineros tuvieron tanto éxito como los que sostenía ante las señoras de la Sociedad de Horticultura. No había quien se le resistiera. Los periódicos escribían himnos de alabanza dedicados a la heroica esposa del explorador.

Compró de su peculio varios barcos y escogió personalmente a las tripulaciones entre una multitud de voluntarios. Poco antes de morir, John le había comentado a Barrow:

—¡Jane será mi sucesora!

A ella se le toleraba lo que las leyes no escritas e incluso las escritas prohibían a las demás mujeres, incluida la reina; esto es, hacer gala de su fuerza y enfrentarse a los hombres. También estos le daban la razón. Al fin y al cabo, se trataba de su marido y de otros ciento treinta varones más, perdidos en los hielos del Ártico.

Encontró amigos devotos y servidores heroicos. El anciano doctor Richardson volvió a viajar al Polo en busca de su amigo. Hepburn regresó de Tasmania para acompañarlo. Sophia permaneció todo el tiempo al lado de lady Jane. A menudo daba la impresión de

que se interesaba por la búsqueda de John con más apasionamiento que la propia lady Franklin, pero nadie tenía de qué extrañarse. Era su secretaria y embajadora, su amiga y su muñeca, la presentadora de sus discursos y su paño de lágrimas. No se casó nunca, aunque hubiera podido escoger entre legiones de pretendientes, lo mismo que lady Jane, entre los voluntarios que se presentaban para formar parte de la dotación de sus barcos. Hasta 1852 hicieron todo lo posible por impedir que se diera oficialmente por muertos a Franklin y a su tripulación, y cuando por fin se dictó la sentencia, supieron exacerbar la opinión pública de tal modo que los lores del Almirantazgo no podían salir a la calle sin llevar bien cerradas las ventanillas de sus coches.

Ni que decir tiene que el dinero se agotó rápidamente, para disgusto de la hija de John, que no había encontrado marido rico y temía por su herencia. Pero no había quien resistiera la imperiosa actitud de la esposa de un héroe, ni siquiera Ella, que poseía mucha de la tenacidad de su padre.

«Jane y Sophy» se convirtieron también en símbolo de amistad y lealtad entre mujeres. Afortunadamente, el ansia de perfección de las personas virtuosas pasó por alto el hecho de que se concedieran una a otra toda clase de ternezas. Y si alguien tuvo la menor sospecha, o no estaba totalmente seguro de su propia virtud, o sencillamente creía que la cosa no tenía mayor importancia.

Pero lo fundamental seguía siendo que la suerte corrida por Franklin y sus hombres permanecía sin esclarecer. Tanto antes como después de declararlos perdidos, se anunció una cuantiosa recompensa, y hasta después de 1852 los balleneros y amigos ricos siguieron organizando expediciones de rescate. Pero por encima de todo estaban Jane y Sophia, dispuestas a sacrificar hasta el último penique en aras de lo que constituía el único objetivo de sus vidas.

En 1857, Jane Franklin compró el que había de ser por fuerza el último y definitivo barco, un vapor de hélice llamado *Fox*. Lo confió a Leopold McClintock, un joven capitán que ya había tomado parte como piloto en otra expedición enviada en busca de Franklin. Ella lo quería como a un hijo, y él a su vez la respetaba como a una madre. Era de los que se interesaban no solo por la solución del enigma y por las recompensas, sino también por la persona del propio John Franklin. Se había enterado de muchas cosas sobre él directamente de labios de Richardson y Hepburn, lady Jane y Sophia. Había

leído sus dos libros e incluso le habían dejado ver el *Libro de castigos* de la *Trent*, aquel en el que John había expuesto sus ideas.

—¡No deseo más que conocerlo! —decía McClintock—. Por eso voy a encontrarlo. Bien pudiera ser que aún estuviera vivo, tal vez entre los esquimales. Nunca vivió con prisas, así que ¿por qué iba a dejar de hacerlo precipitadamente?

Ese era McClintock, un hombre de corta estatura, delgado como un alambre y de patillas negras. El 30 de junio de 1857 zarpó del puerto de Aberdeen con una tripulación formada por marineros escoceses y un intérprete danés.

El 6 de mayo de 1859, en la Tierra del Rey Guillermo, los hombres de McClintock encontraron debajo de un túmulo de piedras una nota firmada por Crozier y Fitzjames. En ella se informaba de la suerte que había corrido la expedición y de la muerte de Franklin. Data de la primavera de 1848. Los barcos no habían logrado zafarse de los hielos. La tripulación tenía que abandonarlos. La nota concluía con estas palabras:

«Mañana partimos hacia la desembocadura del Gran Río de los Peces».

Se continuó la búsqueda en aquella dirección. El resultado fue que ya no hacía falta seguir buscando.

En la primavera de 1848, partieron ciento cinco hombres del lugar en el que estaban varadas la *Erebus* y la *Terror*, pero evidentemente se hallaban ya agotados tanto física como espiritualmente. Luego, la caravana de moribundos se dividió en varios grupos. Uno de ellos intentó regresar a los barcos. Muchos se llevaron consigo láminas de plata, probablemente con la intención de cambiárselas a los esquimales por comida. Otros remolcaron por el hielo pesadas barcas, que en algún momento debieron verse obligados a abandonar, casi todas cargadas todavía con provisiones. Junto a uno de los botes, McClintock halló varios esqueletos y cuarenta libras de chocolate que aún se podía comer. En una cala situada cerca de la desembocadura del Gran Río de los Peces, había gran cantidad de esqueletos. La mayoría llevaba todavía puestos los uniformes, que se conservaban en perfecto estado, aunque un poco descoloridos.

McClintock llamó a aquel lugar Starvation Cove, «cala del Hambre». Encontró a algunos esquimales que aún recordaban los barcos varados en el hielo y a otros que habían oído hablar de ellos. Le contaron que se habían hundido en otoño de 1848. Una anciana incluso había observado de lejos la partida de los barcos:

—Morían según iban caminando. Se desplomaban y quedaban muertos en el acto.

¿Pero por qué no los habían ayudado?

—Eran muchísimos, y entre nosotros también cundía el hambre como nunca.

El capitán cambió con ellos toda suerte de objetos de los que habían encontrado: botones de plata, cubiertos, un reloj de bolsillo, incluso una de las órdenes de Franklin. Les preguntó si habían visto libros o cuadernos. Sí, también habían encontrado montones de papeles, pero se los habían dado a los niños para que jugaran. Ya no quedaba ni uno. McClintock abandonó las cabañas de los esquimales muy decepcionado y regresó a Starvation Cove.

Como seguían encontrando provisiones en distintos lugares, nadie creía que la catástrofe la hubiera producido solo el hambre. No cabía más que una respuesta: el escorbuto. El examen de los esqueletos descubrió que a muchos se les habían caído los dientes. Pero había un detalle que llamaba particularmente la atención: en su lucha por la supervivencia, los pocos que quedaron en aquel lugar habían recurrido a un último y desesperado expediente. McClintock descubrió algunos huesos sueltos que presentaban huellas inequívocas de cortes que solo podían haber sido producidos por una sierra. El médico de a bordo se sentó en cuclillas junto a él, y sus miradas se cruzaron.

El doctor comentó:

—Desde mi punto de vista... El escorbuto es una enfermedad carencial. La carne de una persona que ha muerto de ese mal no posee justamente las sustancias que necesitarían los enfermos para sobrevivir. Así que ni siquiera...

—Siga usted hablando, sin reparos —repuso McClintock.

—No sirvió de nada —añadió el doctor.

Una vez recogidos los huesos para enterrarlos, McClintock comentó:

—Fue una tripulación digna y valerosa. El tiempo se les hizo demasiado largo. Si no se sabe lo que es el tiempo, no se puede entender ninguna imagen, ni siquiera ésta.

El único que no lo escuchó fue el fotógrafo del *Illustrated London News*, afanado como estaba en instalar su aparato, sistema Talbot, para reproducir la imagen de los esqueletos.

Epílogo

A comienzos de 2017, año en el que he llegado a la edad de la jubilación, la editorial me propuso que alguien de mi círculo de amigos y colegas escribiera un epílogo para la nueva edición de *El descubrimiento de la lentitud*. Yo me opuse, pues no me gustaba la idea de poner a nadie en ese compromiso. Temía, además, que saliera algo demasiado amable y cariñoso que pudiera condicionar la opinión de los lectores: quien logra llegar de buen humor hasta el final de una novela no quiere verse metido de pronto en una fiesta de cumpleaños (y encima con una despedida por jubilación). «Ya escribo yo algo», dije osadamente, y pensé que no me resultaría difícil. Todavía no sabía que aquello iba a ser como huir del fuego para caer en las brasas. Ahora la cosa podía resultar realmente embarazosa: cuando una novela lleva ya casi un cuarto de siglo en las librerías, su autor no debería decir ya lo que, a su juicio, le ha salido bien o lo que no. El libro ha dejado de pertenecerle, son muchos los que lo han leído e interpretado, cada uno a su manera, los que quizá han adquirido confianza con el escritor, precisamente porque no ha explicado sus intenciones, sino simplemente contado la historia.

En un compartimento del tren puede pasar (y de hecho ha pasado) que alguien acabe de leer un libro y al cerrarlo note una mirada penetrante de quien tiene enfrente, ni más ni menos que su autor. Si este se diera a conocer, es muy probable que el lector, en lugar de hacerle alguna pregunta, le expusiera directamente su impresión. Seguramente solo tendría una pregunta que hacerle: cómo se le ocurrió al autor aquella historia. «¿Cómo le dio a usted por escribir sobre John Franklin?» En todas las conferencias que he dado, en todas las cartas que he recibido desde 1983, esta ha sido la pregunta más frecuente. Y yo la respondo encantado, lo mismo que a esta otra, de la que muchos se burlan injustamente: «¿Por qué escribe usted?» o «¿Cómo le dio a usted por escribir?», que más o menos viene a ser lo mismo. Ante estas cuestiones hay mucho que contar, mucho que callar (o quizá no), y para ello no necesito encarrilarme en el paisaje literario ni hacer autocrítica como para conseguir plaza en una oposición.

El hecho de que John Franklin desempeñara un papel en mi vida fue abriéndose paso antes incluso de que su nombre me fuera conocido. Me crie en la orilla este del lago Chiem y a los trece años desarrollé una pasión por la exploración de las líneas de costa. Al fin y al cabo, con la canoa o con la barca de remos podía alcanzarse el Ache tirolés, que hoy es una reserva ornitológica, y que los otros chicos llamaban «África» porque la playa situada en aquel lado era nudista. Eso no me interesaba demasiado, tenía cosas más importantes que hacer, señalaba brazos de ríos y bancos de arena en los mapas y me sentía todo un geógrafo. Cuando llovía, me sentaba ante el *Gran atlas geográfico de Stieler* y soñaba adentrándome en el mapa de Canadá. Quería emigrar a Canadá como mi mejor amigo de la época de primaria, que ahora vivía con sus padres en London, Ontario —mi entusiasmo por Canadá empezó así— y que, además, me escribía cartas. Con la lupa en la mano me fijaba en cada bahía del Gran Lago del Oso, del Gran Lago de los Esclavos o del lago Athabasca; pronto pude dibujar de memoria los recodos del río Mackenzie o del río del Gran Pez, así como toda la costa del Ártico, y lo hacía habitualmente durante las horas de clase. Me apuntaba los topónimos ingleses, franceses e indios, conocía los territorios de caza de los atabascas, de los algonquinos y de los tlingit y especulaba sobre el significado de nombres curiosos como «Terra incognita», «Point Turnagain» o «punto más lejano de Schwatka». En los atlas del siglo XIX, se encontraba todo con facilidad si no estaban sobrecargados con información. Mi lectura preferida era, por aquel entonces, cualquier libro que tuviera que ver con barcos, por ejemplo, *Komm mit an Bord* (Sube a bordo con nosotros), una versión resumida para jóvenes de la historia de la construcción naval. Luego lo fue cada vez más la enciclopedia *Meyers Konversations-Lexikon*, de 1905, en la que constantemente tenían algo que consultar, ni más ni menos, que mis padres y mis abuelos. Toda la familia era sumamente conversacional y enciclopédica, curiosa, e incluso a la hora del almuerzo siempre había alguien dispuesto a saltar de la silla si había alguna cuestión relacionada con el saber que hubiera que aclarar: de repente alguien dejaba la servilleta de cualquier manera junto al plato de sopa y se dirigía rápidamente a la estantería. Yo buscaba en la *Gran Enciclopedia Meyer* los nombres de personajes aparecidos en el mapa de Canadá y me enteré así de que, en 1848, cerca de la zona continental del Ártico, desapareció la tripulación de los buques *Erebus* y *Terror*, atrapados en el hielo, y que el conjunto de islas situado más al norte fue recorrido y cartografiado por numerosos capitanes durante

la búsqueda de John Franklin y sus hombres. Fue entonces cuando empecé a interesarme personalmente por su figura.

Increíble todo lo que había tenido que aguantar el tal Franklin: las batallas navales de Copenhague y Trafalgar, el viaje a Australia de Flinders, un naufragio casi seguro en el océano Glacial y una marcha fantasmal del hambre a través de los «Barren Grounds». Fue capitán de fragata en el Mediterráneo y gobernador de Tasmania, aunque no siempre con éxito, porque quizá fuera demasiado bondadoso y pacífico para este mundo. Pero, sin duda, fue un marino atento y querido por todos, de eso sí me di cuenta, pues, de no ser así, no habría habido tanta gente que se pusiera a buscar a los desaparecidos. Aunque leí todos los libros alemanes en los que esperaba encontrar algo acerca de él, lo único que encontré fueron los datos externos de su carrera. Para todo lo demás, dejé correr mi fantasía. Contaba cosas acerca de aquel hombre a todos mis amigos y también a las pobres chicas de las que me enamoré: ninguna pudo aguantar a mi sir John. Solo mucho después, en Londres, llegaron a mis manos libros ingleses que describían con más precisión su persona, a sus dos esposas y a sus amigos, y leí los informes que escribió sobre sus viajes y los de los capitanes que salieron en su busca. Pero, aun sabiendo poco sobre él, estaba seguro de que John Franklin tenía rasgos parecidos a mi padre. Era paciente, cariñoso, diligente y optimista, pero con demasiada frecuencia lo persiguió la mala suerte y, en último término, no fue un ganador brillante. Mi padre estaba estupendamente dotado para su profesión de escritor, pues tenía mucha fantasía, sensibilidad para la lengua y ambición intelectual. A finales de los años cincuenta, en vista de que la celebridad y los éxitos financieros importantes se le negaban, el cansancio y la resignación hicieron mella en su optimismo y entusiasmo (únicamente quien lo conocía bien podía darse cuenta de ello). Era valiente. La autocompasión no le iba nada.

A pesar de la falta de dinero, a mis padres les gustaba hacer de anfitriones, y la casita de madera, que se quedaba demasiado pequeña y en la que por lo demás se oía todo como en una fragata cuando hay calma chicha, era capaz de albergar más invitados de los que nadie hubiera podido esperar. No todos mis tíos y tías me gustaban por igual, pero me habían inculcado una cortesía y una sensibilidad tales que todos se sentían especialmente queridos por mí (una de mis grandes virtudes, incluso hoy día, aunque también por desgracia un pequeño problema). Me resultaban interesantes los artistas como mi padre, no porque yo quisiera ser escritor, ni mucho menos, sino porque me permitía establecer comparaciones: ¿qué tenían ellos —escritores, pintores, compositores—

que no tuviera mi padre? Todos vivían de sus ocurrencias, intentaban sorprender y fascinar, primero a sus patronos y luego al público. Cada uno lo hacía de una forma distinta, y todos me parecía que «caían» mejor que mi padre, del cual estaba seguro, sin embargo, que era el mejor.

Ahí estaba Werner Jörg Lüddecke, un antiguo oficial de la Marina de los que supieron romper el bloqueo y que poco antes de que acabara la guerra fue degradado por sus orígenes judíos. En todo momento era capaz de contar, ya fuera por escrito o de palabra, una historia de hombres alrededor de los siete mares, resaltada de manera tosca, pero agradable, y desde luego divertida; además, era un brillante constructor de argumentos. En cierta ocasión, cuando mi padre le habló de un tema nuevo, él se limitó a dar una chupada a su pipa, permaneció largo tiempo callado y finalmente dijo: «No le veo la curva». Aprendí, y no solo por este caso, que la amistad no siempre consistía en decir que todo lo que venía de los demás era fabuloso. De adolescente me encantaba el libro de relatos de Lüddecke *Hokuspokus im Busch* (Abracadabra en el monte), en particular el cuento «Lodström stirbt an der Liebe» (Lodström muere de amor). Luego leí con vivísimo interés su novela *Schatten* (Sombras), en la que daba rienda suelta a su enorme cólera. Con exquisita atención al diálogo, relataba en ella la miseria de la guerra y de la posguerra, que había vivido en Hamburgo, las facetas más odiosas del afán de supervivencia del hombre, el mercado negro y el cuidado de la propia imagen de los nazis, que siempre habían intentado ocultar lo peor. Su libro más famoso es *Morituri*, del que luego se hizo una película en la que participaron Yul Brynner y Marlon Brando. Lüddecke escribió guiones para Wolfgang Staudte, Robert Siodmak y algunos otros, y su mejor película fue *El diablo ataca de noche*, seguida de *Sucedió el 20 de julio*.¹ Las personas como él dominaban todavía la tipología y la «música» características de la época nazi.

Otro invitado frecuente era Horst Mönnich, un hombre fornido con una gran capacidad de trabajo y minuciosidad, que contaba las cosas lentamente y no se alteraba por nada; por eso precisamente me gustaba y también por sus piezas radiofónicas perfectamente meditadas y convincentes: un buen conocedor de las personas y también de sí mismo.

Protegido por mi juventud y envuelto en el bienestar que sentía, consulté mis futuras perspectivas profesionales con Curt Emmrich, doctor en medicina, que, con el seudónimo de Peter Bamm, había escrito la novela *La bandera invisible* y que, dentro de

nuestro círculo de amigos, era por entonces el único autor de un éxito de ventas. Además, probablemente fuera también el más culto de todos y... el más vanidoso, lo cual, sin embargo, no hacía de él un mal oyente. Si un hombre tan brillante como él no podía ser un esnob, ¿quién si no iba a serlo? Durante unas cuantas semanas quise ser médico.

Por un tiempo me interesó Hans-Otto Meissner, amigo de juventud de mi padre; después de la guerra se dedicó a la caza mayor y escribió libros sobre expediciones y aventuras, uno de los cuales trataba también de Canadá. Era un tipo pícnico, lleno de energía, que contaba historias sobre travesías del desierto y de la tundra; aunque en realidad habría debido gustarme, no me iba nada. Enormemente necesitado de hacerse notar, su principal tema de conversación era «Yo y el mundo salvaje». No le interesaba Franklin: opinaba que había fracasado de manera estrepitosa. Así que el descalabro que sufrió conmigo fue fundamental.

Realmente me encantaba que viniera Werner Egk, amigo de mis padres de los tiempos de Berlín. A mis nueve años me sentaba al volante de su Volkswagen y me dejaba conducir por todo Chieming: desde el asiento del copiloto accionaba los pedales con sus largas piernas y cambiaba de marcha de manera impecable con la mano izquierda (además de accionar el doble embrague); a mí se me ponían las orejas coloradas de felicidad cuando nos cruzábamos con mis compañeros de colegio en plena calle y estos, con la boca abierta, creían verme conducir. Por entonces todavía patrullaban por las calles del pueblo los policías locales, pero Egk no era un hombre que se dejara impresionar. Lo sabía todo, lo veía todo y se fijaba en todo, y tenía la facultad de expresar sin perder ripio las cosas más delicadas y complicadas en su forma de hablar (solo en apariencia ruda, marcada por un fortísimo acento suabo-bávaro). Era el único que realmente mostraba curiosidad por lo que yo contaba sobre Canadá y sobre John Franklin: con él me atrevía a entrar en detalles, me hizo incluso el honor de considerar digna del argumento de una ópera la historia del desaparecido sir John y de lady Jane Franklin, pero enseguida dejó de hablarse del asunto. De su música no me gustaba todo, pero he seguido siendo un fiel seguidor suyo. Lo que realmente admiraba en él eran sus libretos, especialmente el de la *Leyenda irlandesa*. Ninguno de los escritores invitados a nuestra casa era tan sagaz o tenía tanta capacidad oratoria. Hoy día sé que eso es algo que uno no puede aprender, aunque se haya recibido una educación con ingredientes bávaros.

Lo que de muchacho me preocupaba más era –aparte de las chicas, que no supieron nunca ni una palabra de mi enamoramiento– la vela y el esquí. Para mi vida con John Franklin lo importante era ante todo la navegación a vela. Había aprendido a navegar en Gollenshausen con un tal capitán Schunck, que, sin embargo, según creo, había sido capitán de submarinos, aunque eso no deslucía en absoluto su aureola; en todo caso tenía el aspecto que yo me imaginaba que habría tenido el capitán Hornblower,² muy alemán, más parecido a Curd Jürgens que a Gregory Peck. A la vela le debo no solo el tema de Franklin. Desde luego, quien no sepa cómo transformar el viento en velocidad tampoco entenderá Trafalgar. Pero dominar una barca de vela (las que había por aquel entonces en el lago de Chiem se llamaban *Plätten*, *Piraten* y *Schratzen*)³ constituye siempre una fiesta de la lógica, de la razón práctica y de la picardía física. Nunca he perdido la esperanza de superar los problemas más difíciles de la vida «a lo navegante», es decir, por medio de los conocimientos, la anticipación y la observación aguda. Prefiero pasar por alto cuántas veces y cuán tremendamente he fracasado a pesar de todo mi empeño.

De ninguna manera quería yo ser escritor, es decir, nunca pensé escribir una novela sobre John Franklin. Desde luego, los intentos de mi ambiciosa madre, que pretendía sacar de su chavalín de ocho años alguna historieta destinada a las páginas infantiles de *Die Neue Zeitung*,⁴ no llegaron muy lejos. No me gustaba que se sentara a la máquina de escribir, tecleara la primera frase y fuera «aconsejándome» las siguientes, que ya iba escribiendo ella. Yo colaboraba por complacerla, pero no había forma de convencerme de que ahí radicara mi talento. Yo creía que estaba dotado para otras cosas: quería ser empresario, o sea, hacerme rico, para mantener a mis padres cuando fueran mayores y proporcionarles todo lo necesario. ¡Con lo que les gustaba viajar! En cualquier caso, a partir de 1959, ya no dependerían de mi ayuda económica, pues mi madre tuvo un gran éxito con su novela *Ein Baum wächst übers Dach* (Una casa con árbol de fondo). Hubo entonces coches grandes, más viajes, y no solo hasta el lago de Garda, se rehabilitó el tejado y se instaló una calefacción de fueloil. La motivación que tenía yo para hacerme rico perdió un poco de color: ahora pretendía estudiar ciencias económicas o, mejor, hacerme especialista en «economía nacional»; sonaba más imponente.

Tras el preuniversitario, fui por un tiempo recluta en el servicio de radiotelégrafos y experimenté lo que denominaría –siempre imbuido de la vida de Franklin– la «miseria de la guerra por tierra». La instrucción militar en el campamento del lago de Starnberg me pareció como la batalla de Nueva Orleans, al menos igual de fatigosa y agotadora.

Como aspirante a oficial, por influencia de unos comandantes interesados por la historia, empecé a pensar que podía estudiar historia, y a partir de 1963 asistí en Múnich a las clases de Franz Schnabel, Karl Bosl y el maravilloso Herbert Grundmann. Aparte de eso, me dediqué con mayor intensidad a estudiar a John Franklin y me imaginé haciendo una biografía científica de él, así como una arqueología o una criminología en los hielos perpetuos: quería encontrar los huesos de Franklin, ya que Leopold McClintock no lo había conseguido y Amundsen ni siquiera lo había intentado. Aunque en muchos sentidos había empezado a convertirme en un adulto, aún conservaba mis sueños juveniles, y estos seguían unidos a sir John Franklin.

Incluso mi relación con mis padres se expresaba en lo que, tanto antes como después, yo llamaba la «investigación de Franklin». Lo que percibía en ellos lo trasladaba a John y Jane, y lo que descubría en estos lo trasladaba a su vez a mis padres, por supuesto, también en busca de diferencias, pero semejante comparación exigía la conjetura de una coincidencia más fuerte. De ese modo, Franklin se convirtió en un hombre capaz de entusiasmarse como un crío, de sentir asombro, admiración y amistad, quizá demasiado bondadoso y demasiado falto de malicia, siempre un poco infravalorado por los demás, pero muy amado por todos: igual que mi padre. Y mucho de esto lo he encontrado también en las descripciones que de él hacen los contemporáneos de sir John. Al mismo tiempo, mi padre se transformaba en un caballero camino de lo desconocido, en un capitán cauteloso en cuyo barco se sentía uno en buenas manos.

Lo mismo sucedía con los paralelismos que trazaba yo entre mi madre y Jane o, mejor dicho, me dedicaba a trasladar las cualidades de la primera, en parte, a Eleanor Porden y, en parte, a Jane Griffin: mi madre era aficionadísima a hablar, hipersensible, genial y, a menudo, teatral, profunda e interiormente sentimental, siempre muy atenta a su propio bienestar y preocupada por él, pero incluso eso era el medio más eficaz que tenía de comprender las situaciones y de nombrarlas adecuadamente. Era voluntariosa y tenía unas ganas locas de ser el centro de atención, muy necesitada a un tiempo como estaba de armonía y de protección; rasgos opuestos que no siempre dan lugar a matrimonios felices, aunque en este caso el suyo lo fuera, y también en el de Franklin, de eso estaba casi seguro.

No dudo de que mi madre, como Jane Franklin, lo habría sacrificado todo, pero todo, por sacar a mi padre de los hielos perpetuos (el buen hombre murió de repente en el verano de 1968). Y yo también. Él, que contaba las cosas de forma más «pictórica» y

más tranquila que mi madre, más segura de sus asociaciones y de su gracia, me dio una especie de imagen del mundo varonil, aprendí de sus historias de qué no se escaquea en la vida un hombre como es debido y ante qué personas no se inclina... cuando es posible. Esa imagen del mundo estaba un poco trasnochada, había adquirido cierta pátina, pero luego encontré entre mis profesores universitarios algunos restauradores que la renovaron sin dañar su sustancia, por encima de todos Hartmut von Hentig.

Aunque no empecé a relacionar mis reflexiones sobre la rapidez y la percepción con la figura de John Franklin hasta mucho más tarde, me gustaría añadir algo acerca de mi abuelo materno, el pintor Alexander Peltzer, que con toda seguridad se encargó de que ya en mi infancia la lentitud fuera para mí, en cierto modo, un concepto apreciado. No solo era duro de oído, sino que además estaba en contra de cualquier tipo de parloteo expeditivo y, en definitiva, de cualquier tipo de prisas. A la hora de pintar paisajes, esa característica debía de ser precisamente la mejor, incluso la sordera probablemente resultara una ventaja. Mi abuelo sabía muchas cosas sobre los territorios más raros, pues durante toda su vida había seguido la pista a todo tipo de cuestiones sin premura. Él no se levantaba corriendo de la mesa en busca de la enciclopedia ni volvía igualmente a toda velocidad; no, él dejaba tranquilamente que la comida se enfriara. Cuando más tarde me puse a describir los andares y la sabiduría del anciano Franklin, estoy seguro de que a quien tuve presente fue, más que a mi padre, a ese abuelo estoico y reflexivo que, con ánimo sereno, imprimía a sus cuadros cierto aire melancólico y se tomaba todo el tiempo que fuera necesario hasta que consideraba que estaban bien acabados. Si mi padre hubiera podido llegar a la edad de Alexander Peltzer, seguramente se le habría parecido un poquitín.

Por mucho que dé esa impresión, no es en absoluto que utilice el epílogo escrito con retraso de esta novela para recrearme en mis recuerdos o incluso para ahorrarme escribir mis memorias el día que cumpla ochenta años. Me gustaría especificar qué cosas y qué personas han contribuido a gestar *El descubrimiento de la lentitud* y, de paso, comunicar en general cuánto tiempo tardan en preparar los libros sus autores. Pues, en ese sentido, ni este libro ni su autor tienen nada de singulares. Como es bien sabido, la vida por sí sola no escribe historias, contribuye a escribirlas, y no solo proporcionando al autor argumentos externos, sino también (bajo el nombre de «Biografía») suministrándole experiencias, atemorizándolo, humillándolo, aburriéndolo, desafiándolo y dándole satisfacciones, sin dejarse nada.

Espero haber justificado ya definitivamente mi epílogo y paso al fenómeno de 1968, cuya excitación se relaciona para mí más bien con 1967, mientras que un año después lo único que seguía yo intentando desesperadamente era ignorar los suspiros de mi razón burguesa. Al mismo tiempo que afirmaba obstinadamente querer hacer la «revolución» (o contribuir a hacerla), ella me abría los ojos y los oídos a lo que realmente estaba sucediendo: autoengaño, pose y autointerpretación, histeria, difamación de la reflexión y de todo aquel que se atreviera a utilizar su propio lenguaje. De manera lenta, pero imparable, el tipo de «líder estudiantil» se me hizo despreciable, pues esa forma de búsqueda de protagonismo no tenía nada que ver con el liderazgo responsable. Pero entonces no era todavía capaz de confesármelo a mí mismo. 1968 fue el breve período de mi vida en el que despedí a John Franklin por «irrelevante» y la razón, pobre animalito, decidió quedarse con él y volver solo en su compañía. Lo que viví, lo que vi, y sobre todo lo que oí, se me quedó dentro, y creo que personajes como el profesor Burnaby, la revolucionaria y amiga un tanto gris Flora Reed, lo mismo que el secretario Maconochie («Yo sí», le replica John Franklin), han sacado de ello más provecho de lo que les habría gustado a sus figuras históricas. ¡Un momento! Debo corregirme: Flora Reed es, en cualquier caso, un personaje inventado.

La revolución, fracasada porque no había hecho más que fantasear y sin duda también porque no podía hacer más que fantasear, iba al cine como si tuviera adicción. También los actores secundarios de la revolución, con dolores imaginarios de intelectual que aterrizaban en cualquier psicoterapia (yo era uno de ellos), lo hacían con suma frecuencia. Tras desengancharme por completo de una vida centrada en la lectura de novelas y dedicarme a leer únicamente los libros de divulgación (por lo general escritos deprisa y mal) de comienzos de los años setenta, fue el cine el que nos recondujo –a mí y a otros– al mundo de las historias. Podría expresarse también a la inversa: la generación que iba volviéndose otra vez más humilde y reflexiva retomó el cine. Rodaba las películas, se preocupaba por el número de espectadores, el cine era un verdadero consuelo, sobre todo porque después de 1968 desaparecieron claramente los folletines; hasta que aparecieron unos cuantos folletines erráticos de izquierdas.

La producción de novelas voluminosas es un resultado habitual de las revoluciones fracasadas. No creo, sin embargo, que hubiera yo empezado a hacer de mi «investigación sobre Franklin» una novela si el cine no me hubiera alentado a ello. Desde luego no se debió a una película especialmente buena, sino al propio oficio de contar cosas a través

de imágenes en movimiento en general, con la correspondiente aceleración y ralentización basada en fundamentos dramáticos. ¿Por qué no escribir simplemente las cosas que veía, oía, sentía y pensaba, una detrás de otra, tal como iban viniendo, y luego hacer unos cuantos retoques, acelerando aquí y ralentizando allá? Un ejercicio temprano de este estilo empezó siendo para mí un diario ferroviario que terminó siendo mi primer libro, *Netzkarte*, al cual sigo teniendo mucho aprecio.

Yo sabía bien cómo había encontrado mi madre el camino para escribir novelas. Al principio se había dedicado a escribir artículos rebuscados de carácter cultural, pues dominaba los efectos y todo lo que fuera artístico, por así decirlo, las piruetas, los saltos doble axel y Rittberger que debía dar para cambiar rápidamente de tema. Solo cuando se puso a tomar notas para mi padre acerca de la historia de la casa junto al lago de Chiem, de forma sencilla y limpia, por orden cronológico, ateniéndose a la sucesión de los hechos, como en un álbum familiar, llegó a acercarse a lo que es contar, que tiene que ver con hacer cuentas. A todo ello podía sumarse, en caso de necesidad, la brillantez, y efectivamente lo hacía, pero el rumbo lo marcaba siempre el amor a la historia.

Me fui a Inglaterra; en la sala de lectura de la biblioteca del Museo Británico, pero no en el sitio otrora ocupado por Karl Marx, leí todo lo habido y por haber acerca de Franklin. Además, viajé a Spilsby; desde allí hice una excursión a pie a Skegness, en la costa, visité Louth y, en Portsmouth, estudié atentamente el *Victory*, el buque de Nelson. Luego, en Berlín, me senté ante el escritorio.

Al describir la infancia de John Franklin en el pueblo claramente fracasé. Todo me salía demasiado bonito, demasiado mono, demasiado como cualquier cliché de infancia. Mi madre, por muy cariñosamente que me defendiera y por fiel que se haya mostrado hacia mí en cualquier situación, en cuestiones de calidad era de una crueldad espontánea, no se frenaba ante nada. Refiriéndose a las primeras veinte páginas de prueba, dijo: «Tienen un tono de libro juvenil malo, de los de encuadernación lavable».

Recogí otra vez los trastos y me volqué en mi profesión (entre tanto me había puesto a trabajar como profesor en un instituto de Spandau). No trabajé mucho tiempo en ello, pues, pese a la seguridad que daba el funcionariado en 1977, preferí dedicarme «al cine». Mi etapa de profesor no fue en vano. En ella observé con extrañeza el hecho de que el examen del rendimiento de los alumnos sea casi siempre un examen de la velocidad con la que se reproducen las relaciones o se resuelven los ejercicios. Algo que le parece indispensable a la institución «orientada a unos fines» que es la enseñanza, si es que

llega a darse cuenta de ella. El hecho es que el sonido del timbre pone en fuga de manera brutal a Hermes, el dios de los rodeos y de los felices hallazgos. La parte infantil de la investigación, la originalidad, el reconocimiento de lo hasta ese momento desconocido a través de una mirada despreocupada, absorta, sin prisas, todo eso cuesta mucho trabajo ponerlo a salvo a través de la rutina y de la presión de las notas, impuestas un curso tras otro. A pesar de todo, los mejores lo consiguen.

En «el cine» primero fui conductor de una productora y luego director de producción. Conducir sabía, pero, por lo demás, mi aptitud era escasa. Durante el servicio militar, de vez en cuando había tenido la sensación de ser demasiado lento, y ahora me daba cuenta de que, además, había diversos grados. Pese a todo, entre la gente del cine era mucho más feliz que en la enseñanza, pues todo se podía aprender y cada aprendizaje tenía sus consecuencias: en el equipo, cada uno debía asegurarse de que su trabajo contribuyera efectivamente a que la película saliera adelante y, si para ello necesitaba más tiempo, tenía que exigirlo con valentía. Cada metedura de pata acarreaba errores que luego resultaban visibles para todo el equipo en la imagen. Era impensable que los operadores, los diseñadores de escenario, los responsables de atrezo o las montadoras se dejaran intimidar por el terror de la máxima «el tiempo es oro» hasta el punto de hacer una chapuza: algo así repercutía en su fama y reducía sus posibilidades en el futuro. Además, nosotros hacíamos cine, no televisión (hoy día esas fronteras se desdibujan).

Puedo decir, pues, que la figura novelesca de John Franklin debe a mis años de profesor y, más aún, a mi época de «cineasta» una cosa decisiva: su tema fundamental. El hecho de que entrara yo en contacto con las posibilidades fílmicas de la percepción acelerada y ralentizada no hizo más que reforzarlo. En una pequeña empresa cinematográfica de Suabia tenía mi cama a pocos metros de la mesa de montaje: me pasaba la noche entera experimentando, y allí surgió, entre otras, la idea de que quizá John Franklin percibiera las cosas con un reloj interior distinto del de los demás. Al principio no vi en ello más que la posibilidad de hacer el personaje inconfundible e interesante, aunque su carrera como marino del siglo XIX, pese a ser muy rica en acontecimientos, no fuera extraordinariamente original. Dije a mi madre: «¡Ahora sé qué marca puedo ponerle!». Ella ya sabía lo que quería decirle. En nuestras conversaciones sobre temas y personajes se nos había presentado este concepto de los juegos de cartas o, mejor dicho, de las trampas en el juego: se asigna a un personaje secundario una nariz especialmente larga en el momento mismo de su entrada en escena y, cuando esa figura

vuelve a aparecer, se escribe, por ejemplo: «... y de paso se tiraba de la nariz, como si no fuera suficientemente larga». Pero ¿si es un personaje principal? Mi padre intentó una vez escribir la historia de un hombre que medía dos metros diez, era un gigante y ello le suponía ventajas y desventajas, pero, en cualquier caso, para todo el mundo era algo especial, algo que había marcado su vida. Acabó por abandonar el proyecto. La mera talla corporal de un individuo no crea ninguna fascinación duradera, de modo que al cabo de pocas páginas el personaje resultaba aburrido. Además, vino a frustrar su fantasía de autor el hecho de tener un amigo que efectivamente era igual de alto... y, por desgracia, igual de aburrido.

Le comenté a mi madre lo de «poner una marca» al personaje de John Franklin, es decir, estilizar su «lentitud», durante un viaje horroroso por la autopista en que arreciaba la lluvia; el limpiaparabrisas se volvía loco cuando ponía la directa, de modo que nunca llegaba el momento oportuno de explicarle mis planes. Además, mi madre creía siempre estar obligada a adoptar un tono de pesimismo cariñoso: «¿Quién va a querer leer que existe un tipo demasiado lento para todo?». Y naturalmente citaba a Lüddecke: «No le veo la curva». Probablemente sintiera miedo. ¡Se había casado con un escritor que no acababa de llegar a buen puerto con sus maravillosas construcciones teóricas, y ahora su hijo empezaba a hacer lo mismo! Pero no habría sido mi madre (y tampoco la escritora segura que era) si hubiera persistido mucho tiempo en ese rechazo. Durante los años siguientes mantuvimos charlas interminables sobre mi proyecto. Ella tenía muy claro lo que yo hacía; mucho más claro incluso que yo mismo: desmonté a mi Franklin y volví a montarlo según una especie de plan de construcción por medio de un «tema». Ella ya lo había hecho, y de forma mucho menos rigurosa, en cualquier caso, con su propia familia, y desde el punto de vista literario era perfectamente legítimo. Pero también sabía que, al convertirlo en un personaje de novela, estaba a punto de perder a mi Franklin. Sabía, además, que era una especie de pacto con el diablo que posiblemente prometía incluso el éxito. Ella lo sabía por experiencia propia, pero yo todavía no. Así que me puse a escribir un libro que no solo iba a contener la vida de mi querido Franklin, sino también, sospechaba yo, la mía. La lentitud, al principio un clavo ardiendo al que agarrarme, un truco para hacer más agradables al mundo la vida y la muerte de sir John Franklin, acabó siendo un asidero providencial: se ajustaba perfectamente a lo que el Franklin histórico había hecho, dicho y escrito, y pude convencerme a mí mismo de que no le había sido infiel. El tema de la lentitud como perspectiva podía dar cabida a muchas cosas que yo

había observado o incluso sufrido. De vez en cuando, sin embargo, se apoderaba de mí un desvelo muy desagradable: ¿qué estaba haciendo yo en realidad? No siendo ni un historiador ni un Kafka, estaba disfrazando a mi querido Franklin y convirtiéndolo en una especie de discapacitado para acabar arrojándolo en medio de una mesa redonda. ¿Qué iba a decir él? Quizá sacudiera la cabeza y sonriera algo amargado para sus adentros, como mi padre cuando ya no había forma de evitar una catástrofe.

Las dudas, o mejor dicho las verdades, me perseguían por las noches. Permanecía despierto en la cama y temía que, en mi desesperación, no tardara en arrojarlo todo por la borda. Y eso que por entonces no sabía aún a cuántos fracasos puede sobrevivir una persona. Con la luz del día, en cambio, me atenía a la máxima de Karl Valentin: «No hay que tomarse las cosas tan a lo trágico como son». Cuando empieza ya a disminuir un poco (no demasiado), el miedo aligera la escritura; en cualquier caso, así debería ser. E incluso las depresiones traen consigo muchas veces algo bueno. Por lo pronto, todos los clavos ardiendo a los que el autor se agarra para no venirse abajo de inmediato, sino solo algo más tarde: se sienta y hace de su problema el del protagonista; eso supone ya un aplazamiento. Además, los estados de ansiedad dejan que se imponga cada vez más el hábito de tener que superarlos. Mi principal ansiedad era traicionar a Franklin y entregarlo a los rebuscados razonamientos del *The Attic Chest* de Eleanor o incluso a Montagu y a la camarilla de sir George Arthur, que se reiría de él. Si mi intento de hacer más interesante a John por medio de la lentitud fracasaba, me pondría en ridículo no solo yo, sino también a él. Cada vez que me asomaba a aquel abismo me veía ya precipitándome por él.

Pienso que hoy puedo escribir tranquilamente que aquellas ideas se me ocurrieron a mí, pues son habituales en una profesión que no puede prescindir del todo ni de Dios ni del diablo. Encontré a Franklin y lo amé, luego descubrí la escritura e inventé las cualidades de Franklin en una relación un tanto vaga con él, y no lo lamento, o cuando menos ya no.

Los veo sonreír, a mi padre (me parece incluso reconocer un guiño en sus ojos), a mi madre y, dicho sea de paso, también a Werner Egk. Todos conocían las dificultades que, un poco más tarde, a la luz del día, proporcionan historias dignas de consideración, a menudo incluso reconfortantes.

Y al final no lo perdí. John Franklin y yo tenemos ahora a nuestras espaldas este libro. John ya no es para mí un personaje novelesco, sino de nuevo un amigo de mi juventud.

Los libros, por más que persigan a sus autores a través de las esperanzas y los placeres, pero también a través de la ansiedad y la desesperación, están en todo momento ahí, en las estanterías (como mínimo en las de las bibliotecas), y en ellas permanecen en silencio. Con la vejez se vuelven afables y son francamente cariñosos, si es que todavía se presenta algún lector. Ya no causan ninguna molestia a su autor. A este, en cualquier caso, se le acerca el momento tranquilo en el que ya no sabe con precisión lo que sabía hace algunos decenios, ni tampoco las cosas que se le ocurrían.

Hoy día sigo leyendo igual que antes libros sobre la época de los grandes barcos de vela, sobre expediciones y sobre la construcción de buques, sobre catástrofes navales de cualquier siglo y, si es posible, cualquier libro que trate de John Franklin. Y si después de las lecturas, que cada vez son menos frecuentes, alguien hace preguntas como, por ejemplo: «¿Por qué escogió usted precisamente a John Franklin para hacer una crítica de la rapidez de nuestro tiempo?», no pestañeo siquiera y, en la medida de lo posible, me muestro amable y sincero.

STEN NADOLNY

Noticia bibliográfica

El personaje de John Franklin es auténtico. La realidad de su historia ha aportado a la novela una enorme cantidad de detalles que a mí nunca se me hubieran podido ocurrir. Ello me obliga a especificar por lo menos algunos títulos de la bibliografía relativa al Franklin histórico, que en muchos aspectos fue sin duda distinto del que aparece en la novela.

Sobre la familia de Franklin y los diversos estadios de su carrera pueden leerse pormenores más precisos en RODERIC OWEN, *The Fate of Franklin* (Londres, 1978) y en HENRY D. TRAILL, *The Life of Sir John Franklin, R.N.* (Londres, 1896), que constituye la biografía clásica de Franklin anterior a la de Owen.

Los detalles relativos al viaje a Lisboa y a lo sucedido en la batalla de Copenhague no los menciona ninguno de estos dos autores. Se sabe algo más sobre el viaje a Australia gracias a MATTHEW FLINDERS, *A Voyage to Terra Australis undertaken for the purpose of completing the discovery of that vast country and prosecuted in the years 1801, 1802 and 1803 in His Majesty's Ship «The Investigator»*. Dos volúmenes de texto y un atlas (Londres, 1814). Se trata del informe oficial del viaje.

Sobre al gran navegante Flinders, véase sobre todo JAMES D. MACK, *Matthew Flinders, 1774-1814* (Melbourne, 1966).

En cuanto al primer viaje a los hielos, tenemos el relato de FREDERICK W. BEECHEY, *A Voyage of Discovery towards the North Pole, performed in His Majesty's Ships «Dorothea» and «Trent»* (Londres, 1843); y sobre las dos expediciones por tierra, los informes del propio Franklin, JOHN FRANKLIN, *Narrative of a Journey to the shores of the Polar Sea in the years 1819-1822* (Londres, 1823; el mismo año, traducción alemana publicada por Wimar), y *Narrative of a Second Journey to the Polar Sea in the years 1825-1827* (Londres, 1829; el mismo año, edición alemana de Weimar). A partir del viaje del hambre, la novela no sigue la cronología exacta. En la peripecia del indio Michel, se ha cambiado al doctor Richardson por Franklin.

A Franklin no se le encomendó nunca la dirección de ninguna acción bélica en China, si bien en 1830-1833 fue comandante de las fuerzas de la marina de guerra británica en aguas griegas, donde no logró evitar una conflagración armada.

Respecto a los años transcurridos en Tasmania, las mejores informaciones las proporciona KATHLEEN FITZPATRICK, *Sir John Franklin in Tasmania 1837-1843* (Melbourne, 1949).

Sobre el desarrollo del último viaje de Franklin se han propuesto diversas teorías de lo más ingenioso. Los libros más conocidos son:

RICHARD J. CYRIAX, *Sir John Franklin's last Artic Expedition*, Londres, 1939.

LEOPOLD MCCLINTOCK, *The Voyage of the «Fox» in the Artic Seas. A Narrative of the Discovery of the Fate of Franklin and his Companions*, Londres, 1859.

VILHJALMUR STEFANSSON, *Unsolved Mysteries of the Artic* (véase el capítulo titulado «The lost Franklin Expedition», págs. 36 y sigs.), Londres, 1921.

NOËL WRIGHT, *The Quest for Franklin*, Londres, 1959.

La mejor forma de conocer a la primera esposa de Franklin la proporciona la lectura de su correspondencia con John:

EDITH MARY GELL, *John Franklin's Bride, Eleanor Anne Porden*, Londres, 1930.

Sobre Jane Franklin, véase FRANCES JOYCE WOODWARD, *Portrait of Jane. A Life of Lady Franklin*. Londres, 1951.

Los restos que han quedado de las actividades de Franklin se hallan sobre todo en Hobart, Tasmania.

En Spilsby se conserva todavía la casa natal, y en dicha ciudad, así como en Londres, pueden verse sendas estatuas del explorador de tamaño natural. En la abadía de Westminster hay un monumento de piedra con un epitafio de Alfred Tennyson: «*Not here! The white North has thy bones, and thou, / Heroic Sailor-Soul, / Art passing on thine happier voyage now / Towards no earthly pole*».

Todo el territorio insular situado al norte del litoral canadiense se llama actualmente Distrito de Franklin.

S. N.

Notas

1. La primera de las películas citadas, *Nachts, wenn der Teufel kam* (1957), dirigida por Robert Siodmak, fue nominada al premio Óscar. La segunda, *Der zwanzigste Juli* (1955), fue dirigida por Falk Harnack y trata del intento de asesinato que sufrió Adolf Hitler el 20 de julio de 1944. No tuvo mayor significación fuera del ámbito comercial de Alemania. [N. del T.]
2. Horatio Hornblower es un personaje de ficción, creado por Cecil Scott Forester en 1937, protagonista de una serie de once novelas que narran sus vivencias como oficial de la Marina Real Británica durante las guerras napoleónicas. En 1951 se realizó una película protagonizada por Gregory Peck que resumía tres de las novelas de la serie. En España se tituló *El hidalgo de los mares*. [N. del T.]
3. Modelos de barcas de remo y de vela utilizados en la zona de los Alpes y el Danubio, hoy día casi en desuso. [N. del T.]
4. *Die Neue Zeitung* fue un periódico publicado tras la Segunda Guerra Mundial en la zona de ocupación estadounidense (correspondiente básicamente a toda Baviera, así como a parte de Baden-Württemberg y Renania-Palatinado). Junto con *Die Welt* (publicada en la zona de ocupación británica) se convirtió en el periódico más importante de la Alemania de posguerra. [N. del T.]

Índice

Prólogo de Carl Honoré

PRIMERA PARTE. Juventud de John Franklin

1. La aldea
2. El niño de diez años y la costa
3. El doctor Orme
4. El viaje a Lisboa
5. Copenhague, 1801

SEGUNDA PARTE. John Franklin aprende el oficio

6. Rumbo al cabo de Buena Esperanza
7. Terra Australis
8. El largo regreso
9. Trafalgar
10. El final de la guerra

TERCERA PARTE. El territorio de Franklin

11. La cabeza propia y las ideas ajenas
12. El viaje a los hielos
13. Viaje fluvial a la costa del Ártico
14. Hambre y muerte
15. Gloria y honor
16. La colonia penal
17. El hombre a la orilla del mar
18. La *Erebus* y la *Terror*
19. El gran paso

Epílogo

Noticia bibliográfica

Su opinión es importante.
Estaremos encantados de recibir sus comentarios en:

www.plataformaeditorial.com

Vaya a su librería de confianza.
Tener un librero de cabecera es tan recomendable como tener un buen médico
de cabecera.

«I cannot live without books.»

«No puedo vivir sin libros.»

THOMAS JEFFERSON

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.



Plataforma
Ficción

STEN
NADOLNY



LA DICHA
DEL MAGO

La dicha del mago

Nadolny, Sten

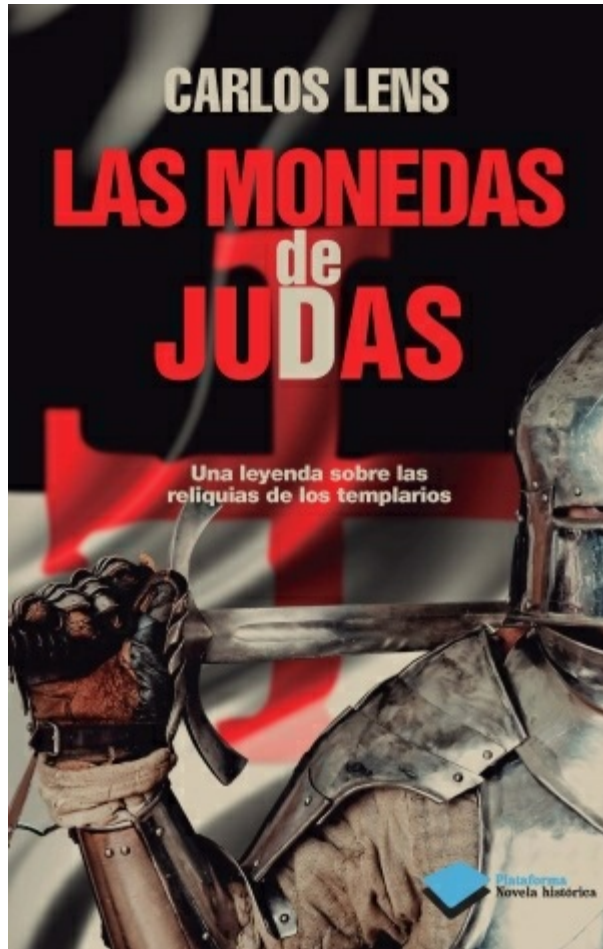
9788417114978

328 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La asombrosa historia de un hombre que utiliza su magia para hacer frente al desencanto del mundo. Pahroc, el protagonista de esta novela, tiene un don para la magia. Por ejemplo, es capaz de caminar por el aire o de atravesar paredes, entre otras asombrosas habilidades con las que empezó a familiarizarse desde niño, en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Estos dones le serían muy útiles para aliviar penurias y sortear peligros en las dos grandes contiendas bélicas del siglo XX y procurarle a su familia el sustento necesario. No tardará en ser considerado un gran maestro del ilusionismo, dedicación que compaginará con distintas ocupaciones a modo de tapadera: técnico de radio, inventor o psicoterapeuta. Tras una vida de peripecias y magia, a los 106 años de edad la máxima preocupación de Pahroc es transmitirle los secretos de su magia a su nieta Mathilda, razón por la cual escribe para ella en una serie de cartas los extraordinarios episodios de su vida. Con el trasfondo del último siglo, y una fantasía no exenta de humor e ironía, la novela de Sten Nadolny narra la asombrosa historia de un hombre que utiliza su magia para hacer frente al desencanto del mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Las monedas de Judas

Lens, Carlos

9788416820016

848 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Poder, dinero, conocimiento, honor y gloria, la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón se encuentra en el momento culminante de su esplendor y muy lejos de aquellos primeros nueve caballeros que eran tan pobres que tenían que compartir un caballo entre dos jinetes, como figura en su escudo. Pero el poder también crea envidias y rencores entre los poderosos de la Tierra, el rey de Francia y el papa de Roma, que van a desencadenar un golpe mortal contra la institución y, sobre todo, contra su prestigio. En medio de esta conspiración, el caballero Adalbert de Tannenberg, destinado en la fortaleza templaria de Chipre, recibe el encargo de avisar al Gran Maestre Jacques de Molay, pero sus esfuerzos son en vano y los templarios acaban disueltos y sus dirigentes encarcelados. Adalbert consigue penetrar en la prisión del Gran Maestre y este le encarga el traslado de la reliquia más sagrada del Temple. Fiel a su misión recorrerá el reino de la Corona de Aragón y entrará en contacto con los reinos árabes de la península, donde encontrará la ayuda y la amistad que le niegan en los reinos cristianos. Pero su destino se encuentra en Escocia, donde deberá depositar las reliquias en la capilla de Rosslyn. El deber y el compromiso con su Orden empujarán a Adalbert a vivir las aventuras más osadas y a enfrentarse a los peligros más insospechados, para regresar al fin a la paz y la comprensión del amor que había encontrado en el Reino de Valencia.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar
su potencial intelectual y emocional**

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debamos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno.

"Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos." ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad
Dr. Mario Alonso Puig



21^a
edición ampliada

Traducido a 13 idiomas

Más de **100.000**
ejemplares vendidos
en España

**¿Qué te atreverías a hacer si supieras
que no puedes fallar?**

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Prólogo de Carl Honoré	5
PRIMERA PARTE. Juventud de John Franklin	9
1. La aldea	10
2. El niño de diez años y la costa	18
3. El doctor Orme	29
4. El viaje a Lisboa	41
5. Copenhague, 1801	52
SEGUNDA PARTE. John Franklin aprende el oficio	63
6. Rumbo al cabo de Buena Esperanza	64
7. Terra Australis	79
8. El largo regreso	93
9. Trafalgar	114
10. El final de la guerra	136
TERCERA PARTE. El territorio de Franklin	151
11. La cabeza propia y las ideas ajenas	152
12. El viaje a los hielos	167
13. Viaje fluvial a la costa del Ártico	190
14. Hambre y muerte	216
15. Gloria y honor	239
16. La colonia penal	263
17. El hombre a la orilla del mar	283
18. La 'Erebus' y la 'Terror'	299
19. El gran paso	311
Epílogo	321
Noticia bibliográfica	335
Notas	337
Índice	338
Colofón	339